



DEFENSA
DEL
CRISTIANISMO



BT1101

F8

v. 3

1837

008430

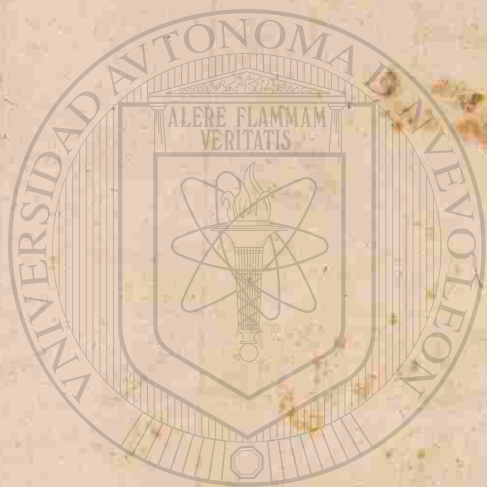




1080015129

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



86
239
L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**DEFENSA
DEL CRISTIANISMO,**

Ó CONFERENCIAS

SOBRE LA RELIGION

POR

EL EXMO. SR. CONDE DE FRAYSSINOU,
Obispo de Hermópolis, primer Capellan de S. M. Cristianísima, Par de Francia, Ministro y Secretario de Estado y del Despacho de los Negocios Eclesiásticos y de la Instrucción Pública, uno de los charontes de la Academia Francesa. Gran Cruz de la Real Orden de la Legion de Honor, &c. &c.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO; POR
D. F. T. A. CHALUMEAU DE VERNEUIL,
de la Orden de S. Juan, y de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III; Oficial mayor de la Universidad de Paris, Inspector de los estudios y Catedrático de Historia en los colegios reales de Estambul y de Versalles, Individuo de las reales Academias Española y de la Historia, de la Sociedad de Geografía, de la Sociedad académica de Nantes, &c. &c.

TOMO III.



MEXICO. 1837.

A CARGO DE MARIANO AREVALO
de Cadena n.º 2.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Yalverde y Tellez

FONDO YALVERDE Y TELLEZ
44783

**Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria**

LA
RELIGION CRISTIANA

PROBADA POR LAS MARAVILLAS

DE SU ESTABLECIMIENTO.

DISCURSO PREDICADO EN PRESENCIA DEL REY
EL DIA DE PENTECOSTES DEL AÑO DE 1817.

*Accipietis virtutem supernientis Spiritus Sancti in vos,
et eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judæa, et
Samaría, et usque ad ultimum terræ.*

Recibreis la virtud del Espiritu Santo que bajará sobre vo-
sotros, y dareis testimonio de mi en Jerusalem, en toda
la Judea, en la Samaria, y hasta en los confines de la
tierra. *Actas de los Apóstoles, c. I. v. 8.*

SEÑOR.

CUANDO Jesucristo apareció en la tierra diez y
ocho siglos hace, todas las naciones, así civiliza-
das como bárbaras, á excepcion de una sola, la
de los judíos, estaban sumergidas en las tinie-
blas de la idolatría. Es cierto que la religion

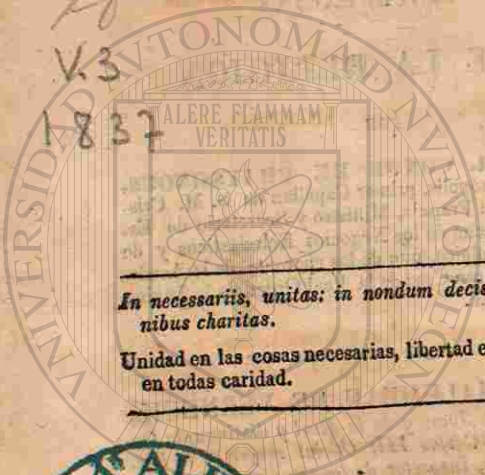
008130

B71194

F8

V3

1837



*In necessariis, unitas: in nondum decisis, libertas: in om-
nibus charitas.*

Unidad en las cosas necesarias, libertad en las no decididas,
en todas caridad.



FONDO METEORIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso XIII
Universidad Autónoma de Nuevo León

LA
RELIGION CRISTIANA

PROBADA POR LAS MARAVILLAS

DE SU ESTABLECIMIENTO.

DISCURSO PREDICADO EN PRESENCIA DEL REY
EL DIA DE PENTECOSTES DEL AÑO DE 1817.

*Accipietis virtutem supernientis Spiritus Sancti in vos,
et eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judæa, et
Samaría, et usque ad ultimum terræ.*

Recibreis la virtud del Espiritu Santo que bajará sobre vo-
sotros, y dareis testimonio de mi en Jerusalem, en toda
la Judea, en la Samaria, y hasta en los confines de la
tierra. *Actas de los Apóstoles, c. I. v. 8.*

SEÑOR.

CUANDO Jesucristo apareció en la tierra diez y
ocho siglos hace, todas las naciones, así civiliza-
das como bárbaras, á excepcion de una sola, la
de los judíos, estaban sumergidas en las tinie-
blas de la idolatría. Es cierto que la religion

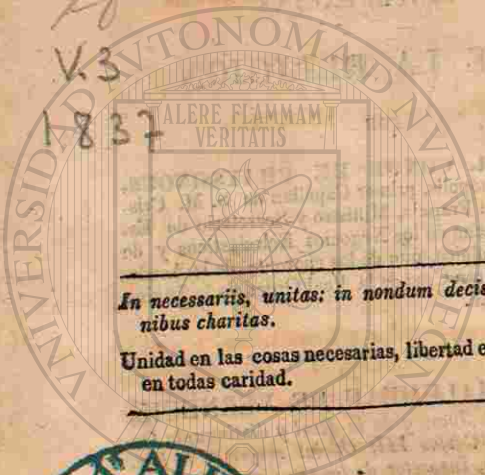
008130

B71194

F8

V3

1837



*In necessariis, unitas: in nondum decisis, libertas: in om-
nibus charitas.*

Unidad en las cosas necesarias, libertad en las no decididas,
en todas caridad.



FONDO METEORIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso XII
Universidad Autónoma de Nuevo León

pagana no era mas que un cúmulo de errores groseros, que no podian sostener el exámen de una razon ilustrada; mas sin embargo tenia á su favor cuanto era capaz de asegurarle al parecer para siempre el afecto y homenaje de los pueblos. Arraigada profundamente la idolatria por la costumbre, sostenida por el peso de la antigüedad; apoyada con toda la autoridad de las leyes, hermoçada con toda la pompa de las fiestas, con los encantos de la poesía, de los juegos y placeres del teatro, defendida por el celo interesado de los pontífices y sacerdotes de los falsos dioses, ¡cuán halagüeña era y cuán grata á esta naturaleza débil y corrompida, cuyas inclinaciones lisonjeaba! Al centro sin embargo de este caos de supersticiones y de vicios es adonde Jesucristo envia á sus discípulos á llevar la luz; y ante esas naciones descarriadas por los caminos de la mentira é iniquidad, es donde los apóstoles deben dar testimonio de la santidad, de la doctrina y de las maravillas de su Divino Maestro: *Eritis mihi testes usque ad ultimum terra.* ¡Qué asombroso designio el de mudar la religion, las costumbres, los hábitos y usos del mundo pagano, y mudarlos por solo la predicacion de algunos hombres oscuros, sin mas patrimonio ni recomendacion que su

ignorancia y rusticidad! ¡Qué obstáculos tan poderosos! ¡qué medios tan débiles para superarlos! ¡qué aparente imposibilidad de un feliz éxito! ¡y qué maravilla lograr tal empresa!

Que la religion se estableció en medio de las naciones paganas con la mas asombrosa rapidez, y que aun ántes de la conversion de Constantino hizo inmensos progresos entre los diferentes pueblos conocidos entonces, y en particular en el centro de las provincias del imperio romano, es un hecho comprobado por los monumentos mas irrecusables de la antigüedad, tanto profana como cristiana: así es que todos los apologistas de la religion que aparecieron en los primeros siglos han sentado esta maravillosa propagacion del Evangelio, como un hecho asombroso, notorio y del que nadie dudaba, para dar á conocer que sus triunfos tan rápidos sobre el entendimiento y el corazon de los pueblos paganos descubrian en ella un poder del todo divino. No, no es posible ver en la fundacion del cristianismo una de aquellas revoluciones, hijas de las pasiones humanas, que de tiempo en tiempo cambian la faz de los pueblos.

Hagamos ver en este dia, aniversario del nacimiento de la iglesia cristiana, que solo Dios ha podido fundarla; y manifestemos cuan frívo-

las son las explicaciones de su establecimiento que han dado los incrédulos. Imploremos ante todo el Espíritu de luz y de verdad por la intercesión de aquella que le recibió en toda su plenitud: AVE MARIA.

Si, hermanos míos: el espectáculo más prodigioso que presenta la historia del género humano desde su origen, es ver luchar la religión cristiana en su nacimiento contra todos los errores y vicios reunidos, disipar con su luz las tinieblas del paganismo, hacer brotar las virtudes más puras en el seno mismo de la corrupción más absoluta, burlarse de la sutileza de los sofistas, y de la ignorancia de la muchedumbre, y penetrando con solo las armas de la persuasión entre las naciones más bárbaras lo mismo que entre las más civilizadas, extender su imperio por todas partes á pesar de la resistencia de todas las preocupaciones, y de todas las pasiones desencadenadas contra ella, hasta sentarse por último triunfante con el emperador Constantino sobre el trono de los señores del mundo, después de trescientos años de combates y de victorias. Pero ¿por qué medios se verificó esta maravillosa mutación? Sobre esto dirigiremos á los incrédulos un raciocinio que en la sustancia es de S. Agustín. ¿Quereis que la religión se

haya establecido por medio de los milagros referidos en nuestros libros sagrados y en los primeros monumentos de la antigüedad cristiana? ¿ó quereis que se haya establecido sin ellos? Elegid. Si Jesucristo, si sus apóstoles y los primeros discípulos de estos obraron realmente estos milagros, ¿por qué vacilais en humillaros ante una religión que se os presenta marcada con un sello del todo divino? ¿Direis acaso que estos milagros no son más que fábulas? Con eso solo desquiciais todos los fundamentos de la historia, y os condenais á no creer ninguna de las relaciones históricas de la antigüedad; porque ¿dónde hallareis hechos más testimoniados que los de Jesucristo y los de sus discípulos? Yo os concedo por un momento cuanto querais; pero si la religión se ha establecido sin el auxilio de los milagros, os vereis obligados á confesar que solo su establecimiento es el más grande de todos. Por cualquier lado que consideremos la religión, ya sea en la persona de los primeros que la anunciaron, ya en la doctrina que enseña, ó ya en la época en que apareció, hallaremos que todo estuvo contra ella desde su origen, y nada en su favor; de modo que á no estar sostenida por una mano enteramente divina, hubiera debido sucumbir y perecer.

He dicho primeramente que la religion cristiana tenia contra sí á sus propios fundadores. Formó Jesucristo el plan de reformar el mundo pagano por medio de sus discípulos; ¿pero á donde irá á tomar los embajadores que debe enviar á los pueblos y á los reyes? ¿Los escogerá en el Senado de Roma, ó en el Areópago, en el Pórtico, ó en el Liceo, ó entre los príncipes de la Sinagoga? Parecía que para una empresa tan extraordinaria se necesitaban hombres de un nacimiento ilustre, de una educacion distinguida, y á quienes las luces, el talento oratorio, y la experiencia de los negocios pudiesen dar un grande imperio sobre el ánimo de los pueblos. Es siempre favorable para una doctrina ser anunciada por hombres de un órden superior y puede esta extenderse á la sombra de un grande nombre: una alta reputacion de talento y de creencia, puede imponer á la multitud y aun á los sabios; pero la ignorancia del doctor vilipendia su doctrina, y generalmente es vergonzoso ser discípulo de un maestro despreciado. Con todo, los enviados de Jesus no son ni doctores judíos, ni filósofos hábiles, ni oradores eruditos, ni sabios versados en los secretos de la política; son hombres sin ciencia, sin educacion, sin crédito, sin riquezas, sin po-

der, y sin ninguna de aquellas ventajosas cualidades que séducen y arrastran los ánimos. Nosotros los cristianos vemos á los apóstoles por entre diez y ocho siglos de veneracion y de homenajes tributados á su memoria, y los vemos revestidos de un poder sobrenatural para establecer el Evangelio; pero no reconociendo en ellos los incrédulos ningun don milagroso, es preciso considerarlos despojados de aquel brillo y de aquella gloria enteramente celestial que imprimia á su ministerio, segun nosotros, el sello mismo de la Divinidad. ¿Y qué son, reducidos á sus cualidades naturales? Hombres muy comunes, pescadores de profesion muchos de ellos, y sin conocer mas que su barca y sus redes, groseros é ignorantes como los que habitan las orillas de nuestros rios, ménos diestros tal vez y ménos astutos; he aquí sin embargo los que emprenden la conquista del mundo, la reforma de los pueblos paganos, y los que empezaron con el mejor éxito esta revolucion moral y religiosa, que se ha perpetuado de edad en edad, de nacion en nacion, y que aun continúa todos los dias. Confesemos de buena fe que hay en esto cierta cosa enteramente contraria á todas las ideas humanas.

Y no tratemos de alucinarnos con falsos y ri-

dículos paralelos; será ciertamente posible que reunidos algunos facciosos de la hez del pueblo consigan excitar una conmocion, formar una cuadrilla de sediciosos, ó cierta secta pasagera, libertina y feroz; ¿pero qué semejanza hay entre un suceso efimero, resultado de la violencia, del deleite y de todas las pasiones, y la conversion del mundo pagano, de tantas ciudades y pueblos opuestos en costumbres, en intereses y en language, verificada por hombres que combaten las pasiones en lugar de adularlas, y que léjos de usar de la violencia solo respiran paz y dulzura? Que con la copa del placer en una mano y la cuchilla homicida en la otra para derribar lo que no pueda seducir, forme Mahoma en regiones sumidas en la ignorancia una religion informe, grosera y voluptuosa, tampoco es mas que un suceso producido por causas humanas: y el imperio del falso profeta de la Meca solo es una prueba convincente de lo que puede el ingenio auxiliado por la astucia, las pasiones y la fuerza de las armas. Pero como observa Pascal, respondiendo muy exactamente á una objecion reproducida despues mil veces sin vergüenza: „Jesucristo y Mahoma tomaron „rumbos y medios tan contrarios, que supuesto „el triunfo de Mahoma, debió frustrarse el plan

„de Jesucristo, y perecer el cristianismo á no „haber sido sostenido por un poder totalmente „divino (1).”

Tuvo pues el cristianismo contra sí en su nacimiento á sus propios fundadores: hombres ignorantes y despreciables en la apariencia, y á quienes naturalmente debia desechar un mundo soberbio y desdeñoso.

He dicho en segundo lugar que tenia contra sí su propia doctrina. Familiarizados hoy nosotros por las impresiones de la niñez, de la educacion y de la costumbre con la doctrina cristiana, con sus misterios, su moral y sus prácticas, y viéndola rodeada de los homenages de tantos siglos y de tantas naciones, no podemos conocer á fondo cuan repugnante debió parecer en su origen; es necesario para esto trasladarse con la imaginacion á la época en que fué anunciada por primera vez. La religion se presentó entónces á los hombres con dogmas incomprensibles; de que se resiente una razon altiva y curiosa; que se separaban de todas las ideas universalmente recibidas, y que atacaban de frente las creencias y preocupaciones mas arraigadas en todo el mundo. Los judíos es-

[1] *Pensées*, chap. XVII, n. 7.

peraban un Mesías de gran poder y ostentacion, acomodando las profecías á sus ambiciosos deseos y esperanzas; mas he aquí que se les anuncia un Mesías pobre, crucificado, y condenado á muerte por el supremo consejo de la nacion, por los sacerdotes y doctores de la ley: ¡qué doctrina esta para ellos!

¡Pero cuánto mas repugnante aun debió parecer á los paganos! Su religion era cómoda, halagüeña y voluptuosa: era la religion de sus padres, la de su patria, la de su niñez, la de sus magistrados, la de la autoridad pública, en fin, la del mundo entero: y ved ahí que unos desconocidos pretenden destruir todos los objetos de su culto y de sus adoraciones, derribar sus altares, abolir sus fiestas y solemnidades, y separarlos de sus costumbres y de sus antiguas creencias, para ellos tan encantadoras: ¿y esto para qué? para hacerles recibir una religion de privaciones y de sufrimientos, una religion que los expone á la pérdida de su libertad, de sus bienes, y de su vida, y para hacerles adorar á un personage condenado á muerte en la Judea. ¡Habria una cosa mas repugnante á sus ojos! ¿Cuál es pues esa fuerza irresistible que ha podido triunfar entre los paganos de todas las oposiciones de la naturaleza? El mundo idóla-

tra estaba acostumbrado á vivir sin mas regla que sus deseos; sus pasiones eran sus dioses; y las inclinaciones mas desarregladas de la naturaleza, asi como los vicios que estas inspiran, no eran para los paganos mas que placeres inocentes, cuando de repente se presentan unos reformadores sin autoridad, exigiéndoles el sacrificio de los objetos que mas aman; y pretendiendo arreglar en un todo sus discursos, sus acciones, y hasta sus pensamientos: ¡con cuánta violencia no debió sublevarse naturalmente el corazon contra un yugo tan duro y tan insoportable á su debilidad!

Ser modesto hasta la humildad, caritativo hasta amar á sus enemigos, manso hasta perdonar las injurias, paciente hasta el punto de evitar la murmuracion, desinteresado hasta preferir la indigencia á la injusticia, casto hasta el extremo de condenar el pensamiento detenido, y fiel á la ley hasta morir por ella; todas estas eran virtudes que el paganismo apenas conocia en teoria, y mucho ménos en la práctica; virtudes que los sabios no alcanzaban á inspirar, y que el evangelio hizo brotar en el centro mismo de las ciudades mas depravadas del imperio romano, tanto en las regiones mas incultas como en las mas civilizadas, hasta hacerlas comunes y popula-

res. No busqueis, no, en aquellos tiempos de la antigüedad cristiana, á los discípulos del evangelio en aquellas fiestas tumultuosas y licenciosas de Baco, ni en los templos y bosques consagrados á los placeres lascivos: tampoco en aquellos circos donde corrian arroyos de sangre humana para diversion de un pueblo bárbaro, ni en los teatros en que se celebraban el amor profano y las pasiones criminales: los idólatras convertidos al evangelio parecen haber mudado de naturaleza, y son ya hombres nuevos. ¿Y cómo pudo el mundo pagano, despertando de la larga embriaguez de las pasiones y de los placeres, prestarse dócil á llevar el yugo de las máximas cristianas? Aquí podemos decir con Bossuet (1): „La cruz ha triunfado de „los corazones, y tengo por mas glorioso haber „conseguido tan hermosa victoria, que haber „cambiado el órden del universo, porque nada „veo en el mundo mas indócil, mas fiero ni indomable que el corazon del hombre.”

Ved pues que la religion tenia contra sí su propia doctrina; y que siendo humillante para el entendimiento, y repugnante al corazon, debió, segun el órden natural, ser rechazada por la soberbia y por la sensualidad.

(1) I. Serm. pour l'Exalt. de la Croix, I. p.

He dicho en tercer lugar, que tenia tambien contra sí la época misma en que apareció en el mundo. Si el cristianismo hubiera sido anunciado en tiempos de ignorancia y de barbarie, no hubieran dejado los incrédulos de aprovecharse de esta circunstancia para explicar su establecimiento y sus vastas conquistas en el seno del paganismo; pero es notorio que apareció en el siglo de Augusto, en una época en que las luces ilustraban la Europa y el Asia; y en que se habia generalizado mas que nunca la aficion á las ciencias, á las letras y á las artes. ¡Qué no debia pues temer la religion, y qué combates no tuvo en efecto que sostener de parte de aquella multitud de filósofos, de retóricos y eruditos diseminados por todo el oriente y el occidental! Si despues de diez y ocho siglos de gloria y de triunfos que deberian, al parecer, poner la religion cristiana al abrigo de todo insulto, se ha visto en nuestros dias armarse y sublevarse contra ella legiones de sofistas, ¡qué esfuerzos no debieron hacer para destruirla en su nacimiento ingenios mas orgullosos y mas esclavos de sus pasiones!

Para hacernos creer que los tiempos en que nació la religion le eran favorables, se alega que la idolatria estaba en decadencia, que los

pueblos propendian secretamente á abandonar-
la, y que los filósofos estaban mas desengaña-
dos que nunca; pero la historia desmiente pie-
namente esta observacion no ménos inconside-
rada que quimérica. Se dice que el paganismo
iba ya declinando; pero la historia atestigua,
que durante los tres primeros siglos de la era
cristiana todos los emperadores romanos, sin ex-
cepcion, profesaron y defendieron la idolatria,
como la religion pública del estado; que duran-
te estos tres siglos fueron perseguidos los cris-
tianos por su aversion al paganismo; y que du-
rante ellos fueron tratados como impíos, y acu-
sados de irritar á los dioses por la desercion de
su culto, y de atraer de este modo sobre el im-
perio las calamidades que le asolaban. Se dice
tambien que los filósofos estaban desengañados
de la idolatria: es cierto que no creian en ella
al modo que el vulgo; pero llevaban la máxima
de respetar los cultos establecidos, y de no to-
car las supersticiones de la plebe, participasen
ó no de ellas. Unos hacian una mezcla ridicula
de judaismo, de cristianismo y de fábulas pa-
ganas, y otros, como los Celsos, los Julianos, los
Porfirios, y los Hiérocles, apuraron contra el
cristianismo todos los recursos de su ciencia y
de su talento. ¡Qué esfuerzos no hizo Juliano,

despues de su apostasia, para aniquilar la reli-
gion de Jesucristo, y restablecer la de los dio-
ses del paganismo! ¿N quién ignora que halló
una multitud de sofistas, que en vez de manifes-
tarse desengañados, coadyuvaron con todo su
poder á su empresa?

Es preciso tambien detenerse en una obser-
vacion decisiva: una cosa era para los filósofos
reconocer la nulidad de los ídolos y de las
creencias populares, y otra abrazar el cristia-
nismo. Despues del reinado de Augusto hubo
en las costumbres cierta molicie, cierta degra-
dacion en las almas, y se introdujo en las es-
cuelas de la filosofia un espíritu de soberbia, de
impiedad y de epicureismo que estaba muy lé-
jos de ser favorable á la sencillez, á la santidad
y severidad de la doctrina evangélica; y el fi-
lósofo podia muy bien no ser idólatra sin que
por eso quisiese hacerse cristiano. Muchas ve-
ces el salvage resiste ménos el evangelio que el
erudito indiferente: la sencillez del ignorante es
mas accesible á la verdad que el orgullo del so-
fista; mas cuando la corrupcion de un ingenio
presuntuoso está fortificada por la del corazon,
¿qué obstáculos no opone á la creencia de las
sublimes verdades que sujetan la razon y que
no transigen con pasion alguna? Sí, hay un
TOM. III.

distancia inmensa entre una idolatría ménos grosera que la del vulgo, y el cristianismo abrazado y practicado hasta el punto de morir por él; y el haber pasado de un extremo á otro los sabios mismos, los magistrados, los ricos y acomodados del siglo á la voz sola de algunos judíos oscuros y despreciados, es cosa que asombra, y que nunca se explicará por causas puramente humanas.

Confesemos pues que la religion cristiana no halló los medios de establecerse ni en las luces de sus fundadores, ni en los atractivos de su doctrina, ni en las circunstancias de los tiempos de su origen, y que nada tuvo á su favor de cuanto hace prosperar las empresas humanas: al contrario, las preocupaciones del entendimiento, las pasiones del corazon, la fuerza de la costumbre, la autoridad del egeemplo, y la política de los gobiernos, todo estuvo contra ella. ¿pues cómo ha podido establecerse? Se necesitaba para ello, ó milagros, ó cierto impulso secreto en las almas, dado por aquel que llaman nuestros libros sagrados el *Padre de las luces* y el *Dios de las virtudes*. El Evangelio ha triunfado del mundo pagano, y este solo triunfo es un monumento eterno de su divinidad.

Pero para convenceros mas y mas, demos:

tremos cuan frivolas son las explicaciones de su establecimiento que han dado los incrédulos.

Nada han perdonado estos para oscurecer la gloria que resulta al cristianismo de su maravilloso establecimiento. Ya nos hemos anticipado á algunas de sus fútiles observaciones; pero conviene al triunfo del evangelio examinar todavía mas las explicaciones que los incrédulos pretenden dar de su asombrosa propagacion. Nos dicen que el evangelio debió por sola su novedad excitar vivamente la curiosidad pública y atraerse partidarios: que habiéndose apoderado en los primeros momentos un entusiasmo inconsiderado de algunos espíritus exaltados, se difundió bien pronto por todas partes: que una vez establecida en algunos puntos la secta de los cristianos, debió sus rápidos progresos al fanatismo, y sus virtudes al espíritu de partido; y que no podia dejar de ser así en vista de las terribles amenazas y de las magnificas promesas de la vida futura de que iba acompañada la predicacion del evangelio: tal es el lenguaje de la incredulidad: ¡vano recurso para explicar lo que es inexplicable por solas causas humanas! Prosigamos.

Yo no ignoro que la novedad tiene por sí misma cierto atractivo; pero tambien sé que una

doctrina, aunque nueva, no logra fácilmente prosélitos sino en cuanto es conforme con los gustos é inclinaciones de aquellos á quienes se anuncia. El corazon adopta gustoso lo que le halaga, pero se rebela contra las máximas que sujetan sus inclinaciones: ¿quereis ganaros á la muchedumbre? Adulad sus inclinaciones; pero si quereis atraeros su odio y aversion, combatid sus vicios. La mentira no agrada sino cuando adula; podrán en algunos momentos arrebatarnos las bellezas de una moral pura, pero generalmente solo se la ama en la especulativa, y cierta propension nos excita á desecharla en la práctica, y á quererla mucho mas en los otros que no para nosotros mismos: es muy fácil ser crédulo en las cosas indiferentes que ninguna obligacion imponen; pero las máximas que piden sacrificios costosos hallan siempre en el corazon una secreta resistencia. Es cosa muy natural, y aun muy comun, que hombres ansiosos de novedades se dejen llevar de aquellas que de sí son halagüeñas y cómodas, y que prometen la licencia y la impunidad; pero que abracen sin motivo ni exámen, y á pesar de todas las preocupaciones y pasiones, y aun contra sus mismos intereses, una religion que los obliga á practicar la virtud mas pura, y

los expone continuamente á nuevas penas y nuevos riesgos, es una especie de seduccion de que no hay ejemplo.

Se quisiera no ver en la conversion de los paganos al evangelio mas que el efecto de un cierto entusiasmo inconsiderado; de este modo, y segun los incrédulos, hubiera sido preciso que una especie de delirio religioso hubiese arrastrado á los paganos á abandonar á la sola voz de unos cuantos judíos una religion tan agradable y cómoda como la suya para abrazar otra tan opuesta á todas sus inclinaciones como es el cristianismo: era preciso que este delirio se hubiese apoderado no solo de algunas ciudades y de algunas otras poblaciones, sino tambien de todas las provincias del imperio romano de los pueblos civilizados y de los bárbaros, así como de regiones las mas encontradas en costumbres, en carácter y en language; que este delirio hubiese conmovido no solo algunas cabezas de las mas exaltadas, sino tambien los ánimos mas pacíficos, la juventud y la vejez, al magistrado y al pueblo, á los sabios y á los ignorantes; que no se hubiese limitado solamente á un corto número de años, sino que hubiese durado por siglos enteros; y por último que este delirio hubiese terminado en purificar las cos-

tumbres y destruir las supersticiones impuras y crueles, en hacer á los hombres mas ilustrados y mejores, y en formar en todas partes padres mas virtuosos, hijos mas sumisos, esposos mas fieles, señores mas justos y magistrados mas integros. Nadie ignora el homenaje que Plinio el jóven tributó en su famosa carta á Trajano (1) á las virtudes de los cristianos de su tiempo. Ciertamente un delirio que reúne todos estos caracteres y que regenera de este modo á la especie humana, es muy parecido á la mas sublime sabiduría; y ya lo veis, la tacha de delirio recae ménos sobre los primeros cristianos que sobre sus acusadores.

Se atreven á calificarlos de fanáticos; pero los fanáticos son en algun modo sombríos y feroces; su celo es violento y sanguinario, y el hierro y el fuego son los medios de realizar sus empresas y conquistas; proyectan venganzas y atentados en nombre del cielo, y los ejecutan y consuman por conciencia y sin remordimientos: he aquí el fanatismo, ó es preciso convenir en que no nos entendemos al usar de esta palabra; ¿y quién puede reconocer semejantes rasgos de un negro furor en los primeros fieles, en

(1) *Epist.* lib. X. Ep. XCVII.

aquellos que no respiraban mas que paz, caridad y olvido de las injurias, y que solo sabian padecer y morir perdonando á sus verdugos? Eran sin duda alguna celosos por la propagacion de la fe; es cierto que no miraban con indiferencia los errores y vicios del paganismo, y que estaban por el contrario dispuestos á sacrificarlo todo, hasta la vida si era necesario, por conquistar almas á Jesucristo; pero no conocian otras armas para extender su imperio que las de la persuasion, de la paciencia y de la súplica; y sabian derramar su sangre, pero no la de sus enemigos. ¿Se ve acaso en su conducta alguna cosa que indique ira ú odio? ¿Inmolaron acaso á algunos paganos á su religion por espíritu de fanatismo? ¿Procuraron por ventura la ruina de alguno de los Césares sus perseguidores? ¿Recorrieron acaso algunas provincias con la espada en la mano para establecer el reino del evangelio? Nada de esto se lee en los anales de los tres primeros siglos de la Iglesia, únicos de que hablamos al presente, y aquí yo no veo fanatismo mas que en el ciego encono de sus detractores.

Pero ya que no puedan dejar de admirar las virtudes de las iglesias nacientes, intentan explicarlas y disminuir el mérito de ellas, atribuyen-

dolas al interes que tenían los cristianos en adquirir reputacion, en ganarse la estimacion pública, y en una palabra, á la influencia del espíritu de partido; pero á la verdad, ¿hay cosa mas vaga ni más insignificante? El espíritu de partido da virtud solo en la apariencia, pero no en la realidad: puede, sí, reformar alguna vez el exterior de los hombres; pero no muda su corazon sino que les deja todo su orgullo, y no hace mas que ocultar las pasiones bajo de una máscara que suelen quitarse frecuentemente para manifestarse á las claras y con todos sus excesos. El espíritu de partido puede inspirar alguna accion brillante y algunos sacrificios pomposos; pero solo una religion sincera puede inspirar la fidelidad constante á los deberes mas oscuros, y hacer practicar aquella serie de acciones sencillas y modestas de cada dia y de cada momento: el espíritu de partido puede hacer fariseos, pero no hará un Vicente de Paul; y por mas que se disface queda siempre tal como es en sí, turbulento, áspero, vengativo y sedicioso. ¿Y quién ignora que los cristianos de las primeras iglesias eran por el contrario los mas afables, los mas caritativos y los mas pacientes de los hombres, los ciudadanos en fin mas sumisos y mas fieles? Confesemos en obsequio de

la verdad que una santa emulacion por el bien los animaba incesantemente, y que procuraban alentarse y edificarse unos á otros con buenos ejemplos. Si esto es lo que se quiere llamar espíritu de partido: loor eterno á tal espíritu de partido, que pobló el mundo de virtudes hasta entónces desconocidas! Ojalá que por espíritu de partido se hubiesen mostrado nuestros incrédulos como modelos de modestia, de desinterés y de sumision á las leyes, de respeto á las instituciones de su patria y de adhesion al trono; y ojalá que por todas partes hubiesen formado discípulos que siguiendo sus huellas por espíritu de partido, hubiesen presentado la imágen de las mas puras y heróicas virtudes: entónces á lo ménos, en lugar de ser conocida la incredulidad moderna por solo sus estragos, podrian vanagloriarse de haber hecho algun bien á la humanidad.

No hay duda que cuando, á la voz de los discípulos del Salvador entraban á bandadas los paganos en la iglesia cristiana, y cuando se exponian á todos los peligros, al odio de sus deudos, á la persecucion de los magistrados, y á la pérdida de sus bienes, de su tranquilidad y de su vida, estaban animados por la esperanza de recibir algun dia la recompensa de tantos y

tan generosos sacrificios. Pero pregunto yo ahora: ¿de dónde pudieron adquirir los apóstoles y sus discípulos ideas tan sublimes, tan puras, tan firmes y tan fijas sobre la vida futura, acerca de la cual estaban tan vacilantes los filósofos? ¿De dónde vino á unos cuantos judíos oscuros el poder de imprimir tan profundamente esta doctrina en el ánimo de los pueblos, y aun en el de un gran número de sabios, de voluptuosos y de ricos criados en el paganismo? ¿No es pues una cosa asombrosa que unos ignorantes hayan excedido á los mejores ingenios de Roma y de Atenas?

Contestando ahora directamente á los que quieren atribuir la propagacion del Evangelio al efecto que debia producir en los ánimos la perspectiva de sus amenazas y promesas, diré que una vez convencido el hombre de la verdad del cristianismo, y creyendo sinceramente en su doctrina y sus máximas sobre la vida futura, puede sentirse afectado y conmovido por esta idea; pero tambien diré que los que no creen en el cristianismo se rien de sus promesas y de sus amenazas, como lo hacen nuestros incrédulos que forman de ellas un objeto de irrisión. La primera idea de los paganos debió ser la de mofarse de los apóstoles y de su doctrina,

sin que la esperanza ó el temor de una vida futura les causasen mas impresion que sus fábulas sobre la felicidad de los campos eliseos y sobre los suplicios del Ténaro. Asi es que Tertuliano, nacido en el paganismo, decia despues de su conversion al Evangelio: „Nosotros (1) „tambien, nosotros nos hemos burlado como „vosotros de la doctrina cristiana: los hombres „no nacen cristianos; se hacen tales.” Nosotros tambien tenemos derecho de preguntar cómo se han hecho cristianos los paganos, y á esto nos contestará S. Atanasio (2): „Los filósofos con „sus obras voluminosas no han podido persua- „dir sus dogmas sobre la inmortalidad del al- „ma, y sobre el modo de vivir bien, mas que á „un corto número de discípulos, y Jesucristo „con palabras sencillas, y por medio de unos „hombres sin ciencia ha enseñado á una multi- „tud de iglesias, en todo el mundo, á despreciar „las cosas temporales y hasta la vida, para no „apreciar sino las eternas.”

En vano procuran los enemigos del cristianismo substraerse á la luz que le rodea, y que pone á la vista su origen celestial: léjos de oscure-

(1) *Apolog.*, cap. 18.

(2) *De Incarn. Verbi*, n. 47.

cerse la gloria que resulta al Evangelio de su maravilloso establecimiento en medio de las naciones paganas, permanece en todo su esplendor á pesar de los sofismas de la incredulidad. Debe pues ser reverenciada como obra de Dios esta religion que hace catorce siglos es la de nuestra patria, que se sentó con Clodoveo en el trono de los Francos, que protegió Carlo-magno con toda la fuerza de su brazo poderoso, que honró S. Luis con las mas heroicas virtudes, á la que tantos reyes han debido la prosperidad de sus reinados, ó su consuelo en sus infortunios, y que aun vemos brillar hoy sobre el trono y en sus gradas con nuevo esplendor. ¡Y estará destinada á desaparecer de entre nosotros por nuestra sacrilega indiferencia? ¡Ah! no temamos por ella, temamos por nosotros mismos. La historia atestigua que siempre ha sabido reparar sus pérdidas con nuevas conquistas: es un sol que si cesa de alumbrar una region, es para iluminar otra: ¡desgraciados de nosotros si hiciésemos esta fatal experiencia! La religion no necesita de la Francia; pero la Francia no puede subsistir sin la religion. Pero no, no perecerá: el cielo que la ha salvado con tantos milagros, la salvará aun si es preciso con otros nuevos: los dones de Dios no llevan con-

sigo el arrepentimiento, como dicen nuestros libros santos. El Dios de las misericordias parece habérnosla prometido para siempre al restituirmos los hijos de S. Luis: sí, la religion debe triunfar por ellos y con ellos. ¡Qué augusto apoyo no encuentra en ese monarca que no en vano se titula el REY CRISTIANISIMO, que se honra de humillar ante la cruz sus elevados pensamientos, y de ser á los ojos de sus súbditos el primer servidor de aquel por quien reinan los reyes! Cristianos, cuando se nos dan ejemplos tan grandes de amor á la fe de nuestros padres por lo mas ilustre que hay en la tierra, ¿quién de nosotros no fundará su felicidad en imitarlos? ¡Feliz aquella nacion que encuentra sus modelos en sus señores, y que solo tiene que seguir sus huellas para llegar á la verdadera gloria en este mundo y en la eternidad!

QUESTIONES

SOBRE

LOS MARTIRES.

Si oigo á un cristiano versado en la historia de los primeros tiempos de la iglesia, y celoso por la gloria de la religion, me dirá: ¡Qué furor el de aquellos emperadores romanos, el de aquellos magistrados, y de aquellos paganos enemigos encarnizados de los discípulos del Evangelio! Por tres siglos enteros no deja de correr la sangre de los cristianos. Los Nerones, los Domicianos, los Decios y Dioclecianos emplean contra ellos todos los suplicios de la crueldad mas refinada: cruces, potros, hogueras, garfos, hasta las garras de las fieras, todo, todo se pone en práctica para atormentarlos. Si algunos decretos favorables de la autoridad imperial producen algunos intervalos de paz, parece que el fuego de la persecucion no se mitiga sino para volverse á inflamar con mas furia; y tres siglos

de nuestra historia son tres siglos de persecucion; pero ¡qué valor! ¡qué heroismo el de los cristianos! El brazo de los verdugos se cansa ántes que la constancia de los mártires. ¡Qué multitud de inocentes víctimas caen por todas partes, bendiciendo á sus asesinos! Se los puede atormentar, pero no se los puede vencer. Sus suplicios son el aliciente que atrae á los paganos á la religion; la sangre de los mártires es semilla de cristianos; y la guadaña que los arrebató, hace brotar otros nuevos. ¡Cuán maravillosa no es tanta fortaleza y magnanimidad! y esto no en el acceso de una efervescencia pasajera, sino por espacio de trescientos años: no en determinados puntos del globo, sino en todas las provincias del imperio romano: no en algunos particulares, cuya educacion, cuyas fuerzas naturales y cuya clase parecian hacerlos superiores á la debilidad del resto de los hombres, sino en una multitud de cristianos de todas edades y de todos estados, desde la adolescencia á la vejez, y desde el guerrero hasta el sexo mas tímido. Y ¿de dónde nacia este heroismo tan superior aun á lo mas sublime que nos presenta en esta clase la antigüedad pagana? Al ver yo tanto valor unido á tantas virtudes, creo haber descubierto

verdaderos sabios, y aplaudo el testimonio que S. Cipriano tributaba á todos los cristianos diciendo: „No somos filósofos de palabras, sino „de obras: no llevamos las insignias de la sabiduría, pero la practicamos: no decimos cosas „grandes, pero procuramos hacerlas.” *Non loquimur magna, sed vivimus* (1). Confieso que este espectáculo de un valor invencible y de las mas puras virtudes me arrebatara de admiración: yo entreveo en esto alguna cosa divina, y hallo en ello una fuerza que no procede del hombre. Si los partidarios de la superstición pudieran conocerse por señales tan sublimes, ¿cuáles serian entonces los caracteres que distinguirían á los secuaces de la religion verdadera? Así habla un cristiano.

Si en seguida oigo sobre el mismo asunto á un incrédulo, me dirá: Los cristianos ponderan mucho sus mártires, como si todas las religiones no presentasen semejantes ejemplos: el judío tambien se dejaría todavía degollar por la ley de Moises, y el Indio se arroja debajo de las ruedas del carro que lleva en triunfo sus ídolos. Todas las sectas cristianas no profesan la verdadera, puesto que profesan dogmas opuestos; y

(1) *De Bono patientia*, pág. 247.

sin embargo desde los donatistas del quinto siglo, hasta los reformadores del diez y seis, todas pueden gloriarse de haber tenido sus mártires. ¿Qué no puede una imaginacion inflamada por los sentimientos religiosos? Pero por último, ¿á qué se reducen vuestras persecuciones de los primeros siglos? Los escritores eclesiásticos han cargado el cuadro con los colores mas negros, y la credulidad repite lo que ha sido desfigurado por la preocupacion y el espíritu de partido. ¿Qué reconvenccion teneis que hacer á un Trajano, á un Antonino, á un Marco Aurelio, á un Adriano, á un Alejandro Severo y otros emperadores? ¿Os imagináis á los señores del imperio como unas fieras sedientas de sangre? El mismo Diocleciano era demasiado hábil en el arte de reinar, para no ser mas que un monstruo de ferocidad. Los cristianos eran desobedientes á las leyes: mas de una vez provocaron la venganza de ellas con sus insultos á los dioses y á la religion del imperio; y odiosos al pueblo que pedia su sangre, fueron muchos, si se quiere, sacrificados por política. En esto no hay triunfo alguno que alegar; y en todo caso, si fuese preciso reconocer en el valor de los mártires alguna cosa extraordinaria, todo se explicaria con estas dos

palabras, *superstición, fanatismo*. De este modo han hablado los filósofos del siglo diez y ocho.

¿A quién, señores, deberémos creer, al cristiano, ó al incrédulo que acabais de oír? Discutamos con la mas severa imparcialidad quanto en esta materia puede haber á favor y en contra, y no fалemos, sino despues del mas premeditado exámen. ¿Cuál es el asunto de que se trata? ¿En qué estan acordes ambos partidos, y en dónde empieza su division? Que en la primera edad del cristianismo se suscitaron persecuciones contra él, que en estas perdió la vida un gran número de cristianos, y que estos mártires sufrieron la muerte con un valor asombroso, son hechos en que ambas partes convienen; por consiguiente lo que debe aclararse en la materia es la duracion y violencia de las persecuciones, el número é inocencia de los cristianos sacrificados, y la gloria que puede resultar de su muerte á la religion. Al efecto propondrémos las tres cuestiones siguientes: Primera: ¿Es cierto que las persecuciones suscitadas á la iglesia en los tres primeros siglos han sido tan multiplicadas y crueles como lo suponen los cristianos? Segunda: ¿Qué es lo que nos refiere la historia en quanto al número de

los mártires, á las causas y circunstancias de su muerte? Tercera: ¿Qué utilidad pueden sacar de la historia de los mártires los apologistas de la religion cristiana? Esta es la materia de la presente conferencia.

No intento, señores, cansar vuestra imaginacion con la descripcion circunstanciada de los suplicios sangrientos é inauditas crueldades que presentan en cada página los anales de la iglesia primitiva; pero siempre deberé referir lo que sea necesario para sentar de un modo incontestable la larga duracion y barbarie de las persecuciones; y por lo que diga podreis sin dificultad suponer lo que callo. Para facilitaros, si fuese preciso, su creencia, y escudaros contra la inverosimilitud de aquella serie de escenas crueles, de que fué teatro el mundo cristiano, me bastará recordaros las circunstancias en que apareció la religion cristiana, cuáles fueron sus máximas, y cuán sanguinarias eran á la sazón las costumbres del pueblo romano.

Tenia el imperio sus dioses, sus templos, sus sacrificios y su religion pública; y estaba apoyado el paganismo en las leyes, en la autoridad de los emperadores y de los magistrados, y en la credulidad y usos del pueblo: cuando he aquí que los cristianos se presentan profesando

abiertamente una religion nueva, y calificando la establecida como una supersticion abominable. Su primera obligacion era huir de los templos de los ídolos, manifestarse opuestos en sus discursos y conducta á los paganos, y abominar todo lo que era objeto de la pública veneracion; por solo esto era natural que se sublevase contra ellos el mundo pagano. Así es que el filósofo no veia en los secuaces de un Dios crucificado mas que una secta extravagante y ridícula, el magistrado unos novadores peligrosos, el pueblo unos impíos enemigos de los dioses, y los sacerdotes de los ídolos unos terribles rivales: impúntanseles los crímenes mas horrendos, y se los acusa de ateos, porque no adoran los falsos dioses: si en sus reuniones religiosas se dan muestras de una caridad enteramente fraternal, se les atribuyen amores incestuosos; y si participan del pan eucarístico, se los acusa de infanticidios, y de renovar el banquete de Thyestes. Estas son las acusaciones que se vieron precisados á rechazar Justino, Atenágoras, Tertuliano, Origenes y Minucio Felix. Espárcense estas calumnias, y se les da crédito en todas las provincias del imperio: ¿y cómo disiparlas una vez establecidas y arraigadas? No solamente dominan estas preocupaciones al

pueblo, sino que se apoderan tambien de los sugetos mas instruidos y de mas consideracion. Suetonio elogia á Neron por haber condenado al último suplicio á los cristianos, „cierta clase „de hombres entregados á una nueva supersti- „cion maléfica:” *genus hominum superstitionis novæ, et maleficæ* (1). Tácito en sus *Anales* (2) los pinta como hombres detestados por sus crímenes y convencidos de estar odiados del género humano. En efecto, por todas partes se les considera como enemigos irreconciliables de los dioses y del estado; y si alguna plaga, como la peste, el hambre ó las inundaciones desuelan las provincias, se les atribuyen tambien estas calamidades. En vista de esto ¿qué aborrecimiento no se les tendria? ¿Y es extraño que se hubiese armado contra ellos todo el furor de las pasiones?

¿Cuánta no era ademas la ferocidad del pueblo romano! ¿y no debería complacerse en hacer correr la sangre cristiana una gente cuyas fiestas eran asesinatos? ¿Hubo acaso entre los emperadores romanos alguno mas afable y clemente que Tito? Sin embargo este mismo Ti-

[1] Suet. in *Neron.* cap. 16.

[2] Lib. XV. cap. 44.

to para celebrar en Cesarea de Palestina el aniversario del nacimiento de su hermano, ordenó fiestas públicas en que se vió perecer á mas de dos mil y quinientas personas, ó devoradas por las fieras, ó consumidas por el fuego, ó muertas en los combates de los gladiadores; y su humanidad no le impide cuando celebra en Berito los dias de su padre Vespasiano entregar millares de judíos para ser devorados por las fieras (1). En vista de tal preocupacion contra los cristianos, y tales costumbres entre los romanos, ¿extrañaremos lo que nos dice Orígenes en una de sus homilias (2): „El senado el pueblo, los emperadores romanos han decretado que no haya cristianos?”

Pero huyamos de toda exageracion, y no altere la fantasía con falsos colores la verdad de la historia: consultemos los monumentos de la antigüedad, así profana como sagrada. ¿Qué escritor eclesiástico, apologista, historiador, orador ó teólogo de los cinco primeros siglos ha dejado de referir en sus obras las persecuciones de los cristianos, de elogiar el valor de los mártires, y los triunfos de la iglesia? Todos,

[1] Josephus. *De Bello Jud.* libro VII., cap. 3.

[2] *In lib. Josue.* Hom. IX. n. 10.

aun viviendo en diferentes épocas y en distintos puntos, en Asia, en Africa, en Italia, en las Galias, todos estan acordes en esto. ¿Qué hacen S. Justino, Tertuliano, Atenágoras, Orígenes, Teófilo de Antioquia, Meliton de Sardis y Minucio Felix en sus apologías? No solo establecen la verdad de la religion, sino que vindican á los cristianos de las atroces calumnias de sus enemigos, lamentándose sobre todo de que no se cese de perseguir á unos inocentes, cuyos delitos se reducen á su nombre de cristianos. ¿Qué decia S. Cipriano á Demetrio, Procónsul de Africa (1)? „Despojais, encarcelais y cargais de cadenas á inocentes; los entregais sin piedad á las fieras, á las llamas, y á la cuchilla de los verdugos: os complacéis en prolongar sus suplicios, y una ingeniosa barbarie inventa nuevos tormentos: ¿qué rabia insaciable os esa, y de dónde puede nacer ese desenfreno de crueldad que os arrebató? *Quæ hæc est insatiabilis carnificinæ rabies; quæ inexplebilis libido sævitie?* ¿Quién tampoco mas sabio ni mas inmediato á los hechos que Eusebio, historiador eclesiástico del siglo IV? ¿y hay uno solo de los diez libros que forman su *Historia*,

[1] *Ad Demetr.* pag. 220.

en que no hable de las persecuciones suscitadas bajo del reinado de diferentes emperadores? Lactancio escribió un libro titulado *De la Muerte de los Perseguidores*, en el que nombra á seis emperadores enemigos encarnizados de la iglesia cristiana, cuyo trágico fin parecia ser efecto de la venganza del cielo. En él describe mas particularmente las persecuciones de Diocleciano, de Maximiano y de Galerio, que fueron las mas largas y crueles de todas. ¿Y no vivió Lactancio en medio de los furios de la persecucion? ¿No fué uno de los mas grandes ingenios de su siglo, y tan distinguido por sus talentos y virtudes, que el emperador Constantino le llamó á su lado, y le confió la educacion de su hijo? Observemos por último que la conversion de Constantino el Grande fué celebrada precisamente como la época de la restitution de la paz á las iglesias, despues de las tempestades con que habian sido combatidas en los precedentes reinados. No eran pues hombres necios todos los escritores eclesiásticos, ni poseidos de un mismo delirio han soñado persecuciones que no existian.

¿Qué nos dicen ademas los autores paganos? Oid á Tácito (1). El pasaje que cito es sin du-

[1] *Annal.* lib. XV. cap. 44.

da bien conocido; pero es preciso por el interes de mi causa, que recuerde lo que dice relacion con mi asunto. „Se atribuyó á Neron ser el „verdadero autor del incendio de Roma; mas él „para sofocar este rumor presentó á otros co- „mo reos de este crimen, y castigó con supli- „cios muy exquisitos á los que el pueblo llama- „ba cristianos. . . . Se castigó primeramente á „los que confesaban serlo, y despues á un „gran número que se descubria por la con- „fesion de los primeros; pero ménos como con- „victos de ser los autores del incendio, que de „ser aborrecidos del género humano. Su muer- „te se miró como una diversion: cubiertos unos „con pieles de animales fueron devorados por „los perros, y otros amarrados á estacas fueron „quemados para servir de luminarias durante „la noche. Neron cedió sus jardines para este „espectáculo, y aun él mismo se presentó en tra- „ge de cochero, y subió en un carro como en „los juegos del circo.”

Espareciano, en la vida de Severo nos cuenta, que este emperador prohibió bajo de las penas mas severas abrazar el judaismo y el cristianismo: *Judæos fieri vetuit; idem etiam de christianis sanxit* (1); y Lampridio, en su vida

(1) *Spartian.* in *Sever.* cap. 17.

de Alejandro Severo, nos dice que propicio este emperador á los cristianos, los dejó vivir en libertad: *Christianos esse passus est* (1): de donde se infiere que esta tolerancia no habia sido comun.

Sabemos tambien por Laetancio (2) que, aun en el reinado de aquel príncipe mas tolerante que otros, reunió Domicio Ulpiano, prefecto de Roma, en una obra titulada: *Obligaciones del Procónsul*, los rescriptos de los emperadores contra los cristianos, á fin de que el Procónsul supiese á fondo los diferentes suplicios con que se debia castigar á los que profesasen esta religion. Calcúlese por la obra de este pagano, cual seria el odio que habia animado hasta entonces á los romanos contra el cristianismo.

Es bien terminante ademas el testimonio del sofista Libanio en su elogio de Juliano Apóstata: en él alaba á su héroe, porque persuadido de que el cristianismo habia tomado fomento en la carnicería hecha en sus secuaces, no siguió en este punto los pasos de sus predecesores, que habian empleado contra ellos los mas crueles suplicios.

(1) Lamprid. in *Alexand. Sever.* cap. 22.

(2) *Divin. Inst.* lib. V. cap. 11.

¿Queréis un documento original conservado por Eusebio? (1) Ved una carta del emperador Maximino II. Enemigo este de los cristianos al principio, varió luego por política, y escribió á los gobernadores de las provincias que le obedecian una carta favorable á la religion, pero que indica haber sido ántes horriblemente perseguida. Empieza en estos términos: „Creo „que sabeis, y que todos saben tambien, de qué „modo Maximiano y Diocleciano, nuestros pa- „dres y predecesores, habiendo visto que casi to- „dos los hombres abandonaban el culto de los „dioses para hacerse cristianos, mandaron con „mucha justicia que se obligase por medio de „suplicios á volver á su religion á todos aque- „llos que la hubiesen abandonado.” Ya veis, señores, la conformidad en este punto de los autores, tanto paganos como cristianos.

Es cierto que en el largo periodo de tiempo que medió entre Neron y Constantino tuvo el imperio romano príncipes dignos de gobernar á los hombres; pero aun estos mismos, si no expidieron edictos sanguinarios contra los cristianos, dejaron subsistir y ejecutar los de sus predecesores, y toleraron con extrema debilidad

(1) *Hist. Eccles.* lib. IX, cap. 9.

los excesos cometidos por los gobernadores de las provincias, por los magistrados y el pueblo en aquellos tiempos de anarquía y disolución, que preparaban la ruina total del imperio. Trajano fué sin duda un gran príncipe, y sin embargo fué el que condenó á S. Ignacio, obispo de Antioquía, á ser arrojado á los leones en el anfiteatro. Plinio, gobernador de Bitinia, aterrado de que se hiciese morir tanta multitud de víctimas inocentes, escribió sobre esto á Trajano; pero cuál fué la respuesta del emperador? „Que no se debe pesquisar á los cristianos; pero que si son delatados, se los debe interrogar, y castigarlos si confiesan ser cristianos (1):” respuesta singular que solo podia producir delatores y mártires, que es lo que sucedió segun refiere Eusebio.

Tampoco Antonino Pio, Marco Aurelio y Vero fueron perseguidores bárbaros; y sin embargo á ellos es á quienes S. Justino se queja en su Apologia de las inicuas persecuciones ejercidas contra los cristianos. A Marco Aurelio es á quien Meliton dirigia las palabras siguientes conservadas por Eusebio (2): „¡Cosa inaudita!

(1) Plin. *Epist.* lib. X, ep. 98.

(2) *Hist. Eccles.* lib. IV. cap. 26.

„La inocencia es hoy perseguida, oprimida en las provincias del Asia con motivo de nuevos decretos: á la sombra de los edictos imperiales, trabajan noche y dia impudentes delatores, codiciosos de los bienes ajenos para despojar de ellos á los inocentes. Si todo esto se hace por orden vuestra, ó gran príncipe, debemos someternos y recibir la muerte: solamente os pido que examineis por vos mismo á los que se acusa, y determineis con vuestra equidad si deben morir, ó si los juzgais dignos de vivir; pero si los decretos con que esto se autoriza, y que ni aun contra los bárbaros deberían darse, no son obra vuestra, no haremos mas que suplicaros aun con mas instancia que no permitais seamos víctimas de tales atropellamientos.” Ahora podreis dar su justo valor á esas vagas aserciones de Voltaire en su *Historia general*: de que Neron, Trajano, Antonino y Marco Aurelio no persiguieron á los cristianos, y que al contrario les fueron favorables: por nuestra parte digamos con Bossuet (1): „Los cristianos fueron siempre perseguidos, tanto bajo del dominio de los buenos como del de los ma-

(1) *Dictionnaire sur l'Histoire univers.* t. p. A. de J. C. 95.

„los emperadores. Estas persecuciones se hacian „unas veces por órdenes suyas, y por el odio „particular de los magistrados, otras por la se- „dicion de los pueblos, y otras en fin por los de- „cretos promulgados auténticamente en el se- „nado en virtud de los rescriptos de los prínci- „pes ó en su presencia.”

¿Y se podrá dudar aun de la realidad de las persecuciones de los primeros tiempos, de su larga duracion y de su barbarie? Cuando los hechos hablan tan claramente, ¿convenirá atenerse á vagas conjeturas é inverosimilitudes? Nuestros filósofos han acusado á los escritores eclesiásticos de haber exagerado el rigor de las persecuciones. ¡Ah! Esos mismos filósofos han sabido facilitarnos en nuestros dias la creencia, aun de lo mas bárbaro que presentan los tiempos antiguos de la iglesia. ¡Cuántas escenas de horror han puesto á nuestra vista cosas que podrán no parecer mas que sueños! Algun dia tambien, cuando se lean ciertas páginas sangrientas de nuestros anales, rehusará la posteridad darles crédito: notará que el siglo XVIII fué el siglo de las luces, de las ciencias y de las artes, y que las costumbres eran en él mas bien afeminadas que feroces: tal vez opondrá al testimonio de la historia algunas fra-

ses de los libros de nuestros filántropos, si es que llegan á ella, y preguntará cómo pudo conciliarse tanta cultura con tanta barbarie. Ya veis, señores, como se engañarian nuestros nietos si raciocinasen de este modo; pues lo mismo nos engañaríamos nosotros en el dia si quisiésemos juzgar de las persecuciones únicamente por conjeturas y por supuestas imposibilidades. Las apariencias podrian estar á nuestro favor; pero la verdad nos condenaria. Por desgracia cuando se trata de la perversidad de la especie humana, *lo verdadero puede muchas veces no ser verosímil.*

Pero ¿qué es lo que la historia nos enseña como cierto relativamente al número de los martires, á las causas y circunstancias de su muerte? Esta es la segunda cuestion.

No es por los Martirologios, ni por el catálogo de los mártires por donde se puede juzgar de su número. ¡Cuántas de estas relaciones deben haberse perdido en la serie de los tiempos, y cuántos millares de víctimas pueden haber quedado en el olvido! Cuando una plaga destructora, tal como la guerra, la peste ó el hambre asuela las provincias de un vasto imperio, se puede muy bien calcular en globo la devastacion, y aun reunir los pormenores particula-

res; pero jamas se pretende haber formado un cálculo aritmético de todas las víctimas. No necesitamos *leyendas doradas*, ni actas falsas que desapruera la sana critica; la religion es por sí demasiado sólida para no despreciar tan vanos apoyos. Los enemigos del cristianismo le atacan con mentiras, nosotros pretendemos defenderle únicamente con la verdad. Es muy uniforme en este particular el lenguaje de los escritores eclesiásticos de los cinco primeros siglos; y siempre suponen en sus historias, en sus homilias, en sus apologías y otros diferentes tratados, que las persecuciones sangrientas en extremo hicieron un sinnúmero de mártires: ¿y qué derecho hay para recusar el testimonio de varones tan graves, tan ilustrados y tan eminentemente virtuosos, muchos de los cuales despues de ser testigos fueron víctimas de las persecuciones? En cuanto á los demas, como son S. Leon, S. Crisóstomo, S. Gerónimo, S. Agustín, y Teodoreto, ¿no debieron tener á la mano y á la vista una multitud de monumentos verídicos y palpables de aquellos tiempos de destruccion y de mortandad que acababan de pasar? Yo bien sé que Orígenes dijo terminantemente que hubo pocos mártires, y que con este dicho créa la incredulidad haber triunfado; pero ade-

mas de que Orígenes escribió ántes de las persecuciones de Decio, de Valeriano y Diocleciano, que fueron las mas sangrientas, es evidente que quiso decir únicamente que el número de los mártires fué pequeño comparado con el de los cristianos que se salvaron: „no queriendo „Dios, añade, que la sociedad cristiana fuese „del todo destruida (1).”

Creo deber entrar en algunos pormenores de la persecucion de Diocleciano, la mas larga y cruel de todas, y sobre la cual han esparcido los filósofos las nubes de su escepticismo. ¿Y quién debia conocerlos mejor que Eusebio y Lactancio, ambos contemporáneos? Oigamos pues á Eusebio (2): „Es imposible decir qué „multitud de mártires hizo en todas partes la persecucion. *Dici non potest quot et quantos Christi Martires in omnibus locis atque urbibus passim cernere liquerit.* Estas son sus palabras. ¿Qué nos dice ademas Lactancio (3)? „Toda la tierra estaba cruelmente atormentada; y „el Oriente y el Occidente, á excepcion de las „Galias, fueron asolados y devorados por tres

(1) *Cont. Cels.* lib. III, n. 8.

(2) *Hist. Eccles.* lib. III, cap. 4.

(3) *De Mort. Persec.* cap. 16.

„monstruos.” Fué tan espantosa en efecto la persecucion de Diocleciano y de sus colegas, que se persuadieron haber como destruido el cristianismo en el imperio. „Vemos tambien, se „dice en el Arte de comprobar las fechas, una „medalla de Diocleciano con esta inscripcion: „*Nomine christianorum deleto*, en memoria de „la abolicion del nombre cristiano.” No trato de disputar á Diocleciano sus cualidades guerreras y políticas, ni la tolerancia de los primeros tiempos de su reinado: haya sino ó no hábil en el arte de gobernar á los hombres, siempre es cierto que él y sus colegas fueron perseguidores atroces. ¿Y no era preciso haber hecho correr rios de sangre, haberlo trastornado, dispersado y destruido todo en las borrascas de la persecucion para tener la osadía de vanagloriarse del exterminio de una religion que ocupaba todo el imperio?

No sé que intencion habrá tenido Voltaire al decir: „se ha hecho mención de unos doscientos „mártires en los últimos tiempos de Diocleciano, „no, en toda la extension del imperio romano.” Gibbon confiesa que hubo cerca de dos mil condenados por sentencia judicial.

Este mismo escritor conjetura que la Palestina formaba la décimasesta parte del imperio

de Oriente, y que segun Eusebio en su enumeracion particular de los mártires de la Palestina, solo ochenta y dos cristianos tuvieron derecho á esta honrosa denominacion. Sí, este es el número de los que fueron condenados á muerte por sentencia judicial: ¿pero no debe hacerse ningun caso de los que gemian en las prisiones, de los condenados á las minas, de los desterrados, de los que se ocultaban en las cavernas y peñascos de los desiertos, de los que padecieron tormento, y de los que perecieron victimas de tan cruel trato? ¿De cuando acá se enumeran las víctimas que hace la guerra por solo el número de los que mueren en el campo de batalla?

Eusebio atestigua que en la Tebaida (1) se repitieron los dias en que padecieron martirio desde diez á cien personas á un tiempo; y á buen seguro que no impugnaremos los franceses la posibilidad de tantos suplicios. Con objeto de debilitar este testimonio, observa Gibbon que Eusebio eligió para teatro de esta crueldad inaudita el pais mas aislado y lejano de todo el imperio. ¿Pero camina en esto de buena fe el sofista ingles? Eusebio debia estar muy bien ins-

(1) *Hist. Eccles.* lib. VIII, cap. 9.

truido del hecho, puesto que habia estado en aquel pais; y así es que refiere haber visto durante la estancia que allí hizo, á varios cristianos entregados á los suplicios. Tambien observa Gibbon que Eusebio se sirvió de intento de una palabra equívoca que puede significar que habia visto ó que habia oido, y que expresa ya la expectacion, ó ya la ejecucion del suplicio; pero Eusebio repite dos veces la misma cosa, y la segunda con palabras tan terminantes que Mr. de Valois las traduce así: „Hemos visto con „nuestros propios ojos,” *oculis nostris conspeximus*. Si Eusebio, como quiere Gibbon, es algunas veces oscuro, ¿con qué razon le supone tal en el caso presente?

El mismo Eusebio refiere que una ciudad de Frigia (1) fué entregada á las llamas con todos sus habitantes, su gobernador y magistrados, porque rehusaron sacrificar á los falsos dioses. Gibbon, animado siempre de su espíritu filosófico, observa que Lactancio solo habla de la ruina del conventículo que fué quemado con todos sus asistentes; siendo así que Lactancio dice expresamente que quemaron todo el pueblo con el conventículo: *universum populum cum ipso*

(1) *Hist. Eccles.* lib. VIII, cap. II.

pariter conventiculo concremavit (1). Fiaos pues, señores, de los filósofos en lo que pertenece á la religion. Oigamos particularmente al historiador Sulpicio Severo, que escribió poco tiempo despues de la persecucion de Diocleciano. „Diez „años de devastacion han assolado la Iglesia de „Dios: jamas guerra alguna ha hecho mayor „estrageo en el género humano, y nunca la Iglesia habia conseguido un triunfo tan glorioso, „pues que diez años de carnicería no han podido vencerla.” *Per decem continuos annos plebem Dei depopulata est.... Nullis unquam magis bellis mundus exhaustus est, neque majore unquam triumpho vicinus, quam cum decem annorum stragibus vinci non potuimus* (2). Así pues sin querer fijar con una exactitud matemática el número de las mártires, diremos con Fleuri (3): „Los cristianos han dado testimonio „de la verdad hasta con la muerte y con los „mas crueles tormentos; y esto no ha sido un „pequeño número de filósofos, sino una multitud innumerable de todas edades, sexos y condiciones.”

(1) *Divin. Inst.* lib. V, cap. II.

(2) *Sulp. Sever. Sac. Hist.* lib. II.

(3) *II. Discours sur l'Histoire Eccles.* n. 2.

¿Pero por qué padecian? ¿era por ser cristianos, ó era por haber sido convencidos de algun crimen capital?

La filosofía ha procurado con todo esfuerzo calumniar á los cristianos, representándolos como sediciosos ó como hombres arrebatados por un falso celo contra el paganismo; pero toda la odiosidad de semejante acusacion recae sobre los que se atreven á intentarla. Invocaré en favor de la inocencia de los mártires la carta de Plinio á Trajano, la contestacion de este príncipe, y el edicto de Maximiano: todos estos documentos prueban que los cristianos únicamente eran perseguidos á causa de su religion, como enemigos de los dioses y del culto de los paganos. Apelaré tambien á nuestros antiguos apologistas, que todos suponen como un hecho averiguado, que los cristianos no fueron convencidos de ningun crimen, y que todo su delito era el de su religion; y en esto se fundan para dar á conocer toda la iniquidad de las leyes y de los magistrados respecto á ellos. Apelaré tambien á los restos que nos han quedado de las actas auténticas de nuestros mártires. Léanse los interrogatorios: ¿de qué se trata en ellos? ¿qué pregunta el juez? ¿qué responde el acusado? ¿en qué se funda la sentencia? ¿se los

condena acaso por haber cometido crímenes? No señores, jamas: si la voz de la calumnia hace resonar alguna vez la acusacion vaga de infanticidio ó de incesto, ¿se da alguna prueba de ello? No, no es esto en lo que se funda la sentencia de muerte; no adorar á los dioses, y ser cristianos, este es todo su delito. Así es que bastaba renegar de su religion para ser absuelto, y todas las persecuciones producian apóstatas, porque una simple negacion de la fé cristiana, ó un poco de incienso quemado ante los dioses de los gentiles, los salvaba de la muerte. ¡Y qué! si los acusados hubieran sido convencidos de crímenes abominables, ¿les hubiera bastado no ser cristianos para evitar el suplicio que hubiesen merecido? Bien sé que algunas veces arrebató el celo á algunos cristianos; pero semejantes ejemplos son muy raros, pues no era este el espíritu de la religion. Es un verdadero absurdo suponer que la causa de las persecuciones era únicamente el desprecio de los cristianos á las autoridades, y su espíritu de rebelion contra los magistrados. Lactancio nos dice que un particular arrancó é hizo pedazos un edicto de persecucion mandado fijar por Diocleciano en Nicomedia; pero el mismo Lactancio, si bien ve en esto un rasgo de valor, aña-

de tambien que fué un celo intempestivo, *non rectè* (1). Se cita á Polieucto rompiendo los ídolos de los falsos dioses; pero todo el ingenio de Corneille no pudo hacer cierto lo que es dudoso: por lo tanto, si es constante que el generoso Polieucto derramó su sangre por la fe, no lo es que hubiese derribado los altares de los paganos; esta es una particularidad dudosa entre lo sabios, y Gibbon conviene en que no es muy auténtica. Se cita á un centurion llamado Marcelo, que arrojando al suelo sus insignias militares y sus armas, dice que es cristiano, y que no quiere servir mas que al Rey eterno. Voltaire tiene por sediciosa esta conducta, y Gibbon no habla de ella de un modo mas favorable; pero ambos han tenido la impudencia de alterar los hechos. En las actas del martirio de Marcelo, cuya autenticidad nadie ha negado, se leen estas palabras proferidas por él mismo: „Si la condicion de las armas es tal que obligue „á sacrificar á los dioses y á los emperadores, „arrojo mi baston y mi cingulo, abandono mis „banderas y renuncio á las armas.” Aqui no se ve mas que un cristiano que no quiere ser apóstata, y que se presenta fiel á esta máxima:

(1) *De Mort. Persec.* cap. 18.

Mas vale obedecer á Dios que á los hombres: pero en esto como en todo lo demás, Voltaire y Gibbon son fieles al espíritu de mentira y de calumnia que los anima contra el cristianismo.

Fleuri en sus *Costumbres de los cristianos* dice las siguientes palabras (1). „Las reglas „de la Iglesia prohibian el exponerse por sí mis- „mos al martirio, ó hacer cosa alguna que pu- „diese irritar á los paganos y atraer la perse- „cucion; como romper sus ídolos, incendiar los „templos, injuriar á sus dioses ó atacar en pú- „blico sus supersticiones:” tales eran las máxi- mas generalmente seguidas.

De la historia de los mártires y de sus combates por la fe, que estoy muy léjos de haber exagerado, sacarémos dos consecuencias muy gloriosas para la religion: primera, que es imposible atribuir su muerte y su valor á ninguna de aquellas pasiones feroces y bajas que animan con demasiada frecuencia á los hombres: segunda, que no se puede formar paralelo alguno entre los mártires de la religion cristiana y los de las otras religiones.

En efecto, ¿cómo ver en los mártires unos hombres arrastrados por las pasiones humanas?

(1) N. 19.

¿Los acusaréis de una estúpida locura? Pero aquella virtud tan sublime, aquella caridad tierna y compasiva, aquel valor tan heroico que caracterizaban á los primeros cristianos, ¿no han de ser á vuestros ojos mas que rasgos de estupidez? ¿Y no han de ser mas que hombres estúpidos todos aquellos pontífices de la Iglesia primitiva, aquellos filósofos paganos convertidos al cristianismo, aquellos doctores cuyos escritos conservamos, los oficiales de la corte de los Césares, los magistrados, los guerreros y últimamente todos los personajes ilustres de que se componia en parte la Iglesia de los primeros tiempos? Se habla del fanatismo: palabra cómoda porque es vaga, y que los filósofos deberían definir exactamente. ¿Pero se nota acaso en nuestros mártires un celo oscuro y feroz? No; todo al contrario: ¿Qué paz, qué serenidad, y muchas veces qué alegría brillaba en sus rostros! Yo he tenido siempre el fanatismo por un furor pasajero, local y limitado á ciertos tiempos y ciertos lugares; ¿cómo pues sería posible que por solo fanatismo se renovase incessantemente la misma constancia por espacio de tres siglos entre tantos pueblos diferentes? El fanatismo degenera frecuentemente en violencia, en rebelion, y en injurias contra la autori-

dad; y se vió esto alguna vez entre los primeros cristianos? No: por grande que fuese su número é invencible su valor, no respiraban mas que paz en medio del furor de los tiranos y de sus implacables enemigos; y en los cadalsos y bogueras no hacian mas que dirigir al cielo súplicas por sus verdugos: ved aquí un singular fanatismo. ¿Serian impelidos por el amor de la gloria? Yo no dudo que la pasión por la celebridad exalte á algunas almas; ¿pero no será una quimera suponer que una inmensa multitud de hombres de todas edades y condiciones mueran en los mas crueles suplicios animados por la esperanza de vivir en la memoria de la posteridad? ¿Es esto acaso lo que ambiciona el comun de los hombres? No; en nada se descubre en nuestros mártires, ni la bajeza ni la vanidad de las pasiones humanas.

He dicho tambien que no se podia formar paralelo alguno entre nuestros mártires y los de las otras religiones. Desde luego podria haceros observar con todos nuestros apologistas, que un considerable número de nuestros mártires no han muerto como los de otras religiones por opiniones especulativas de que estuviesen imbuidos, y que su entendimiento les presentase como verdaderas, sino por hechos asom-

brosos y públicos, como fueron los prodigios de Jesucristo y de los apóstoles, prodigios que ó habian visto con sus ojos, ó sabido por testigos oculares que sellaron su testimonio con su sangre. La palabra *mártir*, segun su etimología, quiere decir *testigo*. „¿Y qué testificaron S. Esteban, los dos Santiagos, S. Pedro, S. Pablo, S. Simeon y otros, cuando murieron por „Jesucristo? Todos testificaron que le habian „visto hacer milagros; que le habian visto muer- „to y resucitado; que les habia mandado predi- „car aquella doctrina: ¿y es digno ó no de fe „su testimonio sobre hechos tan palpables? ¿for- „ma prueba, ó no la forma? He aquí toda la „cuestion (1).” ¿Eran acaso tan frenéticos que inventasen hechos y muriesen atestiguán- dolos cuando sabian que eran falsos? No hay ejemplo alguno de este género de furor. Si es posible sacrificar la vida por opiniones falsas, creyéndolas verdaderas, es inaudito que nadie haya muerto jamas por sostener hechos cuya falsedad conocia. ¿De qué dieron testimonio los discípulos de los apóstoles, tales como S. Ignacio, y S. Policarpo, cuando murieron en los

(1) Bergier, *Traité de la vraie Relig.* III part. cap. 7 art. § 3, tom. IX, in 12.

suplicios? Todos testificaron que los apóstoles les habian referido los milagros de Jesucristo y su gloriosa resurreccion, y que habian sellado con su sangre todas estas verdades. Los mártires posteriores transmitieron el propio testimonio, de modo que las diversas generaciones de mártires no han hecho mas que perpetuar la cadena de testimonios irrecusables en favor de hechos que eran el fundamento de su religion. ¿Y se encuentra cosa igual en alguna otra parte?

Pero voy á considerar á los mártires bajo de otro punto de vista. El verdadero carácter del martirio es morir por su religion ántes que abandonarla, aun cuando solo renunciar á ella se pueda evitar la muerte: así es que al que se propone la apostasía ó la muerte, se le deja la eleccion entre una y otra; si prefiere libremente la muerte, es mártir, y esta era la condicion del inmenso número de los mártires cristianos. Y en efecto, ¿qué se exigia de ellos? Solamente que dijese que no eran cristianos, y que diesen una señal de respeto á los dioses del imperio: podian elegir entre la abjuracion exterior de su religion y los mas horribles suplicios; esto es lo que hemos demostrado, y si aun es necesaria una nueva prueba, la hallaremos

en Orígenes (1). „Los cristianos son los únicos acusados que los magistrados dejarían tranquilos si quisiesen abjurar su religión, ofrecer sacrificios, y hacer los juramentos acostumbrados.” Así, pues, puedo presentar aquí á los mártires del cristianismo como víctimas voluntarias y magnánimas de su religión: déjese ya por consiguiente de compararlos con los paganos, con los judíos, los Musulmanes y otros sectarios muertos con las armas en la mano por su religión, ó pereciendo en una matanza general, ó en los suplicios decretados por las leyes, cuyo rigor no habían podido evitar. Sería preciso citarme idolatras que hubiesen preferido la muerte á confesar la unidad de Dios, judíos que hubiesen rehusado rescatar sus días por un acto exterior del cristianismo, mulsumanes anteponiendo la muerte á la abjuración aparente de Mahoma, ó sectarios que se lanzasen á las hogueras ántes que abandonar su doctrina. Quiero en una palabra mártires como los nuestros, que por reflexion y por elección voluntaria prefieran los suplicios mas horrorosos al abandono de su creencia. Con solo esta observación desaparecen la mayor parte de los

(1) *Contra Cels.* lib. II. n. 13.

supuestos mártires de las otras religiones.

Solo restará entónces un corto número de hombres que arrostrando la muerte, la hayan sufrido con valor por doctrinas falsas. Convengo, señores, en que algunos motivos naturales, como el espíritu de partido, la vanidad, el amor de la gloria, la vergüenza de una retractacion ó un momento de entusiasmo, puedan arrastrar á la muerte á un pequeño número de hombres, y en ocasiones muy raras; pero que durante tres siglos una prodigiosa multitud de personas de todos estados, edades y caracteres, sufran, no en el acceso de un entusiasmo furioso, sino con toda la calma de la reflexion, y con una inalterable paciencia, no una muerte pronta y dulce, sino acompañada de los mas horrendos dolores, en medio de los tormentos mas lentos é ingeniosos: que la sufran no solo con denuedo, sino con serenidad y alegría, y de un modo tan maravilloso y tan persuasivo, que conmueve á los paganos y á los verdugos, y los atrae á la religion con una eficacia mayor de la que podia tener el temor de los suplicios para hácersela abandonar; esto es lo que no vemos sino en la Iglesia de Jesucristo; esto lo que parece exceder las fuerzas del hombre, y lo que supone un auxilio divino. Se admira á Sócrates

bebiendo la cicuta por no desobedecer leyes que le condenan injustamente; á Régulo volviendo á Cartago donde le aguardaba una muerte cruel, y á Epicteto, imperturbable á los golpes de un señor bárbaro; y si un valor semejante se viese en un gran número de personas, creceria aun la admiracion; pero cuando durante tres siglos vemos animadas de un heroismo aun mas asombroso á las personas de quienes ménos debería esperarse por la debilidad de la edad, por la timidez del sexo y las costumbres de su clase; á mugeres, á ancianos, á niños y á personas de todas las clases de la sociedad; semejante maravilla parece entónces increíble y sale de las leyes ordinarias de la naturaleza; y si es preciso creerla, es forso reconocer en ella un milagro en el órden moral (1). Yo me digo á mí mismo: Si el Dios del cielo y de la tierra, que es la santidad, la sabiduría y la verdad por esencia, tiene en alguna parte adoradores cuyos homenages le sean gratos, ¿por qué señales podré distinguirlos? Yo desearia que fuesen los mas virtuosos de todos los mortales, esposos fieles, hijos tiernos y respetuosos, desinteresados, llenos de amor á sus semejantes,

(1) Fleuri, II Disc. sur l'hist. Eccles. n. 1 y 2.

amigos generosos, y de una probidad incorruptible, pues así quiere ser honrado el Dios de toda santidad. Yo desearia que estos adoradores fuesen amigos del órden público, sumisos á las leyes, llenos de respeto á los magistrados, de amor á su patria, de valor en los combates, de integridad en los tribunales, y de celo en los empleos públicos; mostrándose así dignos servidores del Dios del órden y de la sabiduría. Yo desearia en fin, que estos adoradores, dispuestos siempre á sacrificarlo todo, el honor, la fortuna y la reputacion, ántes que su deber, no tuviesen mas regla que la verdad, y que mirasen como un triunfo el ser víctimas de ella. Yo no hallo nada comparable con semejantes hombres. He aquí, pues, el retrato de los mártires cristianos; y si estas señales no dan á conocer los adoradores del Dios verdadero, ignoro donde existan en la tierra.

No olvidemos que descendemos de estos héroes cristianos, y que podemos exclamar con mas razon que aquel patriarca de la antigua ley: Somos hijos de los santos: nos han precedido en la carrera, y nos esperan en la morada de su gloria: peleemos como ellos para triunfar como ellos, y consolemos á la Iglesia, nuestra madre comun, con nuestra adhesion á su doctrina

y á sus leyes. La incredulidad moderna pasará con sus sofismas y su falsa tolerancia: es un azote que dejará tras sí por mucho tiempo vestigios de sus estragos; pero esperemos que de este nuevo género de persecucion no quedará mas que lo que resta de las antiguas: recuerdos gloriosos para la iglesia que las ha sufrido. ¿Qué se han hecho aquellos romanos que la perseguian? Aquel pueblo que se vanagloriaba de ser el pueblo soberano, ha sido entregado á las naciones bárbaras: aquel imperio que se lisonjaba de ser eterno, cayó: Roma está sepultada con sus falsos dioses entre sus ruinas, y no queda de ella otra memoria que esa otra Roma nacida de sus cenizas, y que pura y santa se ha hecho para siempre el centro del reino de Jesucristo.

JESUCRISTO

CONSIDERADO

COMO BIENHECHOR

DEL GENERO HUMANO.

Ego sum veritas et vita.

Yo soy la verdad y la vida.

Evang. San Juan, cap. XIV, v. 6.

¿QUE lenguaje! señores: ¿quién es el que ha podido pronunciarle en el mundo sin nota de soberbia? Quién el que ha tenido derecho de dar de sí mismo el magnífico testimonio de ser la verdad y la vida, y de levantar la voz en medio de las naciones para decirles: Antes de mi venida se han visto sabios que han brillado por su doctrina, por la viveza de su ingenio, y que han enseñado á los hombres verdades útiles; pero su entendimiento no estaba exento de todo error, y demasiadas veces han abusado de sus

y á sus leyes. La incredulidad moderna pasará con sus sofismas y su falsa tolerancia: es un azote que dejará tras sí por mucho tiempo vestigios de sus estragos; pero esperemos que de este nuevo género de persecucion no quedará mas que lo que resta de las antiguas: recuerdos gloriosos para la iglesia que las ha sufrido. ¿Qué se han hecho aquellos romanos que la perseguian? Aquel pueblo que se vanagloriaba de ser el pueblo soberano, ha sido entregado á las naciones bárbaras: aquel imperio que se lisonjaba de ser eterno, cayó: Roma está sepultada con sus falsos dioses entre sus ruinas, y no queda de ella otra memoria que esa otra Roma nacida de sus cenizas, y que pura y santa se ha hecho para siempre el centro del reino de Jesucristo.

JESUCRISTO

CONSIDERADO

COMO BIENHECHOR

DEL GENERO HUMANO.

Ego sum veritas et vita.

Yo soy la verdad y la vida.

Evang. San Juan, cap. XIV, v. 6.

¿QUE lenguaje señores: ¿quién es el que ha podido pronunciarle en el mundo sin nota de soberbia? Quién el que ha tenido derecho de dar de sí mismo el magnífico testimonio de ser la verdad y la vida, y de levantar la voz en medio de las naciones para decirles: Antes de mi venida se han visto sabios que han brillado por su doctrina, por la viveza de su ingenio, y que han enseñado á los hombres verdades útiles; pero su entendimiento no estaba exento de todo error, y demasiadas veces han abusado de sus

lucos para acreditar la mentira: yo soy el único que posee la plenitud de la ciencia verdadera: Yo soy la verdad: *Ego sum veritas*. Legisladores hábiles y amigos de la humanidad habrán trabajado ántes que yo en civilizar los pueblos y reformar las costumbres; pero ¿cuán insuficientes y limitados han sido sus esfuerzos? Yo soy el que viene á infundir en las almas nuevos sentimientos, y á esparcir semillas de vida que produzcan por todas partes los frutos mas abundantes y saludables: Yo soy la vida: *Ego sum vita*.

¿Quién es, vuelvo á decir, el que ha podido usar de semejante lenguaje sin vanidad, y anunciarse de este modo como la luz y el reformador del mundo? En vano buscaréis tan extraordinario personage en el Pórtico ó en el Liceo, ni entre los sabios de Roma y de Aténas, pues jamas le vió la antigüedad pagana. Algunos conocimientos mezclados con muchos errores, vicios al lado de algunas virtudes, y un celo aparente mas bien que real por la reforma del género humano, es lo único que hallaréis entre los antiguos sabios del paganismo.

Si os trasladais á los tiempos de la nacion judía, veréis á su frente á su legislador Moisés, autor inspirado de una ley admirable sin duda:

pero este fué la antorcha y guia de un solo pueblo, mas bien que de todos, y el código de sus leyes no tenia toda la perfeccion del Evangelio: era un bosquejo de este, y como la aurora de un sol de verdad que debia salir por fin para disipar las tinieblas de la idolatría.

Si, desde el origen de todas las cosas hasta nosotros solo un personage ha podido llamarse sin vanidad y sin restriccion, para todos los tiempos y todos los pueblos, la *verdad* y la *vida*; y este personage, único en los anales del mundo, es, señores, ya lo adivináis, es el Libertador que esperaban los hijos de Jacob, el que los profetas llamaban el *Deseado de las naciones*, el pacificador del cielo con la tierra que apareció en la Judea, en el reinado de Augusto, cuando cerrado el templo de Jano reinaba la paz en todo el mundo; es el divino fundador de nuestra santa religion; es en fin Jesucristo.

Al oír este sagrado nombre se estremeció el infierno, se desenfrenaron todas las pasiones, y los pueblos se sublevaron diciendo: „Arrojemos „léjos de nosotros á ese Cristo, á sus enviados, „y el yugo de sus leyes (1):” *projiciamus á nobis jugum ipsorum*. Pero sus designios fueron

(1) Ps. II, 3

vanos, y el que habita en los cielos se burló de sus proyectos. Triunfó Jesucristo, y todo se humilló ante él en la tierra; su triunfo ha hecho la felicidad del mundo; y las naciones que se sublevaron contra él no conocian que arrastradas por un furor ciego, desechaban á su verdadero Salvador.

Mi objeto será hoy, señores, uniros á Jesucristo y á su ley, por vínculos tan suaves como fuertes, cuales son los de la gratitud: fortificar vuestra creencia en él haciendo que le ameís, y manifestaros cuan digna es su religion de un Dios de bondad, por los bienes mismos de que ha sido causa. ¿Por qué tantas veces se ha de haber tenido complacencia en ostentar los males á que le han hecho servir de pretexto los vicios de los hombres, y se ha de echar un velo sobre los inmensos bienes, de que ha sido verdadera causa con sus máximas y con su espíritu? Procuremos ilustrar á aquellos entendimientos que puedan estar preocupados, y unir todos los corazones á Jesucristo por la historia misma de sus beneficios: recordemos todas las luces y virtudes que le debe la humanidad, y manifestemos que ha sido la verdad y la vida: la verdad, disipando los errores del mundo pagano; y la vida, esparciendo en él un espíritu

nuevo que le ha regenerado. Tal es el plan y division de este discurso sobre Jesucristo, considerado como el Bienhechor del género humano.

Hoy que instruidos por el Evangelio tenemos ideas tan elevadas y puras de la Divinidad, de su Providencia, del vicio y de la virtud, de las recompensas y castigos de la vida futura, y de todas nuestras obligaciones para con nuestro Criador, con nuestros semejantes y con nosotros mismos: hoy que las mas sublimes verdades de la religion se han hecho populares: hoy que forman los rudimentos de la educacion de la niñez, que pasan como de mano en mano entre las familias, y que nos parece poseerlas por herencia, apénas concebimos cuán densas eran las tinieblas en que estaba sumergido el género humano ántes que Jesucristo aparaciese sobre la tierra. Casi nos inclinamos á creer que los pueblos han sido siempre tan ilustrados como lo son al presente, y el hábito que hemos adquirido de disfrutar de los beneficios del cristianismo, disminuye á nuestros ojos su valor. Consideramos como obra del hombre unas luces que le han sido comunicadas por revelacion divina, y la grande idea que forma nuestro amor propio de las fuerzas y del alcance del enten-

dimiento humano, es un velo con que se cubre nuestra ingratitud hácia la religion. Sin embargo, todos los monumentos de la historia profana concuerdan con los de la sagrada, en cuanto á la antigua ignorancia del género humano; y parece que la Providencia no ha preservado de los estragos del tiempo y de las ruinas de los siglos, tantas obras maestras de Roma y de la Grecia, sino para eternizar la memoria de los extravíos del hombre abandonado á sí mismo. Es preciso salir por un momento del centro del mundo cristiano en que vivimos, y remontarnos con la imaginacion á aquellos tiempos antiguos que precedieron al nacimiento del cristianismo, y entónces veremos distintamente como Jesucristo se ha mostrado la verdad, disipando los errores capitales del mundo pagano.

Hace diez y ocho siglos, sola una nacion, la de los judíos, adoraba al único Dios verdadero; pero era entónces muy oscura y despreciada, y la luz que brillaba en ella era como un débil resplandor apenas perceptible entre inmensas tinieblas; el resto de los pueblos estaba abismado en una oscura noche, y el mundo entero era idólatra. Extraviado entónces el hombre por los sentidos, se fija solo en lo que ve, y prostitu-

ye á las criaturas aquellos homenajes que solamente son debidos á su autor: trastórnase su razon embriagada por los vapores de la mentira; vacila; cae de error en error; se degrada hasta el punto de prosternarse ante unos dioses que ve arrastrarse por el suelo, pacer en los campos, ó si hemos de creer al poeta, brotar en los jardines; y llevando aun mas adelante su demencia, tiembla ante el leño y la piedra que él mismo ha labrado con su cincel; y se persuade que habitan en las estatuas, en los animales y en las plantas que reverencia, dioses y diosas capaces de serle propicios ó funestos. Conviértese la tierra en un templo de ídolos, y el hombre olvida tan profundamente que ha sido hecho por un Dios, que créo poder él mismo hacer dioses.

Y no penseis, señores, que las naciones civilizadas y sabias llevasen alguna ventaja en este punto á las naciones bárbaras: es necesario confesar con vergüenza de las letras y ciencias humanas, que ni la sabiduría, ni las tan ponderadas leyes de Egipto, ni el ingenio y civilizacion de los griegos, ni la política y gravedad de los romanos se salvaron del contagio universal: la horrible supersticion se burló de toda la especie humana, y todo lo confundió bajo de su

tenebroso imperio. El Persa adora al astro que le abrasa con sus rayos: el Egipto implora su buey Apis: Delfos tiene su Apolo: Efeso su gran Diana: Roma su Júpiter; y precisamente en el siglo del gusto, del ingenio y de las luces, es cuando esa reina de las ciudades levanta en honor de todos los dioses de la tierra aquel famoso templo que aun subsiste en la nueva Roma, y en el que algun dia debia ser plantada la cruz, en señal de los triunfos de Cristo sobre los ídolos de las naciones.

Si por fin la historia ó el culto de aquellos dioses hubiera sido capaz de hacer al hombre mejor; ó si la celebracion de sus misterios y de sus fiestas hubiera excitado en las almas sentimientos sublimes de humanidad y de virtud; y si hubiera salido de sus templos con un deseo mas sincero de cumplir sus obligaciones, y con costumbres mas puras; . . . pero al contrario, el corazon arrebatado por el delirio de sus pasiones habia poblado el Olimpo de dioses infames ó crueles, á quienes frecuentemente solo se adoraba con acciones crueles, bajas ó infames. ¡Qué dioses! señores: ¡un Júpiter incestuoso, un Marte sanginario, un Baco disoluto, y una Venus prostituida, cuyas querellas, amores y furiosos zelos han celebrado los poetas! ¡Y

qué eran entre los antiguos las Bacanales, las Saturnales, las Lupercales, y muy frecuentemente hasta las fiestas del circo y del teatro, sino excesos de desenfreno y de barbarie en honor de los dioses? ¿Quién se atreveria á referir los que se cometian en los templos de Juno, de Adonis, de Priapo y de Cibeles, y en las fiestas de Flora que no se atrevieron á celebrar en presencia de Cator? No mancharé yo mi lengua, ni ofenderé vuestros oidos con la relacion de tan monstruosos extravíos.

Es cierto que el conocimiento de un Dios autor de todas las cosas, el de una Providencia que preside al destino de los hombres, y el de una vida futura con recompensas y castigos; es cierto, digo, que estas preciosas verdades estaban mas ó ménos esparcidas entre las naciones paganas, y que ademas de tener su raiz siempre viva en el corazon del hombre naturalmente religioso, se conservaban en las tradiciones populares, en los himnos sagrados, en los cantos de los poetas, en los escritos de los sabios, y en los códigos de los legisladores; pero ofuscadas por las nubes de supersticiones de toda clase, no arrojaban mas que una luz moribunda, y solo tenian un débil influjo sobre el corazon y la conducta del hombre; dejaban casi sin freno

las inclinaciones desarregladas, y la virtud sin apoyo, y cada pasión era un Dios que tenía sus altares. El género humano se enagenaba de placer al hallar hasta en la religión la apología de sus flaquezas, y se conoce claramente que se había sumergido en las tinieblas de la idolatría, solo para encenegarse con más tranquilidad en todos los vicios.

¿Y quién vendrá á disipar tan densas y profundas tinieblas? ¿De dónde saldrá la luz? ¿Quién, en fin, la hará brillar á los ojos de los pueblos idólatras? ¿Deberán esperarla de los doctos, de los sabios y de los políticos? Evitemos áridas discusiones, y recurramos á la experiencia. Habían ya pasado muchos siglos antes de Jesucristo; ya hombres extraordinarios por su talento, su ciencia y sus descubrimientos habían brillado entre las naciones; ya habían aparecido en el mundo conquistadores, filósofos, legisladores, poetas y oradores ilustres; ya la Grecia había tenido un Homero, un Solón, un Licurgo, un Platon y un Demóstenes; y Roma un Numa, un Scipion, un Caton, un Varron, un Ciceron y un Virgilio; ya el tiempo había desplegado todos los excesos y todos los desórdenes, que debían acarrear supersticiones impuras ó crueles; pero nunca el tiempo traía ni

nuevos conocimientos acerca de la religión y de la moral, ni la reforma saludable de las costumbres así públicas como privadas: el mundo permanecía siempre idólatra, y no se hacía más ilustrado, ni mejor, ni más feliz.

No había recurso: el género humano estaba condenado á quedar sumergido en la ignorancia, en la superstición y en todos los vicios, á no haber otro remedio para sus males que las lecciones de la filosofía y de la sabiduría humana. Es bien sabido que ninguna escuela particular de la antigüedad pagana llegó á conocer perfectamente la verdad, y que todas tenían la máxima de respetar exteriormente los cultos establecidos, y las supersticiones populares. ¿Qué filósofo hubiera intentado tampoco una reforma verdadera de la religión, de las costumbres y usos de los pueblos, á costa de su tranquilidad y de su vida? Era para esto necesario un sabio más hábil y más perspicaz que los más bellos ingenios de Roma y de Atenas, y bastante poderoso sobre los entendimientos y los corazones para triunfar de los errores y de los vicios, hacer prevalecer la verdad, y hacer seguir sus puras y severas lecciones. Pero este personaje extraordinario, cuya necesidad había ya presentado, y por el que parecía suspirar el mas

sublime de los filósofos griegos; este personaje divino tendrá que bajar del cielo, porque la tierra no puede proporcionarle á los hombres.

Jesucristo se presenta por fin, y va á desaparecer el caos del mundo moral. Evangeliza por sí mismo á los pueblos de la Judea; se asocia algunos discípulos, acomodándose á su rusticidad, é ilustrando su ignorancia con una bondad sin límites, y les dice: „Id, enseñad á todas „las naciones.” Fieles estos á la voz de su Maestro, se distribuyen entre sí las diferentes regiones del mundo, y la palabra de la verdad va á resonar desde Jerusalem hasta las extremidades de la tierra. Empieza entónces un nuevo orden de cosas: anuncianse por fin á los pueblos en toda su plenitud estas verdades capitales, cuyas consecuencias son infinitas, y que son el sólido fundamento de toda moral y de toda virtud; y la doctrina de un solo Dios, de una Providencia, y de una vida futura, sale resplandeciente y en toda su pureza de entre las tinieblas que la habian oscurecido. Pero al hablar de la vida futura es donde Jesucristo hace brillar la verdad con toda su luz. En todos sus discursos está como estampada esta creencia: sobre ella gira toda su ley; y en el temor de las penas, y en la esperanza de las recompensas

futuras es en lo que pone el freno para el vicio y el estímulo para la virtud. ¡Qué doctrina, señores, la de un Dios que examina las conciencias, que debe premiar todo lo bueno y castigar todo lo malo, y que promete á la virtud bienes inmensos, é inefables consuelos á la desgracia! ¡Cuán fecunda es y cuán poderosa! Y una vez grabada en el espíritu de los pueblos con toda su fuerza y en toda su pureza, ¡cuánta no debe ser su eficacia para cambiar la faz del mundo!

No, señores, no es Jesucristo uno de esos sabios que establecen una escuela nueva para solo un pequeño número de discípulos; pues ha sido enviado para todos: ¡y cuán digno era en efecto de aquel que hace lucir su sol tanto para el pobre como para el rico, para el ignorante como para el sabio, dar á la tierra una religion cuya doctrina se extendiese á todo aquello que forma la mayoría del género humano; quiero decir, á los ignorantes, á los pobres y á los desgraciados! Háyase aproximado Sócrates á aquella verdadera sabiduría que enseña á vivir bien, separándose en esto de los sofistas de su tiempo; haya sentado en hora buena Aristoteles bellísimas sentencias sobre la moral, y haya escrito Ciceron un hermoso tratado acerca de las

obligaciones ú oficio: todas esas doctas lecciones, además de ser por otra parte muy imperfectas, y todos esos libros no llegarán jamás á manos de la multitud, y solo Jesucristo es quien con su sublime familiaridad se humilla hasta ella por sí ó por sus discípulos. Su inmensa caridad no hace distincion entre el griego y el bárbaro, entre el señor y el esclavo: ve en todos los hombres hermanos á quienes es preciso ilustrar: extiéndese por su medio entre todas las clases y condiciones la mas sublime sabiduría, penetra hasta en lo mas oscuro é ignorado, y la verdad llega á hacerse popular. ¡Cosa asombrosa! la filosofía pagana sin conocimientos ciertos ni dogmas fijos, fluctuaba en una variedad de doctrinas, y vacilaba aun en los puntos mas esenciales; mas hoy hasta el pueblo mismo está ilustrado y firme en aquellos puntos en que titubeaban los filósofos, y sabe ahora lo que entonces ignoraban los sabios. Llamad en una nacion cristiana al mas sencillo aldeano, y preguntadle sobre Dios, sobre la vida futura, sobre sus obligaciones y sobre todos los puntos de la moral; y le hallaréis mas instruido que todos los sabios juntos de la Grecia. Si, el párroco de la aldea hace con sus instrucciones familiares mas sabios verdaderos que los que pudo hacer Platon

con la pompa de sus discursos; y esto es lo que obligó á decir al autor de un célebre prólogo: „A beneficio de las luces esparcidas por la religion cristiana, está el pueblo mismo mas seguro y firme en un gran número de cuestiones importantes, que lo estuvieron todas las sectas de los filósofos.” Tal es la inapreciable ventaja de la doctrina evangélica, que estando igualmente al alcance de los entendimientos mas limitados que los de los talentos mas sublimes, abraza todas las clases del pueblo, no para corromperlas, sino para ilustrarlas sobre sus deberes. Es el sol del mundo inteligente, semejante al sol visible que anima toda la naturaleza, y alumbrá los humildes valles lo mismo que las cumbres de las montañas.

Confieso, señores, que en vista de tantas y tan preciosas verdades, esparcidas por el Evangelio entre los pueblos, no puedo concebir cómo han podido atacarle tan violentamente tantos escritores de nuestros dias, ni cómo se los puede dejar de mirar como los hombres mas inconsiderados y faltos de prevision. ¡Y no se deberá preguntar á todos aquellos que aun quieren seguir sus huellas: ¡Qué intento es el vuestro al afanaros tanto por arruinar el cristianismo, y destruir su creencia y su culto? ¡Habeis imagi-

nado acaso una sociedad sin religion ni culto público? Pero es tan loca semejante pretension, está de tal modo desmentida por la historia de todos los pueblos, y supondria una ignorancia tan crasa del corazon humano, que no me es posible atribuíroslo. ¿Me hablaréis de la ley natural, de eso que os place llamar la religion de Sócrates y de Marco Aurelio? ¿Pero no conocéis que esto es hablar sin fundamento? Señaladme entre todos los pueblos de la tierra uno solo civilizado que se haya ceñido á vuestro puro naturalismo. No hay uno solo que no se haya apoyado en alguna revelacion, ó falsa ó verdadera; ninguno que se haya fijado en el puro deísmo, y ninguno tampoco que no haya conocido la necesidad de un culto exterior y público. Es no conocer al pueblo imaginar que puede limitarse á ideas especulativas de religion. ¿Y qué os queda que proponerle si le arrebatáis el cristianismo? Seria dejarle en la incertidumbre, arrojarle al vacío de las opiniones, y á cierta especie de ateísmo práctico, que seria para él la ruina de todas las virtudes, y desde donde por último se precipitaria por sí mismo en supersticiones no ménos groseras tal vez que las del paganismo. Volvamos pues, volvamos á aquel en quien únicamente reside la verdadera ciencia.

Antes de su venida carecia el mundo pagano de los medios y de la esperanza de salir de sus tinieblas; por consiguiente Jesucristo ha sido para los hombres la luz y la verdad; y añado, que ha sido tambien el reformador del mundo, derramando en él el espíritu de una vida enteramente nueva, de suerte que ha podido decir justamente: Yo soy la vida: *Ego sum vita.*

Si en vez de contentarnos con una ojeada vaga y rápida sobre las naciones paganas y las cristianas, queremos compararlas seriamente para ver su diferencia, conoceremos mas y mas cuán grande bienhechor del género humano ha sido Jesucristo derramando una especie de vida nueva en el mundo social, y ejerciendo la mas saludable influencia, ya sea sobre la sociedad civil en general, ya sobre la doméstica en particular, ó ya mas especialmente sobre las clases de los pobres y de los desgraciados, tan numerosas en todos los pueblos.

He dicho primero la influencia del Evangelio sobre la sociedad civil. ¿Cuántos desórdenes, cuántos excesos, qué barbarie no presentaba el mundo social en tiempo del antiguo paganismo! Barbarie en el culto público, pues era parte de la religion de todos los pueblos de la tierra la costumbre de inmolar á los dioses víctimas hu-

manas, sin que, según atestigua la historia, haya habido uno solo que no se manchase con estas supersticiosas crueldades: barbarie en los juegos y fiestas públicas, tales como aquellos repugnantes combates de los gladiadores, tan frecuentes entre el pueblo romano, que se consideraba como el más civilizado del universo; combates en los que se veía á millares de hombres degollarse unos á otros para entretenimiento de los espectadores: barbarie en sus guerras, que frecuentemente eran guerras de exterminio, y solo acababan con la destrucción de las ciudades, el degüello ó la esclavitud de sus habitantes: barbarie en la legislación relativa á una tan gran porción de la especie humana, cual eran los esclavos, pues dejaba á sus señores en plena libertad de jugar con su vida, como si fueran los más despreciables animales: barbarie, en fin, con respecto á la sucesión del trono; pues la historia nos dice que muy ordinariamente los palacios de los reyes solo eran un teatro de sangre y de mortandad.

De todas estas plagas no hay una sola que el cristianismo no haya destruido ó modificado entre los pueblos, á medida que se ha establecido en ellos. Es cierto, señores, que no se halla en el Evangelio un tratado político sobre

la mejor forma de gobierno, un código de leyes civiles, ni reglas fijas acerca del gobierno de los estados; pero se halla en él una cosa más preciosa aún, más adecuada para todos los tiempos, para todos los gobiernos y para todos los pueblos. El Evangelio establece y consagra las máximas que sirven de fundamento á todas las sociedades humanas. La autoridad pública es más inviolable desde que le dió un origen sagrado, y desde que intimó que dimanaba de la misma divinidad; y para mejor asegurar la sumisión de los pueblos, se la presenta, no como fruto del temor, sino como un deber de conciencia. Si manda dar á Dios lo que es de Dios, también prescribe se dé al César lo que es del César; y es tal el respeto que exige para con la magestad de los reyes, que Tertuliano no titubeó en decir con toda energía, que era *la religión de la segunda magestad* (1): lenguaje bien diferente del de esas doctrinas sediciosas que adulan á la multitud para extraviarla, y le hablan incesantemente de sus derechos para hacerle olvidar mejor sus obligaciones. Para contener sin embargo á los ricos y poderosos en los límites de la justicia, y evitar así sus ex-

(1) *Apolog.* cap. XXXV.

cesos, humilla el cristianismo todas las condiciones y clases ante aquel que se titula *Rey de los reyes* y *Señor de los señores* (1). Señala á los hombres indistintamente un fin y un origen comun á todos, y les recuerda que un mismo juez los ha de juzgar á todos sin acepcion de personas. Nuestros libros santos no respiran mas que paz, perdon de las injurias, moderacion en los deseos, menosprecio de toda celebridad que no se concilie con la virtud, y vigilancia contra esas pasiones divinizadas en cierto modo en el paganismo, la soberbia, la avaricia y el deleite, origen ponzoñoso de todos los desórdenes que han assolado los imperios y las familias. En la doctrina evangélica todo se funda sobre el amor de Dios y de los hombres. Anúnciase al fin á los pueblos idólatras presentándoseles con magníficas promesas para sus fieles observadores, así como con terribles amenazas para los corazones rebeldes; y á medida que se extiende su imperio sobre los entendimientos y los corazones, se verifica una feliz revolucion en los sentimientos, en las costumbres, en la religion y en las leyes. Desaparecen aquellos sacrificios humanos que ultrajaban al Dios

(1) I. Ad Thimot. 6 y 15.

de bondad, así como á la naturaleza humana; despójense los hombres de su ferocidad, son mas justos y mas suaves los gobiernos, los pueblos mas sumisos y ménos frecuentes las revoluciones; los vencedores se muestran mas humanos y mas generosos, y desaparecen ó son mas raras las guerras de exterminio. Los paganos no estaban obligados por sus leyes á mirar á sus esclavos como hombres; pero el Evangelio manda á los cristianos que los tengan por hermanos, y de este modo la caridad evangélica templó primero, debilita despues insensiblemente, y rompe por último en los pueblos que regenera, aquel yugo humillante y cruel que pesaba sobre una gran parte del género humano.

Cuando los bárbaros del Norte fundaron de los restos del imperio romano nuestras monarquías europeas, el Evangelio suavizó sus costumbres y los civilizó. La servidumbre que se estableció entónces entre nuestros padres, no solo distó mucho de la barbarie y de la esclavitud de Esparta ó de Roma, sino que fué siempre debilitándose hasta deberse por último la manumision de todas las clases del pueblo al feliz ascendiente de un pontífice romano, Alejandro III, como observa el mismo Voltaire. Tal es pues la gloria del cristianismo: si no ha

destruido todas las plagas de la humanidad, las ha suavizado, y ha encontrado el secreto de dar á un mismo tiempo mas libertad á los pueblos, y mas estabilidad á los gobiernos. Esto es lo que en particular reconoció el autor del Espíritu de las leyes cuando dijo: „Que si se quisie-
 „se poner á la vista las continuas carnicerías de
 „los reyes y gefes griegos y romanos, la des-
 „trucción de pueblos y ciudades por estos, y los
 „estragos con que Timur y Gengiskan devasta-
 „ron el Asia, se hallaria que se debe al cristia-
 „nismo cierto derecho político para los gobier-
 „nos, y cierto derecho de gentes en la guerra,
 „que no podrá agradecer bastante la naturaleza
 „humana (1).”

Usen en hora buena en cierto modo de recriminacion los enemigos del Evangelio, y preválganse de las divisiones, excesos y guerras para que ha servido de pretexto: yo no examinaré ahora por menor estas acusaciones, que serán materia de otro discurso particular; y me limitaré á algunas reflexiones que, aunque generales, no dejan por eso de ser decisivas. ¿Hay por ventura algun vicio que el Evangelio no condene, algun exceso que no repruebe, alguna vir-

(1) Montesquieu, *Esprit. des Lois*, lib. 24, c. 3.

tud que no mande, ó alguna perfeccion que no aconseje y no inspire? ¿Por qué pues imputarle lo que jamas ha sido consecuencia sino mas bien violacion de sus máximas? ¿Cuántas veces no se ha abusado de las leyes, de la justicia y del poder para oprimir! ¿Y por esto deberia no haber entre nosotros ni códigos, ni tribunales, ni gobierno? Porque se haya abusado muchas veces de las ciencias y de las letras para esparcir doctrinas subversivas del órdel social, ¿se han de proscribir los sabios y las letras? La sociedad civil ha dado ocasion á desórdenes que se han llevado al extremo mas monstruoso; ¿y deberemos por eso volver al estado salvaje? Se nos dice lo que puede llegar á ser un pueblo cuando abusa de la religion; pero se nos calla lo que llegaria á ser si careciese de ella. Harto dignos de compasion somos los franceses por haberlo experimentado, y aun lo seriamos mucho mas si tan pronto lo hubiéramos olvidado. Seria muy fácil manifestar que si los sentimientos religiosos llegasen á extinguirse, faltaria á las leyes y á las buenas costumbres su mas firme apoyo; que no se podria contener á los pueblos sino por la fuerza, por el terror y por todas las medidas violentas de los gobiernos despóticos; y que si la Europa perdiese el cristianismo,

perderia con él la civilizaci6n y la libertad, para volver á caer en la barbarie. Dejemos pues á los espíritus inconsiderados y temerarios sus vanas declamaciones, y digamos con el mismo autor del *Espiritu de las leyes* (1): „Es muy „mal modo de racionar contra la religion ha- „cer en una grande obra una larga enumera- „cion de los males que ha producido, si al mis- „mo tiempo no se hace la de los bienes que ha „causado. Si yo quisiese, añade, referir todos „los males que han producido en el mundo las „leyes civiles, la monarquía y el gobierno repu- „blicano, diría cosas terribles.”

Paso en segundo lugar á considerar el influjo del cristianismo en la sociedad doméstica. En efecto, si nos introducimos en las familias para considerar todo lo que concierne al padre, á los hijos y á los esposos, ¡qué nuevos sentimientos de gratitud no debe inspirarnos la religion!

Era la religion entre los pueblos mas civilizados del paganismo tan favorable á las inclinaciones desordenadas, y era tan débil su freno, que para mantener la subordinacion y la paz doméstica, ampliaba excesivamente el poder paternal, y le armaba con la espada vengadora,

(1) Lib. XXIV. cap. II.

que solo debe estar en las manos depositarias del poder público. La religion cristiana ha hecho mas sagrado y mas profundo el sentimiento de la piedad filial, ha reemplazado el temor con la persuasion; y desde ent6nces la autoridad paternal, sin dejar de ser firme y vigilante, ha perdido lo que tenia de feroz, y entre nosotros los padres no hacen ya lo que Bruto. La madre cristiana no tiene la dura fiereza de las de Lacedemonia: pero fuerte, sin dejar de ser tierna, sabe por una parte armar como la madre de San Luis el brazo de su hijo contra el enemigo, y por otra decirle como ella: „Mas quisie- „ra veros muerto, que manchado con un solo „crimen.”

Aun entre los pueblos mas ponderados, como los griegos y los romanos, la exposicion y la muerte de los recién nacidos estaban autorizadas y aun mandadas por las leyes en ciertos y determinados casos. La religion, á la manera de una tierna madre, ha extendido su proteccion á estas criaturas inocentes, y ha hecho ver una barbarie y un crimen enorme, en lo mismo que muy graves legisladores de la antigüedad no vieron mas que una medida política.

Antes del cristianismo estaban muy generalmente adoptadas la poligamia y el divorcio, sin

embargo de ser una costumbre que causa rivalidades sangrientas, debilita el afecto del esposo, dividiéndole entre varios objetos, y muy frecuentemente no presenta sino esposas oprimidas. Viene Jesucristo, repone el matrimonio en su unidad primitiva, y estrechando el lazo conyugal, destruye lo que mas contribuia á la tiranía del esposo, y al envilecimiento de la esposa: no se rompe para ella el yugo de la sumision; pero se suaviza, y es la compañera y no la esclava del hombre. Es indudable, señores, que ninguna religion del mundo ha protegido á la muger tanto como el cristianismo, y que ninguna ha dulcificado su suerte como él, dándole tantos derechos y dignidad en la familia: así ha mejorado la suerte de una mitad de la especie humana; con cuyo motivo no puedo ménos de observar, aunque de paso, que la muger cristiana que abandona su religion y blasfema de ella, desconoce sin echarlo de ver á su mayor bienhechor, y tiene la desgracia de reunir á su desercion una verdadera ingratitud.

He alegado en tercer lugar el influjo especial del Evangelio sobre las clases mas numerosas de todos los pueblos, que son los pobres y los desgraciados. Aquí mas que en ninguna otra cosa está su verdadero triunfo. Los griegos y

los romanos han brillado en el mundo por las letras, las artes, la guerra, la política y una civilizacion muy avanzada. „Su sabiduría y prevision, dijo Fleury (1) (cuyas mismas palabras „voy á repetir) llegó, sí, hasta desterrar la holgazanería, y los mendigos útiles para el trabajo; pero el orden público no llegó entre ellos „hasta cuidar de los miserables, que ningun ser „vicio podian prestar.” Ved al contrario extenderse la tierna solicitud de la Iglesia á toda clase de necesidades y de infortunios, sin excluir uno solo.

La historia nos enseña cuan animada estuvo desde su origen del espíritu de caridad, como brilló en ella aun en medio de las persecuciones, y se perpetuó de edad en edad, hasta que por último pudo desplegarse enteramente en esa innumerable multitud de asilos abiertos por ella á la indigencia y á la desgracia, y de que aun está cubierto el mundo entero.

Creo de mi deber hacer notar para gloria del sexo mas compasivo, y que con tanto valor se dedica al alivio de la humanidad paciente, que la primera persona que se cita en los anales cristianos como fundadora de un asilo pú-

(1) *Mœurs des chrétiens*. n. 51.

blico para los pobres, es decir, de un hospital como los que se fundaron despues, fué Fabiola, señora romana del cuarto siglo.

¿Qué bien ha dejado de hacer la religion á la humanidad de cuantos han estado á su alcance? ¿Y qué maravillas no la hemos visto obrar en nuestros tiempos? ¡La religion es la que ha recogido esa multitud de niños abandonados, y ha tenido para con ellos entrañas de que carecian sus madres desnaturalizadas: la religion es la que reúne los hijos de las clases mas inferiores, y la que sin ruido ni fausto les hace enseñar gratuitamente los primeros rudimentos de los conocimientos humanos, y los de la moral mas pura; y ella es la que derrama la piedad juntamente con el mas noble valor en el corazon de esas hijas de la caridad, de esos ángeles consoladores, dispuestos á volar á cuantas partes los llama el grito de la desgracia! ¿Quién ademas ha edificado sobre montañas de nieves perpetuas esos albergues hospitalarios, á los que el viajero extraviado ha debido tantas veces la conservacion de sus días? El cristianismo. ¿Quién ha inspirado á hombres generosos el designio de ir á playas ardientes y bárbaras á presentarse como libertadores de sus hermanos cautivos? El cristianismo. ¿Cuál es hoy el al-

ma secreta de esas asociaciones que visitan los asilos de la miseria, que descienden á los calabozos, que instruyen al ignorante, y parecen tener consuelos para todos los dolores, y auxilios para todas las necesidades? Siempre el cristianismo. A él en fin se debe la gloria incomparable de haber humanizado, ilustrado y civilizado tantas tribus salvages del nuevo mundo, y fundado aquellas repúblicas cristianas, que por la inocencia de sus costumbres, la sabiduría de sus leyes, y por su felicidad doméstica y civil, excede á la república de Esparta, tanto como el Evangelio excede al paganismo. Tengamos pues la buena fe de confesar que el cristianismo lo ha hecho todo en favor de la sociedad, de las familias y de los desgraciados, y que no consiste en él, sino en nosotros, el que no produzca mas bienes.

He aquí, señores, la religion cristiana, no como se empeñan en presentarla sus pérfidos enemigos en retratos cuyos colores han sumistrado la pasion ó las preocupaciones, sino tal como salió de las manos de su divino fundador, rodeada de todas las luces que ha esparcido, de todas las virtudes que ha inspirado, y de las victorias que ha conseguido sobre los vicios y los errores. He aquí esa religion saludable que

los malvados hubieran querido arrebatarnos, y que estaba de tal modo incorporada á nuestra monarquía, que la destruccion de la una no podia ménos de producir la ruina de la otra. Ha llegado el tiempo de renovar, en fin, para siempre la antigua alianza del altar con el trono, Volvamos, señores, volvamos por nuestro interes y nuestra propia felicidad, á esta religion por demasiado tiempo desconocida, y por demasiado tiempo ultrajada; única que puede cicatrizar nuestras llagas, poner término á nuestras calamidades, afianzar la paz pública, y la única en una palabra, que puede regenerar la monarquía en su vejez, como la formó en su infancia, y que aun puede hacerla crecer con nuevo brillo de gloria y de prosperidad.

EXCELENCIA

DEL

MISTERIO DE LA ENCARNACION.

DESPUES de haber llevado el apóstol S. Pablo el Evangelio á Corinto, una de las ciudades mas florecientes y mas voluptosas de la Grecia; y despues de haber formado en ella una Iglesia cristiana, dirigió á aquellos nuevos fieles dos cartas, que conservamos aun, en las que procura confirmarlos en la fe que habian recibido. En la primera se dedica principalmente á explicarles los misterios de Jesucristo, de un Dios hecho hombre que en su humanidad vivió, padeció y murió como nosotros y por nosotros; diciéndoles tales cosas sobre esta materia, que al pronto fueron escándalo para el judío, y locura para el gentil; que aun hoy son tan irritantes para el incrédulo, tan duras para la mu-

los malvados hubieran querido arrebatarnos, y que estaba de tal modo incorporada á nuestra monarquía, que la destruccion de la una no podia ménos de producir la ruina de la otra. Ha llegado el tiempo de renovar, en fin, para siempre la antigua alianza del altar con el trono, Volvamos, señores, volvamos por nuestro interes y nuestra propia felicidad, á esta religion por demasiado tiempo desconocida, y por demasiado tiempo ultrajada; única que puede cicatrizar nuestras llagas, poner término á nuestras calamidades, afianzar la paz pública, y la única en una palabra, que puede regenerar la monarquía en su vejez, como la formó en su infancia, y que aun puede hacerla crecer con nuevo brillo de gloria y de prosperidad.

EXCELENCIA

DEL

MISTERIO DE LA ENCARNACION.

DESPUES de haber llevado el apóstol S. Pablo el Evangelio á Corinto, una de las ciudades mas florecientes y mas voluptosas de la Grecia; y despues de haber formado en ella una Iglesia cristiana, dirigió á aquellos nuevos fieles dos cartas, que conservamos aun, en las que procura confirmarlos en la fe que habian recibido. En la primera se dedica principalmente á explicarles los misterios de Jesucristo, de un Dios hecho hombre que en su humanidad vivió, padeció y murió como nosotros y por nosotros; diciéndoles tales cosas sobre esta materia, que al pronto fueron escándalo para el judío, y locura para el gentil; que aun hoy son tan irritantes para el incrédulo, tan duras para la mu-

chedumbre de cristianos tibios de nuestros días; y de las que tal vez se resentirá la altiva delicadeza de alguno de mis oyentes. S. Pablo no temia decir que la sabiduría de los filósofos de su tiempo no era mas que ignorancia, y su ciencia vanidad; que en nada tenia los discursos estudiados de la elocuencia humana; que toda su sabiduría era Jesucristo, y que se gloriaba de no conocer mas que á Jesus, y este crucificado. *Non judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* (1). ¡Qué language, señores! Que extraño debia parecer sobre todo en el siglo en que vivia el Apóstol, siglo del ingenio, de las ciencias y de los deleites. En aquel tiempo tenia cada pueblo sus héroes cuyas hazañas celebraba en sus cánticos, sus oradores cuya elocuencia ensalzaba, sus sabios á cuyas máximas profesaba la mayor admiracion, y sus dioses cuyos altares incensaba; y he aquí que un hombre desconocido, sin crédito, sin poder, oriundo de una nacion despreciada, un judío, un bárbaro, viene á anunciar á la tierra, á la misma Grecia tan sabia y tan civilizada, que todos los objetos de su admiracion ó de su culto son un cúmulo de er-

(1) I Cor. II, 2.

rores y de locuras; que la sólida gloria y la primera de todas las ciencias es la de conocer á un nuevo personage muerto en una cruz, á Jesus crucificado: *Jesum Christum, et hunc crucifixum*. De este modo olvida el Apóstol la prevision de los políticos, la sabiduria de los sabios, las escuelas famosas de Roma y de Aténas, los célebres juegos de la Grecia, las fiestas de Corinto, la hermosura de sus edificios, su comercio floreciente y las ventajas de su posicion; y lleno su corazon de solo aquello que ama y adora, á solo Jesucristo predica en todas las naciones, y este es el único objeto de sus pensamientos y de su amor. Si al fin el Apóstol se hubiera contentado con llamar á los pueblos á contemplar en Jesus la santidad de su vida, la pureza de sus virtudes, la hermosura de su doctrina, su amor hácia los desgraciados, el brillo de las maravillas que se multiplicaban por donde iba, y el triunfo de sus discursos sobre los corazones mas rebeldes.... pero no, el Apóstol no teme llamar la atencion del universo sobre los padecimientos y la muerte de su divino Maestro. Instrumentos de dolor, un aparato sangriento, un cuerpo cubierto de llagas, y en fin una cruz, esto es lo que Pablo ostenta con complacencia á los ojos de las naciones; y

Jesucristo crucificado es toda la ciencia que quiere enseñar á los hombres soberbios y sensuales. *Jesum, et hunc crucifixum.* ¡Qué pensamiento el de hacer adorar por toda la tierra como Dios á un personage muerto en una cruz como malhechor, y qué triunfo conseguir tan admirable proyecto, hasta conquistar á favor del Crucificado todo el mundo! ¡Cuánto se confunden aquí todas las ideas de los hombres! Y como, bien profundizado todo esto, hace por sí solo resaltar en el cristianismo cierta cosa que no ha inventado el hombre, y no sé que fuerza enteramente divina: prueba luminosa de su verdad.

Ya hemos expuesto, señores, algunas de las pruebas de la divinidad de la religion de Jesucristo, su autor; y ya hemos sentado que era preciso reverenciar en él, no solamente á un hombre querido de Dios, sino tambien á un hombre Dios. Este es el misterio en que estriba enteramente el cristianismo, y de este, considerado tal como le enseña la Iglesia cristiana con sus consecuencias y dependencias, me he propuesto hablaros en este dia, deseando haceros conocer toda la hermosura y excelencia de una religion fundada sobre tal cimiento. Colocados en el centro de una ciudad, seno de las

ciencias, de las letras y de las artes, olvidemos por un instante, como en otro tiempo el Apóstol en Corinto, olvidemos como cosas del tiempo y de los hombres sus soberbios palacios, sus jardines deliciosos, sus sabias academias, su inmensa poblacion, y las obras maestras que la hermosean. Elevemos mas nuestros pensamientos, procuremos formarnos ideas justas y nobles de la religion que profesamos, y descubrir alguna parte de los tesoros de luz y de sabiduría que el Apóstol veia en Jesucristo. Proebamos que léjos de avergonzarse el cristiano de las humillaciones y muerte del divino fundador de su religion, debe gloriarse de ellas, y que las mismas sombras que á primera vista parecen oscurecer y degradar el cristianismo, le engrandecen y hacen brillar de un modo asombroso. Nuestro designio es presentar bajo de su verdadero punto de vista el misterio de la Encarnacion; es decir, la doctrina de un Dios hecho hombre por nosotros, y vindicarle de los ataques de sus enemigos. Para ello procuraremos manifestaros en primer lugar toda la grandeza y hermosura que encierra en sí este misterio; y en segundo, haceros ver cuán infundados son los argumentos con que le combate la incredulidad. Tal es el plan de este discurso so-

bre la excelencia del misterio de la Encarnación.

Es una verdad al alcance de todos, inspirada por la recta razón, y sobre todo admirablemente demostrada en el cristianismo, que Dios no podía criar cosa alguna que no fuese para su gloria, y que es el fin único de todas las cosas, por la misma razón de que es su único principio. Si: cuando en los consejos de su sabiduría decretaba comunicar el ser del que es origen y plenitud, no podía tener otro designio que el de grabar en sus criaturas la imagen de sus perfecciones, manifestarse y ser conocido, adorado y glorificado. Escrito está: *Yo soy el principio y el fin* (1). Y el Sabio ha dicho hace ya tres mil años, „Que el Señor ha hecho para sí todo lo que ha hecho:” *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* (2); y esto no porque no halle en sí mismo la felicidad, ni porque necesite para ser dichoso ser conocido y honrado por sus criaturas; sino porque se debe á sí mismo el no despojarse del soberano imperio que tiene sobre ellas, y exigirles un tributo de dependencia y de amor. El ser criado que única

(1) Apoc. II, 8.

(2) Prov. XVI, 4.

y exclusivamente se contempla á sí mismo, y se constituye término de sus afectos, es no solamente un egoísta á los ojos de la razón, sino también á los de la religión, un usurpador sacrilego de los derechos de la Divinidad; por esto se dice en los libros santos, que Dios es un *Dios celoso que á nadie cede su gloria* (3); y por esto en esa oración tan sencilla y tan sublime que Jesucristo enseñó á sus discípulos, la primera petición es que el santo nombre de Dios sea honrado, que su imperio sea reconocido en todas partes, y cumplida su suprema voluntad así en la tierra como en los cielos.

¿Pero qué medios debía emplear el Criador para ser glorificado y conseguir de este modo el único objeto de la creación? ¿qué plan debería seguir en la formación del mundo, tanto inteligente como material? No nos corresponde ciertamente á nosotros trazar los caminos que debió seguir; y nuestras ideas sobre este punto serían muy vagas é inciertas, si la revelación no hubiese corrido para nosotros una parte del velo que nos oculta el abismo de los secretos divinos: tomando por tanto las cosas según nos las enseña el cristianismo, sabemos por una par-

(3) Deuteron. VI, 15. Isai, XLVIII, 2.

te que Dios ha debido buscar su gloria en la creacion del universo, y vemos por otra que por la Encarnacion se ha realizado este designio del modo mas portentoso y mas digno de la infinita magestad; ¿y por qué? porque los homenajes de las criaturas toman así un carácter de grandeza del todo divina; el mundo entero adorando á Dios por el hombre, el hombre adorando por Jesucristo, y Jesucristo siendo Dios y hombre á un mismo tiempo, resulta que Dios es conocido y glorificado como Dios. Este es, señores, un encadenamiento de verdades y de racionios que pide toda vuestra atencion.

Nuestros libros santos nos enseñan que sacando Dios del reposo eterno, dió el ser á lo que no le tenia, y sacó de la nada este universo con todas sus maravillas: ya las estrellas resplandecen como diamantes en la bóveda celeste; llena ya el sol los espacios con su luz; ya la luna, reina de los astros, preside la noche; los mares se encierran en las prisiones de los abismos; la tierra fecunda se cubre de flores y de frutos; una multitud de seres diversos pueblan las aguas, la tierra y el aire: todo obedece á las leyes del Soberano Criador, y nada hay que no esté maravillosamente adaptado á sus designios. Así el escritor sagrado nos le representa com-

placiéndose en el mundo visible que acaba de producir, y viendo que cada cosa ocupa su lugar, que cada pincelada de este hermoso cuadro tiene su gracia y su belleza, y que su conjunto debe servir á las miras de su sabiduría, durante toda la serie de los tiempos. *Vidit Deus quod esset bonum* (1).

¿Pero qué vale este universo material, ni qué gloria resulta de él á Dios, si no existen seres inteligentes que puedan conocerle y adorarle? Las criaturas insensibles, el sol, la luna, la tierra y los mares no se conocen á sí mismas, ni conocen á Dios; carecen del sentimiento de su propia existencia, y del de la de su autor, y son por lo mismo incapaces de referir á Dios por medio del reconocimiento todo cuanto han recibido de su mano omnipotente. Es cierto que Dios no es como aquellos artifices que, poco seguros de su habilidad, se complacen en ensayarla en las producciones de su industria: no, no necesitaba hacer la prueba de su poder en la formacion de este mundo, y por consiguiente hubiera sido indigno de él crearle sin otro fin ulterior. No tememos decirlo: la creacion de la naturaleza material, sin la creacion de la natu-

(1) Genes. I, 25.

raleza inteligente, nada presentaria digno de la suprema magestad. Si solo existiese la materia, todo estaria muerto en la naturaleza, y este mundo fisico seria una inmensa soledad, un palacio sin señor, un imperio sin rey, y un templo sin sacerdote. ¿Y qué hace en este caso el Criador? Despues de haber formado el universo material con todas sus bellezas y maravillas, la Escritura nos le representa meditando en sí mismo alguna cosa mejor que cuanto habia hecho hasta entónces. *Hagamos*, dice, *al hombre á nuestra imagen* (1). Con este objeto modela su mano poderosa un poco de barro, le anima con un sople de su divinidad, y he aquí al hombre que participa de Dios en cuanto á su espíritu; y de la tierra en cuanto á su cuerpo; que lleva en su alma señales de las perfecciones divinas, que se verán brillar hasta en su frente; que es capaz como su autor de inteligencia y de amor, y que siendo un ser libre tributará por lo mismo á la Divinidad homenages mas gloriosos para ella, y mas meritorios para él. El mismo Dios es quien comunicándole alguna parte de su soberanía, le constituye rey de la tierra, y somete á él todos los seres que crecen, viven y res-

[1] Genes. I, 26.

piran sobre su superficie. Desde este punto empieza ya la creacion á tener un objeto digno del Soberano autor de todas las cosas. Las criaturas insensibles existen para el hombre, y el hombre existe para Dios. Los seres materiales no conocen á Dios, pero le dan á conocer, le manifiestan, hacen en cierto modo visibles sus perfecciones, y su esplendor; y su belleza y armonía excitan al hombre á alabar y glorificar á su autor. ¿No son en efecto el sol y los astros esparcidos en el firmamento otros tantos espejos que de todas partes reflejan á nuestra vista los rayos de la Divinidad? Cuando el Profeta convida á todas las criaturas inanimadas, la tierra y los mares, los vientos y las tempestades á bendecir para siempre al Criador, no es esto solamente un piadoso entusiasmo; es tambien un modo de reconocer que por la grandeza y el concierto de sus movimientos, y por el maravilloso espectáculo que nos presentan, nos invitan ellas mismas á pagar en su nombre á nuestro Señor comun el tributo de sus homenages, juntamente con los nuestros; y aun podiamos añadir que no es el hombre en esta parte un simple espectador, ó un testigo arrebatado de admiracion, sino que todo se refiere á él en la creacion. No sabemos, es cierto,

lo que sucede en los planetas, ni que Dios haya colocado en ellos seres capaces de conocerle; pero sabemos que el hombre disfruta de todas las obras de la mano divina. Si: el aire, la luz, los astros, todo sirve para sus usos, para sus necesidades y sus placeres; y sin pretender que el mundo haya sido hecho exclusivamente para solo el hombre, es sin embargo indudable que puede considerarse como un punto céntrico en una esfera inmensa. Así podemos decir que las criaturas materiales bendicen y adoran á su Criador, no por sí mismas, sino por la mediación del hombre que las conoce, y que se eleva por ellas hasta su autor; y que como pontífice y sacerdote de la naturaleza, ofrece el homenaje de toda ella á la Divinidad.

Es cierto que estos homenajes de las criaturas inanimadas por medio del hombre, y los del hombre por sus adoraciones personales, podrian por sí ser gratos á la Divinidad, y que principalmente cuando nuestros primeros padres en toda la integridad aun de su naturaleza original, enriquecidos de los dones mas preciosos, y con un corazon penetrado de reconocimiento y de amor, se volvieron hácia el Dios que les habia dado la vida y bienes tan perfectos, no pudo ménos de ser grata la expresion de sus senti-

mientos á aquel que se los inspiraba. Pero en fin, por mas virtuoso y santo que se suponga al hombre, siempre es limitado, y siempre sus homenajes proceden de una naturaleza demasiado débil, para no quedar á una distancia infinita de la infinita grandeza. ¿Y quién podrá llenar este inmenso intervalo? ¿Cómo adquirirá el hombre lo que le falta para ofrecer á Dios un tributo que guarde alguna proporción con su magestad? Es bien claro que los homenajes tributados al poder ó al mérito son tanto mas gloriosos, quanto mayor es la dignidad y grandeza de la persona que los ofrece. Así es que por mucho que honren á un poderoso monarca los homenajes de sus súbditos, le honrarian mucho mas los de otros reyes colocados al pié de su trono; ¿pero cómo podrá el hombre aproximarse á la infinita magestad de su Dios? Aquí es, señores, donde vais á ver lo mas bello y mas profundo de la Encarnacion del Verbo. Yo no pretendo ahora suponerla necesaria: tampoco que Dios haya debido elegir el orden de cosas en que debia acontecer, ó que no tuviese otro medio mas que este para criar el mas perfecto de los mundos, y que estuviese obligado á criarle. Dejo esta doctrina de Leibnitz ó de Malebranche por lo que valga; acaso es mas fácil ri-

diculizar que refutar el optimismo de estos dos grandes filosofos, pero se puede muy bien no ver en él mas que un sueño sublime; y aunque hayan sabido apoyarle en razones muy especiosas, estoy muy lejos de mirarle como una realidad. Desprendidos pues de todo espíritu de sistema, y limitándonos á lo que enseña el cristianismo, veamos lo que sucedió. Unese el Hijo eterno de Dios á la naturaleza humana, y en esta naturaleza se abate y humilla ante el Altísimo; al mismo tiempo forma un pueblo de adoradores que asocia á sí, y á quienes llena y penetra de su espíritu; se hace gefe de un cuerpo místico, cuyos miembros somos nosotros los cristianos y ved en esto desplegado con una basta magnificencia el plan de la creacion. Los seres materiales adoran por medio del hombre; el hombre adora por Jesucristo, y Jesucristo hombre Dios adora por sí mismo de un modo digno de Dios: de esta suerte forma el universo por la Encarnacion del Verbo divino un magnifico concierto de alabanzas infinitas como la infinita magestad á quien se dirigen.

No es esta una teología nueva, sino una consecuencia del misterio de la Encarnacion bien entendido, y cuyos elementos creo hallar en S. Pablo, que tanto habia penetrado en las pro-

fundidades de este misterio. Habíanse suscitado algunas contiendas en la iglesia de Corinto, fundada por este Apóstol, y parecian estar los fieles divididos entre los que mas particularmente los habian instruido, siguiendo unos á Céfás y otros á Apolo. Para calmar sus vanas disputas les recuerda el Apóstol que los hombres son nada, que deben sobreponerse á todas las consideraciones humanas, y pensar que su gloria y su único deseo deben ser el pertenecer á Jesucristo en quien todo les pertenece; y les dice con este motivo estas notables palabras: „Sí, todas las cosas son vuestras, el mundo, la vida, la muerte, lo futuro, todo es vuestro; pero vosotros sois de Jesucristo, y Jesucristo es „de Dios.“ *Omnia vestra sunt: vos autem Christi: Christus autem Dei* (1).

Aclaremos este pensamiento del Apóstol, tan digno de nuestras reflexiones. La religion nos enseña que habiendo prevaricado nuestros primeros padres, no por eso los abandonó Dios despues de su caída; sino que al mismo tiempo que los castigó por su rebelion, les prometió igualmente que á su posteridad un Redentor. Confiada esta promesa á las primeras familias

[1] I. Cor. III, 22, 23.

del género humano, se perpetuó por una serie de generaciones que la conservaron fielmente, hasta que un pueblo particular, el pueblo hebreo, fué su depositario especial. Este libertador debia ser Jesucristo, Dios y hombre juntamente, que expiaría con su muerte los crímenes de la tierra, y cuyos méritos abrazando todas las edades, santificarían á todos los justos desde el origen hasta el fin de los tiempos. Tal es la fe cristiana acerca de las promesas y consecuencias de la Encarnacion: ved ahora la gloria que de ella resulta á Dios.

Si los sacrificios de Abel, de Noe, de Abraham, y de Melquisedec, las ceremonias misteriosas de la antigua ley, la fe de los patriarcas, el celo de los profetas, y las virtudes de todos los justos que aparecieron ántes del Evangelio, no hubieran tenido relacion alguna con el sacrificio futuro de Jesucristo, no hubieran sido mas que de un mérito débil y limitado; pero por su union con los méritos del libertador esperado adquirian un valor inmenso, y guardaban cierta proporcion con la magestad divina: de este modo, aun ántes de la venida de Jesucristo alababan á Dios las criaturas insensibles por medio de los justos de la tierra; los justos por Jesucristo, y Jesucristo por sí mismo de

una manera digna de Dios: *omnia vestra sunt: vos autem Christi, Christus autem Dei.* Con arreglo á esta misma idea, ¿qué gloria no debia resultar á Dios del celo de los apóstoles, de los combates de los confesores, del valor de los mártires, de las oraciones de las almas piadosas, de la resignacion de los cristianos desgraciados, de las liberalidades inagotables de la caridad, y de todas las virtudes tiernas y sublimes que inspira la religion? Porque esta gloria aunque tributada por una débil criatura, se hace como infinita por la union del cristiano con el hombre Dios. Todo es del alma fiel, esta es de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios: *omnia vestra sunt: vos autem Christi, Christus autem Dei.* Además, la religion aunque bajo de diferentes formas es tan antigua como el mundo, y se ha perpetuado con él para durar aun despues de él. Es un gérmen que se manifiesta en el tiempo de los patriarcas, que crece en el de la ley de Moises; se desarrolla en el de la ley del Evangelio, y llega en los cielos á su plena y perfecta madurez. Todo allí se consuma, los elegidos son uno con Jesucristo, y Jesucristo en cuanto á la esencia es una cosa con el Padre celestial, y la gloria de la cabeza se difunde en todos los miembros. Por él los bienaventu-

rados alaban y glorifican para siempre las grandezas y misericordias de Dios que los corona y sus adoraciones identificadas con las de Jesucristo hombre Dios son infinitas como el Dios objeto de ellas. Así por una consecuencia del misterio de la Encarnacion, Dios ha recibido desde el principio, y recibirá aun mas allá de los tiempos homenajes infinitos como él. En vista de esto, ¿qué religion mas digna de Dios, y que le sea mas gloriosa que una religion fundada como la nuestra en el misterio del hombre Dios? Aun cuando esto no fuese mas que un sistema, seria sin embargo el concepto mas sublime del entendimiento humano; pero todo esto es demasiado superior á los pensamientos del hombre, para que pueda ser invencion suya. No me admiro de que la culpa de nuestros primeros padres haya dado lugar á la Encarnacion del Verbo; ni tampoco de que debiendo esta proporcionar á Dios tanta gloria, se consuele la Iglesia, al mismo tiempo que llora la caida original, con el espectáculo de los bienes inefables que la providencia ha sabido sacar de ella, y que no tema exclamar: „O feliz culpa que ha merecido tener tal Redentor.“
O felix culpa, quæ talem meruit habere redemptorem!

Ciertamente, señores, y terminaré con esta observacion la primera parte de este discurso, debe sernos la doctrina que acabo de exponer tanto mas apreciable cuanto es mas gloriosa y mas consoladora para nosotros. Comparadla con la de los materialistas de nuestros dias, y decidid. Los ateos han celebrado con énfasis la dignidad de la especie humana: querian segun su language ensalzar la magestad del hombre abatida bajo del yugo de la supersticion; y sin embargo, sus sistemas no hacen mas que corromperle y envilecerle. ¿Qué nos enseñan en efecto acerca del origen y destino del hombre? Le hacen nacer yo no sé como, y ántes de llegar al ser humano le hacen pasar por ridiculas transformaciones, de mineral á vegetal, y de vegetal á animal: no ven en él mas que un poco de lodo organizado, y le hacen morir todo entero como un insecto: esto es lo que se ha llamado por mucho tiempo, y lo que aun se llama algunas veces filosofia. Para hacernos virtuosos nos desembaraza primero el ateo de la creencia en la Divinidad, entregándonos de este modo á todos los vicios casi sin defensa; y para consolarnos de los males de la vida, nos habla de la inflexible necesidad que nos subyuga. Orgullo y licencia en lugar de dignidad y

de libertad, pasiones en lugar de virtudes, y palabras bárbaras ó un espantoso suicidio en lugar de consuelos: estos son los dones que el ateo hace á la humanidad; y si una feliz inconsecuencia no le hiciera ménos malo que sus sistemas, podria decirse: Ved ahí el hombre del ateísmo. Al contrario, hecho á la imagen de Dios su Criador, animado de un espíritu inmortal, colocado en una clase particular, y Rey de la naturaleza por su inteligencia; sostenido en sus males por la esperanza, ennoblecido, perfeccionado, y como divinizado por la union del Verbo á la naturaleza humana; hecho participe de los méritos y santidad de Jesucristo, y destinado á reinar con él en la eternidad: tal es el hombre de la religion. Decidid ahora de qué parte está la grandeza y de qué parte el abatimiento.

Ya, señores, os hemos hablado bastante de cuánto tiene de mas grande y hermoso el misterio de la Encarnacion. Réstanos ver en qué se fundan los argumentos de los incrédulos contra este misterio.

Si los ois, os presentarán el misterio de la Encarnacion como un compuesto extravagante de contradicciones, de crueldad, de injusticia y de bajeza, é indigno de la bondad y grandeza de Dios. ¡Un Dios, os dirán, inmortal, impassible e

inmenso, encerrarse en un cuerpo mortal, nacer, padecer y morir! ¿No es esto un absurdo? ¿No es una injusticia que un Dios condene á muerte á Jesucristo, que era la misma inocencia, en lugar de condenar á los hombres que eran los verdaderos culpables? ¿Qué cosa, por último, mas escandalosa é indigna de la Suprema Magestad que un Dios confundido entre las humillaciones y el oprobio? Nada de esto os asuste, señores: estos vanos argumentos no se fundan sino en falsas nociones, y los veréis desvanecidos si quereis uniros un momento á nosotros para formaros ideas justas; en primer lugar, del fondo mismo del misterio, tal como le enseña la religion; en segundo, de la verdadera grandeza, tal como nos la presenta la recta razon; y en tercero, de los efectos maravillosos y divinos que han resultado de estas mismas humillaciones de que el incrédulo procura prevalerse contra Jesucristo.

Conviene ante todas cosas considerar el misterio de la Encarnacion tal como la religion le propone, y no como podrian figurársele las preocupaciones y la irreflexion. La religion nos enseña que al unirse á nuestra naturaleza el Verbo Divino nada perdio de su grandeza, ni contrajo nada de nuestra debilidad; y que en

Jesucristo, Dios y Hombre al mismo tiempo, la Divinidad permaneció siempre impassible é inmortal. Seria ciertamente un absurdo imaginarse que la Divinidad estaba encerrada en el cuerpo humano como lo está un licor en un vaso, ó como nosotros lo estamos en este templo; pero sin necesidad de esto, al mismo tiempo que Dios lo llena todo con su inmensidad, puede muy bien hacer mas palpable su presencia en algunos sitios determinados, y al comunicarnos á todos el movimiento y la vida, ha podido unirse á la naturaleza humana de un modo mas íntimo, gobernarla y dirigirla con una accion mas especial. En Jesucristo la naturaleza humana estaba unida á la naturaleza divina, como en el hombre lo está el cuerpo al alma. Esta comparacion, por imperfecta que sea, sirve no obstante para aclarar el misterio, y en todos tiempos se han servido de ella los doctores de la Iglesia. En efecto, el hombre es espíritu y cuerpo todo junto, y en cada uno de nosotros tienen el espíritu y el cuerpo sus funciones particulares; pero está admitido en el lenguaje humano atribuir unas y otras á la persona: por consiguiente segun que se considere al hombre, ó por su alma ó por su cuerpo, puede y debe decirse del mismo hombre que es bruto é inteli-

gente, corruptible é incorruptible, mortal é inmortal. La aplicacion es palpable; es preciso saber distinguir en Jesucristo lo que es propio del hombre y lo que es propio de Dios: en él padece la naturaleza humana; la divina es impassible; pero por una consecuencia de la union de ambas naturalezas, debe decirse del mismo Jesucristo, que es Dios y Hombre, engendrado en la eternidad y nacido en el tiempo; vivo siempre, y juntamente muriendo en la cruz. Los niños cristianos, instruidos en los primeros elementos de la religion, saben repetir que Jesucristo ha muerto como Hombre y no como Dios. En Jesucristo el Verbo dirigia y gobernaba la humanidad; y por esto deben atribuírsele sus padecimientos y muerte, cuyo precio por lo mismo es infinito.

Seria sin duda una injusticia que Jesucristo inocente hubiese sido condenado por crímenes ajenos, y padecido, á pesar suyo, la pena que no habia merecido (1). Pero suponed por una parte, que Dios justamente ofendido por las iniquidades de los hombres, exigia una reparacion

(1) Tenga presente el lector que la condenacion de Jesucristo por Dios no ha sido sino una aceptacion del sacrificio voluntario de su Hijo, despues de su condenacion injusta por los judios.

de los ultrages hechos á su Magestad; y por otra que el Verbo Divino por un impulso de amor se constituye mediador, que se presenta como víctima voluntaria, y que con este pensamiento toma una naturaleza semejante á la nuestra para padecer y morir. ¿Hay en esto injusticia? Admirémos mas bien como en el sacrificio de Jesucristo se concilia la justicia con la bondad. La justicia de Dios queda plenamente satisfecha por una reparacion digna de él, y brilla su misericordia aceptando una reparacion que podia rehusar. Un ejemplo familiar os va á hacer esto muy claro. Figúrenos un monarca ofendido por vasallos rebeldes: tiene ciertamente derecho á tomar una venganza ejemplar, y á no admitir las satisfacciones ofrecidas por los delinquentes; pero supongamos al mismo tiempo que su hijo único se ofrece por mediador, que se presenta ante su Padre en nombre de sus vasallos delinquentes, y que este acepta su mediacion: ¿adónde está en esto la injusticia? Los derechos del trono quedarian entónces vindicados, y aun resaltaria la clemencia del Príncipe; pudiendo decirse además, que siendo tambien del hijo la gloria del padre, refluiria igualmente sobre el hijo el honor que redundase al padre de la reparacion

que él mismo le ofreciese. No pretendo ciertamente disipar todas las nubes que cubren el misterio, pues en este caso dejaria de serlo. Pero ¿cuántos puntos tan misteriosos como este y enteramente incomprensibles ofrece nuestra alma, ya en el modo de formarse sus pensamientos, y ya en su union con el cuerpo! Pero á lo ménos por las ideas que la religion nos da de este misterio es forzoso confesar que no encierra esos absurdos repugnantes que solo desnaturalizándole pueden ver en él los incrédulos.

Para que aparezcan ménos repugnantes las humillaciones y abatimientos de Jesucristo, recordemos en segundo lugar las verdaderas nociones de la sólida grandeza, no tomando aquí por regla aquel orgullo que se irrita por apariencias, sino la recta razon que juzga en vista de la realidad. ¿Y qué es lo que esta nos dice? Nos dice que la verdadera grandeza está en la virtud, y la bajeza solo en el vicio; y que nunca es mas grande el hombre que cuando después de ser injustamente perseguido, muere en el suplicio con la tranquilidad de la inocencia. Mas gloria debe Sócrates á la cicuta, á que fué condenado injustamente, que á su sabiduría y á sus estimables cualidades. ¿Se ha notado jamas nada de degradante en los tormentos de

Régulo espirando en Cartago víctima de sus juramentos? ¿Es acaso ménos grande S. Luis cargado de cadenas, soportando la desgracia con la resignacion de un cristiano y la dignidad de un rey, que S. Luis en el trono? ¿Y cuando Jesucristo perseguido por el mas ciego furor muere con toda la magnanimidad y sencillez de la virtud, no será carecer de toda filosofía ofenderse de sus humillaciones y padecimientos? Puede decirse que los paganos se han manifestado en este punto mas ilustrados que nuestros pensadores modernos: testigo Ciceron, y ántes que él Platon. El primero en un fragmento del tercer libro de la *República* conservado por Lactancio, hace el retrato (1) de dos hombres muy diferentes; el uno es un malvado que pasa por hombre de bien, y que engañando á sus semejantes se ve colmado de riquezas, de honores, y de todos los favores propios de la virtud; y el otro un hombre de bien que tenido por malo es perseguido por sus conciudadanos, cargado de cadenas, agobiado de males, y reducido á ser el mas infeliz de los hombres. „Y „bien, dice el filósofo romano, ¿si se nos obliga „se á ser uno de los dos, quién de nosotros

(1) *Divin. Inst. Lib. V, c. 12.*

„seria tan insensato que vacilase? „Cuando en el segundo libro de su *República* nos pinta Platon su justo perfecto, no nos le presenta bajo del dosel y la púrpura, en el fausto de las grandezas mundanas, ni en el carro de la victoria, ó entre las aclamaciones de la multitud, sino tal como Jesus se manifestó al mundo, humillado, perseguido, sin otro aprobador de sus virtudes que el cielo, y condenado como un malhechor, siendo el mas justo de los hombres: es pues notorio que los sabios del paganismo no conocieron espectáculo mas digno de la atencion del cielo que el de la virtud luchando con el infortunio.

Consultemos nosotros mismos, consultemos nuestras propias ideas para aplicarlas á Jesucristo bajo de otros respectos. Nos sentimos afectados y conmovidos cuando se nos citan ingenios sublimes, que no se desdeñan de humillarse hasta el nivel de los simples y de los ignorantes para instruirlos; y reyes poderosos que se despojan alguna vez de su magestad para manifestarse mas populares; y nos es grato ver á los primeros abatir en cierto modo la sublimidad de su ingenio, y á los segundos descender de su elevado trono, templando de este modo el resplandor de la ciencia y del poder con

una amable condescendencia. Si pudiésemos presumir en estos actos debilidad o pusilanimidad, dejarían sin duda de admirarnos; pero estamos al contrario convencidos de que hay grandeza en humillarse así en beneficio de la humanidad. Efectivamente, señores, Jesucristo no es, ni podemos creerle débil ni pusilanime: es cierto que se humilla por nosotros, pero siempre con los caracteres de la más heroica virtud, y haciendo sobresalir aun en medio de sus humillaciones rasgos de una grandeza enteramente divina: es un Príncipe que hasta en su real familiaridad sabe hacer conocer todo lo que él es á la multitud que le rodea. Ved en efecto toda su vida: nace en un pesebre, pero los ángeles celebran su nacimiento con cánticos de alegría; aparece con la debilidad de la niñez, pero rodean su cuna los pequeños y los grandes, los pastores de la Judea y los magos de oriente; es presentado en el templo como cualquier otro niño, pero el anciano Simeon le toma en sus brazos y profetiza su grandeza y su gloria; conversa en medio de los pueblos de la Judea con los pobres como con los doctores, pero en sus discursos brilla la más profunda sabiduría y un sinnúmero de maravillas acompañan sus pasos. Si se deja prender por una tropa arma-

da, es despues de haberla aterrado con una sola palabra como con un rayo; muere en la cruz, pero su muerte conmueve la naturaleza; y si, por último, baja al sepulcro, es para salir de él triunfante de la muerte.

Quiero por un momento olvidar estas señales de su divino poder, para no considerar más que sus mismas humillaciones, con el objeto de hacer ver que en lugar de envilecer á Jesucristo hacen resaltar admirablemente su grandeza. ¿Y por qué? Porque de ella resultan efectos maravillosos y muy dignos de la Divinidad, que es mi tercera y última reflexión.

Hace ya quince siglos que uno de los más grandes ingenios de la antigüedad cristiana, Tertuliano, decia á los enemigos de la divinidad de Jesucristo (1): „Sus humillaciones os parecen „indignas de Dios; pero considerad que eran „muy útiles al hombre, y que por lo mismo se „hacian dignas de Dios, pues nada hay más „digno de Dios que el hacer bien á su criatura.” Este pensamiento merece que nos detengamos en él para darle toda la claridad conveniente. Todas las perfecciones son infinitas en Dios: su bondad es ilimitada como su poder y su sabi-

[1] Adv. Marcion lib. II, cap. XXVII.

duría; y aun es de tal manera su atributo distintivo, que se le designa con el nombre de infinitamente bueno, como con el de infinitamente grande: la bondad es en él una propension á comunicar y derramar los tesoros de vida y de felicidad de que es origen. No se verifica en Dios lo que en los hombres: concentrados nosotros en nuestros afectos personales, y ocupados de nuestras propias necesidades rehusamos dar, ó solo damos con reserva y medida; conocemos que nos quitamos a nosotros lo que damos, y creemos perder en algun modo una parte de nosotros mismos.

Pero Dios de nada necesita, da sin empobrecerse, y es propio de la dignidad del primer ser dar por si mismo, y aun prevenir los deseos, porque es el Ser supremo que extiende á todos su soberana bondad y que puede llevarla á un punto, que si le agrada darle libre curso, nos parezca inconcebible. Siendo en efecto infinitamente comunicable, ¿hasta dónde no podrán alcanzar los efectos de su amor! ¿Y qué espectáculo ofrecia la tierra á su vista? Los errores y los vicios la tenian cubierta de tinieblas é infamias: los crímenes estaban divinizados, las virtudes desconocidas, y los pueblos segun el language de la Escritura eran como ovejas

descarriadas sin pastor y sin guia: eran unos enfermos cubiertos de llagas y de heridas; y al mismo tiempo unos criminales que sofocando la conciencia y los remordimientos, volvian contra Dios mismo sus beneficios, y no cesaban de ultrajarle con sus iniquidades. Necesitaban un modelo, un médico, un Salvador. Ya el cielo habia hablado de muchos modos por los profetas; pero Dios habia determinado hacer todavía mas: queria conceder á la tierra un beneficio mas universal, mas precioso, mas duradero, y lo que haga será una cosa tanto mas digna de él cuanto envuelva mas amor y mas condescendencia. Los paganos habian imaginado que los dioses visitaban algunas veces á los hombres; pues bien, lo que para ellos solo era una fábula, se ha realizado en Jesucristo. Dios se hace visible, se reviste de nuestra naturaleza, vive entre los hombres, los ilustra con sus discursos, los santifica con sus ejemplos, y los salva con su muerte. Si fuéramos solo puras inteligencias, hubiera podido contentarse con iluminarnos por revelaciones interiores; pero somos hombres, tenemos sentidos, órganos y cuerpo, y por lo mismo Dios se hace semejante á nosotros y nos concede el beneficio de una revelacion sensible, exterior y adecuada á nues-

tra naturaleza. Pudo sin duda aparecer en un estado habitual de grandeza y de gloria, manifestarse por algun tiempo á los hombres, y desaparecer despues sin pasar por aquel estado de pobreza, de humillacion y de padecimientos á que quiso sujetarse; pero esto hubiera sido muy poco para su amor y para nuestra instruccion. Pasa por todos los estados de la vida humana; se somete á las mas duras pruebas, y se hace obediente hasta la muerte de cruz, porque es inmenso su amor á los hombres; quiere servir de modelo á todos; dejarnos en su vida el cuadro de todas las virtudes; ofrecer siempre el ejemplo á la par del precepto, é ilustrarnos mas aun con su conducta que con sus lecciones. Dominaban con tal imperio en la tierra la soberbia, la ambicion y el deleite, estos tres tiranos del género humano, que se necesitaba para limpiarla de ellos y establecer el reinado de las virtudes opuestas, nada ménos que los ejemplos tan perfectos de humildad, de desprendimiento y pureza que brillan en Jesucristo.

Ved aquí pues ese legislador único en someterse hasta el último aliento de su vida á todas las leyes que nos impuso, y que por cada una de sus palabras, como por cada una de sus acciones, tiene derecho para decir á sus enemi-

gos (1): „¿Quién de vosotros podrá hacerme „una reconvenccion justa?“ ¡Qué admirable concordancia entre sus ejemplos y su doctrina! No hay una accion suya que no sea un ejemplo, ni en sus discursos una sola palabra que no sea una verdad. ¡Cuán pequeños son delante de este justo todos los sabios juntos! ¡Cuál es el filósofo que sepa hablar y vivir de este modo? Aristóteles y Platon han podido formar discípulos, y reinar sucesivamente en las escuelas de la filosofía, antigua ó moderna; pero ¿se encuentra siempre en la conducta de su vida la doctrina que enseñaban en sus libros? ¿se ha pensado nunca en proponerlos por modelos de toda perfeccion? No. Pero en cuanto á Jesucristo su conducta no es mas que la práctica de su doctrina, y en cuantas partes penetre su Evangelio se podrá decir á todos los hombres: „Mirad, y obrad segun el modelo que se os presenta.“ Ved como en sus mismas humillaciones se muestra Jesucristo verdaderamente Dios, dando el ejemplo de todas las virtudes para santificarnos, y sacrificando su vida por la salvacion del mundo. Si admiramos á un príncipe que sabe entregarse y morir por su pueblo,

[1] San Juan, VIII, 46.

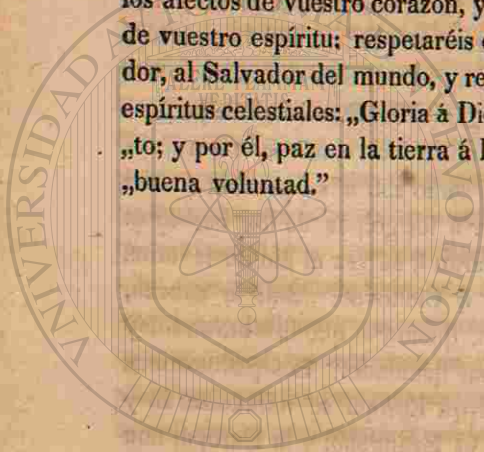
y si esta conducta nos parece gloriosa para él; confesemos tambien con Bossuet que „un Dios „que descende á la tierra para vivir entre los „hombres, no podia hacer cosa mas grande, „mas real ni mas divina que salvar á todo el „género humano por una muerte generosa.”

Os preguntaremos por último: ¿Os escandalizais de las humillaciones del Salvador? Pero advertid cuales han sido en todos los siglos las maravillosas resultas de sus padecimientos y de su muerte, y como su cruz ha llegado á ser su triunfo. Jesucristo habia anunciado que todo lo atraeria á sí, cuando fuese colocado en alto: ¡qué prediccion! Una cruz, teatro de ignominia, convertirse en un manantial de gloria: ¡qué prodigio! Jamas ningun oráculo se ha cumplido mas maravillosamente. En este punto hablan de un modo muy claro los hechos; todo el universo todas las naciones vienen á ser herencia de Jesucristo crucificado; y la misma Roma, señora del mundo, recibirá el yugo del Salvador. Levante Roma, la soberbia Roma, á costa de inmensos gastos un templo célebre á todos los dioses de la tierra; ese monumento de su política y supersticion, ese mismo servirá de trofeo á la cruz del Salvador del mundo. La señal de salvacion será enarbolada sobre el

panteon, y los dioses de las naciones puestos á sus pies como cautivos servirán de ornamento á los triunfos de Jesucristo. Júpiter cayó desde la cumbre del capitolio sin que sus rayos, tan ponderados por los poetas, le hayan podido salvar de una caída eterna. Perecerá el imperio romano; pero la religion del Crucificado durará para siempre. Desde el fondo de sus bosques y de regiones incultas vendrán los pueblos feroces del norte á arrojarse sobre las provincias romanas como sobre su presa, caerá el coloso del poder á los golpes de los bárbaros: los bárbaros caerán á su vez al pie de la cruz, y Remigio dirá á Clodoveo: „Baja la cabeza, „fiero Sicambro, quema lo que has adorado, y „adora lo que has quemado.” Los pueblos mas salvages de nuestra Europa se humanizarán y civilizarán por el Evangelio; y la Europa, una vez hecha cristiana, servirá de antorcha al resto del mundo.

Tales han sido, y tales son aun los triunfos de Jesus crucificado. De este modo hizo la conquista del mundo esta cruz, de la que algunos parecen avergonzados. ¡Tanto es su poder y virtud! Aprended pues, señores, aprended á conocer el misterio de la Encarnacion tal como la iglesia nos le enseña, libre de las

ideas absurdas y groseras que la preocupacion se forma de él; y os penetraréis de cuan glorioso es para Dios, y saludable para el hombre. Cristianos entónces por las obras, no ménos que por la fe, haréis homenaje á Jesucristo de los afectos de vuestro corazon, y de la sumision de vuestro espíritu: respetaréis en él al mediador, al Salvador del mundo, y repetiréis con los espíritus celestiales: „Gloria á Dios por Jesucristo; y por él, paz en la tierra á los hombres de „buena voluntad.”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

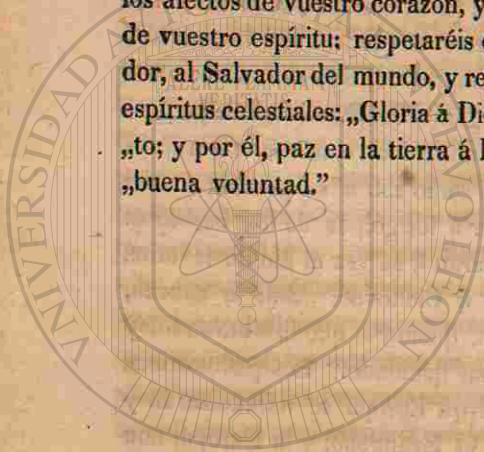
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOBRE

LAS PROFECÍAS.

YA os hemos hablado, señores, de la nacion hebrea, á quién Moises dió leyes tan admirables por su duracion como por su sabiduría; ya os hemos recordado los innumerables prodigios de que está llena su historia, y procurado manifestaros cuanto presentan de extraordinario y verdaderamente singular, su carácter, sus costumbres, su gobierno y su posicion en medio de los demas pueblos del mundo. Hoy nos proponemos considerar á este pueblo bajo de un nuevo punto de vista que acabará de daros á conocer como quiso Dios valerse de él para realizar la ejecucion de sus designios eternos, y preparar muy de antemano el camino á la religion santa que habia resuelto establecer en la tierra. Era poco para la bondad del Señor haber salvado del olvido la memoria de lo pa-

ideas absurdas y groseras que la preocupacion se forma de él; y os penetraréis de cuan glorioso es para Dios, y saludable para el hombre. Cristianos entónces por las obras, no ménos que por la fe, haréis homenaje á Jesucristo de los afectos de vuestro corazon, y de la sumision de vuestro espíritu: respetaréis en él al mediador, al Salvador del mundo, y repetiréis con los espíritus celestiales: „Gloria á Dios por Jesucristo; y por él, paz en la tierra á los hombres de „buena voluntad.”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOBRE

LAS PROFECÍAS.

Y A os hemos hablado, señores, de la nacion hebrea, á quién Moises dió leyes tan admirables por su duracion como por su sabiduría; ya os hemos recordado los innumerables prodigios de que está llena su historia, y procurado manifestaros cuanto presentan de extraordinario y verdaderamente singular, su carácter, sus costumbres, su gobierno y su posicion en medio de los demas pueblos del mundo. Hoy nos proponemos considerar á este pueblo bajo de un nuevo punto de vista que acabará de daros á conocer como quiso Dios valerse de él para realizar la ejecucion de sus designios eternos, y preparar muy de antemano el camino á la religion santa que habia resuelto establecer en la tierra. Era poco para la bondad del Señor haber salvado del olvido la memoria de lo pa-

sado, mandando á su siervo Moises describir el origen de las cosas, y asegurar por medio de un monumento duradero el depósito de las tradiciones primitivas. Era poco tambien proveer á las necesidades presentes de su pueblo querido, y conducirle como de la mano por entre repetidos milagros. Las ideas de salvacion que habia concebido el Altísimo, no debian ceñirse á sola una region ni á un solo pueblo; y aquellos cuidados de una providencia enteramente particular á favor de los hijos de Israel, no eran mas que el preludio y la figura de la grande obra de misericordia que meditaba á favor de todos los hijos de los hombres. Todavía debian pasar siglos enteros hasta que esta grande obra se consumase; pero queriendo marcarla con señales que no pudiesen ser desconocidas, y consolar á lo ménos á la tierra sobre sus males con la esperanza del remedio, suscita de tiempo en tiempo hombres llenos de su espíritu y de sus luces, ante quienes corre el velo de lo porvenir, y les manda vayan á decir á sus hermanos lo que han visto y lo que han oido. Este es el origen de esa numerosa serie de profecías que se hallan en los libros de la ley antigua, donde se puede leer anticipadamente la historia de los sucesos futuros.

Algunas de estas profecías se refieren solo al pueblo judío, ó tal vez á alguna de las ciudades ó naciones sus límites; pero otras, y estas son de las que voy á hablaros, parecen referirse á un solo y único objeto al cual van á parar continuamente, y al que, bajo de todas formas y en todos sus pormenores, presentan como de mayor importancia y de un interes mas universal. Los judíos y los cristianos estan acordados en ver en estos últimos oráculos la promesa de un libertador ó de un Mesías que debia venir en la plenitud de los tiempos, y cuyos beneficios é imperio debian extenderse á todas las naciones. Estos aseguran que aquel augusto personage ha venido ya, y que es Jesus el hijo de Maria, crucificado en Jerusalem hace diez y ocho siglos, y aquellos sostienen al contrario que todavía se le debe esperar. Los incrédulos por su parte pretenden que tanto unos como otros padecen ilusion, y que ningun crédito merecen todas estas profecías. En el choque de tan diferentes opiniones, ¿dónde hallaremos la verdad? Esto es lo que vamos á examinar.

Para dar orden y claridad á esta discusion, la reduciremos á tres cuestiones principales.

Primera: ¿Es cierto que hay en los libros del

antiguo Testamento predicciones que anuncian la venida del Mesías?

Segunda: ¿Es cierto que los caracteres designados de antemano á este incomparable personage se reúnen en Jesucristo?

Tercera: ¿Es cierto que las dificultades que se oponen á esto carecen de toda solidez?

Tal es el asunto y la division de esta conferencia acerca de la divinidad de la religion cristiana, probada por las profecías.

Es indudable, señores, que uno de los puntos fundamentales de la religion judaica, ha sido en todos tiempos la expectativa de un Mesías; es decir, de un poderoso libertador destinado á reinar sobre todos los pueblos: de esta tradicion se encuentran vestigios muy marcados de siglo en siglo, hasta nosotros, y los autores, tanto judíos como paganos, atestiguan unánimemente que la esperanza del Mesías era general en la época en que Jesucristo apareció en el mundo (1). ¿Pero está verdaderamente fundada en los libros santos una tan antigua y arraigada creencia? Todo hombre de buena fe

(1) Josephus. *De Bello Judaico*. lib. VI, cap. V, n. 4.—Talmud Babyl. *Sanh.* cap. II.—Luc. III, 15.—Joan I, 19, 20: IV, 25.—Sueton. *in Vespas.* cap. IV.—Tacit. *Histor.* lib. V, cap. XIII.

se convence de ello con la mayor facilidad. Nada hay en efecto mas frecuentemente repetido en los libros del antiguo Testamento, que la promesa de un Mesías bajo de la idea general de un libertador destinado á fundar una nueva alianza. Es verdad sin embargo que esta promesa no está igualmente descifrada en todos los tiempos, ni en todos los profetas: es una luz que tiene su principio y su aumento, pero que no deja de alumbrar en todos los siglos; y aunque al principio solo sea un débil rayo, se extiende y aumenta despues por grados hasta llegar á ser con el tiempo una luz brillante.

Apénas nuestros primeros padres incurren por su rebelion en la desgracia del Criador, cuando ya oyen de la boca de su soberano juez la promesa de un libertador que los rescatará de la esclavitud del demonio. „Yo pondré, dice Dios á la serpiente, enemistades entre tí y „la muger, y entre tu raza y la descendencia „suya; ella quebrantará tu cabeza (1).” El estilo oscuro y figurado de esta profecía, en que el demonio está designado bajo del emblema de una serpiente, puede sin duda alguna dar márgen á bastantes dificultades; y aun se podria

(1) Génesis III, 15.

confesar que si no estuviese aclarada por otras mas modernas, no seria bastante para demostrar rigorosamente la promesa de un redentor. Sin embargo observad, señores, en primer lugar que el sentido de estas palabras misteriosas está claramente determinado por las mas antiguas tradiciones del género humano (1). No solo los judíos sino tambien los mismo paganos, segun confiesa expresamente Boulanger (2), han conservado la tradicion de un libertador todopoderoso que debia traer la salud á los hombres, y reconciliarlos con Dios, y lo mas notable aun es que este enviado de lo alto está figurado en muchas mitologías bajo de la imágen de un Dios hecho hombre, que quebranta la cabeza de una serpiente dañosa al género humano (3). ¿Y de dónde ha podido provenir una tradicion tan general entre tantos pueblos diferentes, sino de la tradicion primitiva que ha explicado la promesa hecha á nuestros primeros padres en el sentido que nosotros le damos? Ademas, por poco atentamente que se examine

(1) Véanse los Targums ó Paráfrasis caldeas.

(2) Boulanger, *Antiquité dévoilée*.

(3) Véase la obra de Faber titulada *Horæ Mosaicae*, sect. I. cap. III. Véase tambien *Essai sur l'Indifférence*, tom. III. cap. XXVII, pág. 400, &c.

el contexto del pasage de que tratamos, veremos vislumbrarse á cada palabra entre el rigor del decreto fatal que en él se contiene, la misericordia que suaviza los golpes de la justicia. En el Dios terrible que maldice, se descubre siempre un padre mas que un juez; se conoce que hiere como á pesar suyo; y que si castiga por el pronto, se reserva perdonar en adelante. El objeto de esta prediccion es visiblemente el de consolar á lo ménos á los culpables en su desgracia, y reanimar su esperanza despues de su caída. Pero hablando de buena fe, ¿los hubiera Dios consolado eficazmente limitándose á anunciarles la enemistad que existiria en lo sucesivo entre el hombre y la serpiente natural? Dad por el contrario á estas palabras divinas el sentido que nosotros les atribuimos conforme á la tradicion mas antigua y universal, y veréis desde luego cumplido el objeto que Dios se propuso, que fué reanimar el valor del hombre caído. Lo ménos que este debió inferir de tal promesa, fué que uno de sus descendientes conseguiria sobre el demonio una victoria asombrosa; que por lo tanto su estado no era desesperado, y que algun dia se veria libre de los males que se habia atraído con su desobediencia.

Pero sigamos la larga cadena de profecías, de que esta no es mas que el primer eslabon, y veremos explicarse sucesivamente los designios de la divina misericordia, y adquirir de dia en dia mayor claridad.

Cerca de dos mil años ántes de Jesucristo, cuando todos los pueblos se precipitaban en la idolatría, escoge Dios á Abraham y á toda su familia, para formar de ella una nacion privilegiada, y anuncia á este santo patriarca, no solo que seria padre de un pueblo innumerable, sino que de su descendencia saldria un vástago en quien serian benditas todas las generaciones. „Abandona tu pais, le dice, y vete á la „tierra que te enseñaré, y te haré tronco de un „gran pueblo, y todas las naciones de la tierra „serán benditas en aquel que nacerá de tí (1).” Igual promesa se renovó en los mismos términos á Isaac y á Jacob, descendientes de Abraham (2), é iluminado con nueva luz, el mismo Jacob en el lecho de la muerte señala entre las doce tribus á la de Judá, como la destinada á dar á luz al *deseado de las naciones*. „El cetro, dijo, (es decir la autoridad soberana), no

[1] Génesis XII, 13: XXII, 18.

[2] Génesis XXVI, 3, 4: XXVIII, 13, 14

„será quitado de Judá, ni de su posteridad el „caudillo, hasta que venga el que ha de ser en „viado, y este será la *esperanza de las naciones* (1).” ¿Y quién no reconoce por esta última señal al personage célebre ya prometido á Abraham, á Isaac y á Jacob, á *aquel en quien todas las naciones debian ser benditas*, al libertador en fin anunciado al hombre culpable desde el origen del mundo?

Bien sé, señores, que embarazados los judíos modernos con esta profecia, que señala con caracteres tan vivos la época exacta de la venida del Mesías, nada han perdonado para eludir su fuerza, y aun para dar al oráculo de Jacob un objeto del todo diferente del que nosotros le atribuimos. Pero sin seguir aquí las discusiones de los eruditos acerca del texto original, lo que no permite el plan de este discurso, ¿no podremos cortar toda la dificultad con una observacion decisiva? Es una cosa indudable que todos los judíos antiguos, tanto ántes de Jesucristo, como durante los primeros siglos del cristianismo, aplicaban al Mesías igualmente que nosotros el oráculo de que ahora se trata. La traduccion de los libros sagrados co-

(1) Génesis XLIX, 10.

nocida bajo del nombre de *Version de los Setenta*, anterior á Jesucristo cerca de trescientos años, las paráfrasis ó comentarios publicados por los judíos despues de la venida de Jesucristo (1), todos los escritos de sus antiguos doctores adoptan (2) unánimemente la explicacion que nosotros damos hoy á esta famosa profecía. ¿Qué deberemos por consiguiente pensar de las interpretaciones sospachosas, ideadas por un pequeño número de doctores modernos, despues de tan larga serie de siglos? ¿No podremos con fundamento atribuir las únicamente á la necesidad de defender una causa desesperada? ¿Con qué derecho se atreven algunos preciados de sabios en nuestros dias á vanagloriarse de haber penetrado el sentido de las profecías mejor que aquellos intérpretes tan sabios, tan próximos ademas al tiempo en que dejó de ser vulgar la lengua hebrea y que aun debian poseer en toda su integridad el depósito de las antiguas tradiciones? No olvidemos esta observacion importante, que previene y resuelve anticipadamente la mayor parte de dificultades que nos oponen en el dia los judíos.

(1) Véase en la Poliglota de Inglaterra las paráfrasis de Onkelos, de Jonathan y de Jerusalem.

(2) Thalmud, Gemar. tract. Sanh. cap. II.

Pero á medida que se adelanta en la serie de los tiempos, aparecen mas claras las promesas y mas circunstanciadas. Los libros proféticos sobre todo estan llenos de predicciones, que por confesion de los judíos, tanto antiguos como modernos, no pueden convenir sino al Mesías. En efecto, todas las páginas de estos divinos libros nos anuncian una nueva alianza, que no será particular á los hijos de Jacob, sino que extenderá entre todos los pueblos del mundo el conocimiento y culto del verdadero Dios, y someterá todas las naciones al reinado del Mesías.

¿Con qué magnificencia no se canta este grande suceso en el libro de los Salmos! Muchas veces no pensaba David al empezar aquellos sublimes canticos, mas que en celebrar la gloria de su hijo Salomon; pero de repente se arrebató, sale de sí mismo é iluminado por una luz celestial, entreve á lo léjos á aquel de quien Salomon era figura, y pinta la gloria del Mesías con rasgos que es imposible aplicar á ningun otro. No solo ve como Abraham á *todas las naciones de la tierra benditas en este nuevo Rey* (1), sino que contempla con admiracion todos los pueblos sometidos á su imperio, y pos-

(1) Salmo LXXI, 17.

trados á los piés del so'lo Dios verdadero. „En „sus dias felices, dice él (1), florecerá la justi- „cia con la abundancia de la paz, el imperio „del nuevo Rey se extenderá de un mar á otro, „y hasta los últimos confines del mundo. Los „moradores del desierto se postrarán ante él, „y sus enemigos besarán el polvo de sus piés. „Todos los reyes de la tierra le adorarán, y to- „das las naciones le rendirán homenaje.” Otras veces es el mismo Mesías hablando por boca del Profeta, quien anuncia este asombroso suceso, y le presenta como la recompensa de sus trabajos, y el fruto de sus padecimientos. „Yo „os alabaré, Señor, dice él (2), en una solemni- „dad grande, y en presencia de los que le te- „men yo cumpliré mis votos.... Entonces to- „da la extension de la tierra se acordará del „Señor, y se convertirá á él. Todos los pueblos „le adorarán, porque del Señor es el reino, y él „ha de tener el imperio de las naciones.” ¡Era posible, señores, predecir con mas claridad la ruina de la idolatría y la vocacion de los gentiles al culto del Dios verdadero? Pues sin embargo, aun se aumenta, si es posible, la luz de estas profecías por la de los libros posteriores.

(1) Salmo LXXI, 7, &c.

(2) Salmo XXI, 26, &c.

Trescientos años despues de David describe el mas sublime de los profetas, Isaias, en los términos mas magníficos el reino futuro del Mesías, y se detiene principalmente en el carácter distintivo de este reino; esto es, en la conversion de los gentiles al culto del Dios verdadero (1). „En los últimos dias, dice este profeta, en que se erigirá la casa del Señor, tendrá sus cimientos sobre la cumbre de los altos montes, y se elevará sobre sus collados, y todas las naciones acudirán á él, y vendrán muchos pueblos, y dirán: Ea, subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; y él nos mostrará sus caminos, y por sus sendas andaremos; que de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor saldrá de Jerusalem.... La arrogancia de los hombres será abatida, y el Señor solo será el ensalzado en aquel dia, y los ídolos todos serán hechos añicos.... En aquel día un renuevo de la raiz de Jessé (padre de David) (2), que está puesto como señal para los pueblos, será invocado de las naciones, y su sepulcro será glorioso.... Purificará (3) á muchas naciones: en su presencia es-

(1) Isaias II, 2, etc.

(2) Isaias XI, 10, etc.

(3) Isaias LII, 15.

„tarán los reyes escuchando con silencio, por-
 „que aquellos á quienes nada se habia anuncia-
 „do de él por sus profetas, le crecerán, y los que
 „no habian oido hablar de él, le contempla-
 „rán.... He aquí que yo voy á presentarle (1)
 „por testigo de mi verdad á los pueblos, y por
 „caudillo y por maestro á las naciones; y las
 „naciones que no te conocian correrán á tí por
 „amor del Señor Dios tuyo, y del Santo de Is-
 „rael que te habrá llenado de gloria.... Rego-
 „cijate, pues, añade el Profeta, ó estéril (1), que
 „pares: canta himnos de alabanza y de júbilo
 „tú que no eres fecunda, porque ya son muchos
 „mas los hijos de la que habia sido desechada
 „que de aquella que tenia marido. Toma un si-
 „tio mas espacioso para tus tiendas, y extiende
 „cuanto puedas las pieles de tus pabellones,
 „alarga tus cuerdas y afianza mas tus estacas,
 „porque tú te extenderás á la derecha y á la
 „izquierda; y tu prole señoreará las naciones, y
 „poblará las ciudades ahora desiertas.... pues
 „será tu dueño y esposo aquel Señor que te ha
 „criado, cuyo nombre es el de Señor de los
 „ejércitos, y tu Redentor, el Santo de Israel,

[1] Isaias LV, 4, etc.

[2] Isaias LIV, 1, etc.

„será llamado el Dios de toda la tierra.... Ven-
 „dré (1), dice el Señor, á recoger sus obras y
 „sus pensamientos, y para reunirlos con todas
 „las naciones de cualquier pais y lengua, y com-
 „parecerán delante de mí, y verán mi glo-
 „ria.... de los que se salvaren, yo enviaré á
 „las naciones de la otra parte del mar.... á
 „gentes que jamas han oido hablar de mí, ni
 „han visto mi gloria, y estos enviados anuncia-
 „rán á las naciones mi gloria, y traerán todos
 „vuestros hermanos de todas las naciones, y los
 „ofrecerán como un presente al Señor.... y de
 „entre estos escogeré yo para hacerlos sacer-
 „dotes y levitas, dice el Señor.”

¡Cuántas otras predicciones no ménos deter-
 minadas podriamos añadir sobre el mismo ob-
 jeto! Pero vuelvo á preguntaros, señores: ¿era
 posible poner mas en claro las promesas he-
 chas á Abraham y á nuestros primeros padres?
 ¿Era posible esparcir una luz mas viva sobre
 aquellas palabras tantas veces repetidas á los
 antiguos patriarcas: *todas las naciones de la tier-
 ra serán benditas* en aquel que saldrá de vos?
 ¿No nos obligan la serie y enlace de todas es-
 tas profecías á reconocer que muchos siglos

(1) Isaias LXVI, 18, etc.

antes de Jesucristo estaba terminantemente predicho que el conocimiento y culto del verdadero Dios no habian de estar siempre vinculados en el pueblo escogido; y que todos los pueblos del mundo abandonarían algún día sus supersticiones, para adorar al único Dios vivo y verdadero, manifestado por el ministerio de un descendiente de David? ¡Predicción tan notable, cuanto combatía directamente el orgullo y las preocupaciones del pueblo judío, tan celoso naturalmente de sus privilegios, y tan poco dispuesto á partírselos con las naciones extranjeras!

Pero ya es demasiado insistir sobre un punto en que los mismos judíos, nuestros enemigos declarados, convienen con nosotros. Vista ya la promesa de un Mesías claramente anunciado en los libros del Antiguo Testamento, veamos si los caracteres de este personaje extraordinario se reúnen en el que adoran los cristianos.

La época de la venida de Jesucristo, la historia de su nacimiento, de su vida y de su muerte, y los prodigiosos efectos que han producido, demuestran hasta la evidencia que Jesús, hijo de María, es el verdadero Mesías anunciado por los antiguos profetas.

Ya hemos visto en la profecía de Jacob, que la época de la venida del Mesías está señalada por dos mutaciones: una respectiva al pueblo judío, y otra á las naciones extranjeras. Según este célebre oráculo debía cesar toda la autoridad en la casa de Judá en los días del Mesías; lo que, según nota Bossuet, *lleva consigo la ruina total de un estado* (1), y á la misma época debía formarse un nuevo reino, compuesto no de un solo pueblo sino de todos, y cuya cabeza y esperanza debía ser el Mesías. Pues bien. ¿Qué es lo que vemos con nuestros mismos ojos? ¿No vemos á la tribu de Judá, así como á toda la estirpe de los judíos, dispersa aquí y allí por toda la superficie del globo, sin estado político, sin forma alguna de nación, y despojada enteramente de la autoridad que la predicción de Jacob le aseguraba hasta la venida del Mesías? ¿Y en qué época ha perdido esta prerogativa? ¿No la ha perdido en el siglo mismo en que Jesucristo apareció en la tierra? Treinta y seis años antes del nacimiento de Jesucristo sucedió la usurpación de Heródes, idumeo de origen; y treinta y siete des-

[1] *Disc. sur l'Hist. universelle. II part. c. II à la conclusion.*

pues de la muerte de aquel se verificó la ruina total de Jerusalem, que acabó de quitar á la tribu de Judá no solo su preeminencia, sino tambien su existencia política.... ¿Qué vemos aun en esta misma época? En ella vemos levantarse de repente sobre las ruinas de este imperio otro nuevo reino en el que entran apresuradamente las naciones; un reino que se extiende en breve á toda la tierra, y que adora á Jesucristo como á su divino Soberano. ¿Y quién podrá dudar en vista de esto que Jesucristo no esté verdaderamente designado en la profecía de Jacob? ¿Qué otro personage ha aparecido al mismo tiempo á quien con alguna verosimilitud se pueda dar el título de Mesías?

Pero oigamos la aclaracion que Daniel da á este oráculo de Jacob hácia el fin de la cautividad, es decir, mas de quinientos años antes de Jesucristo.

Este profeta, reverenciado de los mismos reyes idólatras por su singular prudencia y por sus luces sobrenaturales, ve por diferentes veces la sucesion de cuatro grandes monarquías que deben preceder al reino del Mesías (1), las designa con su carácter propio y con tanta

(1) Dan. II, III, V, VIII.

exactitud, que los mas grandes enemigos de la religion siguiendo á Porfirio (1) no han podido eludir la fuerza de sus predicciones, sino poniendo en duda su autenticidad. Ve primeramente el imperio de los asirios derrocado por el de los medos y los persas; á este ceder bien pronto su puesto al imperio de los griegos, y á todos confundidos por último bajo del dominio de los romanos: ve tambien formarse en el seno mismo de este último imperio un reino de un orden mas excelente al que llama *el reinado del Hijo del hombre, el reinado de los santos del Altísimo, un reino eterno al que todos los pueblos, todas las tribus, todas las lenguas estarán subordinadas* (2).

Ya reconocereis claramente que el Mesías debió venir antes de la caida del imperio romano; pero ved aun otra cosa mas admirable y terminante.

Estaba ya para espirar el tiempo señalado en los designios de Dios para la cautividad de Babilonia, y Daniel le dirigia los ruegos mas fervorosos por el rescate de sus hermanos, cuan-

[1] *Préface du commentaire de saint Jérôme sur Daniel.*

[2] Daniel II, 44: VII, 13, 14 y 27.

do de repente se eleva á misterios mas altos, y ve una libertad mucho mas importante: ve al género humano redimido de la esclavitud del demonio, y esparcida la bendicion sobre la tierra por el Mesías. Aparécesele el ángel Gabriel y le dice (1): „Se han fijado setenta semanas „(es decir, como pronto veremos, cuatrocientos „y noventa años) para tu pueblo y para tu „santa ciudad, al fin de las cuales se acabará la „prevaricacion y tendrá fin el pecado; y la ini- „quidad quedará borrada, y vendrá la justicia „perdurable, y se cumplirá la vision y la profe- „cía, y será unguido el Santo de los santos. Sá- „bete, pues, y nota atentamente: Desde que sal- „drá la orden para que sea reedificada Jerus- „alen hasta el Cristo príncipe, pasarán siete se- „manas y setenta y dos semanas, y será nue- „vamente edificada la plaza ó ciudad y los mu- „ros en tiempo de angustia: (durante las siete „primeras semanas y despues de setenta y dos „semanas), se quitará la vida al Cristo, y no „será mas suyo el pueblo, el cual le negará, y „un pueblo con su caudillo vendrá y destruirá la „ciudad y el santuario, y su fin será la devasta- „cion, y acabada la guerra quedará establecida

(1) Daniel. IX, 24, etc.

„allí la desolacion, y (el Cristo) afirmará su „alianza en una semana con muchos, y á la mi- „tad de esta semana cesarán las hostias, los sa- „crificios, y estará en el templo la abominacion „de la desolacion, y durará la desolacion hasta „la consumacion y el fin.”

Meditemos, señores, por algunos instantes una prediccion tan exacta, cuyas consecuencias confunden verdaderamente á todos los enemigos de la religion.

Observad en primer lugar que el Cristo anunciado en este oráculo es incontestablemente el Mesías, porque ¿á quién otro podia Daniel llamar por excelencia *el Cristo, el Santo de los santos, en quien se cumplirían las profecias, que destruiria la iniquidad y haria refloreecer sobre la tierra la justicia eterna?* El corto número de judíos modernos que han intentado dar á estas profecias otro objeto, están tambien sobre este punto, como sobre otros muchos, en oposicion manifiesta con las más antiguas y constantes tradiciones de su nacion (1).

Notad tambien que en el estilo de la Escritura la palabra *semana* se toma unas veces por la semana comun de siete dias, y otras por un

(1) Thalmud. Gem. Tract. Sanhed. cap II.

periodo de siete años (1). ¿Quereis que aquí se entiendan semanas de dias? ¿Pero cómo puede creerse que un intervalo de tiempo tan corto bastase para toda aquella serie de grandes sucesos anunciados en la profecía? La razon y la historia desechan semejante idea. Tomando al contrario las setenta semanas por semanas de años, todo es claro y todo razonable en el oráculo de Daniel, y la duracion del tiempo que señala viene á concluir precisamente hácia el año treinta y tres de la era cristiana, segun el cómputo unánime de los cronologistas, computo tan constante que algunos judíos modernos han imaginado decir para eludir sus consecuencias, que las setenta semanas de Daniel son semanas de siglos, y que por lo tanto el Mesías no debe aparecer en el mundo hasta cuarenta y nueve mil años despues de este profeta. Seria ciertamente superfluo detenernos en rebatir una suposicion tan arbitraria y tan falta de fundamento en las costumbres de los judios, como en las de los demas pueblos.

Si los estrechos limites de este discurso nos lo permitiesen, nos seria muy fácil con el texto de Daniel en una mano y el Evangelio en la

[1] Levitic. XXV. 8.

otra seguir esta profecía en todos sus pormenores, y manifestar que todas sus partes se han cumplido perfectamente en Jesucristo, á pesar de las discusiones poco importantes que existen entre los sabios para fijar todas las épocas con una rigurosa exactitud. „Pero por qué discurrir mas, observa juiciosamente el ilustre „obispo de Meaux (1)? Dios ha cortado la dificultad, si alguna habia, con una discusion que „no admite réplica. Un suceso manifesto nos „hace superiores á todas las sutilezas de los „cronologistas; y la ruina total de los judios verificada tan inmediatamente despues de la „muerte de nuestro Señor Jesucristo, hace ver „aun á los ménos perspicaces el cumplimiento „de la profecía.”

Otro rasgo caracteriza todavia en los profetas la época de la venida del Mesías, y no se aplica ménos admirablemente al tiempo de Jesucristo. Apresúranse los judios á su vuelta de la cautividad á reedificar el templo de Jerusalem; pero á pesar de todos los esfuerzos de su celo, queda siempre muy inferior en magnificencia al de Salomón. Afligense por esto los ancianos de Israel; pero dos profetas enviados al

[1] *Discours sur l'Histoire univers. II. part. cap. IX.*

punto para consolarlos publican la gloria del segundo templo, y no temen preferirle al primero (1). „Aun falta un poco de tiempo, dice el Señor; y yo pondré en movimiento el cielo y la tierra, y el mar y todo el universo; y pondré en movimiento las gentes todas, porque vendrá *el deseado de todas las gentes*, y henchirá de gloria este templo.... La gloria de este último templo será grande, será mayor que la del primero, y en este templo daré yo la paz.... He aquí que yo envío mi ángel, dice el Señor (2), el cual preparará el camino delante de mí, y luego vendrá á su templo el dominador á quien buscais vosotros, el ángel del Testamento, de vosotros tan deseado, vedle ahí que viene, dice el Señor de los ejércitos.”

¿Y quién otro mas que el Mesías ha podido ser designado con tan grandes caracteres de *el deseado de las naciones, el ángel del Testamento ó de la alianza, el dominador por excelencia!* ¿Qué otro ha podido ser representado como Señor del templo, donde entra como en su propia morada! Este es el gran título de gloria que realza la pobreza del segundo templo so-

[1] Agg. II, 7, etc.

[2] Malach. III, 1.

bre la magnificencia del primero, porque aquel será honrado por la presencia del Mesías. Por consiguiente el Mesías ha debido venir mientras que subsistia este templo, el cual se sabe cuán pronto fué arruinando despues de la muerte de Jesucristo.

Reunamos, señores, en un solo punto todos los rasgos esparcidos en las profecias que acabamos de citar, y veamos si era posible señalar mas claramente la época fija de la venida de Jesucristo. Segun el oráculo de Jacob debia permanecer el cetro en la tribu de Judá hasta la llegada del Mesías, y segun los oráculos de Malaquías y de Aggeo, este nuevo legislador ha debido aparecer en el mundo ántes de la ruina del segundo templo de Jerusalem: por último, segun el oráculo de Daniel, ha debido ser condenado á muerte cerca de cinco siglos despues del decreto dado por el rey de Persia, en que autoriza á los judíos para reedificar el templo. Todas estas épocas terminan precisamente en el tiempo en que Jesucristo apareció en el mundo, es decir, en el espacio que medió entre el reinado de Herodes, y la expedicion de Tito contra la Judea.

No se engañaron en esto los judíos de aquel tiempo, pues los monumentos de la historia, tan-

to sagrada como profana, atestiguan que todos en aquella época estaban generalmente persuadidos de la próxima venida del Mesías (1). Los sacerdotes, el pueblo, los judíos dispersos en el imperio romano, así como los que habitaban la Palestina, y los samaritanos mismos, tan opuestos por otra parte al resto de la nación sobre los puntos mas importantes, todos participaban en esto de la persuasión general.

En efecto, jamas habia sido tan viva ni impaciente la esperanza de un Mesías. Los mismos judíos modernos convienen tambien en que la época prefijada por los profetas para la venida del Mesías ha espirado nace ya mucho tiempo; y sus mas célebres doctores solo se ocupan en indagar los motivos por que Dios ha diferido tanto el cumplimiento de sus promesas, atribuyéndolo tan pronto á las infidelidades de su nación, y tan pronto á que los oráculos que anunciaban al Mesías eran puramente condicionales; es decir, que este enviado del cielo debería, sí, bajar á la tierra; pero solo en el caso de que nada se opusiese á su venida. ¿Se pueden en verdad alegar seriamente seme-

[1] Sueton. in *Vespas.* cap. IV.—Tacit. *Hist.* lib. V, cap. XIII.—Joseph. *De Bello Judaico*, lib. V, cap. XXXI.—Luc. III, 15.—Joan. I, 19: IV, 17.

jantes razones? ¿Es posible que no vean que todos esos oráculos estan expresados en los términos mas claros, y que la interpretacion que les dan para excusar su obstinacion, arruinaria por su cimiento la autoridad de toda profecía? Por último ellos mismos conocen tan á fondo la debilidad de sus respuestas, que para cortar de una vez todas las dificultades han pronunciado hace mucho tiempo *anatema á los que calculen los tiempos del Mesías* (1), „á la manera, dice Bossuet (2), que un piloto cuyo navío ha sido extraviado por la tempestad abandona desesperado su cálculo para dejarse llevar adonde le conduce el acaso.”

Pero acabemos de afirmar y consolar nuestra fe, comparando las principales acciones de la vida de Jesucristo con las antiguas predicciones que han caracterizado la persona y el oficio del Mesías.

No satisfechos los profetas con señalar con tanta precision la época de la venida del Mesías, entran en pormenores verdaderamente maravillosos acerca de su nacimiento, de su vi-

[1] *Gen. Tract. Sanhed.* cap. II.—*Abrev. de Cap. filii.*

[2] *Discours sur l'Histoire universelle*, II, p. chap. XXIII.

da y de su muerte, y en fin sobre la admirable revolucion que su venida debia causar en el universo. Quanto mas se aproximaba el tiempo, tanto mas claros y circunstanciados se hacian los oráculos: cada profeta estaba encargado de añadir alguna nueva pincelada al cuadro trazado ya por los profetas anteriores, y cuando Jesucristo vino al mundo ya estaba hecha su historia.

Habeis oido las profecías que anunciaban que el Mesías descenderia de Abraham, de Isaac, de Jacob y de la familia misma de David. Los judíos modernos así como los antiguos estan tan íntimamente persuadidos de esto, que le designan comunmente bajo del nombre de *hijo de David* (1). Ademas, en tiempo de Jesucristo no solamente estaban generalmente persuadidos de que el Mesías descenderia de David, sino tambien de que naceria en Bethlem, patria de este príncipe (2), conforme á la profecía de Micheas (3), y esto mismo es lo que hallamos cumplido punto por punto en la persona de Jesucristo.

¿Y qué no vió el profeta Isaías? ¿No habla

[1] Math. XXI, 19 XXII, 42, &c.

[2] Math. II, 5.

[3] Mich. V, 2.

como un evangelista mas bien que como un profeta? La predicacion de Juan Bautista (1); la mansedumbre y caridad del Mesías (2); la multitud de sus milagros (3); las ignominias y los padecimientos que debian conducirle á la gloria (4); su nueva alianza con todos los pueblos del mundo; la prodigiosa fecundidad de su Iglesia (5); la incredulidad de los judíos y su justo castigo, nada olvida en su historia anticipada del Mesías; todo en ella se pinta con rasgos tan señalados, que á no violentar manifiestamente las expresiones del profeta, no pueden aplicarse á ningun otro mas que á Jesucristo.

Leed sobre todo, señores, las predicciones que anuncian las ignominias y muerte del justo que debe venir, y que no necesitan ni comentarios ni racionios. „¿Quién ha creído ó creará en nuestro anuncio, exclama el profeta (6), y á quien ha sido revelado ese Mesías, brazo ó virtud del Señor? Porque él crecerá á los ojos del pueblo como una humilde planta, y brotará

[1] Isaias XL. 3

[2] Isaias XLII, 1, &c.

[3] Ibid. XXXV, 5, &c.

[4] Isaias, LIII, 5.

[5] Véanse los pasages citados

[6] Isai. LIII.

„como una raiz en tierra árida; no es de aspecto bello, ni es esplendoroso: nosotros le hemos visto, dicen, y nada hay que atraiga nuestros ojos, ni llame nuestra atencion hácia él: *vimosle despues* despreciado y el desecho de los hombres, varon de dolores. . . . Pero nosotros le reputamos entónces como leproso y como hombre herido *de la mano* de Dios, y humillado, siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué él llagado, y despedazado por nuestras maldades: el castigo de que debia nacer nuestra paz *con Dios* descargó sobre él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados. Como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros: cada cual se desvió de *la senda del Señor para seguir* su propio camino, y á él solo le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros; fué ofrecido *en sacrificio* porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca *para quejarse*: conducido será á la muerte *sin resistencia* suya como va la oveja al matadero, y guardará silencio sin abrir si quiera su boca *delante de sus verdugos*, como el corderito que está mudo delante del que le esquila. . . . Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes: para *expiacion* de las maldades de mi pueblo: le he yo herido, *dice el Señor*...

„Mas luego que el ofrezca su vida como *hostia* por el pecado, verá una descendencia larga y *duradera*, y cumplida será por medio de él la voluntad del Señor; verá el fruto de los afanes de su alma, y quedará saciado. Este mismo justo mi siervo, *dice el Señor*, justificará á muchos con su doctrina *ó predicacion*, y cargará sobre sí los pecados de ellos; por tanto le daré como porcion *ó en herencia* suya una gran muchedumbre *de naciones*, y repartirá los despojos de los fuertes, pues quedará entregada su vida á la muerte, y ha sido confundido con los facinerosos, y ha tomado sobre sí los pecados de todos, y ha rogado por los transgresores.”

No nos detendremos en probar que este sublime oráculo se refiere al Mesías. Además de estar conformes en esto (1) las mas antiguas tradiciones del pueblo judío, ¿quién otro que el Mesías pudo cargarse con los pecados del mundo, y satisfacer á Dios por los delitos de los hombres? ¿Quién sino él ha podido recibir por herencia las naciones y los príncipes, y merecer por sus humillaciones una gloria incomparable? ¿Y quién tampoco al ver los nuevos rasgos que

(1) Gem. Tract. Sanhed. cap. XI.

debían caracterizar al Mesías, podrá aun desconocer al fundador de la religion cristiana, al que llegó á la gloria por medio de la ignominia de un suplicio, y cuya cruz ha llegado á ser objeto de veneracion en el mundo entero?

A esta historia de la pasion y muerte de Jesucristo escrita con tanta anticipacion añadiré aun para acabar el cuadro los demas rasgos que se hallan esparcidos en los otros profetas. Entre los beneficios de que el cielo colmó á la nacion judía, cuenta Zacarias el triunfo tan modesto como glorioso, „del rey pobre, del rey pacífico, del Rey Salvador, que entra montado „sobre una asna en la ciudad de Jerusalem (1).” El mismo profeta vió al Señor vendido por treinta dineros, y empleado el precio de la traicion en la compra del campo del alfarero (2): tambien vió al pueblo infiel mirar por último con dolor al Dios que ha traspasado, y llorar su muerte como puede plañirse la de un hijo único (3). ¿Qué diré de aquel cántico divino donde David nos representa á un mismo tiempo, y con tanta energía como verdad, los dolores y la gloria del Mesías? . . . La cruz se le apare-

[1] Zach. IX, 9.

[2] Ibid. XI, 12 y 13.

[3] Ibid. XII, 10.

ce como el trono de este nuevo Rey (1), y ve „taladrar sus manos y sus pies, todos sus huesos señalados en la piel, sus vestidos repartidos, y sorteada su túnica; su lengua empapada en hiel y vinagre, sus enemigos rugiendo al „rededor de él como un rebaño de fieras rabiosas, y ardiendo en el deseo de beber su sangre.” Pero al mismo tiempo ve las gloriosas consecuencias de sus padecimientos é ignominias, ve á todos los pueblos de la tierra *acordarse del Dios* que habian olvidado durante tantos siglos; ve á los pobres venir los primeros, y despues á los ricos y poderosos, para *convertirse al Señor*, ve á todas las naciones de la tierra *adorarle y bendecirle, y por último extender su imperio por todo el universo*. Sin duda, señores, que entre esta multitud de oráculos extraordinarios no habréis olvidado sobre todo aquellos que predicen la gran revolucion que debia hacer la venida del Mesías; sabeis que en aquella época debia fundarse una nueva alianza que no se limitaria como la primera á un solo pueblo, sino que extenderia el conocimiento y el culto del verdadero Dios entre todos los pueblos del mundo. Sabeis que este imperio

[1] Salm. XXI.

del Mesías debía ser el fruto y la recompensa de sus humillaciones. ¿Y qué mas necesitais despues de lo que ya hemos dicho para postraros ante Jesucristo, como ante el libertador prometido y esperado por tantos siglos, y que ha venido en la plenitud de los tiempos para cumplir su celestial mision? ¿No veis que los suplicios y oprobios de la cruz se han convertido para él en un secundo manantial de gloria? ¿No fué á su voz como á la de sus enviados á la que cayeron los ídolos, y á la que el culto del verdadero Dios se ha extendido hasta los confines de la tierra? ¿No es él por último quien despues de haber sido el escarnio de su pueblo, reina hoy por su religion en todos los pueblos del mundo?

Aun mas: al mismo tiempo que los profetas anuncian el feliz suceso de la conversion de los gentiles, predicen tambien la incredulidad de la nacion judía y su justo castigo, „y despues de sesenta y dos semanas, dice el profeta Daniel (1), „se quitará la vida al Cristo, y no será mas suyo el pueblo, el cual le negará, y un pueblo „con su caudillo vendrá y destruirá la ciudad y „el santuario, y su fin será la devastacion; y

(1) Daniel. IX, 26.

„acabada la guerra quedará establecida *alli* la „desolacion.” „Los hijos de Israel, dice Oseas „(1), mucho tiempo estarán sin rey, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar....” Este profeta solamente añade: „y despues de esto volverán „los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo, y buscarán con *santo* temor y *respeto* al „Señor y á sus bienes en el fin de los tiempos.” El deplorable estado de una nacion tan privilegiada en otro tiempo demostrará tanto mas visiblemente el dedo de Dios, segun Malaquias, cuanto que las naciones idólatras por el contrario se convertirán entónces apresuradamente, y ofrecerán á Dios en todos los puntos de la tierra una víctima pura y sin mancha. „Ni aceptaré de vuestra mano ofrenda ninguna, dice el „profeta (2), dirigiéndose en nombre del Señor „al pueblo judío, porque desde Levante á Poniente es grande mi nombre entre las naciones, „y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al „nombre mio una ofrenda pura; pues grande „es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos.”

¿Qué oráculo, señores, ha tenido nunca un

[2] Oseas. III, 4 y 5.

[3] Malach. I, 10 y 11.

cumplimiento mas visible? La discusion de las predicciones particulares que hemos citado hasta aquí, aunque muy luminosas, dependen algunas veces de muchos hechos que no todos pueden seguir igualmente; pero á fin de echar el sello á la autoridad de las profecías, y hacerla palpable á todos, ha querido Dios escoger algunos hechos públicos, notorios y tan conocidos que nadie puede ignorarlos ni ponerlos en duda, hechos asombrosos de que es testigo el mundo entero; como son la conversion de los gentiles y la desolacion del pueblo judío. Estos grandes sucesos debian verificarse segun todos los antiguos profetas á la venida del Mesías; y si algo hay cierto en la historia, es que la conversion de los gentiles, y la ruina total de la nacion judía fechan precisamente desde el siglo de Jesucristo y de la predicacion de su Evangelio. Desde esta época la idolatría se ve atacada en todos los puntos del mundo, y los pueblos dormidos por tantos siglos en el olvido de su Criador, salen de tan dilatado letargo. Es destruido al mismo tiempo en Jerusalem el antiguo culto quedando sepultado bajo de las ruinas del templo; y el pueblo querido de Dios en otro tiempo, se ve visiblemente privado de las promesas hechas á sus padres, desterrado de su

pais, esclavo en todas partes, sin honor, sin libertad, sin forma de pueblo, llevando sobre sus hombros un yugo de hierro, cuyo peso hubiera acabado con él si Dios no le reservase, segun sus promesas, para servir algun dia al mismo Mesías á quien ha desconocido. ¡Y en vista de unas predicciones tan manifiestamente divinas, y tan incontestablemente cumplidas, no deberemos llorar la inexcusable ceguedad del pueblo judío, en lugar de esforzarnos á desechar la verdad que tanto brilla en todo esto, y que resplandece en todas partes? No será esta la ocasion de exclamar con Bossuet, cuyos pensamientos me estoy apropiando rato ha, y aun tomando frecuentemente sus mismas palabras: „¿Qué „has hecho, pueblo ingrato (1)? ¿cómo es que „Dios te ha olvidado despues de haberte elegido, „y qué es de sus antiguas misericordias? ¿Qué „delito, que atentado mayor aun que la idola- „tría te hace experimentar un castigo que nun- „ca te habian atraído tus idolatrías? ¡Callas, y „no puedes comprender lo que ha hecho á Dios „tan inexorable! Acuérdate de aquellas pala- „bras de tus padres: *Caiga su sangre sobre no- „sotros y sobre nuestros hijos*; y recuerda tam-

(1) *Discours sur l'Hist. univ.: II part., cap. XXIV.*

„bien estas: *Nosotros no tenemos mas rey que al César.* No, el Mesías no será tu rey: conserva bien lo que has elegido, sé el esclavo del César y de los reyes hasta que *la plenitud de las naciones haya entrado* [en la Iglesia]: *entonces salvarse ha todo Israel* (1).”

Pero qué digo, señores: ¿no se ha extendido esta deplorable ceguedad mas que al pueblo deicida? ¡Ah! ¿No participarán tambien de ella algunos de los que me escuchan? ¿No estará tambien la luz viva que arrojan nuestros divinos oráculos oscurecida en algunos por las nubes de las pasiones, ó por funestos errores? Pero ¿quién, señores, confesémoslo de buena fe, quién sino Dios ha podido dictar con un orden tan admirable y á tantos profetas diferentes, esa multitud de predicciones sucesivas que forman por último un conjunto tan maravilloso? ¿Quién ha podido, á pesar de tanta distancia establecer tal conformidad entre las predicciones y los sucesos? En una palabra, ¿quién ha podido trazar con mano segura y por entre el curso de los tiempos, la historia anticipada, y digámoslo así, el cuadro fiel de todo lo que debia suceder tantos siglos despues? Si es una

(2) Roman. IX, 25, 26.

cosa extravagante suponer que una ó dos de estas profecías se hayan cumplido por casualidad, ¿no será ir abiertamente contra la recta razon suponer de un modo absurdo y ridículo que tantas predicciones hechas en distintas épocas durante una serie tan larga de siglos, no han debido su cumplimiento mas que al acaso? „Aun cuando un solo hombre, dice Pascal (1), hubiese compuesto un libro de predicciones relativas al tiempo y al modo de la venida de Jesucristo, seria ya una prueba de una fuerza infinita el que aquella se hubiese verificado con arreglo á estas profecías; pero aun hay mas en esto. Es una serie de hombres que por espacio de cuatro mil años predicen el mismo suceso uno despues de otro constantemente y sin variacion. Es todo un pueblo el que le anuncia y subsiste durante cuatro mil años para dar en cuerpo de nacion un testimonio de la seguridad que tiene de él, y de la que no pueden disuadirle ni las amenazas ni las persecuciones, y esto es ya digno de mayor consideracion.”

Yo no ignoro, señores, que esta prueba de la religion ha sido como todas las demas impugna-

(3) *Pensées.* chap. XV, n. 2.

da por diversos medios; pero, no temo decirlo, la debilidad misma de las dificultades que se le oponen, le da una nueva fuerza, como vamos á demostrar, y esta es la tercera cuestion.

Para dar á estas objeciones su justo valor, bastaria, señores, notar su oposicion, ó mas bien su contradiccion manifiesta. Entre los incrédulos, unos desechan nuestras profecías, porque las tienen por oscuras y ambiguas (1); y otros porque les parecen demasiado claras, para que puedan haber sido compuestas ántes de los sucesos (2). ¡Tan singular variedad en los medios de nuestros adversarios, no es ya un testimonio bastante claro dado en apoyo de la verdad por sus propios enemigos? ¡Y no podríamos con fundamento despreciar dificultades tan evidentemente contradictorias, y dejar á los incrédulos entenderse entre ellos, mas bien que creernos obligados á refutarlas?

Pero cualquiera que sea la ventaja que podríamos sacar de esta observacion general, entremos en los pormenores de las dificultades que se nos oponen.

(1) Bayle, Collins, Tindal, Voltaire, *Dictionnaire philosophique, Traité de la tolérance.*

(2) Porfirio: *Préface de Saint. Jérôme sur Daniel*: Spinosa, Volney, &c.

La primera impugna la autenticidad misma de nuestras profecías. Las hay, dicen, de tal modo claras, que es imposible creer que hayan sido hechas ántes de los sucesos, esto es lo que se objeta en particular contra las profecías de Daniel, donde se describe de un modo tan exacto la sucesion de los imperios; y Voltaire no contento con hacer frente á los oráculos de un solo profeta, ha llevado la osadía hasta querer desquiciar en general la autenticidad de los libros sagrados del pueblo judío, indicando en varios parages que este pueblo no aprendió á escribir sino en Babilonia ó acaso en Alejandría.

Para disipar esta dificultad, bástenos, señores, observar que nosotros hemos recibido estas profecías de los mismos judíos nuestros mayores enemigos, quienes á pesar del grande interese que tendrian en hacer dudosa su autenticidad, la miran como uno de los puntos fundamentales de su creencia. ¿Y cómo se puede imaginar que á no verse forzados por la evidencia misma de los hechos, hubiesen podido los judíos reconocer jamas la autenticidad de unos libros que tan terribles armas nos dan contra ellos? Qué persona sensata no suscribirá á esta juiciosa reflexion de Pascal (1): „Este

(1) *Pensées*, cap. VIII, n. 2: cap. X n. 10 y 22.

„mismo libro que de tantos modos deshonra á los judíos, es el que ellos conservan aun á costa de su vida: semejante sinceridad no tiene ejemplo en el mundo, ni está fundada en la naturaleza.” No puede ciertamente ser efecto mas que del poder divino y de una providencia especial, que ha destinado visiblemente á este pueblo á servir de testigo al Mesías que aborrece: la fuerza de esta prueba hizo tal impresion en un filósofo del último siglo, que á pesar de sus preocupaciones bien conocidas contra la religion cristiana, se expresa en estos términos (1): „Esta religion tiene una ventaja de que ninguna otra puede gloriarse, y es haber sido anunciada muchos siglos ántes de su manifestacion, en una religion que conserva aun estos testimonios, á pesar de haber llegado á ser su mas cruel enemiga.”

Cuanto mas profundiceis esta reflexion, señores, mas sentiréis el convencimiento que debe infundir en el entendimiento de todo hombre que no esté obcecado voluntariamente por injustas preocupaciones. En efecto, ¿con qué apariencia de razon se podrá en vista de seme-

[1] *Essai de philosophie morale*, por Maupertuis, cap. VII.

jante testimonio poner en duda la autenticidad de nuestras profecias? ¿Se dirá que han sido fabricadas ó alteradas despues del origen de cristianismo? Pero esta hipótesis seria visiblemente absurda; pues jamas hubieran estado los judíos conformes con nosotros en reconocer profecias de un origen tan reciente, ni hubieran podido los cristianos ejecutar semejante fraude sin noticia de aquellos, y por consecuencia sin excitar por parte de ellos las mas vivas reclamaciones. ¿Se dirá acaso que nuestras profecias fueron fabricadas ántes de Jesucristo? Esto es cabalmente lo que Porfirio pretendió con respecto á las profecias de Daniel, compuestas, segun él, en tiempo de los macabeos, es decir, cerca de siglo y medio ántes de la era cristiana; pero aun cuando esta suposicion fuese tan plausible cuanto es indefensible, ¿qué ganarian en ello los enemigos de la religion? ¿Seria por eso ménos cierto que la venida de Jesucristo con todo el pormenor de circunstancias que acabamos de exponer ha sido claramente anunciada en un tiempo en que ninguna sagacidad natural podía preveerla? ¿Dejaríamos por eso de tener motivo para mirar como divinas las profecias que con cerca de dos siglos de anterioridad á los sucesos han predi-

cho las diversas circunstancias del nacimiento de Jesucristo, de su vida y de su muerte, y la grande revolucion que debia causar en el mundo? ¿Qué apariencia hay tampoco de que las profecías hayan podido ser inventadas ó alteradas, ya sea en tiempo de los macabeos, ó ya en otra época posterior á la cautividad de Babilonia? Advertid en efecto que desde esta época no estuvieron ya los judíos concentrados como ántes en la Palestina, sino que se esparcieron por todos los reinos del oriente en Babilonia, en Alejandria y en todas las provincias confinantes. Notad tambien que los libros sagrados fueron traducidos al griego cerca de dos siglos ántes de Jesucristo (1), y que desde este tiempo se extendieron no solo entre los judíos, sino tambien entre las naciones paganas, y esto en la lengua mas conocida, mas general y mas cultivada por los hombres instruidos de todas las naciones; por consiguiente para suplan-
 tar estos libros, ó para ingerir en ellos despues del suceso las profecías que alegamos, hubiera sido preciso alterar á un mismo tiempo el tex-

(1) Aunque los sabios no estan acordes sobre la época fija en que se tradujeron los libros posteriores al Pentateuco, convienen en general en que su version completa existia cerca de doscientos años ántes de Jesucristo.

to hebreo, y la *Version de los setenta*; hubiera sido preciso que hubiesen sido cómplices en esto, tanto los judíos dispersos, como lo gentiles que poseian algunos ejemplares del texto ó de la version, y lo hubiera sido por último que una multitud de hombres distantes unos de otros y manifestamente incapaces de concertarse, hubiesen tomado parte en esta trama, y guardado tan fielmente el secreto, que nadie pudiese concebir la menor sospecha. ¿Y es posible, señores, que ningun hombre racional admita una serie de suposiciones tan extraordinarias, y que ademas es imposible adoptar sin destruir enteramente la certidumbre histórica? Pe aquí, señores, mas de lo que se necesita para poner á cubierto de toda duda la autenticidad de nuestras profecías. En cuanto á la asercion de Voltaire de que los judíos no aprendieron á escribir sino en Babilonia, ó aun en Alejandria, es demasiado arbitraria, y está demasiadamente desmentida por la historia y por la recta razon para que nos tomemos el trabajo de refutarla.

Pero los judíos y los cristianos, se dice ademas, no son los únicos que se vanaglorian de haber tenido profecías: los griegos, los egipcios, y la mayor parte de los demas pueblos, han tenido tambien *sus oráculos y sus adivinos*; y

siendo esta prueba comun á todas las religiones, ¿qué puede inferirse á favor de una que no se infiera tambien á favor de las demas (1)?

¿Se nos propondrá, señores, seriamente esta dificultad? ¿Quién ha oido jamas hablar de una religion apoyada en un conjunto y encadenamiento de profecías comparables á las nuestras? La historia y las vicisitudes del pueblo judío, la sucesion de los imperios que debian preceder al del Mesías, la historia del Mesías mismo con el pormenor extraordinario de circunstancias que habian de preceder, acompañar y seguirse á su venida; tal es, señores el objeto importante de las profecías, cuyo cuadro acabamos de presentaros: ¿y podrán, hablando de buena fe, uno ó dos oráculos aislados dados en favor de un culto absurdo y ridiculo, entrar en paralelo con la serie magestuosa de nuestras profecías? No: jamas se ha llevado la impostura al extremo de pretender citar en apoyo de las demas religiones una serie semejante de oráculos, y siempre ha sido constante que la religion cristiana es la única que tiene á su favor este argumento tan decisivo.

[1] Voltaire, *Dictionn. philos. Tolérance: Philosophie de l'Histoire.*

Pero profundicemos esta dificultad, y comparemos por un momento los oráculos divinos, con los que se intenta alegar en favor de otras religiones.

La mayor parte de las religiones, dicen, se precia de tener profecías. Sí señores, se ven en el mundo falsas profecías, como se ven historias falsas; porque la índole de la mentira es falsificar la verdad. ¿Pero será preciso negar ó suponer dudosas todas la verdades históricas porque se hayan publicado historias falsas? ¿Y deberemos dudar de todo porque algunas veces se divulgen sofismas en el mundo? Solamente la ignorancia ó la locura podrian admitir esta consecuencia. Un entendimiento sano comprende fácilmente que si es una locura admitirlo todo indistintamente en materia de profecías, lo mismo que en materia de historias, no lo es ménos desecharlo todo sin examen. No tratamos ahora de saber si todas las religiones han tenido sus profecías, sino únicamente si las profecías que alegamos tienen señales ciertas de divinidad. ¿Y cómo será posible resistir la impresion de los caracteres divinos que distinguen nuestras profecías, y por poco que se consideren su objeto y sus circunstancias no reconocer en ellas el lenguaje y la accion del mismo Dios?

Las predicciones y conjeturas de una inteligencia criada, por perfecta que se la suponga, no pueden extenderse mas que á sucesos que tengan causas naturales y necesarias. Así es que un hábil físico predice ciertos fenómenos puramente naturales, un astrónomo las revoluciones de los astros, y un médico las crisis de una enfermedad. Pero cuando se trata de sucesos que dependen únicamente de la libre determinacion de una multitud de hombres que aun no existen, toda la ciencia de las criaturas es falible, y todas sus predicciones son necesariamente vagas y generales. Por esto era un ardid comun de los profetas del paganismo, como nos lo dice Ciceron (1), dar sus oráculos en términos tan generales y ambiguos, que pudiesen aplicarse á cualquier suceso.

¿Qué diferencia entre aquellos supuestos oráculos y los de nuestros libros santos! Estos anuncian muchos siglos ántes sucesos futuros de que no existe causa alguna natural, y que dependen absolutamente de la libre determinacion de Dios ó de las criaturas inteligentes, y los anuncian no solo sin equívoco y sin ambigüedad, sino con tal pormenor de circunstancias:

(1) *De Divin.* lib. II, n. 56.

que es imposible no reconocer la obra de aquel para quien nada hay oculto. Limitándonos ahora á las profecías, que son la materia de este discurso, á las que tienen por objeto al Mesías, ¿quién sino Dios ha podido ver tantos siglos ántes de Jesucristo que la tribu de Judá conservaria la autoridad soberana hasta la venida de un personage extraordinario, que seria la *expectacion y el deseado de las naciones*? ¿Quién sino Dios ha podido revelar á Daniel la sucesion de las cuatro grandes monarquías, con tal claridad que el filósofo Porfirio no ha podido eludir la fuerza de estas profecías sino suponiéndolas hechas despues de los sucesos? ¿Quién sino Dios ha podido determinar con tantos siglos de anticipacion y con todos sus pormenores las diferentes circunstancias del nacimiento de Jesucristo, de su vida, de su muerte, de su predicacion, y de la gran revolucion que debria obrar en el mundo? ¿Se dirá que todas estas predicciones son resultado de una perspicacia puramente natural? Pero ¿en qué causa natural pueden conocerse muchos siglos ántes sucesos que dependen de la combinacion de una multitud de acciones libres y arbitrarias? Así como la experiencia nos enseña que en el orden físico es imposible que un hombre lleve

una casa sobre sus hombros, del mismo modo la razon natural nos dicta que semejantes predicciones exceden en el orden moral la sagacidad natural de toda inteligencia creada. ¿Se dirá que la concordancia perfecta de estas predicciones con los sucesos no es mas que obra del acaso? Puede ser, vuelvo á repetir, que así se pudiese suponer, si no se tratase mas que de dos ó tres predicciones generales ó aisladas; pero quién no ve lo absurdo de semejante suposicion cuando se trata de un número tan grande de predicciones hechas con muchos siglos de antelacion por diferentes profetas, y que abrazan hasta las circunstancias mas mínimas de sucesos futuros los mas libres y arbitrarios? Conceder este honor al acaso, ¿no es imitar la locura de un hombre que sostuviese que las magnificas pinturas de Rafael y de Rubens podrian no ser mas que el resultado de la mezcla de colores arrojados sobre el lienzo sin designio y al acaso?

¿Pero cuánto no se aumentará nuestra admiracion si ademas del objeto de estas profecías, que considerado en sí mismo era ya tan manifestamente superior á toda inteligencia criada, examinamos tambien las circunstancias que las realzan á nuestros ojos; quiero decir, su enca-

denamiento, su larga serie, el objeto y fin que en ellas se proponian los profetas? ¡Qué cosa mas admirable que esta cadena de oráculos antiguos, cuyo primer eslabon está unido al origen del mundo, y que prolongándose desde allí por toda la extension de los siglos, traba y une entre sí todos los oráculos, antiguos y modernos! „Considerad, dice Pascal (1), que la espectacion „ó la adoracion del Mesías subsiste desde el „principio del mundo sin interrupcion alguna; „que fué prometido al primer hombre tan luego como prevaricó; que ha habido despues „hombres que han dicho que Dios les habia revelado deber nacer un Redentor que salvaria á su pueblo; que posteriormente nos dice „Abrahan que le habia sido revelado que de un „hijo suyo naceria este mismo Redentor; que „Jacob declaró que naceria de uno de sus doce hijos, de Judá; que Moises y los profetas „declararon despues el tiempo y el modo de su „venida; que dijeron que la ley que tenian lo „seria solamente hasta que llegase la del Mesías; que subsistiria hasta este tiempo, pero „que la otra duraria eternamente, y que de „este modo su ley, ó la del Mesías, de la cual

1 *Pensées, cap. XV, n. 12.*

„quella era promesa, permanecería siempre sobre la tierra; que efectivamente ha durado siempre; y que, por último, Jesucristo ha venido con todas las circunstancias predichas: todo esto es admirable.” „El que aquí no descubre, añade Bossuet, (1) un designio constante y siempre seguido, el que no ve en esto el orden de los consejos de Dios, que prepara desde el principio del mundo lo que concluye en la plenitud de los tiempos; y que en diversos estados, pero con una sucesion siempre constante, perpetúa á la vista de todo el universo la santa sociedad en que quiere ser servido, no merece ver nada, y sí ser entregado á su propio endurecimiento, como el mas justo y rigoroso de todos los suplicios.”

¿Y qué diré del objeto y fin de estas profecias? Cuando los oráculos paganos no tenían regularmente otro objeto que el de satisfacer la curiosidad ó la ambicion, y á lo mas servir á los intereses temporales de algunos individuos ó de algunas provincias, las profecias del pueblo judío se dirigian á conservar en esta nacion los dogmas de la religion primitiva, quiero decir, la creencia de la unidad de Dios, de su provi-

1 *Discours sur l'Histoire universelle, II p. c. XXX.*

dencia y de sus principales atributos. En un tiempo en que estas grandes verdades estaban tan extrañamente oscurecidas en los demas pueblos, y en que los mismos judíos tenían una inclinacion tan fuerte á la idolatría, los profetas se manifiestan constantemente como apoyos y baluartes de la sana doctrina, y sus exhortaciones, sus promesas y amenazas, todo en fin en sus escritos se dirige á mantener estas verdades fundamentales, á autorizar y confirmar su creencia. ¡Qué fin mas excelente y mas digno de Dios! Así es que á pesar de la propension violenta de los judíos á la idolatría, y del contagioso ejemplo de las naciones extranjeras, se conservó siempre entre ellos el conocimiento del verdadero Dios, y por último se ha esparcido por medio de ellos en todo el universo. Sí, á esos libros sagrados es á quienes las naciones han debido la luz que les ha hecho conocer sus extravíos, y renunciar á las absurdas supersticiones del paganismo, siendo efectivamente muy digno de notarse que no se pueda citar pueblo alguno que haya llegado al conocimiento del verdadero Dios sin que ántes le haya tenido de las profecias del pueblo judío.

Confesemos pues, señores, que por cualquier lado que se consideren las profecias se descu-

bre en ellas el sello de Dios y las señales de inspiracion divina, y que entre ellas y los oráculos paganos con que se las quiere comparar, hay tanta diferencia como entre la verdad y el error.

¿Pero no será preciso confesar á lo ménos, añaden nuestros enemigos, que las profecías del Antiguo Testamento son en general muy oscuras, y que los mas sabios intérpretes estan divididos sobre el sentido de la mayor parte de ellas? ¿Qué ventaja puede sacar la religion de una prueba sujeta á tantas disputas?

Estoy, señores, muy distante de pretender que todas las profecías contenidas en los libros del Antiguo Testamento sean claras y fáciles de entender, pero las profecías no son historias escritas con el órden y la precision cronológica, sino unos cuadros atrevidos, que representan en un mismo campo objetos próximos y objetos distantes, y cuya interpretacion y plena inteligencia depende algunas veces de su comparacion exacta con los sucesos; comparacion que frecuentemente exige un estudio seguido y un gran conocimiento de la historia y de los usos de la antigüedad. Yo confesaré, pues, que la antigüedad de nuestros libros santos, el estilo poético y figurado de las profecías

y nuestra ignorancia en varios puntos de la historia y geografia antiguas, han debido aumentar con el tiempo la oscuridad natural hasta cierto punto á la profecía, lo que ha dado motivo á los mismo escritores sagrados á comparar los discursos proféticos á una antorcha que nos sirve de guia en un sitio oscuro hasta que llega el dia, y disipa enteramente las tinieblas (1).

Pero si es necesario reconocer que hay bastante oscuridad en nuestros libros proféticos, tambien es indudable que esta en nada debilita las pruebas que ellos nos suministran. En efecto, señores, si en ellos hay profecías oscuras y sujetas á disputas, tambien las hay cuyo sentido es incontestable, y no puede ser oscurecido sino por las cavilaciones de la ignorancia ó de la mala fe. Tales son seguramente las profecías de Daniel, cuya concordancia con los sucesos es tan clara y asombrosa que, como ya lo hemos notado, no han podido desconocerla los mayores enemigos de la religion. De este número son igualmente casi todas las que hemos reunido en la primera y en la segunda parte de este discurso, cuyo sentido está determi-

1 II. Petr. I, 19:

nado claramente no solo por las reglas de la crítica, sino tambien por las mas antiguas tradiciones del pueblo judío. Cuando tenemos á nuestro favor seguridades que los mismos judíos modernos no pueden recusar; es decir, todas las antiguas versiones de la Escritura, las paráfrasis, y los comentarios compuestos por autores judios en un tiempo en que aun tenian un perfecto conocimiento de sus tradiciones nacionales, y en que estaban libres de preocupaciones sobre la cuestion en que hoy estamos divididos, tenemos indudablemente derecho para no hacer caso de las objeciones de aquellos.

Pero ved aquí una dificultad algo mas seria. Es cierto, dicen nuestros adversarios, que reunidas en un mismo cuadro y combinadas con arte las palabras de los profetas que habeis citado, forman un retrato bastante parecido á Jesucristo; y si nosotros las hallásemos en los libros de donde las habeis sacado reunidas en ese mismo orden, y con ese perfecto concierto, vuestros homenajes se confundirian al punto con los vuestros, y no titubearíamos en reconocer á Jesucristo por el enviado del cielo, y aun por el Dios que ha venido á salvar al mundo; pero no sucede así, sino que el cuadro que presentais á nuestra admiracion es obra vuestra

y no de los profetas; no lo habeis encontrado todo dispuesto de ese modo, sino que buscais aquí y allí los colores de que debe componerse; presentais las frases separadas de lo que las precede y de lo que las sigue; entresacais en un mismo oráculo el pasage que os conviene, dejais el que os perjudica, y pasais de un profeta á otro para escoger el rasgo que os es necesario; y entónces ¿dónde está esa gran maravilla? Por este estilo se puede hacer decir á los profetas todo cuanto se quiera; miétras que colocando los pasages en su sitio, y combinándolos con lo que sirve para explicarlos, se ve que tienen un objeto distinto del que le suponeis.

La objecion es especiosa, y me parece que no se nos acusará de haberla debilitado; pero ántes de resolverla directamente, permítansenos hacer algunas observaciones importantes que empezarán ya á ilustrarla.

En primer lugar acordaos de que los profetas no son meros historiadores, sujetos siempre al orden metódico de los tiempos y de los sucesos, sino que muchas veces saltan de un objeto á otro con tal rapidez que es muy difeíl seguirlos; y cuando no nos admiran estos arrojoes de entusiasmo en los poetas profanos, ¿por qué los

hemos de extrañar en los profetas? ¿Por qué aquello que se admira en Píndaro, como fruto del ingenio y de la inspiración, no ha de ser en Isaias y Daniel mas que el resultado de una imaginación delirante, cuyos locos enigmas no merecen la pena de examinarse? Seamos justos, señores; y si creemos deber respetar la oscuridad que envuelve algunas veces el estilo poético, guardémonos, á lo ménos, de un injurioso y sacrilego menosprecio hácia la santa oscuridad de los oráculos en que el Señor ha querido revelarnos lo futuro.

Por otra parte, si yo debo confesar que el objeto natural y sensible de las profecías es el destino temporal del pueblo judío, es preciso que vosotros reconozcais que este único objeto no es bastante para explicar todo lo que leemos en las profecías, cuyas palabras son á veces tan sublimes, y sus pinturas tan nobles, tan grandes y magestuosas, que seria ridículo no ver en ellas mas que el anuncio de lo que debía suceder á un pueblo oscuro, despreciado universalmente de los demas, y condenado á arrastrar en medio de ellos durante una larga serie de siglos su vergonzosa existencia. Es preciso admitir necesariamente, que ademas del objeto natural y particular á un solo pueblo, tienen los

sagrados oráculos otro mas importante que el primero, si se ha de juzgar por la magnificencia con que los profetas se han complacido en describirle. ¿Y cuál puede ser este objeto? Despues de todo lo que hemos dicho en el discurso de esta conferencia, y lo que testifican unánimemente las santas Escrituras y las tradiciones mas antiguas y auténticas, nos creemos con derecho de afirmar, sin recelo de poder ser contradichos por nadie, que este objeto extraordinario é importante es la venida del Mesías prometido á los judíos, y la historia de su vida, de su muerte y del triunfo que debía conseguir sobre sus enemigos. Todo el que quiera leer los escritos de los profetas no podrá ménos de conocer que el objeto principal de su misión fué anunciar de edad en edad al libertador que debía venir. Vedlos cuando refieren los sucesos naturales que anuncian: tan pronto como se presenta alguna ligera sombra del Mesías, ó alguna imagen que les recuerde su memoria, se arrojan de repente hácia él con todo el fuego de sus piadosos deseos; él es al que ven, él á quien saludan desde léjos como al objeto de su amor y de sus mas tiernas esperanzas, y él es el que nos pintan con aquellos colores tan vivos y con mano tan atrevida, hasta que calmán-

dose poco á poco el entusiasmo que los arrebatada, vuelven á tomar el hilo de los sucesos que habian empezado á referir.

Pero para no exponernos á confundir los dos objetos de las profecías, y distinguir bien lo que pertenece al uno ó al otro, nos hemos impuesto la siguiente regla: no aplicar jamas al Mesías ningun pasage de los profetas sino en cuanto no pueda juiciosamente entenderse del objeto presente y natural, y entendido del sobrenatural, ofrezca un sentido claro y al mismo tiempo razonable; si aun se encuentran algunos pasages por otra parte célebres y citados frecuentemente por los teólogos, que aun cuando no puedan convenir al objeto natural de la profecía, exijan sin embargo para su interpretacion una discusion abstracta ó difícil, preferimos abandonar este nuevo medio de defensa de que no necesita la verdad, á fin de evitar en un discurso público hasta las apariencias de lo que ciertos espíritus temerarios tendrian tal vez por sutilezas.

Ahora, pues, señores, ¿qué deberémos pensar de la objecion de que hablamos? ¿Qué significa, reducida á su verdadero sentido, sino que no hay razon para ver en los oráculos que hemos citado la promesa de un libertador futu-

to, de un Mesías que debia venir para salvar al mundo? Este es el único punto de la dificultad presentada por los incrédulos, porque, segun su misma confesion, si se reconoce que el objeto de los oráculos es anunciar un Mesías, seria indudable que este Mesías es Jesucristo, en quien las palabras proféticas han tenido un perfecto cumplimiento. Examinemos pues todos los términos del argumento especioso que nos oponen, y sepamos darle su justo valor. Se nos acusa de desviar las profecías de su objeto natural y presente para aplicarlas sin razon á un cierto objeto sobrenatural y misterioso que llamamos el Mesías; pero si nos limitamos á dar á estos oráculos el sentido que les dan unánimemente las mas antiguas tradiciones del pueblo judío, todas las paráfrasis, los comentarios, y todas las traducciones de los libros santos; los doctores antiguos y modernos (á excepcion de algunos demasiado visiblemente interesados en sostener lo contrario para que su testimonio tenga algun peso), si no hacemos mas que dar á estos oráculos el único sentido de que son susceptibles, desafiando á nuestros adversarios á darles ningun otro que sea racional, ¿habrá en esto ardid, ni esa intencion de alucinar que se nos supone?

Se nos acusa tambien de invertir el órden de las profecías, de poner su principio al fin, y el fin al principio; de pasar de un oráculo á otro, y de uno á otro pasage, en lugar de dejarlos todos tales como están en la Escritura, con lo que les precede y lo que les sigue: pero ya hemos demostrado que los profetas han tenido dos objetos distintos, uno ordinario y natural, y otro extraordinario y sobrenatural, entre los cuales dividen continuamente su atencion pasando con rapidez del uno al otro segun el impulso del espíritu que los mueve. ¿Y se nos podrá obligar á seguirlos en su carrera impetuosa y tantas veces interrumpida, y a presentar mezclada como ellos tan pronto la relacion de los sucesos ordinarios y naturales que debian suceder en su tiempo al pueblo judío, y que en el dia á nadie interesan, como el anuncio de acontecimientos futuros de mucha mayor importancia, y de que aquellos no eran mas que figuras? Pero prescindiendo de que en un discurso público seria este un trabajo superior á las fuerzas del auditorio y á las del orador, ¿quién no advierte que esto seria tomarse una molestia absolutamente supérflua? ¿Y qué mas se puede exigir de nosotros para despojar esta cuestion de toda sombra de duda, que tomar

un medio seguro para no mezclar nunca los dos objetos de las profecías, ni aplicar al uno lo que pertenece al otro? Esto es cabalmente lo que hemos hecho, y entre todos los pasages de los profetas que hemos aplicado al Mesías, y que tan perfectamente le convienen, desafiamos tambien á nuestros adversarios á que nos citen uno solo que pueda juiciosamente entenderse del objeto ordinario y natural; ¿y se descubre en esto ardid ni deseo de alucinar?

Nos motejan de tomar por todas partes frases sueltas y de reunir las hábilmente bajo de un solo punto de vista, y como en un solo cuadro que presentamos en seguida como una fiel pintura del Mesías. ¡Qué poco meditada es semejante reconvenccion! Lo repetiré, señores: quando hallamos en un oráculo sobre un objeto puramente natural algunas frases inesperadas, aisladas en medio de los discursos proféticos que cortan evidentemente el hilo de la narracion, y que no pueden tener sentido racional mas que aplicándolas al Mesías, ¿quién puede acriminarnos por considerarlas como rasgos relativos al Mesías que el espíritu divino ha esparcido aquí y allí para dejarnos el cuidado de reunirlos y componer de ellos su retrato? Si un escultor famoso de la antigüedad despues de haber cin-

celado separadamente y con arte infinita las diferentes partes de una estatua de Alejandro ó de César, las hubiese escondido en el seno de la tierra á grande distancia unas de otras, para proporcionar á las edades venideras la agradable sorpresa de este precioso hallazgo, y el descubrimiento casual de una de ellas hubiese excitado por la rara perfeccion del trabajo á buscar las demas, y se hubieran encontrado, ¿habriais querido dejar aquellos miembros esparcidos á medida que fuesen saliendo de las entrañas de la tierra, separados unos de otros y envueltos en el vil lodo que los ocultaba? Y si reunidos por una mano diestra os presentasen la estatua completa del vencedor de los gaulas ó del conquistador del Asia con todas sus admirables perfecciones, y toda la nobleza de sus formas, ¿os obstinariais todavia en negar contra la evidencia que el artifice habia tenido el pensamiento de reproducir por aquel medio las facciones de uno de aquellos héroes?

Pero no son frases sueltas solamente las que reunimos para formar el todo, sino tambien una multitud de imágenes y de pinturas completas, y siempre perfectamente parecidas, aunque variadas al infinito. Son salmos enteros del Rey profeta, y una serie de capítulos de Isaías ó de

Daniel, que citamos tales como los hemos hallado en sus escritos, sin hacer en ellos variacion alguna, y que, repito, son tan claros y positivos, que verdaderamente se cree leer una historia mas bien que una profecía.

Ya reconoceis, señores, que la mayor parte de los pasages que hemos referido, aun leyéndolos en su propio lugar, no pueden tener otro objeto que el que les hemos aplicado si se combinan con lo que les precede y lo que los sigue. Veis que con los medios que hemos empleado para descubrir el sentido de estas palabras misteriosas, no hacemos decir á los profetas sino lo que ellos dicen y no lo que queremos que digan, segun se nos imputa; por último, veis que á pesar de los sofismas de los incrédulos la maravilla queda subsistente; léjos pues de participar de las dudas impías de esos espíritus soberbios, que rodeados de la luz, aun se obstinan en caminar por las tinieblas, ¿no os sentis mas bien estimulados á exclamar con uno de los profetas: „Esta es verdaderamente la obra „del Señor; y él es quien despliega á nuestra „vista esta asombrosa maravilla?“ à *Domino factum est istud: et est mirabile in oculis nostris* (1).

(1) Salmo CXVII, 23.

Por último dirán aun los incrédulos: „No son „solos los judíos los que contradicen el sentido „de las profecías; pues los mismos cristianos no „están todos acordes sobre el de las mas im- „portantes.”

Es cierto, señores, que hay aun entre los cristianos disputas sobre ciertas profecías; pero ¿quién ignora que en todos tiempos y en todos los pueblos se han visto ingenios singulares y capaces de oponer dificultades á las verdades mas incontestables? ¿Dejará de estar demostrada una proposición porque sus pruebas no satisfagan á algunos espíritus caprichosos ó temerarios? ¿Deberán las raras ideas del padre Hardouin, por ejemplo, hacernos dudar de la autenticidad y del verdadero sentido de las obras que toda la antigüedad atribuye á Ciceron, á Virgilio, á César, y á los mejores escritores del siglo de Augusto? Es muy mal método de argüir contra la divinidad de nuestras profecías oponer á ellas las ideas singulares de un corto número de sabios.

Ademas, ¿cuál es por lo general entre los sabios amantes de la religion, el motivo de esas disputas que tanto se ponderan? ¿Es acaso el fondo y la sustancia de la profecía? Podrá ser esto cierto respecto de algunas; pero tambien

muy frecuentemente versan las disputas sobre puntos accesorios que dejan subsistente y en toda su fuerza la prueba deducida de las profecías en favor de la religion. Así es que se conviene generalmente en que los oráculos de que hemos hablado se refieren al Mesías, que han tenido todo su pleno cumplimiento en Jesucristo, y que confirman claramente su mision divina, y solo se disputa sobre algunos puntos de crítica absolutamente extraños á la cuestion principal. Se conviene por ejemplo en que la profecía de Jacob y la de Daniel se verificaron en la persona de Jesucristo; pero se disputa sobre el tiempo fijo en que el cetro salió de Judá, y sobre la época en que deben empezar las setenta semanas de Daniel; mas ¿qué importan estas disputas sobre incidentes? Que el cetro haya salido de Judá uno ó dos siglos ántes, y que las semanas de Daniel empiecen á contarse veinte años ántes ó veinte despues, ¿será por eso ménos cierto que el término señalado por Jacob y por Daniel para la venida del Mesías, ha pasado hace ya mucho tiempo? No hay pues fundamento para alegar contra las profecías las disputas de los sabios cristianos acerca de su verdadero significado.

Hay ademas una cierta clase de sabios que

bajo del nombre de cristianos, son en realidad verdaderos deístas, y que reducen toda la religion á un puro filosofismo; los milagros mas asombrosos de la Biblia á hechos puramente naturales, y las profecías mas extraordinarias á simples conjeturas. Esta opinion, es preciso confesarlo, cuenta de medio siglo á esta parte numerosos defensores en un pais vecino al nuestro (1). Nosotros no negáremos, señores, la erudicion de los sabios que se nos cita en contra; pero si se ha de tener consideracion á la autoridad, diremos sin titubear: ¿no desaparece la de esos sabios modernos ante la multitud innumerable de tantos hombres grandes que en todos los siglos han rendido homenaje á la divinidad de nuestras profecías? Añadirémos ademas con toda confianza que la opinion de esos nuevos críticos nace visiblemente de un sistema indefendible, y cuya falsedad hemos manifestado en otra parte; quiero decir, de ese *naturalismo* insensato que se dirige nada ménos que á destruir hasta la existencia y posibilidad de la revelacion. Añadirémos por último, que esos escritores que pretenden explicar de un

[1] Eichhorn, Rosen-Müller, y muchos sabios críticos alemanes.

modo puramente natural los milagros mas asombrosos de nuestros libros santos, y aun la misma resurreccion de Jesucristo, y cuyos atrevidos principios los han conducido hasta el punto de no ver en los profetas del antiguo Testamento, mas que fanáticos ó charlatanes, y en el mismo Jesucristo un *impostor* (1) ó un *mágico*, estan visiblemente demasiado poseidos del espíritu de error y de sistema para que su crítica temeraria pueda ser apreciable á los hombres de buena fe.

Concluyamos, señores, que nada hay en las objeciones acumuladas contra nuestras profecías que pueda hacer impresion en un corazon recto y dócil. Es cierto que esta prueba de la religion tiene, como todas las demas, sus dificultades, y que presenta como la religion misma cierta mezcla de luz y de tinieblas; pero no olvidéis que esta mezcla es una consecuencia natural de la debilidad de nuestro entendimiento, y que nace en cierto modo del plan general de la providencia en la manifestacion de sus eternos decretos. Temed aumentar con injustas preocupaciones ó con pasiones secretas, la os

[1] Véase *Entretiens philosophiques sur les réunions des différentes communions chrétiennes*, por el baron de Starck pág. 118, &c.

curidad que nuestra inteligencia encuentra necesariamente en el estudio de la religion; abrid los ojos á la luz viva que arrojan nuestros sagrados oráculos. Jesucristo prometido y esperado en el antiguo Testamento, reconocido y adorado en el nuevo; he aquí en dos palabras toda la religion que tenemos la felicidad de profesar. ¡Cuán hermosa, señores, cuán augusta y venerable es por sola su antigüedad esta religion que sube hasta el origen del mundo, y que nunca ha dejado de ser el vínculo comun de los adoradores del verdadero Dios; esta religion santa que ha debido sin duda pasar por diversos estados, progresar y desarrollarse sucesivamente, pero que en su esencia ha sido siempre la misma! El judío era un niño que solo sabia los rudimentos de la fe; el cristiano es un hombre hecho que posee un pleno y entero conocimiento de ella. Digamos pues tomando otra vez el lenguaje de aquel hombre admirable, cuyo ingenio profundizó tanto los secretos de Dios, y vió á una luz tan clara las magníficas obras de su admirable providencia: „Ser esperado, „venir y ser reconocido por una posteridad (1) „que dura tanto como el mundo, tal es el carác-

[1] *Discours. sur l'Hist. univers., II parte. cap. XXXI*

„ter del Mesías en quien creemos. Jesucristo „el mismo que ayer es hoy, y lo será por los siglos de los siglos (2),”

[2] Hebr. XIII, 8.

LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SUS MISTERIOS.

LA religion cristiana tiene en sí misma caracteres de luz y de verdad, capaces de hacer impresion en toda alma dócil y razonable. Jamas temerá las discusiones profundas; y segura del triunfo, siempre que se la examine con rectitud y buena fe, solo teme los errores y las pasiones; por esto está siempre pronta á poner con toda confianza á vista del incrédulo los títulos brillantes de su celestial origen. Hecha en efecto para todos, lo mismo para el vulgo que para el sabio, no está apoyada en sistemas superiores al alcance de los entendimientos vulgares, sino en grandes hechos históricos, consignados en los monumentos mas irrecusables; en hechos mejor atestiguados que los de Sócrates de que nadie duda, y enlazados con la revolucion mas

asombrosa que haya acaecido en el mundo; quiero decir, la destruccion de la idolatría, y la conversion del mundo al Evangelio.

Pero al mismo tiempo no niega las misteriosas tinieblas en que está envuelta: ella misma nos advierte que aun estamos en el tiempo de las sombras y de la oscuridad; que en ellas se halla en efecto la verdad, pero cubierta con un velo; que los divinos secretos de su doctrina, así como los de la naturaleza, no se manifestarán del todo sino en la mansion de la plena y perfecta luz. ¿Pero cuál es en esta parte la conducta del incrédulo? Retira voluntariamente la vista de todos los puntos luminosos del cristianismo, para fijarla solo en los oscuros; y parecido al que en el extraño fenómeno de la lluvia de piedras tan comprobado en nuestros dias no viese mas que su inverosimilitud y aparente imposibilidad desdeñándose de examinar los testimonios que prueban su existencia, aparta la vista de las pruebas mas claras de la religion para arrojarla contra sus misterios que ella misma confiesa ser impenetrables.

No por esto temamos seguir los ataques dirigidos por la incredulidad contra los misterios, ni considerar la religion por su lado mas oscuro: no, queden vencidos sus enemigos en el

puesto mismo donde parece que colocan toda su fuerza. El incrédulo nos dirá que si el Dios de verdad y de luz se dignase hablar á los hombres, no les revelaria sino cosas muy claras: hagámosle ver nosotros que en una religion verdaderamente divina conviene que haya cosas incomprendibles. Añadirá que los misterios del cristianismo son cosas de pura especulativa, sin relacion con las reglas de las costumbres, y que se pueden despreciar impunemente; hagámosle ver cuan útiles son los misterios cristianos respecto á la moral. La conveniencia pues de los misterios en una religion divina y su utilidad en la cristiana formarán el asunto y la division del presente discurso.

Entiendo por misterios ciertos puntos de doctrina superiores á la comprension humana, que la razon jamas hubiera podido descubrir por sí sola, y que creemos bajo de la autoridad divina que los ha revelado, aunque no comprendamos su naturaleza: tal es el dogma de un Dios hecho hombre por la salvacion del mundo. Así, en lugar de sorprenderme de hallar misterios en una religion divina, deberia mas bien admirarme de que careciese de ellos.

En efecto, si me elevo hasta la Divinidad, y contemplo las adorables perfecciones de aquel

por quien todo existe y se anima en el universo, aquel poder que le ha creado, aquella sabiduria que le gobierna, aquella bondad que se complacere en comunicarse y difundirse, aquella santidad que aleja de sí hasta la sombra del mal, y aquella justicia tan temible para el vicio como consoladora para la virtud; no puedo dejar de conocer, á pesar de la debilidad de mi inteligencia, que estos son atributos divinos, y que debo humillarme ante su infinita magestad, tributarle homenajes de adoracion y de amor, y sacar de estas nociones aunque imperfectas, reglas que dirijan mis afectos y mi conducta en la vida presente. Pero conozco no ménos que querer profundizar mas las perfecciones del Ser infinito es arrojarme á un abismo cuya profundidad no me es dado sondear, pues son como un océano inmenso, sin fondo y sin ribera, donde el entendimiento se confunde y se pierde. Sí, es ciertamente incomprendible el Dios que adoramos, y esta es la denominacion que le caracteriza mas completamente. No basta decir que es el ser soberanamente bueno, sabio é inteligente; es preciso añadir, como observa Bourdaloue, que es bueno, pero incomprendible su bondad; sabio, pero incomprendible su sabiduria; inteligente, pero incomprendible su inteli-

gencia; y siendo obra suya la religion, no deberá llevar el sello de su autor? Las obras del hombre son limitadas como él; pero las de Dios que es un ser infinito, deben participar en algun modo de su infinitud. Si mi religion careciese de todo misterio, me seria sospechosa, temeria reconocer en ella una invencion humana, y el sello de un impostor hábil que no ha querido inquietar ni atemorizar la razon de sus semejantes. En la religion de un Dios que dejaría de serlo si pudiese ser comprendido, es necesario que haya puntos incomprensibles; y ved como los misterios léjos de hacer el cristianismo indigno de Dios, le marcan, por decirlo así, con el sello de la divinidad.

Amplíemos mas esta idea. Los misterios, dicen, son incomprensibles. Es cierto que lo son, pero por esto mismo son mas dignos de la inteligencia infinita de Dios. Si los sabios tienen una infinitud de conocimientos raros é incomprensibles al comun de los hombres ¿no conocerá aquel que es la ciencia misma y la luz por esencia, verdades superiores al entendimiento mas penetrante? Decid á un hombre del vulgo que el sol que ve elevarse, subir al medio dia, declinar al poniente, y al fin ocultarse, permanece sin embargo inmóvil en el centro del

saundo: decidle que esta tierra sobre la que se halla fijo gira sobre sí misma con una rapidez asombrosa, y le veréis scareirse; creará tal vez que quereis burlaros de su ignorancia y sencillez: y si no conseguis inculcar en su entendimiento ideas intermedias que le faciliten la creencia de vuestra doctrina, no verá mas que una extravagancia en lo mismo en que vosotros creéis ver una realidad. ¿Qué pensariais de un aldeano que dijese á uno de nuestros sabios: Nada comprendo de cuanto me decís de la inmovilidad del sol, puesto que con mis ojos sigo en cierto modo su movimiento, ni sobre el giro de la tierra que conozco por mis sentidos permanece fija. Todo eso es ininteligible, y yo me atengo á lo que veo. Un astrónomo se compadeceria tal vez de su rústico raciocinio: pues bien, permitidme que os diga: ¿son acaso mas sólidas vuestras reflexiones sobre los misterios? Porque al fin, entre el astrónomo y el aldeano hay ciertos puntos de contacto y de comparacion: aquel así como este, es hombre débil y limitado; y aunque entre los dos haya una gran distancia, no es sin embargo inmensa. Pero entre Dios y el hombre, aun quando sea el mas sabio de todos, media una distancia infinita; esa misma razon que os ensoberbece, no es

mas que una pequeña parte del grande oceano de ciencia y de luz que es Dios; y el cielo dista ménos de la tierra que la inteligencia humana de la divina. Nuestro entendimiento no es tan perspicaz que pueda penetrar y comprender la esencia de las cosas; y reunir el todo y las partes abrazando hasta los extremos: existen realmente en los objetos muchas relaciones que se escapan á nuestra penetración; y ved ahí por que la verdad nos puede parecer alguna vez inverosímil y repugnante; mas Dios ve el fondo de las cosas, y por ello ve conformidad en lo mismo en que nosotros solo hallamos oposición. La medida de nuestro entendimiento es demasiado corta para poder abrazar la inmensidad de los conocimientos divinos, y es lo mismo que si quisiéramos encerrar en nuestras manos todas las aguas del oceano.

Los misterios son incomprensibles: en esto no hay duda: pero por eso mismo son mas dignos de la sabiduría de Dios. Jesucristo vino para sanar al hombre entero curando la obcecación de su entendimiento producida por la soberbia, y la llaga hecha en su corazon por el deleite. Una curiosidad altiva le habia precipitado en los mas monstruosos errores, así como el amor á las cosas sensibles le habia sumergi-

do en las mas brutales y vergonzosas pasiones: era preciso por consiguiente que su corazon fuese purificado por una ley santa, y humillado su entendimiento por verdades incomprensibles: esta razon que nos ilumina es un don del padre de las luces; mas si por un vil abuso hubiese llegado á sublevarse contra su autor, ¿qué cosa mejor puede hacer para expiar su rebelion que humillarse ante la razon suprema, y someterse al yugo de la incomprensible pero infalible verdad de Dios?

Los misterios son incomprensibles: no lo negamos; pero por esta misma razon son mas dignos del plan general de la Providencia en el gobierno de este mundo. Celoso en efecto Dios de recibir homenajes racionales y meritorios, quiso que su religion estuviese rodeada á un mismo tiempo de luces y de tinieblas. Si fuera mas oscura, podriamos tener excusas para no creer en ella; y si mas clara, veriamos en lugar de creer. Si señores, en la religion lo mismo que en la naturaleza, es Dios á un mismo tiempo visible é invisible: es visible, porque ha rodeado la mision de Jesucristo y de los apóstoles de una luz celestial en que la razon encuentra los motivos de su creencia, y por esto es racional nuestra fe: es invisible por la naturale-

za impenetrable de la doctrina que mandó anunciarnos; y en esto consiste el mérito de nuestra creencia. ¿Tenemos alguno en efecto en creer la existencia del sol que vemos con nuestros ojos? El que busque la verdad hallará motivos suficientes para creer, y al que la aborrezca no le faltarán pretextos para ser incrédulo. El Dios del cristianismo habita en una nube densa de donde salen resplandores dulces y vivos que regocijan las almas dóciles, pero de donde también parten rayos que deslumbran y ciegan á los soberbios.

¿Mas cuáles son los argumentos de la incredulidad contra estas reflexiones, hijas de la recta razón? Dios, dice el incrédulo, no es un Dios de tinieblas; por consiguiente ¿por qué había de revelar al hombre dogmas ininteligibles? Despreciad esos dogmas misteriosos que no son para nosotros mas que palabras sin sentido. Este es el lenguaje de Juan Santiago; lenguaje tan desatinado, cuanto desmentido por la experiencia diaria.

Es cierto, señores, que no tenemos ideas completas y perfectas de nuestros misterios; que no los comprendemos en su sustancia misma, ni los vemos despejados de toda clase de nubes; pero los conocemos bastante para ha-

blar de ellos distinta y sensatamente, bastante para no confundirlos unos con otros, para conocer dónde se halla la sana doctrina y en qué consiste el error, y aun para sacar de ellos reglas de conducta muy útiles y muy interesantes. Pues qué, ¿cuando el respetable Bourdaloue predicaba en los púlpitos de esta capital sobre los misterios, hablaba á su auditorio en una lengua desconocida? ¿Profería solo palabras sin sentido? ¿No excitaba en las almas ni ideas ni sentimientos? ¿No se sabe por el contrario que sus excelentes discursos son la obra maestra de la elocuencia cristiana? Con los misterios de nuestra religion sucede lo mismo que con otras cosas de que hablan continuamente todos los hombres, así los sabios como el vulgo, sin embargo de no tener sobre ellas mas que nociones imperfectas, vagas y confusas. En todas partes, por ejemplo, se habla del tiempo, del espacio de lo infinito, de la eternidad; pero si lo reflexionamos atentamente, veremos que todas estas son cosas cuya naturaleza está oculta para nosotros, y de que solo tenemos ideas incompletas y envueltas en una oscuridad impenetrable. Y en efecto, ¿quién puede gloriarse de comprender á fondo qué cosa es el espacio, y terminar sobre este pun-

to las disputas de los metafísicos mas sutiles? ¿Se querrá designar el espacio como una inmensa capacidad distinta de este mundo, en la cual esté contenido el mismo mundo? ¿Pero esta capacidad es alguna cosa real y efectiva? ¿La tendremos por un ser verdadero, ó bien por un ser imaginario, por la nada? Acaso se dirá que el espacio no es una cosa distinta del modo con que los cuerpos existen con relacion entre sí. ¿Pero cómo pueden existir cosas materiales sin estar contenidas en un lugar que se distinga de ellas mismas? Confesémoslo, señores; el entendimiento humano toca aquí ciertos límites que le es imposible traspasar. Uno de los ingenios mas penetrantes que ha conocido el mundo, San Agustín, se hallaba tan perplejo para formar una idea exacta del tiempo, que dice estas palabras (1): „Sé lo que es el tiempo „cuando no se me pregunta lo que es; pero „cuando se me pregunta qué cosa es, ya no lo „sé.” Si señores, seria preciso no haber meditado jamas, é ignorar absolutamente la metafísica, esa ciencia que es el fundamento de todas las demas, para no saber que la mayor parte de nuestros conocimientos están enlazados

(1) *Confesiones*, lib. XI, cap. XIV.

con cosas de que solo tenemos ideas incompletas y cubiertas de densas tinieblas. Cesemos pues de exigir de la Divinidad que solo nos revele cosas de que tengamos ideas completas y perfectamente claras.

Pero dice mas el incrédulo: Yo, dice, debo ser racional ántes que cristiano. ¿Por qué pues me he de someter ciegamente á lo que no entiendo? ¿Debe la fe ahogar la razon? No señores, no; entendámonos bien, y veremos claramente que la razon misma nos conduce á la fe. La razon es en efecto la que nos abre las puertas del divino santuario, y la que arrojándonos en los brazos de la religion, nos deja bajo de su imperio. Guiados por ella descubrimos que Jesucristo y sus apóstoles han aparecido en la tierra, que han dado pruebas manifiestas de su divina mision, y ella es la que nos da la misma clase de certidumbre de estos hechos que de la existencia de César y de sus conquistas en las Galias. La razon discute y profundiza los hechos, y he aquí sobre lo que recae el exámen del cristiano. Yo os invito, señores, en nombre de la religion á examinar los títulos en que funda sus derechos á nuestros homenajes: han resistido al tiempo, á la crítica y á todas las pasiones conjuradas contra ellos;

y unos cuantos argumentos de nuestros dias no trastornarán lo que diez y ocho siglos de combates no han hecho mas que afirmar; pero tambien cuando la razon nos ha convencido de la autoridad divina de Jesucristo y de sus discipulos, ella misma nos manda imperiosamente someternos á su doctrina, y humillar nuestra débil comprension ante la inteligencia suprema. Cuando Dios habla es preciso que el hombre calle. ¿Qué importa pues que la fe sea oscura en los objetos de su creencia, si es muy luminosa en los motivos que tenemos para creer? En efecto, si la razon no hace inteligibles los misterios, los hace ciertamente creibles.

Alega ademas el incrédulo, que no solamente son incomprensibles los misterios cristianos, sino que su misma exposicion contiene contradicciones. Tal es segun ellos la del misterio de la Trinidad. ¿Un solo Dios en tres personas! ¿habrá mayor contradiccion? Aquí, señores, debemos aclarar bien las cosas para no extraviarnos. Si asegurais que nuestros misterios considerados en sí mismos son inverosímiles, que salen de la esfera comun de la comprension humana, que presentan contradicciones aparentes, que están sujetos á dudas, cuya solucion no siempre se percibe claramente, estamos acor-

des; sin esto no serian misterios. Pero debo recordaros que muy frecuentemente se escapan á nuestro entendimiento ciertas relaciones de verdad, aunque efectivas; que por lo mismo podemos muy bien tomar contradicciones aparentes por contradicciones verdaderas; que no se deben atribuir al Ser infinito las propiedades del ser limitado; que seria un error el querer aplicar en toda su fuerza á la Divinidad las nociones del hombre: os diré por último que no debemos avergonzarnos de confesar con Descartes, que no es permitido negar verdades bien probadas porque ofrezcan algunas dudas indisolubles á nuestra débil razon: de esto puedo citaros un millon de ejemplos que aclaren mi pensamiento. En las ciencias naturales, y aun en aquella misma que pasa por la mas exacta de todas, se llega por una serie de proposiciones perfectamente encadenadas á resultados tan extraños, que apenas se sabe como conciliarlos entre sí, ni con la sana razon. Se demuestra por ejemplo, que dos líneas pueden irse siempre aproximando una á otra, sin jamas tocarse por mas que se prolonguen al infinito, y para mí esta es una cosa muy singular. Pero veamos otro ejemplo mas familiar: haced que un ciego de nacimiento recorra con la mano la

superficie plana de un cuadro que con arreglo á las leyes de la óptica ofrezca en perspectiva elevaciones y profundidades, y decidle despues lo que representa esta superficie; ¿cómo es posible que conciba que lo que al tacto de su mano ofrece una superficie plana, forme desigualdades á vuestra vista? ¡Plano y profundo á un tiempo, dirá el ciego, es un absurdo! Y en efecto, hay en esto para él cierta cosa repugnante y contradictoria, un verdadero misterio: ¿y por qué no puede juzgar bien en la materia? La razon es porque carece de un sentido, que es la vista, por cuya falta le son enteramente desconocidos los fenómenos de la luz reflejada y de la perspectiva. Pues bien, señores, nosotros somos este ciego con referencia á los misterios. Al presente nos falta un grado de inteligencia que tendremos algun día; pero así como el ciego por el testimonio de los demas hombres, cree racionalmente las maravillas de la vision, aunque no las comprenda, así nosotros por el testimonio divino de Jesucristo y de los apóstoles creemos racionalmente los misterios del cristianismo, aunque no podamos comprenderlos.

Cuando nuestros jóvenes incrédulos se toman la libertad de hablar de nuestros misterios con

tanta ligereza, y creen hallar en ellos verdaderas contradicciones, ¿han reflexionado que las dificultades en que se paran, no han detenido á los ingenios mas sobresalientes de la tierra, y que esas supuestas contradicciones han sido examinadas y discutidas por los mayores filósofos que ha producido la Europa de tres siglos á esta parte, como son Bacon, Descartes, Pascal y Leibnitz? ¿Y cómo, iniciados apénas en los secretos de la alta metafísica, se atreven sin reflexion á ver en nuestros misterios, absurdos que no han advertido esos mismos hombres que respetamos como los príncipes y creadores de las ciencias modernas?

Permítansenos algunas explicaciones para hacer ver que lo que las mas veces se impugna en nuestros misterios, no es lo que la fe nos enseña, sino lo que la imaginacion supone en ellos sin fundamento.

La fe nos hace adorar á un solo Dios en tres personas que poseen unas mismas perfecciones. Hay por consiguiente en Dios unidad y trinidad todo junto; pero no bajo de un mismo respecto: no decimos que tres personas hacen una persona, ni que tres dioses forman un Dios; esto seria una contradiccion palpable; sino que afirmamos la unidad de la naturaleza divina y la tri-

nidad de personas. Hay pues unidad bajo de un aspecto, y trinidad bajo de otro, y esto basta para no hallar contradicciones en la expresión del misterio; y el que para poner en ridículo nuestra fe nos acusa de creer que tres no hacen mas que uno, ni aun ha comprendido el sentido en que nosotros lo profesamos. Para aclarar algun tanto las profundidades de este misterio, se han servido los doctores de la Iglesia de una comparacion admirable. En el hombre, dicen, existe el alma, se conoce y se ama así misma: existir, conocerse y amarse son tres cosas distintas que se encuentran sin embargo en un solo y mismo espíritu; y ved aquí una imagen cuyo modelo perfecto está en Dios. Dios existe desde la eternidad con el conocimiento y amor infinito de sus infinitas perfecciones: ¿y quién conoce bastantemente las operaciones internas del ser infinito, y lo que puede resultar de este conocimiento y de este amor infinito, para atreverse á decir que no puede resultar de ellos lo que nos enseña la revelacion?

Concluiré, señores, esta primera parte con una reflexion que tal vez no habréis hecho jamas muchos de vosotros. Figuraos, si podeis, un sistema filosófico, que os parezca no contiene cosas tan repugnantes, ni contrariedades tan visibles

cuales os las imaginais en nuestros misterios, y os disimularé entretanto que no los admitais. ¿Cuáles son, decid, vuestras opiniones? ¿Quereis ser ateos, materialistas, fatalistas, escépticos ó deistas? Elegid. Usando en este momento de toda indulgencia, prescindiré de la falsedad de vuestros sistemas; no os diré con Bossuet (1) *que por desechar verdades incomprensibles, os precipitais en incomprensibles errores*; y me limitaré á probaros que, cualquiera que sea vuestro sistema, os veréis precisados á tragar en él cosas no ménos chocantes que las que se os resisten en nuestros misterios.

Si sois ateos, os diré que para ser consiguietes debeis creer que este universo en que brillan rasgos de una inteligencia infinita no supone sin embargo una causa inteligente, y que os veis precisados á haceros sordos á aquel primer grito de la recta razon y de la experiencia que os dice que este mundo supone un Dios, del mismo modo que un templo supone un arquitecto. Alegareis para explicar este mundo, su armonía y sus maravillas, algunas palabras sin sentido como el *acaso, la naturaleza, la necesidad*. ¿Pero qué es todo esto sino cosas incohe-

[1] *Orais. fun. de la princesse Palatine.*

rentes y que irritan á la razon? Si sois materialistas, es preciso que creais que lo que pienza en vosotros es materia, y por consiguiente que vuestra alma tiene las propiedades de esta, es decir que es extensa, divisible, y que tiene color; y sin embargo el pensamiento no tiene ni extension, ni divisibilidad, ni color; es preciso que creais que un ser inteligente y racional, cual es el hombre, ha sido producido por una reunion de partes materiales, brutas y destituidas de razon: ¿y no es todo esto un conjunto de contradicciones? Os diré, si sois fatalistas, que segun vuestro sistema, yo estoy hablando ahora porque me impele á hablar una fuerza irresistible; y sin embargo yo reconozco en mí la facultad de callar de un modo tan perceptible como conozco mi existencia: ¿y cómo concertais esa invencible necesidad con el sentimiento íntimo que yo tengo de mi libertad? Segun vuestro sistema el malvado que alevosamente asesina al inocente no tiene realmente mas libertad que el tigre que despedaza su presa; y si lo creeis así, ¿porqué le llamais criminal? ¿Porqué le castigais como tal? ¿No es esto inconciliable? Si sois escépticos, debéis dudar de todo, hasta de vuestra propia existencia, y sin embargo os veis arrastrados continuamen-

te á creer que existís: conciliad pues, si podeis, esa duda universal con el convencimiento de vuestra existencia. No creais salir de embrazos acogiéndoos al deísmo, que reconoce un Dios, una providencia y una vida futura; porque entónces os diré: reconocéis un Dios, espíritu inmortal y criador de este universo; ¿pero un espíritu que saca de la nada la materia, no es un misterio tan impenetrable á la razon humana como todos los misterios del cristianismo? Aun hay mas: vosotros reconocéis un Dios soberanamente perfecto; por consiguiente un Dios que á un mismo tiempo sea simple é inmenso, libre é inmutable, Señor de nues ras voluntades, sin violentar nuestra libertad. Pues bien: yo me atrevo á predeciros, que si tratáis de conciliar entre sí todas estas cosas, hallaréis obstáculos que os parecerán insuperables. Por último os diré, cualquiera que sea vuestro sistema: por lo mismo que hay cosas que existen hoy, es preciso que alguna cosa haya existido siempre; y por consiguiente existe un ser eterno. Poco importa para la fuerza del argumento que este ser sea Dios, ó sea la materia; pues en todo caso es preciso admitir una eternidad, una duracion que no ha tenido principio. ¿Pero esta duracion se compone de instantes que

se suceden unos á otros; ó no hay en ella mas que lo presente, sin pasado ni futuro? Si lo primero, ¿cómo puede haber sucesion de instantes en lo que no ha tenido primer instante? Y si lo segundo, ¿cómo puede haber continuacion de duracion donde ni hay duracion pasada ni futura? Confesad que por todas partes estamos rodeados de abismos. Dejad pues de combatir nuestros misterios porque halleis en ellos cosas incomprensibles y contrariedades aparentes que encontrais igualmente en todas las opiniones; y si quereis proceder con juicio, limitaos á examinar y averiguar el mero hecho de la revelacion de estos misterios. Es ciertamente una credulidad pueril creer sin pruebas; pero querer comprenderlo todo es mas propio de un entendimiento débil que de una razon vigorosa. „El último paso de la razon, ha dicho Pascal (1), es conocer que hay una infinidad de cosas superiores á ella, y muy débil „debe ser si no lo conoce así.” Paso ahora á la utilidad de los misterios cristianos con relacion á la moral.

Todo lo que inspira altas ideas de la divinidad, de aquella justicia cuyo temor mantiene

[1] *Pensées*, cap. V, n. 1.

en el deber, de aquella bondad cuya memoria consuela y reanima la flaqueza, todo lo que ilustra al hombre sobre su origen y su destino, le humilla sin desalentarle, y le eleva sin engrulle; y por último, todo lo que es capaz de curarle de sus vicios y de inspirarle esfuerzos generosos, se dirige indudablemente á hacer al hombre mejor y mas virtuoso; y por lo tanto se refiere á la moral, que consiste mas en la práctica del bien, que en secas y estériles teorías: ¿y no son estas las preciosas ventajas que producen los misterios del cristianismo? Examinemos algunos de ellos, y esto nos bastará para dar á conocer sus saludables efectos.

Es ciertamente un gran misterio el de esa culpa original y hereditaria que ha corrompido al género humano en su origen, y le ha despojado de su nobleza primitiva. No es esta la ocasion de desenvolver todos los racionios y comparaciones que nos suministra la teología, no para disipar enteramente las tinieblas impenetrables que cubren este misterio, sino para facilitar en cierto modo su creencia; pero ved de qué modo la revelacion positiva de este misterio ilustra al hombre sobre su destino y sobre las contradicciones de su naturaleza. Murmura la razon y se escandaliza de ver en el hom-

bre esa mezcla de pasiones bajas y de deseos celestiales, de amor á la virtud y de propension violenta hácia el vicio, la sujecion del espíritu al imperio de los sentidos, y los desórdenes y males que son su consecuencia inevitable. Considerado así el hombre, es un enigma inconcebible á sí mismo. ¿Quién nos le descifrará? Decir que no hay Dios, y que en este mundo todo sucede por acaso, no es respuesta sino frenesí; y ántes que precipitarse en tan espantoso abismo, debería creerse que habia en esto alguna verdad oculta, que por su profundidad se esconde á nuestra débil inteligencia. Pero ved como la religion viene en socorro de la razon desordenada, revelándonos claramente lo que algunos sabios de la antigüedad pagana parecian haber sospechado, y se conservó confusamente en la tradicion de todos los pueblos; lo que figuró la fábula en Prometeo, robando el fuego del cielo, y atrayendo sobre la tierra por este robo sacrilego las plagas que le desolaban; y en fin lo que los poetas han cantado bajo del nombre de la *edad de oro* y la *edad de hierro*. La religion nos enseña que el hombre no salió de las manos del Criador tal como hoy es, y que en el orden actual de cosas ya no es sino un ser degradado, un rey destronado, pero que

conserva todavia en su misma desgracia rasgos de su primitiva grandeza. No se supone al hombre en todo grande y bueno contra el conocimiento de su flaqueza y corrupcion; semejante opinion le embriagara y llenaria de una necia altivez y amor de sí mismo; haciéndole á lo sumo un estoico ó un sabio altanero: tampoco le convierte en un ser terreno enteramente vil y despreciable, contra el sentimiento que él mismo tiene de su nobleza y dignidad: opinion que, humillándole demasiado, podria arrojarle al epicureismo y á los mas groseros deleites. La doctrina cristiana sigue un medio entre estos dos extremos: nos muestra en el hombre la imagen de Dios desfigurada, pero no borrada: le enseña á desconfiar de sí mismo sin destruir las sublimes ideas, que á pesar de eso debe tener de su ser; y he aquí como de entre las sombras mas misteriosas salen grandes rayos de luz acerca de la naturaleza del hombre y del actual orden de cosas.

Es tambien un grande misterio el de un Dios que se ha dignado unirse á nuestra naturaleza; pero ved cuán admirablemente hace resaltar los atributos divinos y la dignidad de nuestra alma ¡Cuán temible es aquella justicia que solo quiso aplacarse por los ruegos del hombre

Dios! ¡Cuán enorme la malicia del pecado que ha necesitado de semejante víctima para ser expiado! ¡Pero cuán inefable al mismo tiempo la bondad que se ha dignado humillarse hasta este punto, y cuánta no debe ser la dignidad de nuestras almas rescatadas á tan alto precio! ¡Ah! ¡qué capaces deben ser todos estos pensamientos de inflamar nuestro reconocimiento hácia la Divinidad, y de penetrarnos de horror al pecado que la ofende al mismo tiempo que nos degrada!

Es un grande misterio el de la Eucaristía, tal como le profesaba el mundo entero ántes del siglo XVI, y tal como le profesaba aun el grande número de comuniones cristianas esparcidas por la tierra; pero advertid como en el gremio de la Iglesia se convierte en un manantial inagotable de aguas saludables que esparcen la vida y la fecundidad. La primera participacion de este divino misterio forma para los fieles una época preciosa, la cual ya esperándola, ya acordándose de ella, ocupa en cierto modo toda su vida. Sí, la admision á la mesa sagrada se presenta desde léjos á la infancia como el mas glorioso y el mas tierno de todos los favores. ¡Qué estímulo mas poderoso para hacerla conservar su inocencia ó para recobrarla, para

mostrarse mas dócil, mas sumisa, mas modesta y mas abstraída de todo cuanto pueda empañar la virtud? Es un divino banquete del que solo se participa con una conducta pura y costumbres irrepreensibles, y por medio de victorias conseguidas sobre sí mismo. ¡Cuántos cristianos entre nosotros habrán debido á la sagrada Eucaristía la práctica de las cosas mas santas y perfectas que contiene su religion! ¡cuántas pasiones vencidas, cuántas ofensas perdonadas, cuántas ocasiones evitadas, cuántos pobres socorridos, cuantos movimientos ó impulsos de ira sofocados; en una palabra, cuántos actos heroicos de virtud habrá inspirado y sostenido el deseo de hacerse ménos indigno de participar de lo que la religion llama *los santos, los tremendos misterios!*

No son los misterios del cristianismo como los que se llamaban *misterios* entre los paganos. No señores, no son dogmas extravagantes y ceremonias impuras, mas propias para sofocar que para inspirar la virtud. Jesucristo es en la religion cristiana el centro en que todo termina, es la luz del mundo por su doctrina, el Salvador de los hombres por su muerte, y ademas su modelo por sus virtudes. Los misterios del nacimiento, de la vida, pasion y muerte de

Jesucristo no son mas que su misma moral practicada, y forman una serie de cuadros en que brillan virtudes á un mismo tiempo sublimes y populares. Ser modesto hasta la humildad, apacible hasta perdonar los ultrajes, caritativo hasta amar á sus enemigos, resignado en los males de la vida hasta el punto de no quejarse, casto hasta condenar el pensamiento detenido, fiel á Dios hasta morir por su ley: estas son virtudes cristianas. ¡Y quién no conoce la fuerza y autoridad que adquieren los preceptos de Jesucristo con su ejemplo, mandando solo lo que él mismo ha practicado, siendo humilde, apacible y caritativo hasta el punto de padecer por nosotros y morir perdonando á su verdugos?

Invoco, señores, aquí un testimonio irrecusable, el de la experiencia. Si recorremos los fastos de la Iglesia cristiana, hallaremos sin duda en ellos bastantes vicios y desórdenes; pero tambien encontraremos en ellos en todos tiempos, en todos los pueblos y en todas las clases, cristianos que han honrado su fe con las virtudes mas puras, mas heroicas y casi siempre las mas útiles para sus semejantes. ¡Y no es incontestable que sus virtudes han tenido principalmente su origen en esos misterios que se miran con desden? Sí señores, si pudiéramos pregun-

tar á tantos santos pastores y á tantos obreros apostólicos consumidos á fuerza de fatigas y trabajos por evangelizar á los pueblos y salvarlos del vicio ó de la ignorancia, nos responderian que debieron su fortaleza á los ejemplos y á las promesas de Jesucristo, sacrificado por la salvacion de los hombres. Preguntad á esas hijas de Vicente de Paul, y á otras muchas animadas de la misma caridad; preguntadles quién les inspira tanta ternura para con los pobres, para con los afligidos y todos los que padecen en la tierra, y os dirán que su caridad se enciende en la de Jesucristo para con nosotros; que tienen siempre á la vista á Jesucristo, el amigo, el padre de los indigentes y de los desgraciados, y que creen servirle á él mismo sirviendo á los pobres, que son sus hijos adoptivos. Amar á Dios, amar á los hombres; en esto se encierra toda la ley y toda la moral evangelica; ¡y qué cosa hay mas á propósito para inspirar y alimentar este doble amor que la fe en un Dios que nos ha amado hasta hacerse sensible revistiéndose de nuestra humanidad! Así es como Dios ha amado al mundo, exclamaba el Apóstol de la caridad: *Sic Deus dilexit mundum* (1), palabras que han resonado en todo el

[1] Joan. III. 16.

universo, y que han producido tantas y tan heroicas virtudes cuales jamas pudieron ni podrán producir las mas sublimes teorías de la filosofía sobre el Ser supremo.

En vista de estas reflexiones, ya no me admiro de que la Iglesia cristiana sea tan celosa en conservar el depósito de la doctrina en toda su integridad, y que repela cualquiera novedad profana que pudiera vulnerarla en lo mas mínimo. Todo en ella se enlaza, y todo se encadena, y temed que todo el edificio se desplome si le quitais una sola piedra. El misterio del Verbo encarnado supone el de la Trinidad, el de la redencion supone el del pecado original, y los misterios de la gracia estan enlazados con los de la redencion. A una culpa de malicia infinita se sigue un reparador de un mérito infinito; y un remunerador de una magnificencia infinita supone un vengador de una justicia infinita; todo esto se enlaza y se sostiene mutuamente; cuando todo es revelado, todo debe ser respetado. Seamos cautos, señores. Si al entendimiento humano se le deja correr libremente en punto á los misterios, muy pronto se le verá propasar-se con audacia á los preceptos de la ley, y tampoco la moral será mas respetada que los dogmas: si el entendimiento quiere cercenar del

Evangelio los misterios que le humillan, el corazon querrá igualmente cercenar los preceptos que espantan su flaqueza. Desde que se ha sutilizado tanto sobre los dogmas, se han conmovido los cimientos de la moral. El Sociniano no ha creído en la Trinidad; despues el deísta no ha creído en Jesucristo. En seguida vino el ateo que no creía en Dios, y por último han aparecido falsos sabios que han hecho un problema del vicio y de la virtud intentando justificar hasta las torpezas y monstruosidades de las costumbres paganas. Traspasados una vez por el hombre los límites puestos por la mano del mismo Dios, ya nada le contiene, corre exhalado sin direccion alguna, y se pierde sin remedio en el camino del vicio y del error.

Desechemos esa máxima tan extendida y tan acreditada en nuestros dias, de que el dogma nada importa, que lo principal es la moral, que en ella debemos pensar únicamente sin hacer caso del dogma; ¡trastorno inaudito, segun el cual sería preciso levantar el edificio antes de asentar el cimiento! ¿Y qué dogmas quieren que despreciemos? Los dogmas de un Dios, de una providencia, ó de una vida futura, son puntos de creencia con los cuales están enlazadas todas las ideas de orden y de justicia en la tier-

ta, y ya en un discurso particular hemos establecido que estas sagradas verdades son la base de la moral así como de la sociedad. ¿Querán que abandonemos la enseñanza de los dogmas propios del cristianismo? Tanto valdria decir que era necesario dejásemos de ser cristianos, y que pasásemos de la escuela de Jesucristo á la de Platon. ¿Cómo! ¿No será necesario hablar á los pueblos de Jesucristo, fundador divino de su religion? ¿Quién no ve el enlace que los misterios de Jesucristo hombre Dios tienen con los demas misterios? No puede ya admitirse la idea de que estos misterios no tienen relacion con las reglas de las costumbres, pues hemos hecho ver cuánto apoyo dan á la moral, y cuán persuasiva la hacen.

Pero se pregunta tambien si deben enseñarse estos misterios á los niños. ¿A qué viene, dicen, cargar su entendimiento con un peso que los agobia inútilmente, y que no puede hacer mas que fatigar su cerebro, y perjudicar al desarrollo de sus facultades? Es preciso, señores, no ver en semejante lenguaje mas que una falsa piedad y temores hipócritas. Es cierto que los niños no reciben mas que ideas vagas sobre los misterios, y que se confían mas á su memoria que á su discernimiento: pero una vez reci-

bidas estas nociones, se desarrollan con los años; é impresas en sus almas desde la edad mas tierna, jamas llegan á borrarse. Así fueron educados nuestros padres en los tiempos pasados, así lo fueron Descartes, Pascal y Bossuet. Sí, estos grandes hombres empezaron, valiéndome de la expresion vulgar, aprendiendo el catecismo, y esto no les ha impedido ser ingenios creadores cada uno en su género, y llegar á ser las antorchas del mundo: del mismo modo hemos sido educados la mayor parte de nosotros, y yo no advierto que semejante método haya alterado en nada nuestra salud ni nuestra inteligencia. Creed sobre este particular, señores, no los vanos discursos de los teóricos ociosos, sino la experiencia personal de aquellos á quienes por su profesion no es desconocida la educacion cristiana de la primera edad. No tememos deciros que con un poco de arte y de paciencia se puede muy bien aficionar á los niños á instruirse en las mas sublimes verdades. La parte misteriosa de la religion se halla mezclada en nuestros evangelios con hechos maravillosos, con parábolas interesantes, con rasgos de humanidad, con máximas de una moral pura y con imágenes graciosas ó terribles, á propósito para interesar á todas las eda-

des: ¿y quién ignora que nosotros nacemos con una vivísima inclinación á las cosas extraordinarias, ocultas y misteriosas, y que excitan mas nuestra curiosidad por lo mismo que están envueltas entre celages? Entreténgase á la niñez presentándole á Jesus nacido en un pesebre, alabado con cánticos por los ángeles, visitado por los pastores de los montes inmediatos, creciendo á la vista de sus padres, y siempre obediente á ellos, saliendo de su retiro para evangelizar á los pueblos, y aliviar á los desgraciados, bendiciendo á los niños. Llorando en el sepulcro de Lázaro, y por la ingrata Jerusalem, subiendo al calvario cargado con el madero en que iba á ser crucificado, dando su vida por sus enemigos, saliendo en seguida glorioso del sepulcro, y elevándose en triunfo á los cielos. ¿No es todo esto á propósito para cautivar la imaginación y el corazón, y para grabarse fácilmente en la memoria? En fin, señores, apelo á vosotros mismos: cuando muy jóvenes todavía se os obligaba á dedicaros al estudio de la lengua de Virgilio y de Homero, y á repetir sobre las reglas del lenguaje lecciones doctas expresadas en términos científicos y aun algo bárbaros: ¿erais entónces capaces de aplicarles ideas bien distintas y exactas, y tan claras co-

mo las que habeis formado en una edad mas avanzada? No ciertamente; pero sin embargo las conserva vuestro entendimiento, y las entendiais de un modo suficiente para poder hacer de ellas aplicaciones inciertas al principio, mas seguras despues, y por último útiles en todo tiempo. Pues bien, señores, lo mismo sucede con los principios elementales del cristianismo que se enseñan á los niños.

Entre los detractores del cristianismo hay algunos que no quisieran se hablase nunca de los misterios: hay otros que han soñado una moral sin religion; y alguno vendrá, ó mas bien ha venido ya, que nos enseñe que un niño no debería oír pronunciar el nombre de Dios, hasta que su razon estuviese ya formada; extravagancia enorme, que en cierto tiempo fué preciso admirar como un rasgo de ingenio para no pasar por un fanático.

Dejemos, señores, á la falsa sabiduría todas sus locas teorías y luces engañosas, y no creamos extraviarnos siguiendo el camino iluminado por la antorcha de la experiencia de los siglos. Sí, la doctrina del cristianismo todo entero con sus misterios y sus preceptos, será siempre el fundamento de una educación cristiana; siendo particularmente de los misterios de la vi-

da y muerte de Jesucristo, de donde es preciso sacar las mas tiernas lecciones de virtud. Si, señores, el pesebre y el calvario serán siempre mas elocuentes y mas persuasivos, sobre todo para el pueblo, que los mas pomposos discursos; y el ministro del Evangelio con la cruz en la mano será siempre mas capaz de consolar á los afligidos, de aplacar los odios, de volver la paz á las familias, de inspirar la humanidad á los ricos, é introducir los remordimientos ó la esperanza en el corazon del pecador, que el filósofo con toda la pompa de sus máximas. Sabios del siglo, vosotros no veis en esto sino fanatismo, y creéis poseer solos vosotros los tesoros de la sabiduría: enhorabuena; pero dejadnos á nosotros este fanatismo que consuela á los hombres y los hace mejores; y conservad para vosotros vuestra sabiduría, eficaz para destruir, y nula para edificar, tan insuficiente para el bien como poderosa para el mal: limitad á vosotros mismos vuestras doctrinas desoladoras, y dejadnos trabajar en paz para hacer reflorcer en el seno de la patria la fe de nuestros padres con las virtudes que ella inspira. Nosotros amamos ese supuesto fanatismo, esta doctrina santa que ha formado tanta multitud de padres virtuosos, tantos esposos fieles, tantos

hijos dóciles, magistrados íntegros, sabios modestos, ricos generosos, pobres resignados, tantos guerreros tan humanos como valientes, y tantas familias llenas de concordia y de felicidad; nosotros estamos desengañados de esa supuesta sabiduría, de esas doctrinas erróneas que quitando á los pueblos el temor y el amor á la divinidad, atraen sobre ellos á un tiempo todos los vicios y todas las calamidades. ¡No era ya bastante profunda la herida hecha á las costumbres, para que vosotros la hicierais mayor y trataseis de hacerla incurable! Si no quereis auxiliar nuestros esfuerzos con los vuestros, os suplicamos guardéis silencio á lo ménos: no seais impíos mas que para vosotros; y llevad á bien que por vuestro propio interes, por el de vuestros hijos, por la seguridad de vuestros bienes y de vuestras personas procuremos hacer revivir el fuego sagrado de la religion y de las virtudes que ella prescribe. ¡Y vosotros, señores, vosotros principalmente, ó jóvenes franceses, esperanza de la patria! aprended á hablar con ménos ligereza de nuestros misterios, que tal vez conoceis muy poco por la calamidad de los tiempos; temed blasfemar lo que deberiais venerar; no os avergonceis de santificar vuestros labios con el nombre de aquel ante quien

todo se humilla en el mundo, y sea la sabiduría de vuestros discursos el feliz presagio de la de vuestras acciones. Los destinos de la Francia están en vuestras manos y en la de vuestros compañeros de edad: si sois irreligiosos, ejerceréis en el pueblo una influencia funesta, y esparciréis por todas partes semillas de destruccion y de muerte; y si cristianos sinceros, atraeréis con vuestros ejemplos y con vuestros discursos el pueblo extraviado á esta religion, única que puede asegurar su felicidad. Otros os convidarán al estudio de las letras y de las artes, al de los secretos de la naturaleza ó de la política, á las especulaciones del comercio y á la gloria de las armas: yo estoy muy distante de distraeros de esas diferentes carreras que se os presentan; pero quiero al mismo tiempo convidaros á desempeñar un destino mas elevado: os llamo á ser por vuestros principios religiosos los restauradores de las costumbres públicas y los salvadores de la patria.

LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SU MORAL.

UN código de moral igualmente sencillo que puro, lleno de máximas luminosas, sin mezcla alguna de errores funestos, y que trazando á todos el camino del deber, abra á los corazones generosos la carrera de una perfeccion sin límites; un código que se adapte á todos los climas y á todos los gobiernos, y que en la universalidad de sus preceptos comprenda á todo el género humano, desde el pueblo errante bajo de tiendas, hasta el que ha llegado á lo sumo de la civilizacion, desde las clases mas oscuras hasta las mas elevadas; un código que consagre y perfeccione todas las virtudes domésticas y civiles, purifique todos los afectos legítimos, é impida sus excesos de modo que la amistad no degenera en débil condescendencia, el va-

todo se humilla en el mundo, y sea la sabiduría de vuestros discursos el feliz presagio de la de vuestras acciones. Los destinos de la Francia están en vuestras manos y en la de vuestros compañeros de edad: si sois irreligiosos, ejerceréis en el pueblo una influencia funesta, y esparciréis por todas partes semillas de destruccion y de muerte; y si cristianos sinceros, atraeréis con vuestros ejemplos y con vuestros discursos el pueblo extraviado á esta religion, única que puede asegurar su felicidad. Otros os convidarán al estudio de las letras y de las artes, al de los secretos de la naturaleza ó de la política, á las especulaciones del comercio y á la gloria de las armas: yo estoy muy distante de distraeros de esas diferentes carreras que se os presentan; pero quiero al mismo tiempo convidaros á desempeñar un destino mas elevado: os llamo á ser por vuestros principios religiosos los restauradores de las costumbres públicas y los salvadores de la patria.

LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SU MORAL.

UN código de moral igualmente sencillo que puro, lleno de máximas luminosas, sin mezcla alguna de errores funestos, y que trazando á todos el camino del deber, abra á los corazones generosos la carrera de una perfeccion sin límites; un código que se adapte á todos los climas y á todos los gobiernos, y que en la universalidad de sus preceptos comprenda á todo el género humano, desde el pueblo errante bajo de tiendas, hasta el que ha llegado á lo sumo de la civilizacion, desde las clases mas oscuras hasta las mas elevadas; un código que consagre y perfeccione todas las virtudes domésticas y civiles, purifique todos los afectos legítimos, é impida sus excesos de modo que la amistad no degenera en débil condescendencia, el va-

lor en ferocidad, el amor á la patria en un sentimiento bárbaro y exclusivo; un código en fin que apoyado en dogmas invariables presente siempre al lado del precepto el mas poderoso motivo para practicarle; que ofrezca por los sacrificios que exige indemnizaciones inmensas, y que coloque á los que le observan bajo de la vista del Dios del universo que tiene en una mano coronas inmortales para alentar al hombre de bien, y hace brillar en la otra el rayo vengador para aterrar al malo: un código tan completo de leyes morales donde nada falte, ni en cuanto á la belleza de los preceptos, ni en cuanto á la eficacia de sus motivos, en vano le pediréis á la antigüedad pagana, no le hallaréis ni en la escuela de Sócrates ni en la de Zenon: este código perfecto es el Evangelio.

No es esto decir que no se puedan recoger de los diferentes sabios de los pueblos antiguos, preciosos fragmentos de moral; pero estos no son mas que máximas sueltas, y en cierto modo sumergidas en un mar de errores y de supersticiones. Platon está reputado por el filósofo mas grande de la antigüedad, y su tratado de la República pasa por una obra maestra de ingenio; pero basta recorrer su libro quinto para ver que toda su sabiduría no le habia liber-

tado de los mas vergonzosos errores. No, no hallaréis en ninguna parte cosa tan completa, tan pura en los preceptos, y al mismo tiempo tan poderosa en los motivos como el código sagrado del Evangelio.

Hubo una época en que los enemigos del cristianismo al mismo tiempo que impugnaban sus misterios y su culto, rendian de tal suerte homenaje á la belleza de su moral, que el mas sublime de nuestros oradores no tuvo reparo en decir en un discurso *sobre la divinidad de la religion* [1]: „Gracias á la misericordia divina, „los que temerariamente disputan todos los dias „sobre la fe, no niegan al cristianismo ser la „regla de las costumbres, y están acordes con „nosotros acerca de la pureza y perfeccion de „nuestra moral.”

Pero cuando en el último siglo se impregnaron en los entendimientos doctrinas groseras, cuando el egoismo se convirtió en sistema, y el ateismo heló los corazones, llegaron los hombres á ser incapaces de conocer cuanto hay de bueno, de bello y consolador en nuestros libros santos; ¡ni cómo, con una doctrina enteramen-

[1] Bossuet. II. *Sermon pour le second Dim. de l'Avent.*
II part.

te brutal y sensual podia el materialista aficionarse á una ley que se dirige á sobreponernos á las cosas sensibles, y que nos manda sacrificar al deber las inclinaciones mas dulces en apariencia á la naturaleza? Así pues llegó á ser la moral evangélica el blanco de los ataques mas violentos de los sofistas. Porque el cristianismo prescribe el desprendimiento, se le acusó de condenar los hombres, las dignidades y las riquezas, y de inspirar hácia las cosas de este mundo una indiferencia y una apatía incompatible con el comercio, las artes y la industria, con la cual toda la sociedad se entregaria á un total abandono. Porque prescribe la humildad, se le acusó de predicar una virtud que degrada al hombre á sus propios ojos, que le hace indiferente á la estimacion pública, y que no le inspira sino ideas bajas y despreciables. En fin, porque declara la guerra á todas las inclinaciones desarregladas, persiguiéndolas hasta en el corazon; porque no contemporiza con pasion ni vicio alguno, y porque manda todas las virtudes, se le acusó de una severidad excesiva, y de imponer á débiles criaturas un yugo insoportable: de este modo la moral cristiana era en el sentir de sus detractores enemiga de la sociedad por el desprendimiento que manda,

degradante por la humildad que predica, é impracticable por la severidad de las obligaciones que impone. Vindicarla pues de estas tres acusaciones será el objeto del presente discurso.

Si hay alguna pasion fecunda en injusticias capaz de sofocar todo sentimiento de honor y de probidad, y de introducir la division y discordia en las familias, es ciertamente la avaricia, quiero decir, el amor desordenado de las riquezas y de los bienes de este mundo. ¿De dónde en efecto nacen esos fraudes tan comunes, esos medios de enriquecerse que cuanto son mas rápidos son regularmente mas ilegítimos, esas especulaciones crueles sobre necesidades ajenas que obligan á comprar un socorro momentáneo con una ruina mas tardía, pero al fin inevitable? ¿De dónde esa bárbara resistencia á pagar al jornalero y al criado el precio de su trabajo y sudor, esa violacion de las promesas mas solemnes, esas querellas que arman al hermano contra el hermano, á la esposa contra el esposo, y algunas veces al hijo contra el padre? ¿De dónde esas locas y temerarias empresas para llegar de repente al colmo de la fortuna, y que demasiado frecuentemente vienen á parar en ruinas vergonzosas, cuyas consecuencias son muy largas, y llevan el so-

bresalto, y acaso la miseria al seno de cien familias? ¿De dónde, señores, nacen todos estos desórdenes, y cuál es su origen principal? La avaricia. Cuando el amor desordenado de las riquezas se apodera de las almas, y cuando no se vive ni se respira sino para adquirirlas y para entregarse á los placeres que proporcionan; cuando un pueblo merece la reconvenccion que el poeta de la antigua Roma hacia á sus contemporáneos de posponer la virtud al dinero: *virtus post nummos* (1); ¿qué es entonces de la buena fe, del honor y de la nobleza de ideas y de sentimientos? ¿qué de las virtudes domésticas y públicas? ¿No será preciso que todo degenera y que todo se envilezca? ¿y no es entonces la avaricia una profunda sima á donde va á sepultarse el estado con las familias? Escrito está en nuestros libros santos que *la avaricia es la raiz de todo mal* (2), y en este caso ¿qué mayor servicio ha podido hacer el Evangelio á la humanidad que poner un freno á esta pasion devoradora? En esto como en todo lo demas brilla la profunda sabiduría del divino Legislador, y solo desnaturalizando su doc-

[1] Horacio. Epist. lib. I, Ep. I, v. 54.

[2] I Tim. VI, 10.

trina se puede intentar combatirla. El Evangelio no proscribte el afecto legítimo y moderado á los bienes temporales, no señores; condena únicamente el apego desarreglado á ellos que no puede dejar de arrastrar á los mas funestos excesos. No consiste la virtud, á los ojos de la religion, precisamente en la indiferencia por los honores, en la pobreza y en el abandono de los cuidados domésticos y civiles. Se puede ser desinteresado en el seno de las riquezas, moderado en medio de la grandeza, así como avaro en medio de la miseria, y ambicioso y altivo en una condiccion oscura; está en el orden de la providencia y de la religion que haya ricos y pobres, grandes y pequeños; y se necesita mucha ignorancia, ó á lo ménos mucha irreflexion para reprender al cristianismo las máximas que nos enseña sobre esta materia.

¿Dónde en efecto se ve que nuestros libros santos condenen las riquezas, y que su posesion deba ser considerada como un delito? Es cierto que no se halla en ellos un tratado sobre las riquezas de las naciones; pero enseñan á usar bien de los bienes de este mundo, sin colocar en ellos el principal afecto; amenazan al rico endurecido que no socorre al indigente, y presentan las riquezas como un escollo funes-

to: ¿y no nos enseña la experiencia cuanto irritan todas las pasiones suministrándoles los medios de satisfacerse? Si para consuelo de la mayor parte de la especie humana quiso Jesus nacer entre las privaciones de una condicion oscura, no por eso se desdeñó de tener por discípulos á hombres ricos como Zaqueo y José de Arimatea; y al rededor de su cuna se encuentran magos lo mismo que pastores. En su nombre manda el Apóstol á los ricos, no que se despojen de sus riquezas, sino que no se ensoberbezcan ni pongan en ellas sus esperanzas (1). ¿Y cuántos ricos, cuyo nombre se halla canonizado en los fastos de la Iglesia cristiana hicieron en todos tiempos de su opulencia el instrumento de sus virtudes? ¿En dónde condenan tampoco nuestros libros santos las dignidades? Es cierto que las presentan como cargas temibles, de las que darán algun dia los que las disfrutan una cuenta rigurosa: pero Jesucristo mismo ha canonizado la máxima de que debe *darse al César lo que es del César*; y uno de sus apóstoles nos enseña que las *potestades* han sido *establecidas por Dios* (2) para el reposo de las sociedades.

[1] Timot. VI, 17.

[2] San Mateo XXII, 21. Rom. XIII, 1.

¿Dónde en fin se ve que nuestros libros sagrados condenen el cuidado moderado de los bienes de la tierra, y la sabia y honrada industria que los conserva y aumenta? Sepamos distinguir en esto el precepto del consejo. Poseer los bienes de este mundo, sin buscarlos con ansia, usar de ellos con moderacion, saberlos perder sin murmurar contra la Providencia que los da y los quita segun quiere, he aquí el precepto; llevar el desinterés hasta un desprendimiento efectivo, renunciar no solamente al afecto á los bienes, sino á su misma posesion, este es el consejo. El precepto es para todos, el consejo solo es para algunos. Todo, señores, está dispuesto entre los hombres de tal modo que no hay que temer que un exceso de desinterés convierta la sociedad en un desierto.

El cristianismo ha contado desde su origen entre sus hijos hombres de todas clases. La religion no desordena las diferentes gerarquías y clases de la sociedad, sino que mas bien las consolida haciéndolas practicar sus obligaciones con una fidelidad mas constante y mas segura. No manda al magistrado bajar de la silla de la justicia para pasar al pié de los altares el tiempo que debe dedicar al ejercicio de sus funciones, al guerrero perdonar la vida al enemigo en

el día del combate, ni a la madre de familias abandonar los cuidados domésticos que debe á su esposo y á sus hijos, sino que por un rasgo de sabiduría admirable, designa á cada uno como primera obligacion la respectiva á su estado: no es bastante á sus ojos que el magistrado sea ilustrado, si no es justo; que el sacerdote sea de una conducta ajustada, si no es celoso; que el guerrero sea humano, si no es valiente; que los padres sean cariñosos, si no son vigilantes; que los hijos sean económicos, si no son dóciles; en fin, que los criados respeten á sus amos, si no son fieles. El Evangelio no condena la economía, sino la avaricia; no el tráfico, sino los fraudes que le deshonran; no las artes, sino el abuso que de ellas se hace para herosear el vicio; á nadie prohíbe la defensa legítima de sus derechos sino el espíritu de odio y de venganza que se mezcla con ella muy frecuentemente. Así pues, permanezca cada uno siguiendo el consejo del Apóstol (1) en la clase en que la Providencia le ha colocado. La religion no condena sino lo que es malo; todo lo que es bueno lo santifica y perfecciona, y suministra á los hombres nuevas y poderosas razo-

[1] I. Corint. VII, 20.

nes para practicarlo. Tal es la religion bien entendida, y nada he dicho que no esté reconocido por todos los moralistas cristianos: ¿con qué derecho pues se intenta atribuirle máximas que no son suyas?

Las acusaciones que hacen al cristianismo sus enemigos, no tienen ni aun el triste mérito de la novedad: ya hace catorce siglos que San Agustin respondió á la injusta reconvenccion que hacian á la religion los paganos poco instruidos en su doctrina, de que perjudicaba al bien de las sociedades con sus máximas de mansedumbre, de desinterés y de perdón de las injurias. ¡Como! decian ellos, ¿quién es el que permite que le arrebathe los bienes su enemigo? ¿quién el que no procura volver mal por mal á los bárbaros que vienen á asolar las provincias del imperio? Es muy interesante ver lo que responde San Agustin á esta acusacion en su carta á Marcelino (1), personage muy distinguido por sus dignidades y su raro mérito. El santo doctor hace observar que los mismos autores profanos habian celebrado la clemencia como una virtud heroica, y que César habia sido alabado de que nada olvidaba sino las in-

[1] Epistolas CXXXVIII, n. 9 y siguientes.

jurias; que con las máximas evangélicas bien observadas, se unirían los ánimos, y se estrecharían los corazones mejor que con las instituciones de Rómulo y de Numa; que la caridad que prohíbe volver mal por mal, no impide que se castigue a los malvados, y que se les trate con la conveniente severidad; y últimamente, que no debemos imaginarnos que la sociedad prospere porque se levanten casas magníficas, porque se construyan teatros, y los ricos hagan gastos desmedidos, si al mismo tiempo se deja abandonada la virtud, en que consiste la verdadera hermosura de las almas; que Roma había debido su grandeza á la austeridad de sus costumbres y de sus máximas; que la república había caído en el momento mismo en que el espíritu de rapiña y de avaricia se había apoderado de los ciudadanos y de los ejércitos; que entónces, como dice el poeta, los vicios habían esclavizado á Roma, y vengado al universo vencido por ella: *Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem* (1). Haced, añadía San Agustín, y con él lo decimos nosotros á los enemigos del cristianismo, á esos que acusan la doctrina de Jesucristo de perjudicar á la prosperi-

[1] Juvenal, Satira VI.

dad de los estados, haced que los esposos, los padres, los hijos, los amos, los criados, los magistrados, los guerreros y los reyes sean tales como manda el Evangelio, y entónces se verá si sus máximas bien practicadas no producen la seguridad y la prosperidad de los estados. Esta era en sustancia la respuesta de San Agustín, y ya veis cuán sólida es.

El sofista Bayle, y el entusiasta Juan Santiago son los que en nuestros tiempos modernos se han atrevido á decir que no podría subsistir una sociedad de verdaderos cristianos, como si el cristianismo no prescribiese como un deber todas las virtudes civiles y políticas; y como si condenase en las diferentes clases otra cosa que los vicios que las deshonoran. Montesquieu, ménos quimérico y mas justo para con la religion, responde á sus calumniadores con estas notables palabras: „Bayle, des-
„pues de haber insultado todas las religiones,
„deshonra la cristiana, atreviéndose á sentar
„que los verdaderos cristianos no pueden for-
„mar un estado capaz de subsistir. ¿Y por qué
„no? Estos ciudadanos serian muy ilustrados
„en sus obligaciones, y tendrían gran celo per
„cumplir con ellas; conocerían muy bien los de-
„rechos de la defensa natural; y cuanto mas

„creyesen deber á la religion, tanto mas creeria deber á la patria (1) . . . ¡Cosa admirable „la religion cristiana que parece no tener otro „objeto que la felicidad de la vida futura, hace „tambien nuestra felicidad en la presente (2).”

Se ha imaginado poner un pueblo de cristianos al lado de un pueblo de espartanos, y con este sueño de la imaginacion se ha creido triunfar, diciendo que el pueblo cristiano se veria precisado á abandonar los principios de su religion, ó en caso contrario seria exterminado. ¿Y por qué lo seria? Es imposible dar una buena razon. Quiero examinar por un momento esta vana suposicion. ¿Tendria acaso ese pueblo de espartanos derecho para abandonarse á toda su ferocidad, en tanto que á los cristianos sus vecinos se les mandaria dejarse degollar impunemente? ¿Qué nuevo derecho de gentes es el que inventan los detractores del cristianismo? ¿Dónde se ha visto que la guerra esté absolutamente prohibida á los pueblos cristianos? Si el Dios que adoran se llama Dios de paz, tambien se llama Dios de los ejércitos; ¿y qué motivo mas legítimo puede tener un pue-

[1] *Esprit des Lois*, lib. III, cap. VI.

[2] *Esprit des Lois*, lib. III, cap. III.

blo para la guerra que el de conservar su existencia, su gobierno y sus leyes? ¿Es acaso una sociedad civil de cristianos una sociedad de cenobitas que se entregan en la soledad al olvido del mundo y de cuanto le pertenece? Y aun en semejante sociedad cristiana la primera obligacion de su caudillo seria velar por su seguridad y armarse para su defensa; y si así no lo hiciese con pretexto de desprendimiento, la religion misma le tendria por un cobarde prevaricador. ¿Qué rey hubo nunca mas cristiano que San Luis? pero tambien ¿qué otro conoció mas los derechos de su corona y supo defenderlos mejor con la espada en la mano? Uno de los mas grandes estadistas de los tiempos modernos, Jimenez de Cisneros, salió desde el retiro de un claustro para estar al frente de una vasta monarquía: conservó, es cierto, en aquél puesto toda la sencillez y austeridad de un solitario con respecto á su persona; pero no dejó de creerse obligado en conciencia á desplegar contra los enemigos del estado todo el aparato de la fuerza pública. Leed, señores, lo que Charlevoix y Muratori refieren de las poblaciones cristianas del Paraguay. Humanizados y civilizados por la religion aquellos naturales los vereis vivir en una inocencia de costumbres

que parecia realizar los tiempos fabulosos de la edad de oro; pero tambien vereis cómo se armaban para su defensa, vereis con qué ardor é impetuosidad caian aquellos fervorosos cristianos sobre sus enemigos, y que si eran mansos como corderos en presencia de los santos legisladores que los habian civilizado, eran tambien terribles como leones en los combates.

Las hazañas de los guerreros griegos y romanos han sido celebradas por historiadores y poetas que las han inmortalizado, ventaja que frecuentemente no han tenido los guerreros de los tiempos modernos; pero cuando una nacion cuenta héroes tales como Carlo-Magno, Felipe-Augusto, S. Luis, Duguesclin, Bayardo, Enrique IV, Turena, Condé y otros muchos que no nombro, no veo que tenga nada que envidiar en valor á la antigüedad. Nuestros libros clásicos ponderan mucho el sacrificio de Leonidas y de los trescientos espartanos en el paso de las Termópilas; fué sin duda alguna una accion hermosa; pero hablando de buena fe, ¿qué tropa francesa, cualquiera que se elija, no se muestra á la primera señal capaz de un sacrificio semejante? ¿Qué otra cosa presenta la historia de las órdenes religiosas y militares de la Europa moderna, sino una serie de prodigios inau-

ditos de valor contra los enemigos de la cristiandad?

Es cierto que el Evangelio no dice literalmente: amarás tu patria, como dice amarás á tu prójimo; pero prescribe sentimientos de benevolencia, de desinterés, de afecto; en una palabra, sacrificios de que se forma el amor de la patria. Cuando por obligacion de conciencia se obedecen las leyes, se respeta al magistrado, se paga el tributo, y se cumplen con fidelidad las obligaciones que á cada uno impone su estado; ¿no es esto ser un buen ciudadano? ¿Consiste en otra cosa el verdadero patriotismo? No tratemos de preconizar aquel amor feroz y exclusivo de la patria, especie de egoismo nacional que se alimenta de odio á todos los demas pueblos. El cristiano ama á todos los hombres; pero tiene para con sus conciudadanos un sentimiento de predileccion. El mismo Jesucristo autorizó el amor de la patria; lloró por Jerusalem, y se dolió de los males que la amenazaban. Y sobre esto dice Bossuet en su *Política Sagrada* (1) „que derramó su sangre mirando particularmente por su nacion, y que al ofrecer este gran sacrificio, que debia ser la expiacion

(1) Lib. I, art. VI, segunda proposicion.
TOM. III.

„de todo el universo, quiso que el amor de la „patria tuviese su lugar en él:” Queda examinada, señores, la inculpacion que se hace al cristianismo de ser enemigo de la sociedad por el desprendimiento que prescribe, y hemos visto que semejante inculpacion solo proviene de falsas nociones: paso á la segunda acusacion que se le hace de ser degradante por la humildad que prescribe, y en la que hace consistir el fundamento de la virtud.

Aquí es donde parece que el incrédulo puede esperarme con cierta confianza para oír qué podré decir sobre la humildad, como si este fuese un escollo inevitable en el que deban estrellarse todos los apologistas de la religion. ¿Qué cosa hay mas abyecta, se dice, que esa virtud que envilece al hombre á sus propios ojos, prohibiéndole estimarse á sí mismo, y que se dirige á desanimarle y á hacerle inútil á sus semejantes, prohibiéndole aspirar á la estimacion pública? Esta es, señores, la pintura de la humildad desfigurada por los enemigos del cristianismo, mas no la de la verdadera humildad cristiana; pero en esta materia, como en todo lo demas, bastará fijar la verdadera nocion de las cosas para asegurar el triunfo de la religion.... ¿Qué es pues la humildad? Es una vir-

tud por la cual el hombre, reconociendo que todo lo ha recibido de Dios, todo lo refiere á Dios: así lo hace el cristiano verdaderamente humilde; y de todo, riquezas, honores, salud, talento, ciencia, fortuna, de todo hace homenaje á Dios que todo se lo ha dado. San Pablo nos da la nocion, y á un mismo tiempo el motivo de la humildad cuando dice (1): „¿Qué cosa „tienes que tú no lo hayas recibido? Y si todo „lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te glorias como si no lo hubieras recibido?” ¿Y hay cosa mas luminosa y mas racional? Por mucho que un hombre se complazca y se admire en su interior de la multitud de sus riquezas, de la hermosura de su casa ó de la elegancia de sus vestidos y adornos, cualquiera conoce que estas cosas no son su misma persona, y que le son como extrañas; que muchas veces las poseen personas poco dignas de estimacion, y que el verdadero mérito consiste solo en las prendas personales. ¿Pero aun todas esas cualidades del entendimiento y del corazon, el talento, la ciencia y la virtud, y las demas de que nos ocupamos y gloriamos, son en realidad obra de solo el hombre? ¿Se ha dado él á sí mismo el ser y

[1] I. Cor. IV, 7.

las demas facultades de que se compone su naturaleza? No; lo que únicamente hace bueno y laudable es desarrollar los dones primitivos que ha recibido con la vida, auxiliados con otros dones de un orden superior que debemos á Jesucristo, y de los que Dios es el fin, así como es el principio. Vuelvo á decir que no confundamos el consejo con el precepto. Complacérase en ser olvidado de los hombres y en las humillaciones: recibirlas no solo con sumision, sino con alegría, ved aquí el consejo: dar á Dios lo que pertenece á Dios, y buscar su gloria mas bien que procurar la nuestra, ved aquí el precepto. ¿Y no está en el orden eterno de las cosas que la criatura viva dependiente de su Criador? ¿Cuántos desórdenes se evitarian en la tierra si se guardase fielmente este precepto! Por soberbia exige el hombre mas de lo que le es debido, y no corresponde con lo que debe. Por ella es duro en sus modales y en sus discursos, oprime al débil, y le irrita la oposicion mas legítima. La soberbia le hace ver virtudes en sus vicios, y vicios en las virtudes ajenas, ultrages enormes en las faltas mas leves; y mirar como enemigos á todos los que no le admiran. Por soberbia exige satisfacciones cuando él mismo debería dar excusas; y se entrega por las

cosas mas frívolas á los arrebatos del odio y del furor. La soberbia le hace preferirse á sí mismo sobre todos, creerse humillado por el mérito ajeno, y aspirar al dominio, queriendo ser el único objeto de la fama, y presentándose á los ojos de sus semejantes como el ídolo á quien deben incensar. Por soberbia en fin, ni ve, ni ama, ni adora el hombre mas que á sí propio en este mundo, y se constituye él mismo su Dios. Pero la humildad hace que todo vuelva al orden, y que el hombre modere todas sus altivas pretensiones; por ella reconoce su dependencia, lo refiere todo á Dios como á su verdadero origen; y ved aquí el fundamento de toda virtud sólida. Los paganos combatian muy frecuentemente un vicio con otro vicio, y una pasion con otra pasion; pero sus intenciones no eran puras, y los esfuerzos de virtud de sus mayores sabios no eran mas que trofeos consagrados á su vanidad. „Yo desprecio el orgullo de Platon, decia Diógenes.—Sí; pero movido de otro orgullo, respondió Platon: La humildad, dijo el célebre autor de las *Máximas* (1), es la verdadera prueba de las virtudes cristianas; sin ella conservamos todos nuestros de-

[1] La Rochefoucault, Maxime 365.

„fectos, y solo están encubiertos por la soberbia que los oculta á los demas, y á veces hasta á nosotros mismos.”

Instruido así el cristiano en la escuela de Jesucristo, no es idólatra de sí mismo, ni se engríe por su propio mérito; y á la verdad, si considera la flaqueza y los extravíos de su entendimiento, las vergonzosas y bajas inclinaciones de su corazon, y las miserias y enfermedades de su cuerpo, no puede bajo de este punto de vista tenerse en mucho: ¿pero cómo no ha de tener altas ideas de su dignidad, y estimarse á sí mismo de un modo razonable, cuando, á la luz de la fe, en nada aprecia la tierra, cuando se eleva sobre todo el universo, y siente en el fondo de su alma grandes esperanzas de inmortalidad? Es cierto que no funda su última felicidad en los elogios de los hombres, cuya inconstancia é iniquidad reconocieron y deplo- raron los paganos mismos, y que sabe sobreponerse á opiniones vanas cuando el deber lo exige: ¿pero cómo podrá mirar con indiferencia la estimacion pública, estándole mandado cuidar de su reputacion, evitando todo lo que no sea honesto y laudable? *Curam habe de bono nomine* (1).

[1] Eccles. XLI, 15.

No por esto creamos que la humildad se oponga á la verdad, y que mande al sabio tenerse por ignorante, y al guerrero valiente por cobarde; no, nada de esto. Es ciertamente lícito al sabio tener una justa idea de sus conocimientos, y al guerrero la conviccion de su valor y proezas: lo que únicamente se exige de ellos es que hagan homenaje de estos dones á aquel de quien todo lo han recibido. La soberbia forma egoistas que reconcentran en sí mismos todos sus afectos; pero la humildad esplaya y engrandece el corazon, dirigiéndole hácia la Divinidad. Frecuentemente, señores, nos engañan las apariencias: se puede ser humilde entre el oro y la seda, ó en medio del brillo del talento y de la fortuna, como soberbio en la oscuridad de la ignorancia, y entre los andrajos de la miseria. San Luis, adornada su frente con todo el esplendor de la diadema, Tur- na rodeado de los trofeos de sus victorias, y Bossuet en medio de los prodigios de su elocuencia mas que humana, pudieron ser verdaderamente humildes; y sin dejar de conocer todo lo grande y bello que practicaban, referir su gloria á aquel que es el origen de las luces así como de las virtudes, y de quien no eran mas que instrumentos.

Tampoco pensemos que la humildad se oponga á la magnanimidad, no: cuando olvidándose el hombre á sí mismo, coloea toda su confianza en solo Dios, entónces precisamente es cuando se hace fuerte y poderoso, y esta es la razon porque tantos santos personages humildes y oscuros como Vicente de Paul, han hecho cosas tan asombrosas á favor de la religion y de la humanidad. ¿Quién no conoce la conducta animosa de San Ambrosio? Huye por humildad de las grandezas humanas, y hace cuanto está en su mano para no ser elevado á la mitra de Milan; pero no tiembla en la presencia de los señores del mundo; y cuando Teodosio se presenta en el templo del Dios de paz, manchado aun con la sangre de los habitantes de Tesalónica, el nuevo David encuentra un nuevo Natan, y la sangre inocente un vengador en el mas humilde de los pontífices. Confesemos que la verdadera grandeza consiste en la humildad que no abate al hombre en la presencia de Dios sino para elevarle sobre las cosas humanas, y que la bajeza está en la soberbia que para prosperar se ve precisada á envilecerse y alimentarse de afrentas; que se aprecia tan poco á sí misma, que no se atreve á parecer tal como es, y que avergonzada de su defor-

midad, se oculta bajo del velo de la modestia. Pasemos á la acusacion de impracticable por su severidad que en general se hace á la moral evangélica.

Es tal, dicen, la severidad de la ley cristiana, que no solamente intenta arreglar las acciones y los discursos, sino tambien los deseos y pensamientos; y tal que por la mortificacion de los sentidos, del corazon y del entendimiento, y por la vigilancia continua que exige, pone siempre al hombre en guerra consigo mismo, y le agobia bajo de un yugo insoportable á su debilidad. Para contestar á los que hacen esta nueva imputacion á la moral cristiana, empecemos preguntándoles: ¿Quiénes son mas dignos de crédito, los que sin hacer esfuerzo alguno para practicarla se limitan á declararla impracticable, ó los que la han observado fielmente? habiendo tenido en todos tiempos fieles observadores, ¿cómo se dice que su observancia es imposible al hombre? Recorramos los anales de la Iglesia cristiana, y hallaremos que el Evangelio, fecundo siempre en virtudes, las ha hecho brotar y crecer hasta la mas perfecta madurez, en todos climas, entre todos los pueblos, y hasta en medio de la corrupcion mas profunda. Siempre ha contado adoradores ce-

losos en todas las clases y condiciones, en el bullicio del siglo, lo mismo que en la calma de la soledad; en medio de la licencia de los campos, como en los asilos de la piedad; entre la confusion de la vida pública, como en las dulzuras de la vida privada; y bajo de la púrpura y de la tiara, como bajo de los modestos vestidos de la mediocridad. No debemos juzgar del número de los verdaderos cristianos por solo el de aquellos cuya memoria nos ha conservado la historia. ¡Cuántos habrá cuyas virtudes ménos brillantes, ó cuyos nombres mas oscuros no hayan llegado á nuestra noticia! y para un corto número que se haya libertado del olvido, y cuya gloria haya hecho brillar el cielo, ¡cuántos no nos serán hoy desconocidos que hayan servido de edificacion en las ciudades y en los campos, y regocijado la tierra con el espectáculo de las virtudes mas puras!

No aleguemos que las circunstancias han variado, no; en todos tiempos ha habido el mismo Dios, el mismo Evangelio, las mismas tentaciones y los mismos combates. Siempre el mundo ha presentado á la vista de los mortales sus espectáculos y sus fiestas; siempre el deleite ha ofrecido sus blandas delicias, la ambicion sus aparentes grandezas, las riquezas sus goces ha-

lagüenos, y la gloria sus brillantes prestigios; siempre la primera edad ha tenido su inconstancia y sus caprichos, la juventud su fogosidad y sus arrebatos, la edad madura sus pensamientos sombríos y su inquieta prevision, y la vejez su mal humor y sus enfermedades. Si los cristianos virtuosos de otros tiempos han sido en cuanto á la naturaleza de sus inclinaciones lo mismo que nosotros somos hoy, y nosotros podemos por nuestros esfuerzos llegar á ser lo que ellos fueron.

¿Pero por qué hemos de subir á las primeras edades de la religion para encontrar virtudes verdaderamente cristianas? Desde que Jesucristo abrió el manantial de ellas, no ha dejado de correr hasta por entre los siglos mas impuros ó irreligiosos como el nuestro. ¿No conocemos nosotros mismos en nuestras propias familias, entre nuestros parientes ó amigos, cristianos dignos de este nombre, á quienes nos vemos precisados á rendir homenaje aunque no tengamos el valor de imitarlos? Su ejemplo confunde todos nuestros pretextos, y solo él basta para hacer la apología de los preceptos evangélicos.

Guardémonos de toda exageracion al juzgar de estos y al calcular su severidad; y no con-

fundamos el precepto con el consejo, el deber con la perfeccion, los defectos con los vicios, la fragilidad humana con la malicia meditada, ni las faltas ligeras con los pecados graves. Si debemos huir de aquella excesiva tolerancia que nada califica de malo, es preciso no incurrir tampoco en aquel rigorismo feroz que en todo ve crímenes. No nos engañemos representándonos la virtud cristiana bajo de formas espantosas, rodeada siempre de los instrumentos ensangrentados de la penitencia, ó habitando las rocas y las cavernas. Los caminos extraordinarios solo son para algunos: Jesucristo, modelo de toda perfeccion, observó por espacio de treinta años una vida sencilla y comun. La piedad no reside solamente en las soledades; tambien se encuentra fuera de los desiertos de la Tebaida ó de la Siria, y se puede ser verdadero cristiano sin ser un Pacomio ó un Hilarion. La virtud cristiana se halla en cuantos estados coloque al hombre la Providencia, siempre que en ellos cumpla con las obligaciones que impone; y acompañaba á San Luis sobre el trono lo mismo que á la humilde Genoveva en pos de su rebaño.

Yo convengo en que la ley cristiana quiere descender hasta lo interior de las almas para

arreglar sus deseos y sus pensamientos: pero no es en esto mismo en lo que se muestra efectivamente divina? ¡Oh! ¡cuán digno es de aquel que juzga por la realidad, y no por apariencias apreciar al hombre por sus disposiciones interiores, y colocar en sus afectos el asiento de las virtudes y de los vicios! ¡Cuán profundamente conocía el corazon humano el que para cortar los vicios en su origen prohibió hasta el pensamiento voluntario y advertido sobre un objeto malo, diciendo (1): „No codiciarás!" *non concupisces!* Digamos pues, rindiendo homenaje á la verdad, que sola nuestra voluntad nos hace buenos ó malos en la presencia de Dios, y que si ante él jamas somos inocentes cuando el corazon es culpable, tampoco somos culpables cuando el corazon es inocente. Convengo tambien en que la práctica de las virtudes cristianas, como la de la mansedumbre, de la paciencia, del perdon de las injurias, de la pureza de costumbres, exige vigilancia, esfuerzos y combates. Si señores, lo confieso; la ley del Evangelio es ley de sacrificios: ¿pero cómo no habia de serlo? Si procede de Dios, era preciso que mandase todo lo mas laudable, lo mas hermoso

[1] Exodo XX, 17. Roman. VII, 7.

y mas grande. ¿Y en dónde se halla la belleza moral, el mérito y la heroicidad de las acciones, sino en las victorias del hombre sobre sus inclinaciones, es decir, en los sacrificios? En esto la razon está perfectamente de acuerdo con el Evangelio. ¿Cuáles son en efecto las acciones que nos parecen dignas de elogios y que arrebatan nuestros homenajes y nuestra admiracion? ¿No son precisamente aquellas en que se ve al hombre luchar consigo mismo, y salir triunfante de un combate tan penoso? Nadie ignora que los paganos tenian por mas hermoso vencerse á sí mismos que ganar batallas. Decidme, ¿admirais acaso al jóven voluptoso que se abandona á los excesos de la lujuria; al pródigo que disipa locamente la herencia de sus padres, al vengativo que sacia cobardemente su odio, y al indolente que consume sus dias en una vergonzosa ociosidad? No, no admirais nada de eso; ¿y por qué? porque esto no exige ni trabajo, ni esfuerzos, ni combates; y porque no veis en ello mas que una indolente debilidad en seguir los impulsos de una naturaleza corrompida. Quien dice virtud, dice valor; y Juan Santiago dijo con fundamento que no hay virtud sin valor, y que la cobardia es el camino del vicio.

Tal es el sentimiento del género humano; y así lo confirman claramente los ejemplos mas memorables. Se admira entre los griegos á Sócrates tendido en el lecho de la muerte, tomando con mano firme la copa envenenada, y consolando á sus amigos afligidos con la serenidad de una alma dueña de sí misma: se admira entre los romanos á aquel Fabio que desprecia la imputacion de lento y pusilánimo, y que sobreponiéndose á vanos clamores, destruye por su prudencia á un enemigo que no hubiera podido vencer por la fuerza. ¿Y qué hay de hermoso en todo esto? ¿No es cierto que no hallaríais en ello mérito alguno, si no descubrieseis un esfuerzo difícil y generoso, un sacrificio? Sócrates combatido por el natural amor á la vida, y por la obediencia que cree deber á las leyes que le condenan injustamente, muere contento y se sacrifica por obedecerlas; y Fabio dejándose tachar de débil y de cobarde, hace en cierto modo el sacrificio de su gloria por la salvacion de su patria. He elegido de intento estos ejemplos celebrados por los paganos mismos, para mejor haceros conocer que á juicio de todos los pueblos, aun de los mas corrompidos, no hay virtud sin sacrificios. Durante los disturbios que agitaron el reino en la menor edad de Luis

XIV un intrépido, un magnánimo magistrado, rivalizando en valor con el gran Condé se muestra tan tranquilo en la presencia de los faciosos que le amenazaban, como si estuviese sentado en su tribunal; y al quererle intimidar con el puñal asesino, responde: „No llega con tanta facilidad el puñal del malvado al corazón del hombre de bien.” ¿Y por qué nos conmueven y admiran semejantes rasgos, sino porque nos presentan al hombre como un héroe siempre armado contra el vicio, contra su misma debilidad, y siempre dispuesto á sacrificarlo todo excepto su deber? Y si me es permitido buscar ejemplos de sabiduría hasta en la escuela del vicio, ¿qué es lo que excita mas interes en los teatros, lo que conmueve y hace mas impresion en los espectadores? No es, lo sé sin haberlo visto, ni una felicidad continuada, ni un cobarde atentado, ni una virtud fácil, ni una condescendencia interesada; es mas bien un valor superior á todos los obstáculos y á todos los peligros, una clemencia mayor que todos los ultrages, y una virtud que triunfa de las mas duras pruebas; ¡tan cierto es que las cosas no nos parecen bellas, laudables y sublimes sino por los esfuerzos mismos y por los sacrificios que exigen! Y si es esto mismo lo que forma el ca-

rácter del Evangelio, ¿no es tambien en lo que consiste su gloria?

Se quejan de los sacrificios que pide la virtud; y nada se dice de los que exigen las pasiones que muy frecuentemente son unas divinidades crueles, á quienes sus adoradores se ven precisados á sacrificar su felicidad, su reposo y aun su vida. ¿Qué no emprende el guerrero por lograr una gloria que se disipa como el humo, y que al cabo no ha de bajar con él al sepulcro? Ved al negociante codicioso arrostrar todos los peligros corriendo entre los escollos y tempestades de mares borrascosos, por buscar en el nuevo mundo unos bienes no ménos frágiles que los de nuestro hemisferio. ¿Qué vigiliass y qué fatigas no soporta el sabio por una reputacion siempre incierta! ¿Los placeres mismos carecen acaso de tedio y de disgustos? ¿no se oculta muchas veces bajo del brillo de las mas alegres diversiones un fondo inagotable de amargura y de tristeza? Hasta la moda es un tirano caprichoso, al que sus esclavos sacrifican algunas veces la salud lo mismo que la virtud. ®

Dejemos pues de vituperar la moral cristiana por los sacrificios que exige. La hemos vindicado suficientemente de los vanos ataques de la incredulidad; y solo nos resta someternos á la

santidad de sus leyes. ¿Y por qué medios podemos disculparnos con razon de nuestra rebelion contra ella? ¿Alegarémolos la fuerza y la violencia de nuestras inclinaciones, como si no tuviésemos grandes motivos y armas poderosas para vencerlas? Es necesario considerar el cristianismo tal como es en todo su conjunto, con sus preceptos y sus divinos auxilios, sus rigores y sus consuelos, sus combates y sus esperanzas. No veamos al cristiano solamente luchando en la carrera, veámosle tambien recibiendo al fin de ella el premio de sus esfuerzos. El Epicúreo rinde las armas sin combatir, y nada teme tanto como el dolor: el Estoico no se apoya mas que en sí mismo, espera del cielo la salud, pero la sabiduría de solas sus fuerzas; y uno y otro caen en un exceso de debilidad ó de falsa grandeza. El cristiano padece y lo confiesa; tiene que sostener combates, pero no pelea solo; se reconoce débil, pero se apoya en la fuerza misma de Dios; y dirigiendo sus miradas al cielo, se anima a la vista de la corona inmortal que le aguarda.

Decis que vuestras pasiones son violentas; pues bien: es digno de un gran valor pelear contra enemigos poderosos: son leones que rugen al rededor de vosotros; pero sin cuyos ru-

gidos acaso os dormiriais en una fatal seguridad. Pasiones ménos vivas causarían estragos ménos perceptibles, pero acaso mas funestos. Hay cierta calma mas peligrosa que la tempestad. Teneis, decis, pasiones violentas; por lo mismo estoy inclinado á deciros: tanto mejor; esas mismas pasiones son obstáculos que pueden llegar á ser grandes medios para adquirir grandes virtudes. Saulo tenia todo el celo de un perseguidor que despues se convirtió en el celo de un apóstol. Agustin tenia un corazon abrasado del amor profano, y se enciende despues mucho mas vivamente en el amor divino. Javier llevaba en su alma el gérmen de una ambicion inmensa, y despues llegó á ser el apóstol de las Indias. Vuestras pasiones son caballos fogosos, que abandonados á su impetuosidad natural, pueden arrasraros y precipitaros al abismo; pero conservad la calma del verdadero valor, tomad en la mano las riendas, dirigid, domad esos monstruos soberbios y los obligaréis á conducirlos triunfantes á las mansiones de la inmortalidad. ®

LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SU CULTO.

CONDENAR y proscribir indistintamente todo culto exterior y público, para reducir toda la religion á no sé que adoracion puramente interior del espíritu y del corazon, seria desconocer á un mismo tiempo la naturaleza del hombre, la autoridad de todos los siglos, y las primeras necesidades de la sociedad. Es cierto que de los pensamientos del espíritu y de los sentimientos del corazon, dependen la verdadera dignidad del hombre, y el mérito de los homenajes que tributa á la Divinidad; pero al cabo, el hombre no es un espíritu puro, sino que ha recibido de su autor sentidos y órganos corporales para el ejercicio mismo de sus facultades espirituales; y no deberá hacer á Dios homenaje de su ser todo entero, es decir, de su

cuerpo lo mismo que de su alma? y podrá estar penetrado de respeto y de amor á la Divinidad sin manifestarlo exteriormente, y sin invitar á sus semejantes, á lo ménos con su ejemplo, á alabar al Dios grande y bueno, á quien ama y adora? ¿Ha habido tampoco un solo pueblo civilizado que se haya limitado al culto interior, sin haber expresado su religion con signos visibles, con altares, con oraciones, ceremonias y cánticos sagrados? y qué medio hay mas poderoso para unir á los hombres civilizados, y sujetarlos á un régimen duradero, que una religion que enlaza los ánimos y los corazones, y que dando á todos unos mismos principios y sentimientos, conserva la armonía, la subordinacion y la unidad en el cuerpo político? ¿Dónde ha habido un legislador que haya proyectado civilizar y gobernar sin religion á los pueblos? Solamente á algunos espíritus del último siglo, temerarios hasta la locura, estaba reservado el ensayar la reforma del genero humano en este punto, y mirar todo culto sin excepcion, como una supersticion igualmente inútil que ridícula. Pasó ya este extravagante sistema; pero pasó como aquellas plagas destructoras que dejan tras sí grandes estragos. Parece que aun los hombres mas licenciosos é

impíos conocen ya la necesidad de la religion; pero creyendo indigno de ellos el culto de Bossuet y de Fenelon, le dejan para la multitud; ridiculizan y desprecian las diferentes partes de que se compone; se lastiman de los errores del vulgo, esclavo, segun ellos, de la supersticion, y se congratulan de sobreponerse noblemente á las preocupaciones vulgares. La presente conferencia se dirigirá á vindicar el culto de la Iglesia cristiana, considerado en el conjunto de cosas de que se compone. ¡Feliz yo si procurando ilustrar vuestros entendimientos y curarlos de las preocupaciones que tal vez los extravian, inflamo vuestro celo á favor del ejercicio de un culto que han reverenciado nuestros padres, y que se dirige constantemente á elevar nuestras almas hácia el soberano bien, á separarlas del vicio y atraerlas á la virtud!

En general en el culto de todos los pueblos civilizados se encuentran templos, reuniones religiosas y ceremonias sagradas. Sobre esta materia habrán podido tener costumbres locales, variar la expresion de su culto segun la diversidad de su creencia, de su carácter y de su genio particular; pero dirigidos todos por un sentimiento comun, tomado de la esencia misma de su naturaleza, todos han observado un modo

público y solemne de adorar la Divinidad, y todos han tenido templos consagrados á su culto, asambleas religiosas para tributarle homenajes en comun, y ritos sagrados que eran el símbolo visible de su doctrina y de sus sentimientos. Bajo de todos estos puntos de vista voy á considerar el culto de la Iglesia cristiana, y haceros conocer su excelencia y superioridad, vindicándole segun que la ocasion se presente, de la ofensa, de los insultos y ataques de sus enemigos.

Hablemos primeramente de nuestros templos. Aquí nos haria acaso observar gravemente algun filósofo, que no se necesita mas templo que este universo en que el Criador hace resaltar su gloria con tanta magnificencia; que la magestad del Altísimo no está limitada á un recinto material; que en todo lugar estamos en su presencia; y que desde todas partes puede oír nuestras súplicas y nuestras oraciones; pero léjos de dejarnos alucinar por su pomposo lenguaje, descubriríamos fácilmente que por no querer tener en esto semejante sofista las mismas ideas que el pueblo, es juguete de la presuncion y de la vanidad. Es cierto que la Divinidad no necesita de templos para sí misma, como un monarca necesita de un palacio para su residencia y ostentacion de su gran-

deza y poder; que no son tampoco los lugares los que santifican á los hombres y los hacen mas agradables al Criador, y que aquel que bajo de un techo de paja ora con un corazon humilde, está mas seguro de ser escuchado que el que conducido por la ostentacion viene al templo á orar con un espíritu de disipacion y de vanidad. Nosotros somos los que necesitamos de estos sitios especialmente consagrados al culto de la Divinidad, ya sea á fin de auxiliar nuestra flaqueza para elevarse hasta el autor de todo bien, ya para facilitarnos los medios de dirigirlle oraciones mas fervorosas y meritorias, ó ya para ofrecerle todos reunidos homenajes mas solemnes, y presentarnos como hijos de una misma familia á la vista de nuestro padre comun.

Por estas cortas reflexiones os será ya fácil juzgar del language de un escritor del último siglo, que decia declamando contra nuestros templos en un tono que pasaba entónces por sublime, y que en realidad es bien ridículo: „Los „hombres han desterrado de su compañía á la „Divinidad, y la han confinado á un santuario; „las paredes de un templo limitan su vista, y no „existe fuera de allí. ¡Insensatos! destruid esos „recintos que apocan vuestras ideas; dad mas

„extension á la Divinidad.” ¡Qué estilo! ¡Qué ideas, señores! como si la religion intentase encerrar entre paredes la inmensidad divina: como si no enseñase en sus libros mas elementales, que Dios está en todas partes, aunque pueda hacer mas perceptible su presencia en un sitio particular; y como si en fin la misma religion no condujese á sus hijos en medio de los campos durante la mas hermosa estacion del año para invocar sobre las producciones de la tierra al Dios de la naturaleza. Diez y ocho siglos hace que hablando S. Pablo ante el areópago advertia á los atenienses, que el que ha hecho los cielos y la tierra no está encerrado en las obras de la mano del hombre; pero ya hemos dicho que el templo no es precisamente para el Eterno, sino para nosotros débiles mortales. „Nada, ha dicho el autor del *Espíritu „de las leyes* (1), nada hay mas consolador para los hombres, que el sitio en que encuentran „mas presente á la Divinidad, y en el que todos „reunidos le exponen su debilidad y sus miserias.”

Ved, señores, como sobresalen en nuestras ciudades y en nuestros campos esos edificios

(1) Lib. XXV. cap. 3.

sagrados. Sus formas augustas ó antiguas tienen cierta cosa particular que los distingue de los edificios vulgares. No es ciertamente el palacio del placer, ni el de la opulencia; y sin embargo, á cualquiera distancia que le descubra, siento excitarse en mí ideas piadosas, y conozco al momento que mi vista se fija en la casa del recogimiento y de la oracion, me adelanto penetrado de un santo respeto, llego al umbral de su puerta, recorro con la vista toda la extension del recinto sagrado, y cuanto allí veo me aparta de las cosas y de los usos profanos; y creo haber traspasado los límites del mundo, y haberme transportado á un lugar inaccesible á la confusion del siglo, y á las agitaciones de la vida humana. Allí se recogen mis sentidos, se tranquiliza mi alma, se calman mis pasiones, y me siento obligado á recogerme dentro de mí mismo, á pensar en mi alma, en el Dios que me ha criado, y en la suerte que me destina en la vida futura. ¡Qué de objetos ofrece á mi vista capaces de hacer en mí impresiones favorables de virtud, si no he perdido los principios y sentimientos de la fe, ó de recordármelos, si he tenido la desgracia de olvidarlos!

Aquí está la piscina saludable en donde se purifica el niño recién nacido, la cual me recuer-

da que apenas entré en la carrera de la vida, fui ya consagrado al Dios del cielo y de la tierra, y al servicio del Padre Omnipotente que me dió el ser, y á quien yo no conocia todavía: allí está la cátedra de verdad de donde baja la palabra que ilumina los entendimientos y conmueve los corazones, que excita los remordimientos y las esperanzas, que fortifica á los buenos reanima á los indolentes, y atrae á los extraviados. Mas allá está la mesa santa á la cual el padre de familias convida á sus hijos, para alimentarlos con un pan celestial que hace morir los vicios y nacer las virtudes. ¡Y qué mas veo en el templo? En él veo la cruz, ese monumento visible del amor inmenso de Jesucristo á los hombres, compendio misterioso de toda la religion, recuerdo y epílogo de todo cuanto se debe creer, esperar y amar. Hubo un tiempo en que estos objetos de nuestra veneracion fueron profanados, destrozados, é indignamente hollados entre nosotros: el signo de la redencion y de la esperanza del mundo desapareció de la cima de nuestros templos: sus despojos estaban diseminados por nuestras plazas públicas y por nuestros caminos, y solo en algunas aldeas casi desconocidas y ocultas entre la espesura de los bosques, se ofrecia á las miradas del pasaje-

ro una cruz de madera. ¡Y de donde pudo venirnos aquel furor contra este divino símbolo, cuya vista consuela á los desgraciados, é inspira al rico sentimientos de compasion? „Abi
 „Plantad, dirémos aquí con un apologista del
 „culto público, plantad esa cruz sobre las cul-
 „pas de los palacios para llamar á la virtud á
 „los ricos y á los grandes; plantadla sobre el
 „humilde techo del pobre para enseñarle la pa-
 „ciencia y la resignacion; dejadsela á todos los
 „hombres porque todos tienen que reprimir su
 „sberbia y combatir sus pasiones, y porque pa-
 „ra iluminarlos y para conmover su corazon,
 „no hay maestro mas hábil, ni modelo mas per-
 „fecto que Jesucristo espirando en la cruz”

El modo de adornar nuestros templos contribuye tambien en ellos á excitar la piedad. Nada hay mas justo que el empeñarse todas las artes en hermosear su recinto: la religion fué la que inflamando el númen de Miguel Angel de Rafael, del Pasino, y de Rubens produjo tantas obras maestras tan justamente celebradas; á ella han debido las artes la mayor parte de su gloria, y los artistas que le dedican su talento no hacen mas que pagarle una deuda. ¡Qué imágenes mas capaces de mover los corazones que aquellas en que animándose el lienzo y el

mármol, nos representan la historia de la religion, y principalmente la de Jesucristo y de sus tiernos misterios; al Salvador de los grandes y de los pequeños adorado por los pastores y los magos; á la Magdalena llorando á los pies de aquel que vino en busca de las almas extraviadas; y á Jesucristo bendiciendo y acariciando á los niños en la efusion de su bondad, ó muriendo con los brazos abiertos, como para abrazar en su amor á todo el género humano? Es tambien muy agradable ver pintada en nuestros templos la historia de los personages ilustres, de esos héroes cristianos que han honrado la Iglesia con sus virtudes y con su valor; ellos fueron nuestros padres en la fe; revivan pues en cierto modo á nuestra vista, y excítennos con su presencia á seguir sus huellas. ¡Y qué uso mas legítimo podemos hacer del oro y de mas metales preciosos, que emplearlos, trabajados por manos diestras, en la construccion de nuestros altares y santuarios? No teniendo el hombre en sí mismo nada digno de la suprema magestad, ¿no deberá á lo ménos dar á su reconocimiento toda la extension de que sea susceptible, y consagrar á Dios, ademas de los afectos de su corazon, todo lo mas precioso que se conozca sobre la tierra?

Estos fueron los sentimientos de nuestros padres al erigir á la Divinidad esos templos magníficos, monumentos eternos de su desinterés y de su piedad. Alguna vez nos propasamos á llamarlos ignorantes y groseros: yo no diré que deban disimularse sus errores y sus defectos; pero temamos juzgarlos con ligereza y temeridad. Es cierto que en aquellos siglos en que se construyeron esas soberbias basílicas, que aun son la gloria de nuestras ciudades, no se habían penetrado como en nuestros dias los secretos de las ciencias naturales; que aun no se habían hecho esos brillantes descubrimientos, hijos mas bien del tiempo que del ingenio, y que el gusto no tenia la pureza ni la perfeccion á que ha llegado despues; confieso tambien que la credulidad y falta de crítica podian introducir algunas veces abusos y excesos en las devociones populares; pero entonces eran mucho mas leales los sentimientos, y esto supone ademas otras virtudes; tampoco se conocia esa sutileza de pensamientos peor que la barbarie, y que conduce al ateismo, es decir, á la extincion total de cuanto hay bueno y bello entre los hombres; pero se respetaban profundamente los principios conservadores de la moral y del orden público, y las almas no estaban apoca-

das por el egoismo. ¿Y cómo negarles tampoco ideas valientes y grandiosas? Si las artes son en las diferentes épocas de la historia la expresion fiel del estado del entendimiento humano, juzguemos de los siglos en que se edificaron nuestros templos góticos por los templos mismos, y decidme si por su solidez, sus vastas dimensiones y su magestad, no descubren ellos solos en sus autores almas fuertes, constantes, capaces de grandes cosas, y cuyas ideas se extendian á los siglos venideros? Dejemos, señores, el desprecio de nuestros antepasados á sofistas desnaturalizados, y no cometamos la injusticia de fijar nuestra vista solo en sus ridiculeces y miserias, y retirarla de sus virtudes y grandes cualidades; no nos parezcamos á aquellos jóvenes cortesanos que se burlan del sabio y venerable Sully porque la forma de su vestido era antigua. En toda nacion que no esté degradada por las malas costumbres, el respeto á sus abuelos, asi como el de los sepulcros, es una parte de la piedad filial. Me congratulo de haber tenido, al hablar de nuestros templos, la ocasion de tributar ante vosotros un homenaje público á la memoria de nuestros padres, frecuentemente ultrajada en nuestros dias; y corazones franceses me perdonarán fácilmente la

manifestacion de tan laudables sentimientos.

Todo pues en los templos cristianos recuerda á los hombres la divinidad. ¿Y qué diremos de las asambleas religiosas que se celebran en su recinto?

Aquí es donde aparece toda la superioridad de nuestro culto sobre todos los cultos de la tierra. El paganismo tenia, sí, sus fiestas y solemnidades que atraian al pueblo; pero las mas veces eran infames ó crueles como las divinidades á que se dirigian. Las mas inocentes eran aquellas que solo presentaban á la multitud espectáculos á propósito para cebar su curiosidad; pero todo cuanto en ellas habia mas grave, mas augusto y mas santo en apariencia, no podia causar mas que impresiones de piedad muy débiles y vagas. En el templo mas magnífico de universo, el de los judíos, el órden y la pompa de las ceremonias, la magestuosa dignidad del sumo Sacerdote y de los levitas, la armonía de los himnos con que se cantaban las alabanzas del Dios verdadero, y los prodigios de su poder y bondad, todo era muy á propósito para elevar las almas, y hacer en ellas impresiones saludables; pero estaba mas particularmente reservado al cristianismo el hacer de las asambleas cristianas de la religion

una escuela de la virtud para todas las clases y para todas las edades. ¡Qué sublime institucion la de reunir al pueblo para instruirle en sus obligaciones y consolarle en los males de la vida! Durante el curso del año cristiano cada semana tiene su dia de descanso, que es por excelencia el dia del Señor, con otros que ha prefijado la Iglesia. En ellos abandona el artesano su taller, el labrador deja el arado, y el letrado suspende sus estudios: en la superficie de dilatados paises, todo se agita á un tiempo en los campos y en las ciudades; y los ancianos, los niños, los ricos y los pobres, todos acuden al sitio de la reunion religiosa. Allí se ven y se enlazan las familias, se afirman las relaciones antiguas, se forman y se estrechan otras nuevas; se dulcifican las costumbres, se suavizan y civilizan los hombres mas rústicos, y los dias consagrados á los ejercicios públicos de la religion son los mas preciosos de todos para la patria.

Ved en seguida reunido el pueblo al rededor de la cátedra de la verdad: ¡qué autoridad no tendrá sobre él por su edad, por su carácter, por sus virtudes y su tierna solicitud en favor de los desgraciados; qué autoridad, digo, no deberá ejercer el pastor del rebaño, si es digno de este nombre y del ministerio que ejerce! Tal

vez habrá visto nacer á la mayor parte de los que le escuchan. Es un padre en medio de sus hijos; y cuantas palabras salen de su boca son recogidas con respeto. Allí encuentra el niño la leche de la sana doctrina, y el adulto un alimento mas sólido. Allí se combaten todos los vicios, y se enseñan todas las virtudes: allí aprende el pobre á ser resignado, y el rico á ser compasivo; el anciano á santificar los restos de una vida que ya le va faltando, y el joven á desconfiar de las ilusiones de su edad: allí no se alaba ni aprecia sino lo bueno y lo honesto, lo que forma buenos padres, buenos hijos, buenos hermanos; lo que en fin mantiene la paz doméstica, y hace florecer las buenas costumbres en las familias. Las lecciones del pastor se graban en los ánimos, y se repiten por los padres á los hijos: de este modo se introduce hasta en las cabañas la mas sublime sabiduría; y el pastor de la aldea hace con la sencillez de sus palabras mayor número de verdaderos sabios que podian hacer los filósofos de la Grecia con sus pomposas máximas.

Yo bien sé que no todos se aprovechan igualmente de las lecciones del pastor; pero todos reciben sin advertirlo, y aun sin querer, impresiones favorables que acaso, sin hacerlos des-

de luego virtuosos, por lo ménos disminuyen su inclinacion á los vicios: así se deposita en su corazon un germen de verdad que debe dar frutos á su tiempo; y así el padre se hace mas vigilante, el hijo mas respetuoso, mas fiel el criado, y el señor mas justo y ménos escandaloso. Algunas veces basta un ejemplo edificante para confundir el vicio, y una sola palabra para sofocar un odio inveterado, evitar una injusticia, y salvar la virtud al punto mismo de naufragar. Tampoco ignoro que los dias especialmente consagrados á los ejercicios religiosos, suelen ser profanados mas de una vez con quimeras, escándalos y excesos de toda clase, lo que ciertamente es un abuso deplorable; pero ademas de que la vigilancia de los párrocos y de las autoridades sabe precaver muchos de ellos, ó atajar sus funestas consecuencias, ¿qué son los abusos inseparables de las mas perfectas instituciones, comparados con los bienes inmensos de las cosas en sí mismas? Si es cierto que el culto público es un medio poderoso para unir á los hombres, suavizar la ferocidad de sus costumbres, inspirarles sentimientos de mútua benevolencia, y de contener las pasiones en los límites del deber; por la razon contraria la falta de culto público debe producir, si no el

desórden, á lo ménos la confusion y la ruina total de las buenas costumbres. Un pueblo sin religion muy pronto retrocederia al estado de salvage. ¡Enemigos de la religion! no ensalceis los progresos de las luces, vuestras ciencias, ni vuestras artes: no entraré en disputa con vosotros; pero os diré que hemos aprendido para nunca olvidarlo, que la cultura sin buenas costumbres, el ingenio y el talento sin religion, lejos de ser el vínculo de los estados, pueden causar su ruina y llegar á ser mas funestos que la mas estúpida ignorancia. ¡Qué importan vuestras artes y vuestras ciencias á la multitud que las ignora y que siempre debe ignorarlas? ¡Creeis que se pueda reemplazar la cátedra del Evangelio con una cátedra de cálculos, y calmar las pasiones con axiomas? ¡Creeis que se pueda con frases retóricas conservar en las familias la paz y las buenas costumbres, la sumision á las leyes, el respeto á los magistrados y á las propiedades, y en fin todo lo que afianza el reposo de la sociedad, y sin lo cual no habria en ella mas que atropellamientos? ¡Qué sucederia si llegase á faltar el ejercicio público de la religion? La supersticion y los errores mas monstruosos se apoderarian de los animos de la multitud. No nos engañemos, señores: los

sentimientos religiosos están asidos al corazón del hombre con las raíces mas profundas, y nada es capaz de arrancarlos de él. Sin la religion presidida en su culto, dirigida y arreglada por la autoridad de sus ministros, caeria el pueblo en la mas vergonzosa ignorancia, pero no en el ateismo: y si al fin llegase á caer en él, ¿qué seria de la sociedad? ¿qué haria entónces el pueblo? Se forjaria una religion ridícula, que seria un conjunto informe de cosas inconexas; y falto entónces de reglas y de guia, estaria siempre dispuesto á entregarse al primer entusiasta que quisiese abusar de su credulidad: de aquí nacerian el espíritu de secta y de sedicion, y esos conciliábulos secretos, que siempre han terminado en crueles absurdos ó en feos escándalos. ¡Cuán imprudentes son pues los que en sus discursos ó escritos insultan el culto público, inspirando de este modo á la multitud aversion á él! pero cuán preciosos son tambien para la patria y para la moral nuestros dias sagrados! y cuánto, así en este punto como en todos, se muestra la religion verdaderamente amiga de la humanidad!

Algunos pseudo-economistas del último siglo, nadando en la abundancia y en las delicias, y exentos de llevar el peso del dia y del calor,

calcularon con su mundana sabiduría que era mucho un día de descanso á la semana. Se lamentaban de la pérdida que experimentaban las artes, el comercio, la industria y la agricultura por el reposo demasiado frecuente de tantos millones de brazos condenados á la inacción; y en virtud de tan profundos cálculos fué proscripto el día de la semana consagrado mas particularmente á la religion. De aquí se infiere que todos estos calculadores políticos en nada tenían el culto de la Divinidad, á la cual todo lo debían, hasta el talento de que abusaban para arrebatarle sus adoradores; y no veían ó no querían ver que la religion dejaria de existir muy pronto para el pueblo sin el culto que se la recuerda, y se la pone como á la vista, y que para él llegaria á ser casi nula la moral sin esta religion positiva que le da una autoridad divina: así parecia que en sus inhumanos delirios envidiaban al pobre pueblo un descanso consagrado por el uso mas antiguo que se conoce, y que reclamaban imperiosamente sus necesidades y sus hábitos. Sin querer recordar por esto lo que ya no existe, ¿cómo dejaremos de llorar los extravíos y la debilidad de la razon humana? Sepamos á lo ménos sacar de lo pasado útiles lecciones para lo futuro. ¿Qué

vergüenza para el siglo de las luces el haber atormentado á una nacion entera violentándola en sus inclinaciones mas dulces con no sé que fiestas, medio griegas, si se quiere, y medio romanas, nunca francesas, y siempre extravagantes! Felizmente nos vemos ya libres de tales abominaciones. El tiempo hizo por fin justicia á aquellas solemnidades ridículas; hemos vuelto á ser franceses y cristianos, y el culto decadario con su calendario de plantas y minerales desapareció mucho tiempo ha: los ídolos de esta nueva supersticion cayeron unos sobre otros para volver á las tinieblas de que nunca hubieran debido salir; é infeliz del mundo si saliesen por segunda vez! Pasemos á lo que he designado bajo del nombre general de ceremonias sagradas.

Si los hombres solo fuesen puros espíritus independientes de las impresiones de los sentidos, podria sin duda desecharse como inútil el aparato del culto cristiano, y esa serie de ritos exteriores que he designado con el nombre de ceremonias sagradas; pero admiremos en esta parte la sabiduría de la Iglesia cristiana que ha sabido evitar igualmente los dos extremos opuestos. Conociendo cuánto imperio ejercen las cosas sensibles en el corazon del hombre, y cuán

poderoso medio son los órganos corporales para excitar en las almas sentimientos de alegría ó de dolor, de terror ó de piedad, de temor ó de esperanza, y cuán necesario es cautivar el espíritu naturalmente ligero, despliega ante nosotros un órden y una serie de ceremonias á propósito para alimentar la piedad: medio inocente que seria muy injusto reprobado, pues que está tan bien apropiado á las necesidades y debilidad de nuestra naturaleza. Pero al mismo tiempo jamas cesa de advertir á sus hijos, que Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad: que nada son las ofrendas exteriores sin las del corazón: que no deben colocar exclusivamente su confianza en un objeto bendito, en un altar particular, en una vela encendida, en una imagen, ó en ciertas y determinadas oraciones: que estos son medios de conservar la piedad; pero no la piedad misma: que todas las exterioridades del culto serian solo un vano simulacro, si no pudiesen servir á mantener la caridad; y que todo su objeto debe ser hacer nacer ó alimentar el amor á Dios y á los hombres. Así todo se concilia, y al mismo tiempo que se conservan las exterioridades del culto, se mantiene tambien su verdadero espíritu. Si á pesar de las precauciones de la Iglesia, de las reglas que

señala para la conducta, y de las instrucciones de sus ministros, se descubriese supersticion en alguna parte, no se debe acusar á la religion, sino atribuirlo á la debilidad é ignorancia de algunos particulares.

No nos vanagloriemos, señores, de una falsa sabiduría, ni nos creamos capaces de una perfeccion quimérica. Si socolor de depurar el culto y de hacerle mas espiritual, nada dieseis á los sentidos; si no procuraseis impresionar la imaginacion, y auxiliar la flaqueza del entendimiento con estos apoyos exteriores, resultaria un culto frio, árido y triste que nada diria al corazón; y por querer conceder demasiado al espíritu, le fatigariais ó exaltariais; y este culto, en cierto modo metafísico, degeneraria en algunos en indiferencia, ó arrastraria acaso al fanatismo las imaginaciones ardientes. Es no conocer á los hombres ni los caminos de su corazón, el despreciar los medios exteriores de sostener su atencion, y de excitar en él sentimientos piadosos. Léjos de nosotros la idea de que esto es bueno solo para la multitud: en esta parte todos los hombres son vulgo; y no hay uno, desde el ingenio mas sutil, hasta el entendimiento mas limitado, que no esté sujeto á la influencia de los signos y símbolos que hieren

los sentidos. Podria citaros en prueba de esto hombres nada sospechosos, y que sin pertenecer á la comunión romana, no han podido dejar de sentir mas de una vez una profunda emoción á la vista de nuestras ceremonias; podria citaros á Milord Bolingbroke asistiendo en el palacio de nuestros reyes á la celebracion de los divinos misterios, conmovido involuntariamente en el momento en que Luis XIV y su corte se prosternaban con un magestuoso silencio ante la santa hostia; á Misson en su viaje á Italia penetrado de respeto á la vista del pontífice romano dando su bendición al pueblo reunido en la plaza de San Pedro; á Brydone en su viaje á Sicilia y Malta, enternecido al ver la fiesta magnífica que la ciudad de Palermo celebra en honor de su patrona, y por último á Juan Santiago conmovido algunas veces en nuestros templos hasta derramar lágrimas, olvidando ante los santos altares sus frios argumentos contra la oración, y orando él mismo con toda la efusión de una alma enternecida. Vosotros mismos, los que habeis tenido preocupaciones de incredulidad, ¿no habeis experimentado algunas veces emociones semejantes? Yo os invito, señores, á venir á este templo en una de las grandes solemnidades en que la religion

desplega toda su pompa, y que termina exponiendo al Santo de los santos á la adoracion pública: al ver el santuario despidiendo rayos de luz, y á un inmenso pueblo humillado ante los altares haciendo resonar en las bóvedas sagradas un cántico grave y tierno, y dirigiendo en este concierto unánime de voces y de afectos sus votos y sus homenajes hasta el trono del Eterno, acaso no podriais libertaros de cierto enternecimiento, y os sentiriais desprendidos de esa filosofia árida que bajo del pretexto de perfeccionar la razon, ahoga los buenos sentimientos.

Si quisiese recorrer una por una todas nuestras ceremonias sagradas, y explicar su sentido misterioso, no acabarian mis discursos. No puedo sin embargo omitir una observacion general, muy gloriosa para la religion; y es que lejos de ser nuestro culto solamente un espectáculo para la vista, se dirige en todas sus partes á perfeccionar al cristiano, y á recordarle de continuo su creencia y sus deberes. ¿Cuál es en efecto el dogma ó el precepto que no esté representado, y en cierto modo hecho sensible por algun punto del culto público? Explicaré con ejemplos mi pensamiento. Ese signo venerable que el cristiano imprime con tanta fre-

cuencia sobre su frente, sus labios y su pecho, le recuerda los altos misterios de nuestra redencion y el de la Trinidad: el santo bautismo con sus ceremonias supone el pecado original; y el culto de los santos se enlaza con el dogma de la inmortalidad de las almas: la oracion por los difuntos, tan antigua como la Iglesia misma, supone las penas expiatorias para aquellos que no han satisfecho plenamente la justicia divina, y la oracion supone una Providencia solícita que vela sobre nosotros, y la necesidad que tenemos de su divino auxilio. Nada hay ciertamente mas instructivo ni interesante que las lecciones y los ejemplos de Jesucristo, y por esto la Iglesia nos los representa en la celebracion de los misterios de su nacimiento, de su vida, de sus padecimientos, de su muerte, y de su resurreccion gloriosa. ¿Qué cosa tampoco mas á propósito para alentarnos, que el recuerdo de las virtudes de los cristianos santos de las edades pasadas? Por eso tambien tiene la Iglesia fiestas consagradas á su memoria. Tal es la admirable concordancia de todas las partes de la religion, y de este modo se ha hecho popular el cristianismo, y entra, digamoslo así por todos los sentidos para hacer en las almas impresiones indelebiles. El pueblo no es capaz de

sabias discusiones; pero tiene ojos para ver, oídos para oír, corazon para sentir, y el culto es para él como una coleccion de cuadros en que puede ver sin esfuerzo lo que debe creer, y lo que debe practicar. ¡Ah! cuán sabio y poderoso era el obrero que ha enlazado tan perfectamente todas las partes del inmortal edificio de la Iglesia cristiana, y cuán á fondo conocia el corazon del hombre, sus miserias y sus necesidades!

En vano los enemigos de la Iglesia cristiana han asimilado su culto al de las naciones paganas, y la han acusado de haber tomado sus ritos y ceremonias de los romanos, de los griegos ó de los indios; todas esas comparaciones no hacen mas que descubrir una ciega preocupacion y los esfuerzos de un odio impotente. Hay cosas en el culto que son de institucion divina, y que nunca deben variar: Jesucristo fué dueño de escoger entre los objetos materiales los que quisiese, para hacerlos instrumentos visibles de sus favores y de sus misericordias; y el abuso que de aquellos habia hecho la criatura, no quitaba al Criador su derecho para servirse de ellos. Hay tambien muchas cosas en nuestro culto que pertenecen á una disciplina variable, que no son las mismas en todos tiem-

pos ni en todos lugares; pero que una vez adoptadas por el uso y por la autoridad, deben seguirse para mantener cuanto es posible la decencia y la uniformidad en los ejercicios religiosos: sin embargo, no por eso dejan de ser cosas indiferentes en sí mismas, ó signos de convencion cuya fuerza depende toda de la intencion del que los emplea. ¿Qué importa por consiguiente que el incienso, las hachas encendidas, las genuflexiones, las prosternaciones, los vasos y vestiduras sagradas, las estatuas, las imágenes y aspersiones de agua lustral se usen en el culto de diferentes pueblos que no son cristianos? La supersticion ha podido abusar de todo esto para honrar divinidades fabulosas; pero la religion ha podido emplearlo para honrar al Dios verdadero, así como ha podido consagrarle templos destinados en otro tiempo al culto de los ídolos. ¿Se deberá pues acusar al cristianismo de tener un sacerdocio, templos y altares, porque todo esto se hallaba igualmente en el antiguo paganismo?

En vano espíritus téticos extraviados por un falso celo querrian acusar á la iglesia de idolatría y de supersticion, porque tribute un culto á las imágenes y á los santos coronados hoy en el cielo. Si queremos desterrar todos los equí-

vocos del language, y tomar la doctrina de la iglesia tal como es en sí, ¿qué cosa mas sencilla y razonable que esta práctica? No somos tan necios que creamos que reside en las imágenes alguna divinidad ó alguna virtud secreta, y que por esto deben ser honradas: hasta los niños saben y repiten todos los dias, que estos honores se dirigen á los representados por estas imágenes. ¿Y será una cosa extraña que coloquemos en nuestros templos las imagenes de los que son nuestros modelos en la virtud, y nuestros padres en la fe, así como en las familias se ponen á la vista, y aun se tratan con cierto respeto los retratos de los antepasados? Nosotros hacemos profesion de creer que á solo Dios pertenece en propiedad la adoracion y el amor; que él solo es el árbitro de nuestra suerte; que no tenemos mas que un solo mediador verdadero que es Jesucristo; que los santos nada son y nada pueden mas que por los méritos de este; que colocados siempre en la clase de criaturas, están á una distancia infinita del Criador, y que si debemos invocar siempre á Dios como Señor nuestro, jamas debemos invocar á los santos mas que como nuestros protectores para con Dios.

La incredulidad moderna se ha mofado de

los santos y de las santas cuya memoria veneramos; sin embargo la iglesia cristiana no ofrece á la veneracion de los pueblos sino personajes dignos de ella por virtudes eminentes que en vano se intentaria denigrar. ¿Y qué han hecho nuestros incrédulos con todas sus luces y toda su sabiduria? Han suspirado por el antiguo politeismo que les parecia mas alegre y festivo, y hubieran querido ver renovarse las fiestas de Juno y de Baco. ¿Pero que digo? ¿No ha tenido la falsa filosofia sus dioses y diosas crueles unas veces, y lúbricos otras, como las del paganismo? ¿No la hemos visto trasformar nuestros templos en medio de cánticos lascivos, en lugares de prostitucion, y humillarse con el incensario en la mano ante una joven disoluta? La falsa filosofia no ha visto mas que supersticion en el respeto que tributamos á las cenizas y á los sepulcros de unos cristianos cuyas virtudes ha canonizado la Iglesia; al paso que ella misma ha caido en parte en los mas monstruosos excesos. Embrutecidos unas veces sus partidarios por el materialismo, han tratado los despojos mortales del hombre como los de los mas viles animales; y arrebatados otras por la soberbia y la licencia, han paseado en carros triunfales los cadáveres de algunos hombres tan

impuros en su conducta, como en sus escritos. Así la religion ha sido vengada de las injustas reconvencciones de sus enemigos por las justas acriminaciones que ellos mismos han merecido.

Queda pues suficientemente justificado el culto de los cristianos en todas las partes de que se compone; en sus templos, en sus reuniones religiosas, y en sus ceremonias sagradas. A vosotros, señores, toca, si quereis hacer de él á los ojos del pueblo una apologia mucho mas eficaz que la de nuestros discursos; y esta la espero de vuestros ejemplos y de vuestra conducta. Si nuestras Conferencias precedentes han hecho en vosotros alguna impresion favorable, acaso os habreis ya despojado de las preocupaciones en que estabais imbuidos contra los dogmas y la moral del cristianismo: acaso os sentis ya inclinados á profesar un culto cuyas ventajas y bondad conoceis; pero aun os falta el valor: aun no se os ve asistir en nuestros templos á la celebracion de los divinos misterios, y mezcláros con la multitud de los cristianos fieles. ¿Y qué deberá ser de la religion, qué de la moral y aun de la sociedad misma, si jamas son frecuentados nuestros templos por aquellos que por su clase, su educacion y sus conocimientos deben tener tan grande imperio sobre los áni-

mos de la multitud? La religion no puede sostenerse ni perpetuarse sino por el culto público; pero si este culto se abandona como una supersticion á solo el pueblo, ¿no vendrá á desacreditarse y envilecerse a los ojos del pueblo mismo? ¿por qué os habeis de avergonzar de presentaros en nuestros templos para dar y recibir en ellos ejemplos de útil edificacion? Muchas veces salis de vuestros teatros, ó de vuestras fiestas nocturnas, fatigado el cuerpo agitado el espíritu, y encendido el corazon en el fuego de las pasiones: vuestras diversiones son mas bien una embriaguez que un placer, y como una copa encantada que lisonjea al principio, pero en la que se oculta la hiel y la amargura. Venid á nuestras asambleas religiosas, y saldreis de ellas con el alma mas tranquila, mas señora de sí misma, y con impresiones de cierta paz interior que os es desconocida. Reflexionad ademas, (es preciso deciroslo, a vosotros los que estais destinados á ocupar los puestos distinguidos de la sociedad) reflexionad que todos los hombres llevan dentro de sí mismos el sentimiento de no sé qué igualdad primitiva que los hace mutuamente enemigos del yugo y de la sujecion: el pueblo lanza miradas de envidia sobre el rico que vive en la abundancia, y sobre el poderoso que parece la

abruma con su fausto, y algunas veces se pregunta á sí mismo en secreto las causas de esta desigualdad de condiciones en que tan mala parte le ha cabido. De aquí nace la propension á romper los lazos de la subordinacion, de la cual en todos tiempos han sabido aprovecharse los novadores. ¡Y bien! señores, ¿queréis suavizar el rigor de la suerte de la multitud, y consolarla de los males de su clase? Venid á mezclaros con ella en nuestros templos: aquí desaparecen las distinciones: aquí todo se confunde y anonada ante la infinita magestad: aquí el pueblo conoce que Dios es todo, y que el hombre es nada: que no es el primero á los ojos de Dios el mas rico, el mas poderoso, ni el mas hábil, sino el mas virtuoso: que los poderosos y los ricos tienen el mismo Señor y el mismo jnez que él. Venid pues á nuestros templos: testigo entónces el pueblo de la religion de los que estan elevados sobre él, saldrá de nuestras asambleas consolado de su dependencia, y mas penetrado de aquel espíritu de subordinacion y de paz, que hace la prosperidad de los estados, igualmente que la de las familias.

LA RELIGION

VINDICADA

DE LA ACUSACION

DE FANATISMO.

Yo no sé por que fatalidad sucede, ha dicho un escritor frances, que las cosas de que mas hablan los hombres son por lo comun aquellas que ménos comprenden. Esta reflexion singular, si se quiere, se verifica particularmente respecto de lo que llaman *fanatismo*. En nuestros dias no se halla esta palabra confinada en los libros, como lo estaba en otro tiempo, ino que ha estado en los labios de todos, y ha circulado por todas las clases de la sociedad: el pueblo mismo la ha pronunciado; y á la verdad por el uso que de ella se ha hecho, se conoce que la boca la ha pronunciado sin que el entendimiento haya tenido de ella una idea clara y distinta. En aquella época de desastres en que

LA RELIG. VINDIC. DE LA ACUSAC. &c. 309
 los novadores introducian el mas extraordinario trastorno así en el language como en las ideas, ¡cuántas víctimas cayeron tan solo por la vaga acusacion de fanatismo! ¡Infelices entónces aquellos que trabajaban en conservar alguna chispa del fuego sagrado, y en salvar la religion y la moral de un naufragio universal! Todos eran tratados de fanáticos; y se creia haber acumulado sobre ellos toda clase de acusaciones, cuando con una locucion nueva, que ni aun tenia el mérito de ser francesa, se los acusaba de *fanatizar* al pueblo. Pasó ya el tiempo de nuestro delirio. Pero ¡qué significacion tan impropia se da todavía á la palabra *fanatismo*! Yo, por ejemplo, soy un fanático á los ojos de un ateo, porque creo en Dios: á los de un deista, porque creo en Jesucristo, y por último lo soy á los de yo no sé qué espíritu libertino, porque dirijo mis oraciones al Dios á quien debo la luz que me alumbra, y el pan que me alimenta. De este modo se vilipendia con un nombre odioso hasta lo mas respetable, y por este medio se perpetuan necesariamente el odio y el desprecio á las cosas mas sagradas. A medida que nos fijemos en ideas mas sanas, acomodaremos mejor á ellas nuestro language; á proporcion que aquellas sean mas exactas,

será tambien mayor la propiedad de los términos, y sabremos en fin pensar y hablar. A efecto de contribuir á esta saludable reforma, vamos á fijar el significado de la palabra *fanatismo*; palabra terrible, que ha costado tanta sangre y tantas lágrimas. Distingamos en esto las fantasmas de la realidad, y sin ocultar nada, ni desfigurar los excesos que merecen ser calificados de *fanatismo*, hagamos ver con cuanta injustia se tacha de fanática la religion cristiana. Este será el asunto de la presente Conferencia.

Concediendo, como se ha hecho en nuestros días, á la palabra *fanatismo* un significado mucho mas extenso del que tenia en otro tiempo, se podria calificar con este nombre el amor extremado ó excesivo á una opinion cualquiera, bien sea falsa ó verdadera; y por consiguiente las ciencias, las letras y las artes, la libertad y la igualdad podrán ser objeto de fanatismo, pues que han tenido partidarios acalorados, y entusiastas que no han conocido en su acaloramiento medida ni límites. Así tambien podría atribuirse al fanatismo por las ciencias naturales el olvido del estudio mas digno del hombre, que es el del hombre mismo, y el de sus obligaciones; al fanatismo por la igualdad, la pretension de borrar hasta la mas ligera señal de

las distinciones sociales; y al amor fanático por los griegos y los romanos el menosprecio de nuestros abuelos que se ha introducido entre nosotros, el olvido de sus grandes acciones, y el odio á las instituciones y costumbres francesas. Pero limitándonos á lo que pertenece á la religion, ¿qué es fanatismo? De ningun modo creo se intente llamar fanatismo aquella adhesion razonable á la religion y aquel celo sabio y moderado por sus intereses, que solo las pasiones pueden procurar hacer odioso, y que respetará todo hombre sensato, aun entre aquellos mismos que tengan la desgracia de no ver en la religion mas que una invencion humana. No señores: quien dice fanatismo, dice arrebatado, violencia y furor; y si se quiere que nos entendamos, se llamará fanatismo todo celo violento y sanguinario. ¿Y hay mayor injusticia que acusar de semejante exceso la religion cristiana?

Si yo tratase de hacer semejante acusacion al cristianismo, procuraria buscar pruebas de fanatismo, ya en las acciones y máximas de Jesucristo su fundador, ya en la conducta y doctrina de la Iglesia que él mismo constituyó depositaria de las verdades reveladas, ó ya en fin en actos llenos de violencia ó de barbarie que

justamente se pudiesen considerar como obra de la religion misma; pues nada hay mas inícuo que hacer recaer los excesos de algunos cristianos sobre el cristianismo que los condena.

El espíritu de la religion que profesamos debe estudiarse principalmente en la historia de Jesucristo y en su Evangelio: ¿y se encuentran acaso en uno ó en otro señales de un celo cruel y feroz? ¿No fué Jesucristo miéntras vivió en la tierra el mas apacible de todos los hijos de los hombres? Nunca, como dicen los libros sagrados, acabó de romper la caña hendida, ni apagó la mecha que aun humeaba. Amigo de los pobres, consuelo de los afligidos, defensor de los débiles y de los pequeños, pasa su vida haciendo bien á todos, y sus milagros son milagros de bondad. Contiene el celo de Pedro cuando quiere defenderle, abraza al discípulo que le vende, padece sin quejarse, ruega por los que le persiguen, y muere perdonando á sus verdugos. ¿Y cuál será el blasfemo insensato, á quien no conmueva la heroica sencillez de tantas virtudes? ¿Qué nos dice ademas en su Evangelio? El mismo nos enseña que ha venido para servir y no para ser servido: envia á sus discípulos en medio de las naciones, como corderos en medio de los lobos: les predice las

persecuciones que va á suscitarles el odio, y no les permite oponer al furor de sus enemigos mas armas que la paciencia. Dice, es cierto, que no ha venido á traer la paz sino la espada; pero no aquella espada exterminadora que se harta de sangre y de carnicería, sino aquella espada saludable que combate las pasiones, y que corta todos los funestos retoños de este tronco venenoso. Es cierto que la religion se ha propagado en medio de persecuciones; pero en medio de persecuciones que ella ha padecido, no entre persecuciones que ella haya suscitado; lo que obligó á decir á un antiguo, que la ley de los cristianos no era una ley que mandada degollar, sino dejarse degollar por la verdad. Si Jesucristo dijo tambien que habia venido á encender sobre la tierra un fuego que deseaba se propagase por todas partes, no habla de ese fuego exterminador que devora las ciudades y los campos, sino del fuego divino que consume los vicios, alimenta las virtudes; é inflama los corazones en ese amor á los hombres que llega hasta el extremo de hacer amar á sus enemigos. El que dijo (1). *Yo soy la verdad, y el que no crea será condenado* (2), quiso sin duda que su

(1) Joan. XIV. 6.

(2) Marc. XVI. 16.

Evangelio fuese anunciado á todas las naciones y profesado por ellas, y condenó de antemano á los espíritus rebeldes que se resistiesen á su luz suficientemente manifestada, prescribiendo así la intolerancia contra todos los errores, que es uno de los caracteres de la verdadera religion: pero tambien cuando dos de sus discípulos le piden haga bajar fuego del cielo sobre una ciudad delinciente, les responde (3): *Ignorais á qué espíritu perteneceis: yo he venido para salvar las almas, no para perderlas;* y en esto manda esa tolerancia cristiana para con las personas, que no es otra cosa mas que la caridad. Así pues nada hay en Jesucristo en que no brillen sentimientos de amor, de paz y de persuasion, y por consecuencia nada que no sea enteramente opuesto al fanatismo.

Consideremos ahora la doctrina pública y la conducta de la iglesia. Tengamos presente que esta no se compone solo de algunos cristianos, de una iglesia particular, ni de solo algunos Pontífices. La iglesia docente, depositaria de la revelacion y encargada por Jesucristo mismo de enseñarnos toda verdad, es el cuerpo de los primeros pastores unidos á su cabeza; es decir de

[3] Luc. IX. 55, 56.

los obispos presididos por su primado el de Roma, que es el pastor universal. Ahora yo pregunto: ¿puede acaso citarse una sola profesion de fe, un símbolo, un decreto, ó una institucion, obra de la iglesia universal, que mande ó que autorice ese celo lleno de violencia y de furor que es el caracter del fanatismo? Recorred la historia de las primeras edades de la iglesia cristiana, consultad á sus apologistas y doctores, como Tertuliano, san Cipriano, san Juan Crisóstomo, y san Ambrosio, y á todos los veréis enseñar terminantemente que la fe debe establecerse por la persuasion y no por la violencia (1).

Cuando los discípulos del Evangelio le propagaron en los tres primeros siglos en medio de las naciones idolatras, léjos de establecerle á sangre y fuego, no sabian ni aun defenderse de sus enemigos; y á ejemplo suyo han penetrado varones apostólicos en todos tiempos en el centro de las naciones infieles sin mas armas que la paciencia y la caridad. Si Constantino, los emperadores ú otros príncipes católicos han defendido en tiempos posteriores la iglesia con-

(1) Véase Duvoisin, *Essai sur la Tolérance. art. II*, en seguida de la *démonstr. Evangél.*

tra los novadores, y hecho respetar sus leyes; y si además se han armado contra ellos, fué por una medida de proteccion y de política, y no para violentar las conciencias; y si muchas veces les ha sido necesario desplegar contra ellos la fuerza pública, ha sido porque eran tan enemigos del estado, como de la religion y porque establecian sus doctrinas por medio del pillage y del incendio. Yo no ignoro que obcecados algunos príncipes y pastores por un falso celo, podrán haber traspasado los límites legítimos; pero estos son extravíos particulares que nada prueban contra el espíritu general de la religion, la cual léjos de aprobarlos, siempre aplaudirá aquellas palabras del Papa san Gregorio Magno á un Obispo de Terracina que era muy rígido contra los judíos (1). „Con la afabilidad y las exhortaciones es como se debe atraer á los infieles al cristianismo. Es necesario no alejarlos con las amenazas ni con el terror.”

Los incrédulos han recogido cuanto en los anales de la iglesia parece presentar un carácter de celo perseguidor y feroz, y propalan llenos de complacencia los hechos siguientes.

Citan á un sacerdote llamado Virgilio, perse-

(2) Epist. Lib. Ep. XXXV.

guido, dicen, en el siglo VIII por el Papa Zacarías, por haber enseñado la existencia de los antípodas; así lo han supuesto d'Alembert y el ateo autor del *Bosquejo del cuadro histórico del entendimiento humano* (1). Es preciso, señores, saber que dicho Virgilio no fué denunciado por haber sostenido la redondez de la tierra, opinion muy indiferente; sino por enseñar una doctrina cuyo objeto era persuadir que habia en el mundo hombres de distinto origen que nosotros, opinion muy reprehensible; y aun esta contienda fué de tan poca entidad y Virgilio tan poco perseguido por ella, que despues de haber reconocido su error y de haberse retractado de él, fué nombrado obispo de Salsburgo (2).

Se cita á Galileo condenado y perseguido por el Santo Oficio por haber enseñado el movimiento de la tierra sobre sí misma. Felizmente se halla probado en el dia por las cartas de Guichardini y del marques Nicoline, embajador de Florencia, amigos ámbos, discípulos y protectores de Galileo, por las cartas manuscritas de este y por sus mismas

[3] Pág. 228.

(1) Véanse aclaraciones sobre este hecho en la obra titulada: *Le Christianisme de Bacon*, tom. II, pág. 313.

obras, que hace un siglo se está engañando al público sobre el motivo de su persecucion. Este filósofo no fué perseguido por ser buen o mal astrónomo, sino como mal teólogo, y por haberse querido entremeter á explicar la Biblia. Es cierto que sus descubrimientos le suscitaron enemigos envidiosos; pero no fueron aquellos el motivo de su causa, sino su terquedad en querer conciliar la Biblia con Copérnico; y sola su petulancia fué el origen de sus disgustos. Es falso que estuviese preso en las cárceles de la inquisicion; lo estuvo únicamente en la habitacion del fiscal, y con plena libertad en su comunicacion. En su defensa no se trató de lo sustancial de su sistema, sino de su pretendida concordancia con la Biblia, y despues de dada la sentencia y hecha la retractacion á que fué condenado, quedó en plena libertad para volver á Florencia. Estas noticias se deben al protestante Mallet-Dupan, que fundado en documentos originales, ha vindicado en esta parte á la corte romana (1). Es ciertamente muy poco filosófico olvidar lo mucho que las letras, las cien-

(1) Véanse *Mercure de France* del 17 de julio de 1784, núm. 29. ó *le Dictionnaire de Théologie*, por Bergier, Artículos *Monde y Science*.

cias y las artes deben á la Santa Sede para reproducir incesantemente una anécdota exagerada en todos sus pormenores. Cuando ese mismo Galileo enseñó su nueva teoria sobre la caida de los cuerpos graves, fué primeramente objeto de las burlas de los doctores sus antiguos colegas, denunciado despues á los magistrados, y obligado por último á abandonar como novador la ciudad de Pisa; y cuando publicó en seguida su descubrimiento de los satélites de Júpiter, fué tratado de impostor y visionario: ¿y será por eso justo declamar incesantemente contra los cuerpos científicos?

Pedro Ramo fué acusado á Francisco I como reo de estado por haber impugnado la dialéctica de Aristóteles, y por lo mismo perseguido por la Universidad de Paris, destituido de su cátedra y desterrado de dicha ciudad; ¿y deberémos por eso insultar la gloria de esta Universidad, madre de las ciencias y de las artes? ¿Se deberán tener en nada todos los grandes servicios que puede haber hecho á la Francia su antigua magistratura porque el Parlamento de Paris quisiese en honor de Aristóteles sostener su filosofía por un decreto, y porque mas recientemente se opusiese á la práctica de la inoculacion? Bailly en su *Historia de la as-*

tronomía moderna (1) se ha explicado mas juiciosamente sobre la conducta del Santo Oficio diciendo: „No debemos juzgar de esta falta „por las luces de nuestro siglo. El sistema de „Copernico no tenia entónces partidarios mas „que en Alemania; y estaban opuestos á él en „general todos los astrónomos.” En fin, señores, en cuanto á este hecho y al precedente, debo haceros observar que es tan injusto como ridiculo imputar á la iglesia universal una falta, que siempre seria muy pequeña, y que en todo caso solo debería recaer sobre la Corte de Roma.

Se cita tambien á un herege llamado Juan Hus, condenado en el siglo XV por el Concilio general de Constanza, y quemado vivo á pesar del salvo conducto que aseguraba su persona. Pero en verdad que es bien fácil justificar al Concilio: condenó, es cierto, á Juan Hus como herege, y tenia derecho para hacerlo así; pero el emperador Sigismundo fué quien despues le hizo morir en el suplicio, no precisamente como herege, sino como un perturbador peligroso. Tampoco fué el Concilio quien le habia dado el salvo conducto, sino el emperador, y

(1) Lib. II, §32, Tom. II, pag. 131.

aun respecto de este es muy fácil probar que no violó la fe pública; pues que aquel documento no era mas que para asegurar la persona de Juan Hus en el camino, á fin de que pudiese llegar tranquilamente á Constanza á donde iba á defender su causa (1).

Pero pasemos á lo que es objeto de perpetuas declamaciones contra la religion católica en particular, y que suministra el pretexto mas aparente para tratarla de fanática en su modo de proceder: hablamos de ese tribunal que *sin fundamento* llaman de *sangre*, que dicen ha hecho tantas víctimas, y que no solamente juzga las acciones, sino tambien las conciencias, en fin de la *Inquisicion* (2). No penseis, señores, que

(1) Pluquet, *Dictionnaire des Hérésies*, tom. II, pag. 150 y sig. en la nota.

(2) No hay que extrañar que el excelentísimo señor obispo de Hermópolis haya participado algun tanto de las ideas exageradas que acerca del santo Tribunal de la Inquisicion de España han seguido los escritores franceses por relaciones inexactas y sin conocimiento de causa. Estamos persuadidos de la sana intencion de su Excelencia; y si sobreponiéndose a lo que en Francia se ha mirado como un hecho positivo, hubiera descendido á un prolijo exámen de la conducta de este Tribunal, valiéndose al efecto de autores imparciales, no dudamos asegurar que le hubiese defendido con energía, sin atender á preocupaciones nacionales. Nuestros lectores deberán tener presente esta circuns-

yo trate de constituirme apologista de la Inquisición. Para mí no es más que una institución local y particular, extraña á nuestras leyes y á nuestros usos, y desconocida en un gran número de iglesias; un tribunal por último al cual se atribuyen excesos que aun en el caso de ser positivos, de ningún modo deberían recaer sobre la iglesia universal. Podría limitarme á estas pocas palabras; pero es muy importante que formeis ideas ménos vagas de lo que en general se llama *Inquisición*.

Es preciso en primer lugar que tengáis presente que no se puede negar á las dos potestades, la eclesiástica y la civil, el derecho de adoptar medidas de acuerdo una con otra para oponerse á ciertas novedades funestas que jamas comprometen el reposo de la iglesia sin alterar al mismo tiempo el del estado; que aun en las sociedades mas moderadas no solamente existen tribunales para castigar los delitos des-

tancia, si acaso les pareciesen demasiado fuertes algunas expresiones del autor; y asimismo pasar la vista, si gustan, por las sólidas y nerviosas apologias que corren impresas en defensa de la Inquisición, principalmente la carta segunda del llamado *Filósofo Rancio* que se encuentra en el tomo primero de sus obras publicadas en esta Corte en 1824 y 1825.

pues de cometidos, sino que hay tambien otros de seguridad y de vigilancia para prevenirlos y precaver los extravíos y las tramas que podrian turbar la tranquilidad pública; que es lícito á los pontífices y á los magistrados pensar que las malas doctrinas conducen á las malas acciones; que ninguno tiene derecho para ser sedicioso bajo del pretexto de libertad de opiniones; que en general la violencia no puede ser rechazada sino por la violencia, como ha dicho Ciceron (1); y últimamente que si los medios de reprension no exceden los limites legítimos, forman la seguridad de las personas honradas, y solo pueden desagradar á los malvados.

Observad en segundo lugar que para juzgar con acierto en esta materia es preciso transportarse á los tiempos en que se estableció este tribunal, á aquellos tiempos de inquietud en que sectas turbulentas hacian temer á los gobiernos y predicaban sus errores con las armas en la mano: es preciso tambien saber que lo mas seguro que se dice tiene este tribunal, procede de la política de los príncipes. En efecto, el emperador Federico II fué quien en el siglo XIII

(1) Epist. ad famil. Lib. XII, Epist. III.

(1) dictó en Padua los edictos mas rigorosos sobre esta materia; y cuando á fines del siglo XV (2) se estableció en España por el Papa Sixto IV, fué á petición del rey Fernando, así como también cuando en el siglo XVI (3) fué establecida en Portugal por Paulo III, lo fué á instancias del rey Juan III: en Venecia fué igualmente establecida por orden expresa del Senado, siendo tres senadores individuos de ella. Por esto el autor de la obra titulada el *Amigo de los hombres*, que ciertamente está muy distante de amar este tribunal, ha dicho lo siguiente (4): „La Inquisicion, ese tribunal terrible en otro tiempo, en el orden civil era una institucion de „los príncipes.”

Es preciso que observeis en tercer lugar en elogio de la iglesia de Roma, y este es un punto capital, que este tribunal procedia en ella del modo ménos severo, y que en ella no se han conocido esos suplicios que se le atribuyen en otras partes: y Fleury, aunque opuesto á la Inquisicion, observa expresamente (5) en su súp-

[1] 22 de febrero de 1224.

[2] En 1483.

[3] En 1535.

[4] Tom. II, pág. 191.

[5] *Septième discours sur l'Histoire ecclesiastique*, núm. XIII.

timo discurso que los soberanos pontífices hicieron muchos reglamentos para moderar todo lo que en ella pudiera ser demasiado severo.

Yo bien sé que los españoles, cuando se les reprende su Inquisicion, la defienden haciendo observar que miéntras que la Francia, la Alemania, la Inglaterra, los Países Bajos y la Suiza fueron presa de las discordias civiles, este tribunal mantuvo la tranquilidad en España, y el mismo Voltaire observa en su *Ensayo sobre la historia general* que en el siglo XVI y XVII no hubo en España ninguna de aquellas revoluciones sangrientas, de aquellas conspiraciones y castigos crueles que se vieron en las demas cortes de Europa, y que *sin la Inquisicion nada habria que reprenderle*; pero sobre esto dice un escritor de nuestros dias lo siguiente: „Yo „no sé lo que podria responder el enemigo mas „encarnizado de la Inquisicion á un español „que la justificase en estos términos:

„Sois un miope, no veis mas que un solo punto. Nuestros legisladores miraban desde mucho mas alto, y veian todas las cosas en grande. De este modo vieron al principio del siglo „XVI humear, digámoslo así, la Europa: y para libertarse del incendio general, emplearon „la Inquisicion, y se sirvieron de ella como de un

„medio político para mantener la unidad reli-
„giosa y precaver las guerras de religion. No
„os ocurrió á vosotros un medio semejante: exa-
„minemos ahora las consecuencias, y sea la ex-
„periencia el único juez irrecusable en esta ma-
„teria.

„Ved encendida la guerra de treinta años
„por los argumentos de Lutero, ved los excesos
„inauditos de los anabaptistas y de los habitan-
„tes de los campos (*des Paysans*) (1): las guer-
„ras civiles de Francia, de Inglaterra y de Flan-
„des; los asesinatos del día de San Bartolomé,
„los de Merindol, de los Cevenes, el asesinato
„de Maria Estuardo, el de Enrique III, de En-
„rique IV, de Carlos I, del príncipe de Oran-
„ge &c. &c. La sangre que vuestros novado-
„res han hecho derramar, formaria un lago en
„que bogaria un navio, cuando la inquisicion no
„hubiera derramado mas que la de ellos. Voso-

[1] Alude á los habitantes de las aldeas de varios distri-
tos de Alemania, que seducidos por las ideas de igualdad
absoluta que les predicaban Muncer y Estorek, gefes de la
secta de los anabaptistas, se armaron contra sus señores y
contra los magistrados y el clero, recorriendo la Suabia,
la Turinga, la Franconia, la Alsacia, y en general las ori-
llas del Rhin, en las que cometieron los mayores excesos.
(*El traductor*).

„tros ignorantes presuntuosos, que nada habeis
„previsto, y que habeis bañado en sangre toda
„la Europa; solos vosotros erais capaces de cen-
„surar la conducta de nuestros reyes que todo
„lo previeron. No vengais alegando que la in-
„quisicion ha producido este ó el otro abuso en
„tal ó tal época: no es eso de lo que ahora tra-
„tamos, sino de saber *si durante los tres últi-
„mos siglos ha habido mediante la inquisicion
„mas paz y felicidad en España que en todas
„los demas paises de Europa*. Sacrificar las ge-
„neraciones actuales á la felicidad problemáti-
„ca de las generaciones futuras, podrá ser el
„cálculo de un filósofo; pero los cálculos de los
„legisladores son muy diferentes (1).”

Yo, señores, no trato de dar ni quitar valor
á esta apología: ni la censuro ni la apruebo;
pues es de poca importancia para la causa que
defiendo: quiero vindicar la Iglesia católica, y
aunque la España es una parte muy recomen-
dable de ella, no es al fin la Iglesia toda, así co-
mo tampoco un tribunal particular de Francia
compone toda su magistratura.

Se ha dicho, se dice y se dirá siempre con el

[1] *Lettres à un gentilhomme russe sur l'Inquisition:*
carta IV, pag. 89 y sig.

tono mas decisivo, y como si fuese un hecho indudable, que santo Domingo fué el primer inquisidor en la Galia Narbonense; y sin embargo nada hay mas incierto, por mas que se asegure con tanta confianza. Los historiadores de la vida de santo Domingo, y varios sabios criticos modernos sostienen apoyados en los mas fieles autores contemporáneos, que santo Domingo jamas empleó con los hereges otros medios que la instruccion y la paciencia, y que lo mas amargo de su mision fué imponer á los hereges convertidos por su caridad penas satisfactorias, como por ejemplo, ayunos y oraciones (1). Se ha dicho, y así lo supone Montesquieu, que los judíos eran castigados á causa solo de su religion; pero esto es muy inexacto, pues la inquisicion solo perseguia á aquellos que despues de haber profesado el cristianismo apostataban públicamente para volver á judaizar.

Si hubiéramos de creer á los escritores incrédulos del último siglo, sería preciso mirar la España como una tierra que con su inquisicion

[1] Véase: *Dictionnaire de Theologie par Bergier*: artículo *Dominicains*; y *Vies des Pères et des Martyrs*, traducidas del ingles; obra llena de buena crítica, al 4 de agosto, nota, pag. 83, tom. VII, edicion de 1811.

devoraba á sus habitantes; y sin embargo es indudable que desde que entró á reinar la actual dinastía no ha dado la inquisicion muestras de aquel rigor que se le imputa; pues que el último auto de fe fué en el año de 1680 en el reinado de Carlos II. Un escritor, cuyo testimonio no es sospechoso, un frances embajador de Francia en España (1) y enemigo de la inquisicion, dice en su *Cuadro de la España moderna* (2) lo siguiente: „Mas de nueve años de permanencia en España y de observaciones me „han convencido de que con alguna circunspeccion en los discursos y en la conducta en lo „respectivo á la religion, es fácil libertarse del „tribunal de la inquisicion, y vivir tan tranquilamente en España como en cualquier otro „pais de Europa.” En fin, señores, censuren cuanto quieran los protestantes y los incrédulos la inquisicion de España y la de Portugal; este tribunal, vuelvo á decir, nunca es mas que una institucion local, temporal, particular, y mas bien política que eclesiástica. En todo caso siempre es tan poco filosófico tomar de ella motivo para acusar de fanatismo la religion cató-

[1] *Bourgoing*, embajador en tiempo del Directorio.

[2] Tom. I, pag. 388.

lica en general, como lo seria acusar de ateísmo á una academia, porque contase algunos ateos entre sus individuos; pero tambien quisiera yo saber cuál es la secta que tiene derecho para tirar la primera piedra á este tribunal. ¡Cuántos edictos sanguinarios no se han dado en las naciones que abrazaron la reforma, ya sea por los hereges contra los católicos, ya por una secta contra otra! ¡Fué acaso Calvino muy tolerante con Serveto, y con otros muchos que innovaban así como él habia innovado? ¡Cuál no fué el rigor de la Dinamarca y de la Suecia contra los católicos! ¡Con qué furor no fueron perseguidos los armenios en Holanda! ¡No fué decapitado Barneveld, y condenado Grocio á una prision perpetua? Nosotros diriamos especialmente á los anglicanos: ¿os corresponde á vosotros echar en cara á la iglesia romana la inquisicion, á vosotros cuyas leyes contra los católicos están llenas de las disposiciones mas atroces que jamas han manchado el código de ningun pueblo civilizado? Diriamos en fin á la secta incrédula del último siglo: ¿os será lícito á vosotros reprochar á la España los antiguos autos de fe, á vosotros cuyos principios y conducta debian producir una inquisicion capaz de hacer en tres años mas victimas que las que

podian hacer en tres siglos todas las inquisiciones de los dominios españoles? Nosotros los franceses debemos reconocer que carecemos de todo derecho de adoctrinar á nuestros vecinos; humillémonos y demos con nuestra vergüenza una pública satisfaccion; lamentémonos de los extravios del hombre arrebatado por sus pasiones, y sobre todo por su soberbia; aprovechémonos de nuestras faltas pasadas para hacernos mejores, en lugar de declamar con tanta acrimonia contra las de nuestros semejantes, y cubramos todos con un velo nuestras faltas recíprocas: así lo manda la religion. Unámonos tanto como hemos estado divididos, y perdonemos para que se nos perdone (1).

Así pues nada hay en Jesucristo, autor divino de la religion, que no respire la caridad mas pura, y nada en su Iglesia mas santo que su doctrina, de la que es muy injusto juzgar por la opinion, la conducta ó las intenciones de una parte de sus miembros, extraviados alguna vez por un falso celo. ¡Pero no hay algunos sucesos en que se descubre tan solo odio y furor, y

[1] Véase la obra titulada: *Paradozes interessants: Réponse à la lettre d'un patriote sur l'intolérance des sectes*, pág. 417. *Nouveau voyage en Espagne*, art. *Inquisition*, pag. 68.

que deban mirarse como obra de la religion misma?

Es tal, señores, la conducta de los incrédulos que callan los bienes inmensos que el cristianismo ha producido en la tierra, y ponderan con satisfaccion los abusos que de él han podido hacer las pasiones humanas. Los cismas y las heregias que han turbado los estados, las contiendas sangrientas, y las guerras que han dimanado de ellas, las cruzadas que atribuyen á un falso entusiasmo religioso, la mortandad de los indios al tiempo del descubrimiento del nuevo mundo, los horrores del día de San Bartolomé, y la revocacion del edicto de Nântes; he aquí lo que citan como obra de la religion misma; y pintado así el cristianismo con tan negros colores, se presenta á una imaginacion exaltada solo como un monstruo enemigo de la humanidad.

A todas estas declamaciones inspiradas por el odio y la preocupacion, podria desde luego responder con el autor del *Espíritu de las leyes* (1). „Es muy mal modo de argüir contra la „religion hacer en una grande obra una larga „enumeracion de los males que ha producido,

[1] Lib. XXIV, cap. II.

„si no se hace tambien la de los bienes que ha „causado. Si yo me propusiese referir todos los „males que han ocasionado las leyes civiles, el „gobierno monárquico y el republicano, diria „cosas horrorosas.” Con semejante modo de raciocinar contra la religion, y tal manía de hacerla responsable de los abusos que de ella hacen los hombres, olvidando al mismo tiempo los bienes de que es origen para solo recordar los males á que sirve de pretexto, ¿sabeis, señores, á dónde iriamos á parar? Al trastorno del orden social, y al estado salvaje; porque al fin yo tambien podria referir los males que ha ocasionado la sociedad, y decir: Recorred los anales de los pueblos, tanto antiguos como modernos, los de los egipcios, de los persas, de los griegos y de los romanos, los de los bárbaros que arruinaron el imperio romano, y los de las naciones que se formaron de sus reliquias; estad la historia de las cuatro partes del mundo, y en todas hallareis vicios y crímenes horrorosos, á que ha dado lugar la civilizacion misma, y por todas vereis ensangrentada la tierra por divisiones y guerras en cierto modo perpetuas. Apénas en las veinte y cuatro horas en que se divide el día, habrá una sola en que en algun punto del globo no corra la san-

gre humana derramada por el hierro en los combates: ¡tantas y tan crueles calamidades puede producir la sociedad! Y ¿seria por eso útil al género humano vivir errante en los bosques como los animales? Lo que vosotros responderiais á esas declamaciones contra el orden social, eso mismo responderé yo á los que declaman contra la religion. Pero, señores, si respecto de la sociedad no se trata de saber lo que puede llegar á ser el poder que la gobierna puesto en manos que abusen de él, sino lo que sin él seria la misma sociedad, ¿por qué se ha de buscar en el cristianismo únicamente el abuso que el hombre puede hacer de él, y no se ha de procurar conocer lo que serian sin él las naciones que le profesan?

¿Recordais, diré yo á los incrédulos, las guerras de religion, y ocultais al mismo tiempo que una ambiciosa y turbulenta política era la que urdia en secreto aquellas tramas, y la que en seguida sublevaba los pueblos en nombre de la religion, como lo ha reconocido Juan Santiago? Habeis calculado por aproximacion el número de víctimas que pueden haber hecho las disputas religiosas en el espacio de diez y ocho siglos, y habeis contado seis mil en cada año distribuidas entre las diversas naciones cristianas;

pero al mismo tiempo os desentendéis de que las máximas de la religion han hecho ménos crueles las guerras y mas raras las revoluciones; que han introducido entre los pueblos un cierto derecho de gentes y reglas de equidad que nunca serán suficientemente agradecidas, y que de este modo han ahorrado la efusion de sangre humana. „Sin salir de nuestra Francia, „dice un apologista moderno (1), yo sostendré „que solo la institucion de las casas de expósitos, y el cuidado que inspira á los padres la „idea del bautismo, conservan todos los años „mas de seis mil franceses. . . . La crueldad de „los chinos, continúa él mismo, deja perecer todos los años mas de treinta mil niños, segun „cuenta hecha; ¡y aun nos ponderan los filósofos las costumbres chinas! La barbarie de los „romanos dejaba tambien morir de hambre y „de enfermedad todos los años un gran número de esclavos, y nada tampoco dicen de esto „los filósofos.” Publicais que el cristianismo es el que únicamente ha encendido sangrientas disputas de religion, y que solo él ha inspirado el celo perseguidor; y olvidais que la historia de

(1) Bergier, *Traité de la vraie Religion*, part. III. cap. VII. §. 19, tom. X, pág. 437, en 12.

los pueblos de la antigua Grecia nos presenta una guerra sagrada, continuada con furor por espacio de diez años, de la cual fué causa la religion (1); que cuando Xerxes, adorador del fuego elemental, taló la Grecia, destruyó tambien los templos de sus dioses; que miéntras que en Egipto colocaba un pueblo sobre los altares cierta especie de animales, sus vecinos los abominaban, de lo que procedian guerras continuas de ciudad contra ciudad (2). Olvidais que el celo del paganismo hizo correr arroyos de sangre cristiana en las provincias del imperio por espacio de tres siglos: que los armenios, que habian abrazado y profesaban tranquilamente el cristianismo, tuvieron que sostener en el siglo IV una guerra cruel contra Maximino que se puso al frente de sus tropas para atacarlos en sus montañas, y obligarlos á restablecer los ídolos que habian derribado: que Juliano el filósofo hizo á la religion una persecucion mucho mas tenaz y terrible que la de Neron: que el Califa Omar destruyó mas de cuatro mil templos paganos, ó iglesias cristianas, y extendió por la

(1) Rollin, *Histoire ancienne*, lib. XIV, § 2. tom. VI, en 12, pág. 40.

(2) Rollin, *Histoire ancienne*, lib. I. cap. XI. §. I, tom. I, pág. 73.

fuerza de las armas, en dilatados paises, la doctrina del falso profeta: que las contiendas religiosas sobre el Alcoran, han originado guerras sangrientas entre persas y turcos; y olvidais por último que en nuestros dias la incredulidad, con el nombre de filosofia, despues de haberse armado de sofismas, se ha armado tambien con la cuchilla homicida contra los discípulos del Evangelio: ¡y aun os atreveréis á decir que solo el cristianismo se ha manchado con disputas sangrientas! Compadecemos, señores, á la humanidad por ser capaz de abusar de cuanto hay mas sagrado sobre la tierra: pero porque el cristianismo haya podido ser inocentemente pretexto para algunos males, no por eso olvidemos los beneficios que le debemos por las virtudes que hace practicar á los hombres. Despues de haber visto el sol alumbrando y animando la naturaleza con su brillo y calor, ¿será lícito insultar su luz porque su fuego levante de la tierra vapores de que alguna vez se forman tempestades (1)?

¿Y qué diremos de las Cruzadas? No acusemos, señores, ligeramente sobre esto á nuestros padres, ni condenemos unas empresas extraor-

(1) *Paradoxes interessants*, pág. 375, y 406.

dinarias que tanto han influido en los destinos de la Europa. Si quisiéramos reflexionar bien las cosas, tal vez veríamos que nuestros padres fueron guiados con más seguridad por sus sentimientos religiosos, que nosotros por nuestra fría razón, y que las guerras santas prueban su prevision tanto como su valor. Yo convendré en que el deseo de rescatar el santo sepulcro y los lugares consagrados por la piedad del mundo cristiano haya tenido gran parte en aquellas lejanas expediciones, y que este haya sido el motivo popular de esas empresas que parecen increíbles, así como aun en el día es su lado poético. ¿Pero no podrán acaso traslucirse por entre aquel entusiasmo que dominó al Occidente, las ideas de una política tan legítima como profunda? Yo no trato de disimular el libertinaje y la licencia de un gran número de cruzados, el modo imprudente de dirigir las guerras santas en algunos puntos, ni la locura de ciertas reuniones tumultuosas que salían de Europa, sin disciplina y sin orden. Pero, señores, ¿no se cometen en todas las guerras, aun en las más justas y más bien dirigidas, excesos que las deshonran? El hombre lleva consigo mismo á todas partes los extravíos de su espíritu y de su corazón. Examinemos pues en general y en sus efec-

tos esas cruzadas emprendidas según las reglas comunes de la guerra al fin del siglo XI bajo del reinado de Felipe I, en el XII bajo del de Luis el jóven, y en el XIII bajo del de San Luis; y juzguemos con imparcialidad. Es cierto que si buscamos los motivos de estas empresas hallaremos que la profanacion de los santos lugares, la opresion de los cristianos de la Palestina, y los insultos crueles hechos á los peregrinos de las naciones cristianas, fueron el medio poderoso de que se echó mano para excitar el valor: ¿pero se podrá tampoco ocultar que la idea de las potencias coligadas fué la de salvar sus tierras de la invasion que las amenazaba? ¿No era formidable aquel poder mahometano que habia ya hecho tantos progresos, y que parecia no conquistar sino para destruir la civilizacion y el cristianismo? ¿Debia acaso la Europa esperar tranquilamente la vergüenza y el azote de la esclavitud, y dejarse oprimir separadamente cada nacion cristiana en lugar de hacer con todas las demas una santa liga contra el enemigo comun? ¿Por qué, si admiramos á Anibal atravesando los montes para llevar la guerra á la Italia y vencer á Roma en Roma misma, por qué hemos de desear que los pueblos europeos se hubiesen abandonado á un cobarde

reposito antes que llevar la guerra hasta el centro del imperio de sus enemigos? Es además un hecho bien comprobado que el celo de los latinos fué excitado vivamente por los enviados del emperador Alejo, los cuales solicitaron sus socorros en los concilios de Plasencia y de Clermont: yo no sé si se querrá poner en el número de los fanáticos al príncipe de los filósofos modernos, al inmortal Bacon; pero lo que no tiene duda es que en sus obras se halla un diálogo sobre *la guerra sagrada*, cuyos principios se dirigen á justificar las guerras hechas á los mahometanos. No era tampoco el juicioso Fleuri un necio entusiasta, y en sus *Discursos sobre las Cruzadas* (1), sin dejar de reconocer en ellas ciertos inconvenientes, no duda sentar que sus gefes obraron impelidos por miras políticas; y en su obra titulada *Costumbres de los Cristianos* (2) dice estas palabras dignas de atención: „Estas empresas se habian hecho necesarias; no „habia entonces ningun príncipe cristiano bastante poderoso por sí solo para contener los „progresos de los mahometanos, enemigos declarados de cuantos no quieren abrazar su re-

(1) VII Discours sur l'hist. ecclesiast. núm. 1.

(2) §. 64.

„ligion, y que hacia ya mas de doscientos años „saqueaban impunemente la Italia, y eran dueños de la Silicia y de casi toda la España. Por „los esfuerzos de las Cruzadas fueron arrojados „de esta parte de Europa, y considerablemente „debilitados en el Egipto y en la Siria.” Tampoco era un ignorante cierto escritor de nuestros dias, de quien tenemos una disertacion sobre las Cruzadas en las *Memorias de la academia de inscripciones y bellas letras* (1): hablo del sabio Mr. de Guignes, cuyas palabras son las siguientes: „Cuando criticamos estas „empresas es porque no hemos reflexionado bastante „sobre el estado de los negocios en aquella época. Los musulmanes, despues de haberse apoderado de la Siria, se habian tambien hecho „dueños primeramente del Africa, y en seguida „de la España y de todas las Islas del Mediterráneo, desde donde insultaban continuamente „las costas de Italia. Por la España y por la „Córcega se introducian tambien en nuestras „provincias meridionales, y las talaban, robando además nuestros navios: Constantinopla era „una barrera poderosa; y si la hubieran podido „salvar como intentaban, toda la Europa que-

(1) Tom. XXXVII, en 4.º pág. 467.

„daba amenazada, y expuesta á caer en su poder. Solo atacándolos en el centro de su imperio, se podia esperar debilitarlos considerablemente. Así en efecto se hizo, y de este modo se les dió un golpe de que no pudieron rehacerse.”

Así pues, estas guerras fueron como un dique opuesto á la irrupcion de los bárbaros, y salvaron la civilizacion y el cristianismo: añadamos á esto que libertaron á los pueblos de la Europa de su propio furor, é hicieron cesar la opresion debilitando el poder de los grandes y fortaleciendo la autoridad real. Así lo ha reconocido el presidente Hénault, y por esto, dice hablando de las cruzadas (1): „Ellas contribuyeron mucho á que nuestros reyes se deshiciesen de aquellos tiranos importunos que marcharon á llevar á regiones lejanas su espíritu turbulento, y dejaron en paz el estado.”

Es indudable por último que ellas reanimaron el gusto al comercio, á las ciencias y á las artes, y prepararon aquella revolucion que debia producir los siglos de Leon X y de Luis XIV. Sobre esto puedo tambien alegar el testimonio de escritores nada sospechosos. En la

(1) *Histoire de France*, primera parte, tom. III. pág. 976.

Historia Universal, traducida del ingles (1), se dice lo siguiente: „Las Cruzadas opusieron el mas grande obstáculo al poder de los mahometanos: hicieron conocer á los príncipes de Europa las utilidades de la marina, y abrieron el camino á los grandes descubrimientos.”

No nos admiremos pues de que un escritor frances que mira las cosas mas en grande que la generalidad de los escritores, haya dicho estas palabras (2): „Debilitada la vista por el odio, no ha podido abrazar el plan general de un tan vasto cuadro, y solo se ha fijado en algunos pormenores, porque el carácter distintivo de la filosofía moderna es cierta limitacion de espíritu, quiero decir, un espíritu que solo se ocupa de pequeneces. . . . ¡Desgraciado el tiempo y desgraciados los pueblos en que los motivos que promovieron las cruzadas hayan podido ser atacados impunemente por declamaciones de retóricos, ó desfigurados por sutilezas de sofistas.”

(1) Tom. XXI en 4.º pág. 2. Véase el libro titulado *De l'influence des Croisades sur l'état des peuples de l'Europe*, por Mr. de Choiseul d'Aillecourt: obra que alcanzó una parte del premio designado por el instituto en 1808.

(2) De Bonald: *Législation primitive*, tom. III. discours politiq. §. 8.

Basta, señores, para que la juventud conozca que debe hablar con mucha precaucion de las Cruzadas en lugar de tomar de ellas ocasion para tratar á la religion con una ligereza muy reprehensible.

Paso á hablar de la mortandad de los indios, de que se acusa á los españoles, punto sobre el cual se ha llegado en nuestros dias hasta el extremo de escribir *que se habian sacrificado á Jesus doce millones de naturales del pais*. Señores, cualquiera que oiga ó lea calumnias tan atroces no puede ménos de pasmarse de asombro. Aunque se concediera que algunos cristianos ó sacerdotes españoles se hubiesen dejado extraviar por un celo violento y sanguinario (1),

(1) Es preciso tener presente que los escritores extranjeros, émulos siempre de las glorias de los españoles, les han atribuido falsamente un celo violento, feroz y sanguinario en la conquista del nuevo mundo, y no es de extrañar que el exmo. señor Obispo de Hermópolis, escribiendo en un país en que el torrente de la opinion propende á tales imputaciones, no haya tomado por su cuenta el impugnarlas, y si conformándose con ellas en cierto modo, aunque por medio de una mera suposicion. Para que los lectores puedan formar un juicio exacto sobre la falsedad de los excesos que la emulacion y la envidia imputan á los españoles en la conquista del nuevo mundo, pueden leer el prólogo del poema titulado: *México conquistada*, escrito por D. Juan de

¿qué justicia habria para atribuir á la Iglesia cristiana los excesos de algunos de sus individuos, cuando ella misma los detesta? ¿Pero quién ignora que la religion solo intervino en aquellas conquistas para mitigar la severidad con que tal vez en algunas ocasiones trataron á los indios sus primeros conquistadores? Oid lo que sobre el particular dice, no un hombre sospechoso, sino un presbiteriano (1), y esto va á vindicar la Iglesia romana. Despues de haber observado que no debe atribuirse á la política del gabinete español la despoblacion de la América, añade: „Con mayor injusticia todavia atribuyen muchos escritores la destruccion de los „americanos al espíritu de intolerancia de la „religion romana, y se acusa á los eclesiásticos „españoles de haber excitado á sus compatriotas á degollar aquellos pueblos inocentes co-

Escoiquiz: las *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias*, escritas en italiano por el Abate D. Juan Nuix, y los trece últimos párrafos de la introduccion á la *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles hasta fines del siglo XV*, que de real orden está publicando el dignísimo español y sabio académico D. Martin Fernandez de Navarrete. *El traductor*.

(1) Robertson, *Histoire de l'Amérique*, lib. VIII, nota 71, tom. IV en 12.º pág. 143 y 323.

„mo idólatras y enemigos de Dios.... Ellos „fueron al contrario unos ministros de paz para „con los indios, y siempre trabajaron en su fa- „vor. A su poderosa mediacion debieron los „americanos todos los reglamentos que se diri- „gian á mejorar su suerte.” Nadie ignora tam- „poco que un individuo de la religion dominica- „na, Fr. Bartolomé de las Casas, se immortalizó por su ardiente é infatigable celo en defender la causa de los indios.

¿Y qué diremos ahora del dia de San Bartolomé? Dirémos que fué un dia horrible, eterno borron de nuestros anales, y que ciertamente no habrá un solo frances verdadero que no desee poder rasgar las sangrientas páginas que recuerdan su memoria. Fué sin duda un dia horroroso; pero tambien es una horrorosa calumnia imputar á la religion los excesos que en él se cometieron, como si ella los hubiese mandado, como si los hubiese aprobado, ó como si tan espantosa tragedia pudiera acomodarse á las máximas y al espíritu del cristianismo; y mas cuando es un hecho bien probado, que ningun obispo ni sacerdote asistió al consejo en que se acordó tan horrible carnicería. Es muy fácil á los declamadores asegurar que el falso celo por la religion armó á Carlos IX con el puñal ho-

micida; pero reconozcamos en honor de la verdad que semejante catástrofe fué efecto mas bien de una política feroz, y de un resentimiento profundo de aquel monarca por las conmociones que habian agitado su reinado, que de fanatismo, y que en ella no debe verse mas que unas odiosas represalias. En efecto, el despotismo fanático de la reina de Navarra, preocupada con las nuevas opiniones habia irritado á los estados del Bearn: las representaciones y clamores de los bearneses fueron inútiles; acudieron desesperados á las armas, y su afligida patria se convirtió en un teatro de discordia. Bajo de los muros de Navarreins se peleó con furor; en Orthez se hizo una carnicería horrible, principalmente de religiosos y de sacerdotes, y se vió correr arroyos de sangre por las casas, la calles y las plazas; el Gave se tiñó de sangre, y sus aguas llevaron hasta los mares inmediatos la noticia de aquel espantoso desastre. A él se siguió la mortandad de la flor de la nobleza; y como si el dia 24 de agosto hubiese sido en aquel siglo una época cestinada á bárbaros atentados, en el mismo dia murieron á puñaladas en Pau muchos nobles, habiendo violado los calvinistas los tratados con la mas negra perfidia. La historia afirma que Carlos IX juró

vengarse, y sobre esto se leen en la *Historia de Navarra* estas memorable palabras: „Estas noticias (dice el autor refiriendo los asesinatos de „Pau) incomodaron en extremo al Rey Cárlos, „y desde entónces resolvió en su interior realizar otro segundo día de San Bartolomé en expiacion del primero.” Así es que cuando por parecer desistir del crimen que meditaba, reanimaba la Reina Madre su espíritu atemorizado, no le decía que se acordase de lo que debía á la religion, sino (1) ¿por qué no habeis de tener valor para deshaceros de unas personas que han respetado tan poco vuestra autoridad y vuestra persona? Se recuerdan las fiestas que el Papa Gregorio XIII mandó hacer en Roma por este suceso; pero se calla con cuidado que para paliar Cárlos IX su crimen y alucinar á las córtes de Europa, despachó correos á todas para extender la voz de haberse visto obligado á tomar medidas violentas con motivo de haber descubierto inopinadamente una conspiracion contra su persona y autoridad, y que por medio de ellas se había libertado del inminente riesgo que le amenazaba. Concedamos por un

(1) Bossuet, *Abrégé de l'histoire de France, règne de Charles IX.*

momento que algun clérigo insensato haya aplaudido tal mortandad: ¿será proceder de buena fe atribuir por eso á la religion el exceso de un ministro indigno? ¿Se deberá declamar continuamente contra la antigua magistratura de Francia porque algunos magistrados hayan vendido la justicia, ó contra las letras y la imprenta porque un escritor haya abusado de ella en el último siglo por espacio de ochenta años para predicar el libertinage y la impiedad?

Cualquiera que no esté extraviado por el odio, notará que en aquella mortandad murieron tambien *un gran número* de catolicos víctimas de venganzas personales, y que en Leon, en Tolosa y Burdeos debieron muchos proscriptos su vida á los eclesiásticos. Se sabe tambien, segun una tradicion respetable, que Juan Hennuyer, obispo de Lisieux, se opuso á este atentado con tan esforzada clemencia, que conmovidos los calvinistas abjuraron ante él sus errores. ¿Y hay acaso algun escritor eclesiástico que no haya hablado con horror de un dia tan funesto? El historiador de Enrique IV, Perefíxe, le llama „accion execrable que jamas habia tenido ni con „el auxilio de Dios tendria semejante;” y Bossuet nunca recuerda tan espantoso dia sin sentimientos de execracion. Yo no ignoro que se

ha dicho que un eclesiástico llamado Caveyrac hizo la apología del día de San Bartolomé: esto se ha sentado como un hecho por d'Alembert y por Voltaire, como se ve por su correspondencia; y esto mismo se ha repetido despues y se sigue repitiendo en nuestros dias; pero bien conoceis, señores, que la causa de este escritor nada tiene que ver con la de la religion, porque al cabo ¿qué daño podria hacer al cristianismo el que un frenético se hubiese hecho apologista de un frenesí? ¿No habrá buena filosofía porque el filósofo Séneca haya hecho la apología de un monstruo asesino de su madre? Pero en esta parte ni aun tienen los sofistas el triste mérito de haber hecho un descubrimiento desagradable, y aun esta imputacion es una calumnia. Desde la primera página dice Caveyrac: „Se pueden dar algunas luces sobre los motivos „y los efectos de este trágico suceso, sin apro- „bar por eso tácitamente los unos, ni contem- „plar los otros sin sentimiento; pues aun cuan- „do se quitasen al día de San Bartolomé las „tres cuartas partes de los horribles excesos „que en él se han cometido, quedaria aun bas- „tante horroroso para ser detestado por todos „aquellos en quienes no se haya extinguido to- „do sentimiento de humanidad. Bajo de tal con-

„fianza me atreveré á sostener los puntos si- „guientes:

- 1.º „Que la religion no tuvo en aquel suce- „so parte alguna.
- 2.º „Que fué un asunto de mero destierro.
- 3.º „Que solo debió ser extensivo á Paris.
- 4.º „Que pereció en dicho dia mucha ménos „gente de lo que se ha escrito.”

Sean ó no fundadas estas aserciones, hay mucha diferencia de esto á la apología de los asesinatos; y confundir lo uno con lo otro es un rasgo de mala fe que apenas pudiera creerse si no estuviera la prueba á la vista.

Me resta, señores, hablaros de la revocacion del edicto de Nantes. Ya creo notar vuestra impaciencia por saber cómo os presentaré un suceso mas inmediato á nosotros, y cuya memoria ha derramado muchas veces tanta acrimonia en nuestras discusiones políticas. Imparcial como he sido hasta aquí, diré las cosas tales como las veo, y hablaré de ellas sin rodeos ni passion. Aun cuando debiera condenarse esta medida como fruto de una falsa política ó de un falso celo, yo no veo en qué pueda servir de gran motivo de triunfo á los enemigos del trono y del altar. Luis XIV es por sí bastante grande, y en todo caso merece que se le perdo-

ne una falta; y la religion es demasiado santa en sus preceptos y pura en los sentimientos que inspira, para que pueda ser manchada por los excesos personales de algunos de sus hijos. Procuremos entresacar la verdad de entre las exageraciones y los sofismas.

Cuidemos primeramente de no atribuir con ligereza á aquel gran rey un despotismo feroz, ni le acriminemos por haber reinado en circunstancias distintas de las del dia, y bajo de la influencia de las opiniones que dominaban en su tiempo, y que tan diferentes eran de las nuestras.

Las largas y sangrientas guerras de religion estaban aun vivamente presentes en todos los ánimos, y el recuerdo de los males pasados excitaba á tomar medidas para evitar que se repitiesen. No trataré, dice con este motivo el augusto discípulo de Fenelon, el Duque de Borgoña (1), „no trataré de considerar los males „que la heregía ha hecho en Alemania, en los „reinos de Inglaterra, de Irlanda y Escocia, en „las Provincia Unidas, y en otras partes: ahora tratamos del reino solo. Tampoco recordaré, en su pormenor esa cadena de desórde-

(1) *Memoire sur la révocation de Pédit de Nantes*, por el Duque de Borgoña, véase la *Vie du Duc de Bourgogne*; 1782, tom. II, pag. 98 y sig.

„nes consignados en tantos monumentos auténticos, aquellas reuniones secretas, aquellos „juramentos de asociacion, aquellas ligas con „los extrangeros, la resistencia á pagar los impuestos, el pillage de los fondos públicos, las „amenazas sediciosas, las conjuraciones maui-fiestas, las guerras obstinadas, el saqueo de las „ciudades, los asesinatos premeditados, los incendios, los atentados contra los reyes, y los „sacrilegios multiplicados é inauditos hasta entonces: básteme decir que todos estos males, „y otros muchos han asolado el reimo con mas „ó ménos furor desde Francisco I hasta nuestros dias, es decir, durante siete reinados diferentes. Este es, digo, el hecho histórico, hecho que podrá muy bien recargarse con diversos incidentes, pero que en su sustancia no se „puede contradecir ni poner en duda; y este es „el punto capital que debe considerarse siempre en el exámen político de este negocio.”

Poscído de estas ideas se ocupaba el gobierno hacia ya tiempo en minar insensiblemente un partido formidable que habia llevado su osadía hasta querer formar un estado republicano en el centro mismo de la Francia (1). Los de-

[2] Véase *le Mercure de France*, tom. IX, año de 1621, pag. 311.

cretos y edictos se sucedian rápidamente, dice el ilustre historiador de Bossuet, pues todos los de tolerancia y de pacificación que anteriormente se habian dado, no se miraban como tratados de alianza, sino como reglamentos hechos por los reyes para la utilidad pública, y sujetos á revocacion, cuando lo exigiese el bien del estado. Tal era la opinion del doctor Arnould, y lo que es mas notable, la del mismo Grocio. „El „gobierno frances parecia seguir el mismo sistema político que hacia ya mucho tiempo habian adoptado los gobiernos protestantes contra sus vasallos católicos; y aun comparando „el código penal de dichos gobiernos con el de „Francia, seria facil probar que esta se manifestó mucho mas indulgente y tolerante (1).”

Hacia ya quince años que el gobierno seguia constantemente esta marcha, y nada anunciaba la abolicion completa del edicto de Nantes, cuando conspiraciones serias, que estallaron en 1683, le obligaron á deliberar sobre el particular. Los protestantes del Poitou, de la Santoje, de la Guienna, del Lenguadoc, de los Cevennes, del Vivarais, y del Delfinado (2) forma-

[1] *Histoire de Bossuet*, lib. XI, num. 15, tom. IV, en 8.º p. g. 57.

[2] *Histoire de Louis XIV*, por Reboulet, año de 1685, tom. V, en 12.º

ron un proyecto de union general para reconquistar los privilegios de que habian sido despojados, y reedificar los templos que habian sido demolidos. Enarbolado así el estandarte de la sedicion en algunas de estas provincias, se vió obligado el gobierno á levantar tropas para contenerla; y habiendo llegado á ser este negocio el único y continuo objeto de la atencion del rey y de sus consejos, fué revocado por último el edicto de Nantes (2).

„De tal modo parecia que la opinion general aprobaba la sabiduría de esta medida, que „Luis XIV recibió felicitaciones de todas las „clases de su reino. Todos los parlamentos „cumplimentaron al momento un edicto que „ellos mismos habian ya preparado por medio de una multitud de decretos particulares, „de los cuales el edicto de revocacion no era al „parecer sino una sancion general. Las inscripciones que aun se leian hace veinte y cinco „años al pie de la estatua de Luis XIV en la „plaza Vendôme y en el ayuntamiento de Paris parecian por su conformidad con las memorias que nos han quedado de aquel tiempo,

[1] En 22 de octubre de 1685.

[2] *Histoire de Bossuet*, lib. XI, tom. IV, pág. 63, número 15.

„no haber sido mas que la expresion sincera de „la opinion pública [1]” Por esto decia muy fundadamente en 1789 un autor nada sospechoso, que *Luis XIV no habia hecho mas que ceder al voto general de la nacion* [1].

El gobierno creyó con demasiada facilidad poder contener á unos por el miedo, y ganar á otros por la persuasion; pero la resistencia armada de los protestantes le hizo conocer su engaño, y produjo medidas de rigor á que contribuyó en gran parte el carácter violento de Louvois, cometiéndose tanto por parte de los católicos como de los protestantes excesos lastimosos y deplorables.

„En fin la paz de Riswick restituyó la calma „á la Francia, y permitió al gobierno pensar en „la suerte de los protestantes. Habia ya muer- „to el Marques de Louvois, que era el promo- „tor mas fogoso de las medidas de rigor, y Luis „XIV estaba siempre dispuesto á adoptar todos „los medios suaves y razonables propios de su „moderacion y de su equidad natural. Los cla- „mores de tantas víctimas inocentes ó culpa- „bles habian conmovido su alma sensible y ge-

(2) Saint Lambert, en sus *Vaux adressés aux Etats généraux*.

„nerosa, y su misma religion le hacia mirar con „indignacion el abuso criminal que se habia he- „cho de su nombre y de su autoridad contra „sus intenciones tan conocidas, y tantas veces „manifestadas. El Cardenal de Noailles opues- „to por carácter igualmente que por principios „á todo lo que podia parecer fuerza y violencia, „y Bossuet, que nunca habia querido emplear „mas armas que la ciencia y los medios de ins- „truccion, hicieron prevalecer poco á poco los „consejos de la dulzura y de la moderacion, ha- „biendo sido felizmente auxiliados por las insi- „nuaciones mas persuasivas aun de Madama „de Maintenon, á quien una razon dulce y tran- „quila y la piedad natural á su sexo hacian „siempre accesible á las maximas reconocidas „por la religion y la humanidad (1).”

Al desterrar Luis XIV á los ministros protestantes habia prohibido salir de Francia á los sectarios de su comunión; pero la emigracion de los pastores ocasionó la de una parte de su rebaño. Basnage, escritor protestante, hace „subir á trescientos ó cuatrocientos mil el nú- „mero de los protestantes emigrados, número

[1] *Histoire de Bossuet*, lib. XI, núm. 17, tom. IV, pág. 97.

„que en semejante materia basta para inspirar
 „desconfianza á todo crítico juicioso. La Mar-
 „tinière, protestante tambien, reduce este nú-
 „mero á trescientos mil. Larrey, igualmente
 „protestante, se extiende solo á doscientos mil;
 „y á este número se limita Benoît, historiador
 „de la revocacion del edicto de Nantes, tam-
 „bien protestante.

„Cuando escritores de una misma comunión
 „y contemporáneos todos de los sucesos, estan
 „discordes desde cuatrocientos mil á doscientos
 „mil, sin fundar ninguno de ellos sus cálculos
 „en bases que aseguren su certeza, cualquiera
 „conoce que estos han sido muy vagos, y se con-
 „vence de que á lo ménos es permitido tenerlos
 „por dudosos [1].”

Oigamos ahora al duque de Borgoña que
 habia hecho exactas indagaciones sobre esta
 materia: „Se ha exagerado (1) infinitamente
 „el número de hugonotes que con este motivo
 „salieron del reino; y esto es muy natural. Co-
 „mo los interesados son los únicos que hablan
 „y claman, afirman todo lo que les acomoda.

[1] *Histoire de Bossuet*, lib. XI, núm. 15, tom. IV,
 pág. 67.

[1] *Vie du Duc de Bourgogne*, tom. II, pág. 108.

„Un ministro por ejemplo que veia disperso su
 „rebaño, publicaba que este habia pasado á
 „paises extrangeros; un propietario de una fá-
 „brica que habia perdido dos obreros, formaba
 „su cálculo como si todos los fabricantes del
 „reino hubiesen experimentado la misma pér-
 „dida que él; la fuga de diez obreros de una
 „ciudad donde tenian sus conexiones y amigos,
 „daba motivo á rumores que hacian creer que
 „iban á faltar brazos para todos los talleres de
 „la ciudad. Lo mas maravilloso en este punto
 „es que varios magistrados se dejaron llevar
 „de estos rumores populares en las noticias que
 „me dirigian respectivas á sus distritos, mani-
 „festando en esto lo poco instruidos que esta-
 „ban de lo que mas debia llamar su atención;
 „pues sus relaciones fueron desmentidas por
 „otras, y demostrada su falsedad por las com-
 „probaciones hechas en varios puntos; pero
 „aun cuando el número de los hugonotes que
 „salieron de Francia en esta época subiese, se-
 „gun el cálculo mas exagerado, á sesenta y sie-
 „te mil setecientas treinta y dos personas, no
 „podian hallarse en este número, que compren-
 „dia todas las edades y ambos sexos, tantos
 „hombres útiles que dejasen en los campos y
 „talleres un vacio capaz de influir en todo el

„reino. Ademas este vacio nunca debió ser mas perceptible que en el momento en que se verificó; sin embargo entónces nadie le notó. y solo en el dia es cuando sirve de motivo para grandes lamentos. Es preciso tambien atribuirle á otra causa que existe en efecto, y si se quiere saber, es la guerra; pues en cuanto á la emigracion de los hugonotes, puede asegurarse que costó ménos hombres útiles al estado que los que le arrebatava un solo año de guerra civil.”

Si hubiésemos de creer á ciertos declamadores, deberiamos suponer que las riquezas y la prosperidad huyeron de la Francia con los protestantes emigrados; pero yo os pregunto: ¿dejaron de aumentarse el comercio y la industria? ¿No se vió durante el siglo XVIII multiplicarse por todas partes telas exquisitas, muebles magníficos, pinturas de grandes profesores, y casas ricamente adornadas?

A la época de la revocacion acababa de salir nuestro comercio de las manos de Colbert su creador, y estaba aun en la infancia. ¿Qué podiamos por consiguiente enseñar á nuestros rivales, de quienes todo lo habiamos aprendido? La Inglaterra, la Holanda y la Italia nos excedian en industria, y nuestras manufactu-

ras de Louviers y de Sedan sacaron sus modelos de entre nuestros vecinos. El nombre solo de un gran número de manufacturas francesas nos recuerda Lóndres, Florencia, Napóles y Turin, y descubre de este modo que son de origen extranjero.

La Prusia fué casi el único estado en que los refugiados hicieron establecimientos considerables; pero no eran ya ricas y poderosas ántes de las emigraciones Brema, Hamburgo, Lubeck y otras muchas ciudades? En esto se ve con qué ligereza han sentado Voltaire y sus copistas que hasta entónces no habia sido el norte de Alemania mas que un pais agreste.

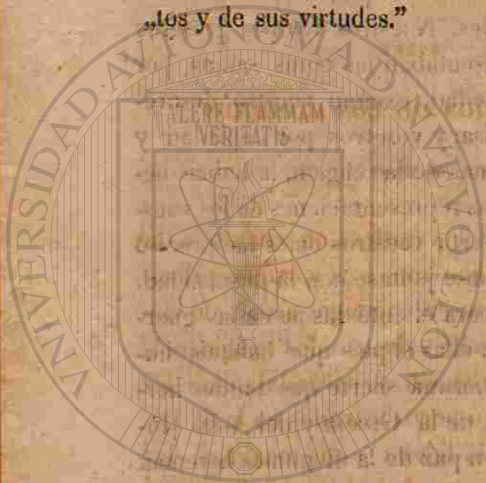
Pudo sin duda el clero alabar una medida que aplaudia toda la Francia, y que se consideraba dictada por una sabia politica; pero puede tambien decirse que si tomó alguna parte en los sangrientos y recíprocos excesos que mancharon su ejecucion, fué solo ó para ser víctima de ellos ó para suavizarlos.

Ahora nos será ya fácil reducir á su justo valor esa vaga acusacion de fanatismo que se hace á la religion. Sepamos, señores, sepamos desconfiar en lo sucesivo de todos esos escritores que han estudiado la historia como sofistas y no como filósofos, y que extraviados

por su odio al cristianismo se muestran admirados de las virtudes paganas, exageran los vicios de nuestros antepasados, y callan sus grandes cualidades; ponderan con una acrimonia pedantesca los rasgos de ignorancia y de barbarie que pueden acaso manchar su historia, y ocultan ó debilitan todo lo noble y magnánimo que tenia su carácter. ¡Ah! Si los Godofredos y los Joinville, si alguno de los héroes antiguos llenos de fe, y tan fieles á su Dios como á su patria, resucitasen entre nosotros para ser testigos de nuestra fria indiferencia y de esa corrupcion de entendimientos que hace tener en nada la religion con la que está unido todo lo grande y bello que ha habido entre los pueblos modernos, no podrían decirnos con razon: „¿Qué habeis hecho, ó franceses, de la religion „de vuestros padres, y en qué vendréis á parar „sin ella? ¿Pensais que podeis insultar impunemente al cielo y provocar su enojo? Repro„chais á vuestros antepasados su ignorancia; „pero ¿vale mas que su sencillez vuestro sober„bio saber? Todos vuestros conocimientos no „han podido salvaros del monstruo del ateis„mo: nos ponderais vuestras ciencias y vuestras „artes, semejantes en esto á los niños que fijan „su atencion en lo que hermosea el edificio sin

„indagar si sus cimientos están firmes ó ruinosos. Nosotros tendríamos usos ridículos; pero „vosotros teneis sistemas que degradan al hombre, hasta nivelarle con el bruto: teníamos, sí, „vicios; pero no filósofos que nos enseñasen á „llamarlos virtudes. Nuestros teatros groseros „donde se representaban las cosas santas por „un efecto de piedad, excitan vuestro desprecio y vuestra risa; y vosotros por impiedad y „para mofaros mas de la religion, la habeis hecho asunto de las representaciones de los vuestros, y para divertir vuestros ocios fué preciso „que la blasfemia se juntase con la obscenidad. „Nos echais en cara el entusiasmo de las guerras santas, y sin ellas el pais que habitais hubiera tenido la misma suerte que tantos hermosos distritos de la Grecia y del Asia. ¡Ingratos, gozais en paz de la magnífica herencia „conservada por el esfuerzo de vuestros abuelos, y aun insultais su memoria! Debo haceros „la justicia de decir que habeis heredado su valor; pero solo la Religion es la que asegura la „prosperidad de los estados y la de las familias. ¡Ah! temblad que vuestra indiferencia hácia ella no os atraiga el castigo de verla desaparecer de entre vosotros; temed que huyendo el cristianismo de vuestro suelo os deje en

„la noche de la barbarie, como ha dejado a
 „otros muchos paises en donde solo es hoy co-
 „nocido imperfectamente, y temed por último
 „llegar á ser mas bárbaros que vuestros padres,
 „sin tener nada del heroismo de sus sentimien-
 „tos y de sus virtudes.”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAXIMAS

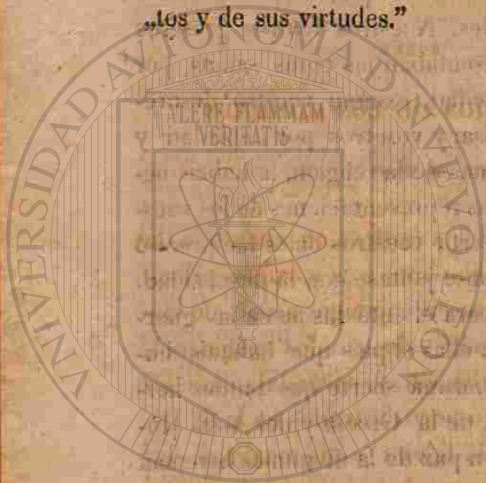
DE LA IGLESIA CATOLICA

SOBRE

LA SALVACION DE LOS HOMBRES.

LA Iglesia católica profesa en cuanto á la salvacion de los hombres, tres máximas principales que son para sus enemigos asunto de violentas declamaciones y de triunfos imaginarios, y tambien de turbacion y escándalo para los cristianos débiles ó poco ilustrados en la fe. Léjos de disimular la Iglesia estas máximas, las profesa tan pública y claramente, que son parte de los primeros elementos de su doctrina, y tan fundamentales, que las repiten así los niños como los adultos: vealas aquí, señores, en toda su sencillez: „Sin el bautismo ninguno entrará en el reino de los cielos: fuera de la Iglesia no hay salvacion: sin la fe es imposible agradar a Dios.” Aquí se confunde la imaginacion, y la razon parece justificar á primera

„la noche de la barbarie, como ha dejado á
 „otros muchos países en donde solo es hoy co-
 „nocido imperfectamente, y temed por último
 „llegar á ser mas bárbaros que vuestros padres,
 „sin tener nada del heroísmo de sus sentimien-
 „tos y de sus virtudes.”



MAXIMAS

DE LA IGLESIA CATOLICA

SOBRE

LA SALVACION DE LOS HOMBRES.

LA Iglesia católica profesa en cuanto á la salvacion de los hombres, tres máximas principales que son para sus enemigos asunto de violentas declamaciones y de triunfos imaginarios, y tambien de turbacion y escándalo para los cristianos débiles ó poco ilustrados en la fe. Léjos de disimular la Iglesia estas máximas, las profesa tan pública y claramente, que son parte de los primeros elementos de su doctrina, y tan fundamentales, que las repiten así los niños como los adultos: vealas aquí, señores, en toda su sencillez: „Sin el bautismo ninguno entrará en el reino de los cielos: fuera de la Iglesia no hay salvacion: sin la fe es imposible agradar a Dios.” Aquí se confunde la imaginacion, y la razon parece justificar á primera

vista sus inquietudes. ¡Cómo! ¡No hay salvacion sin el bautismo! ¿Qué haceis pues de esa prodigiosa multitud de niños que mueren sin haberle recibido? ¿Destinais á las llamas eternas esas criaturas inocentes? ¿Qué dogma tan bárbaro! Si fuera de la Iglesia no hay salvacion, ¿qué es entónces de todas esas sociedades cristianas que llamais cismáticas porque están separadas de la Iglesia católica, ó heréticas porque profesan una doctrina contraria á la de esta? ¿Sabéis acaso vosotros si los errores que les atribuis son á su entender la verdad misma, y si la buena fe justificará sus individuos ante la presencia de Dios? ¿Qué intolerancia! ¡No haber salvacion sin la fe! ¿Y cuál será entónces la suerte de esos pueblos que jamas conocieron la revelacion? ¿Es acaso culpa del negro de Guinea ó del salvaje del Canadá que la luz del Evangelio no haya brillado para ellos? ¿Se deberá hacer á los hombres un delito de su nacimiento, y enviar al uno al cielo porque haya nacido en Roma, y destinar al otro al infierno porque haya nacido en Constantinopla? „Si hubiese, dice Juan Santiago (1), una religion en el mundo, fuera de la cual no hubiese mas que

[1] Emile, lib. IV, tom III.

„pena eterna, y en cualquier parage del mundo existiese un solo mortal de buena fe á quien no hubiese llegado la evidencia de aquella, el Dios de semejante religion seria el mas inicuo, y el mas cruel de los tiranos.” ¿Y no merecerán los sacerdotes que enseñan tan abominables máximas ser perseguidos como enemigos y verdugos del género humano? Esto es, señores, lo que se dice y lo que tal vez habreis oido decir vosotros mismos: á lo ménos no se dirá que tratamos de debilitar ni de disimular las dificultades sobre una de las materias mas importantes y delicadas. Las hemos expuesto con franqueza; se les podría añadir mas de esa pompa y sensibilidad con que se adorna el charlatanismo, pero no referirlas con mas fidelidad.

¿Pero qué direis, señores, si os hago ver que todo esto no es otra cosa que declamaciones engañosas, fundadas en las falsas ideas acerca de la doctrina católica, y que para desvanecer toda la dificultad basta solo fijar la verdadera nocion de las cosas, y presentar el dogma tal como es, y no como se complacen en forjarle sus enemigos? En efecto, señores, yo me atrevo á creer que esta conferencia os convencerá de que el novelero Juan Santiago ha seguido mas

su imaginacion que su razon sobre esta materia así como sobre otras muchas, y que la profesion de fe del Vicario saboyano solo es un cúmulo de falsas suposiciones y de pomposos sofismas. No trato de proponeros explicaciones arbitrarias de la doctrina de la Iglesia, no: nada diré por mí mismo, sino que todo lo apoyaré en las mas graves autoridades; aprovechándome sin embargo de las luces de los que han tratado ántes que yo esta materia, tal vez conseguiré presentaros la verdad con mayor claridad, y de un modo mas perceptible en todo. Así pues, ¿qué deberémos pensar de la suerte de los niños que mueren sin bautismo? ¿Qué de la de los cristianos muertos fuera del gremio de la Iglesia católica? y ¿qué, por último, acerca de la de los infieles que mueren sin haber conocido la revelacion? Estas son las tres cuestiones que trato de aclarar.

Debe, señores, observarse ante todas cosas, que es preciso no confundir la fe de la Iglesia con la opinion de algunos doctores particulares, y que sería muy injusto hacer á aquella responsable de todas las ideas singulares que pueden ocurrir á un teólogo cualquiera: por consecuencia quando se la quiere combatir con sus propias maximas, es preciso hacerlo con las mis-

mas que ella confiesa y se hallan en sus símbolos, en sus profesiones de fe, y en su doctrina pública, y no con las que puedan hallarse en los escritos de algunos autores que no está obligada á reconocer por órganos suyos. Bajo de ciertos aspectos sucede con la ciencia de la religion lo mismo que con las ciencias humanas: en la jurisprudencia por ejemplo, hay principios generalmente reconocidos; pero ¡cuántos puntos hay tambien delicados y espinosos sobre los que están divididas las opiniones hasta que la suprema autoridad decida por una declaracion solemne! ¡Cuántas disputas dividen á los sabios en las ciencias naturales hasta que la opinion de todos se fije por fenómenos bien averiguados, por un experimento ó por un hecho palpable! Del mismo modo hay en la religion puntos invariables y determinados por la autoridad de aquellos que son los depositarios de esta, y los hay tambien controvertidos, sobre los que ni la Providencia se ha dignado explicarse ni la Iglesia decidir; y que, por lo tanto, están abandonados á las disputas de las escuelas hasta que recaiga sobre ellos un juicio irrefragable; de lo cual nace la distincion entre el dogma y las opiniones. Aquí corresponde recordar una máxima célebre que debe servir de

gua á todo teólogo digno de este nombre, á saber: en las cosas que la Iglesia universal nos propone como de fe, no debe haber divisiones sino unidad de creencia, *in necessariis unitas*: en las que por no estar aun decididas, son objeto legitimo de controversia, debe haber libertad de opiniones, *in nondum decisís libertas*: en la defensa de unas ó de otras deben sus respectivos partidarios estar exentos de toda acrimonia y arrebató, de modo que si la doctrina divide los entendimientos, la caridad reuna los corazones. Caridad en todos los casos, *in omnibus charitas*.

Anunado, señores, de este espíritu, voy á sentar y resolver la primera cuestion, á saber: ¿qué se debe pensar de la suerte de los niños que mueren sin bautismo. Expongamos primeramente lo que manda creer la fe católica, y véamos despues lo que es permitido á la opinion. Lo dirémos sin rodeos: estos niños bajan al infierno: están condenados: no hay para ellos region intermedia entre el cielo y el infierno, y están privados para siempre de la posesion de Dios, en la que consiste la bienaventuranza de los escogidos en el reino celestial. Tal es el lenguaje y la doctrina de la Iglesia; pero á esto solo se limita, y lo demas pertenece al reino de

las opiniones y de las conjeturas. ¿Pero qué, me diréis, son esas todas las dulzuras que parecia nos ibais á anunciar con respecto al dogma católico? Aquí es, señores, donde es preciso explicarnos y entendernos: ¿Qué es cielo? Es el lugar de las recompensas y de la bienaventuranza. ¿Qué es infierno? Es el lugar de las privaciones y de las penas; pero tanto en este como en aquel hay diferentes mansiones; para los condenados los castigos son diferentes segun sus culpas, así como para los bienaventurados varian las recompensas segun su grado de mérito y de virtud. Que los niños bautizados que mueren en su inocencia son enteramente felices en el cielo, es un punto de la creencia católica; pero tambien es un artículo de nuestra fe que los niños no bautizados que mueren en este estado están privados de esta dicha, y que su condenacion es inseparable de esta privacion; pero hasta qué punto les hace Dios conocer la grandéza del bien de que están privados, y hasta qué grado de dolor y de amargura sienten esta privacion, es para nosotros un secreto, sin que estemos obligados á creer que el sentimiento de tal privacion los atormenta tan dolorosamente como debe atormentar á aquellos que han perdido este bien inmenso por

sus culpas personales. Tampoco ha decidido la Iglesia cosa alguna acerca de si ademas de esta privacion de felicidad, padecen dichos niños una pena positiva, tal como la del fuego mas ó ménos viva, y por consiguiente en esto permite abrazar la opinion que á cada uno parezca mas plausible. Os ruego, señores, noteis que la felicidad de ver y poseer á Dios en los cielos, y de contemplarle en sus adorables perfecciones y en aquella hermosura siempre antigua y siempre nueva, como dice San Agustin (1); es un favor puramente gratuito y una liberalidad del todo misericordiosa que no debe Dios á nadie: que este es un destino tan alto, tan sublime y tan divino, que el hombre no tiene por sí mismo derecho alguno para pretenderle. Por consiguiente la privacion de este favor será para dichos niños la pérdida de una inmensa felicidad; pero no habrá en ella ni aun sombra de injusticia por parte del supremo juez que á nadie se la debia.

Aclaremos mas esta materia: basta estar iniciado en los primeros estudios teológicos para saber que S. Fulgencio en el siglo V, S. Gregorio Magno en el VI, y despues de ellos mu-

[1] Confes. lib. X, cap. XXVII.

chos teólogos, han opinado que los niños que mueren sin el bautismo, sufrirán ademas de la privacion de la felicidad celestial, á causa de la culpa original, una pena sensible, la del fuego, aunque mas ó ménos viva; pero tambien sabemos que la opinion contraria fué adoptada por San Gregorio Nacienceno, por Santo Tomas, San Bernardo y otros muchos doctores de las escuelas católicas, sin que esto haya excitado reclamacion alguna contra ellos por parte de los depositarios de la fe, quiero decir, del cuerpo de los primeros pastores, los obispos y el soberano pontifice que es su cabeza. Esto descubre á todo hombre instruido é imparcial una division de opiniones, en cuya virtud es permitido á cada uno abundar en su sentido. S. Agustin, esa grande antorcha de la Iglesia cristiana, que al principio parecia inclinarse á la opinion mas severa, confiesa en una carta á San Gerónimo (1), que al querer examinar la cuestion de las penas que padecen estos niños, se halla dudoso, perplejo y embarazado: aun mas, en su última obra contra los pelagianos, compuesta contra uno de aquellos sectarios llamado Juliano, leemos estas palabras (2): „No diré que

[1] Epist. CLXVI, núm. 16.

[2] Contra Julian, lib. V, cap. XI, núm. 44.

„los niños muertos sin el bautismo deban padecer una pena tan grande que les valiese mas „no haber nacido. . . . aunque yo no pueda decir cuál será esta, ni el grado de la condenación que padecen; sin embargo no me atrevo á decir que sería mejor para ellos no existir, que existir en semejante estado.” Así pues San Agustin permite pensar que la condenación de estos niños es tal, que aun en este estado prefieren existir á no existir.

Yo me guardaré muy bien de llamarlos simplemente felices: tampoco diré que gocen de una felicidad natural, pura y sin mezcla; no, no iré tan adelante; pero puedo figurármelos como unos príncipes destronados, y privados de un reino á que podían aspirar; como unos desterrados que echan de ménos una patria que jamas han de ver, y puedo por fin creer que su suerte es preferible á la nada. No es ciertamente este mundo la mansion del reposo y de la felicidad perfecta, y sin embargo hay muy pocos hombres que prefieran la muerte á la vida; tal es pues la suerte de estos niños, y por imperfecta que sea, la prefieren á su aniquilamiento, y desean conservarla.

¿Y cuál fué sobre este punto la opinion del obispo de Meaux, que aun durante su vida fué

respetado como el oráculo de la Iglesia galicana, y que fue el teólogo mas profundo, así como el mayor orador de su nacion y aun de su siglo? Tenemos un escrito suyo sobre la suerte de estos niños, cuyo motivo fué el siguiente. Un prelado romano, el cardenal Sfondrato, manifestó sobre esta materia una opinion que parecia separarse de la sencillez y pureza del dogma católico: Bossuet, de acuerdo con muchos obispos franceses, la denunció á la Santa Sede en una carta que conservamos dirigida al papa Inocencio XII (1). En ella clama con energía contra los que quieren libertar de la condenación á los niños muertos sin el bautismo; pero al mismo tiempo reconoce que la mayor parte de los doctores *los conceptúan exentos de la pena de sentido, es decir, del tormento del fuego eterno*; y estaba tan distante de condenar esta opinion como un error, que añade: „Qué nos importa á nosotros que no disputamos sobre este punto? . . . Por nuestra parte le abandonamos á las disputas de los teólogos (2).”

Podria valerme tambien de una autoridad aun mas respetable por la eminente dignidad

[1] Lett. CCI, *Œuvres de Bossuet*, tomo XXXVIII, en 8.º

[2] Lett. CCI, tomo XXXVIII, pág. 36.

del personage, la de Benedicto XIV, que vivió en el último siglo, uno de los papas mas sabios que han ocupado la cátedra de San Pedro, y cuyos escritos, llenos de una erudición inmensa, son muy notables por la exactitud con que distingue los dogmas que es necesario creer, de las opiniones que son asunto de controversia. En una pues de sus obras, teniendo que hablar de la condenacion de estos niños, dice (1): „Ademas de la privacion de la bienaventuranza, ¿están ó no exentos de la pena que llaman „de *sentido*? Es punto controvertido aun entre „los teólogos.” Por consiguiente nada ha decidido sobre esto la Iglesia.

No hay uno entre vosotros que no conozca por su reputacion aquella célebre escuela de teología de Paris, á la que la Iglesia galicana ha debido la mayor parte de su gloria, como que en su gremio se formaron tantos pontífices y doctores consumados en ciencia y en virtud; y cuya autoridad debe ser de grandísimo peso, como depositaria y conservadora fiel de las buenas doctrinas. Ved pues su parecer sobre esta materia, el cual hallaréis consignado en un

[1] *De festis dom.* lib. I, cap. VIII, de *Sabat. sanct.* núm. 12.

acto solemnísimo, en la *Censura* que en 1762 hizo del *Emilio* de Juan Santiago, censura que es una obra maestra, no precisamente por su estilo, sino por su doctrina. En ella declara terminantemente (1) que la única cosa enseñada como artículo de fe en esta materia, es que dichos niños estan privados de la posesion de Dios, gracia del todo gratuita que no les era debida; y en seguida expone la doctrina de S. Agustin tal como la hemos dado á conocer: como todo esto es notorio, me abstengo de toda cita.

Pero donde mas especialmente se halla consignada la fe católica, es en los decretos de los concilios llamados generales, porque representan la Iglesia entera, o en esos libros elementales llamados catecismos, que la Iglesia pone en manos de los fieles, y que son la manifestacion mas sencilla de la creencia universal. En dos pues de estos concilios generales, celebrados uno en Lyon y otro en Florencia, se decidió que los niños que mueren manchados con la culpa original, bajan al infierno, así como aquellos que son reos de pecados actuales, pero no para padecer penas iguales á estos; y nuestros

[1] *Censura de la proposición XXVI.*

catecismos, aunque enseñan que estan separados eternamente de Dios, no dicen que estén entregados á las llamas eternas como lo quieren suponer los incrédulos: créalo quien quiera, por mi parte no lo creo.

Voy á hacer con este motivo una reflexion que puede ser útil: cuando la Iglesia ha pronunciado, no le toca al verdadero fiel mas que someterse. No hay ingenio ni ciencia humana que no deba humillarse ante la doctrina de esta Iglesia docente, á la que Jesucristo ha confiado el sagrado depósito; y querer prevalerse contra sus decisiones de algunos pasages de los libros sagrados ó de los santos doctores, seria enredarnos en discusiones difíciles, y en un exámen imposible á casi la totalidad del género humano, y en el cual hemos visto naufragar tan frecuentemente aun á los mas hábiles. Las promesas de Jesucristo se extienden á todos tiempos; y la Iglesia, asistida del espíritu de verdad, debe atravesar todas las edades con la inviolable pureza de su doctrina, tan verdadera hoy como lo era hace diez y ocho siglos. Así pues, la única cosa que interesa esencialmente al fiel, es saber lo que enseña la Iglesia: no necesita pasar mas adelante, ni buscar mas autoridad; esta debe ser su única regla, y si el entendimiento quie-

re traspasar esta sagrada barrera, preparaos á verle abrazar todos los errores, sin quedar satisfecho con ninguno, é impelido por una vana curiosidad, caer por fin en los mas enormes extravios. Así pues, desde el momento en que la Iglesia pronuncie, séamos dóciles á su autoridad, como deben serlo los hijos á la de una madre respetada y tiernamente querida; pero no por esto la miremos como a un tirano que quisiese sujetarnos á sus caprichos; sepamos al contrario usar de la sabia libertad que ella misma autoriza; conozcamos que si á sus ojos es un crimen convertir sus dogmas en opiniones humanas, tambien seria un exceso muy reprehensible convertir en dogmas católicos las opiniones particulares: esto seria creerse mas advertido y mas ortodoxo que la que para nosotros es la columna de la verdad. Querer imponer á los entendimientos un yugo intolerable, y hacer pasar las opiniones particulares por opiniones de la Iglesia misma, ha sido el carácter de los novadores de todos tiempos; de tal modo, que los cismas y las heregias que han desolado la Iglesia, han nacido precisamente de haver preferido algunos sus opiniones particulares á la doctrina universal. Así pues, si la Iglesia católica decidiese sobre el punto controvertido con res-

pecto á la suerte de los niños muertos sin bautismo, nosotros no disputariamos con ella, sino que nos someteriamos á su suprema decision con nuestro entendimiento, con nuestra voluntad y sin la menor reserva; pero libres hasta entonces en nuestras opiniones, nos complaceremos en abrazar la que, segun nuestras débiles luces, nos parezca mas conforme á la bondad divina.

Pasemos á la segunda cuestion: ¿qué debemos pensar de la suerte de los cristianos que mueren fuera del gremio de la Iglesia católica?

En el antiguo símbolo que canta el pueblo cristiano en la celebracion de los santos misterios, hacemos profesion de creer que la Iglesia fundada por Jesucristo es una: *Credo.... Ecclesiam unam*. Una en efecto en su fe, no reconoce por hijos suyos sino á aquellos que profesan su doctrina; y una en su gobierno, forma un solo rebaño al cuidado de unos mismos pastores. Es cierto que la Iglesia no exige de los fieles un conocimiento circunstanciado de todos los puntos de su doctrina, ni del hombre vulgar una fe tan explicita ni tan ilustrada como la de aquellos á quienes se ha confiado su enseñanza; pero el verdadero fiel tiene un conocimiento expreso de los puntos principales, sin el cual

no podria pensar ni vivir como discipulo de Jesucristo, y abraza todos los demas sin excepcion por su sincera disposicion á creer todo lo que enseña la Iglesia. Es cierto que esta tiene artículos fundamentales, como por ejemplo el misterio de un Dios hecho hombre, sobre los cuales estriba como sobre su base todo el edificio de la religion, y que ademas reconoce otros ménos importantes, como por ejemplo el culto de los santos; pero la creencia de los unos no autoriza la indiferencia hácia los otros; y el mirar cualquiera de ellos sin interes bajo del pretexto de que pueden omitirse impunemente, es ultrajar la revelacion, cuyas partes todas son dignas de nuestro respeto y de nuestros homenajes. Notad el modo con que estan ordenadas las sociedades humanas: en ellas hallareis leyes fundamentales que forman su constitucion, y leyes particulares que componen su código civil. El que quisiera trastornar la ley fundamental del estado, seria sin duda mucho mas delincuente que el que violase una simple ley reglamentaria; mas sin embargo, no es permitido quebrantar ninguna de ellas, y toda transgresion es justamente reprimida; sin esta vigilancia se extenderia insensiblemente el espíritu de desobediencia y de sedicion, y desmoronado por to-

das partes el edificio social, vendria por fin á arruinarse. Lo mismo sucede en la sociedad cristiana: tiene dogmas principales como los contenidos en el símbolo de los apóstoles, y tiene tambien otros ménos esenciales; pero tanto para los segundos quanto para los primeros, exige ciertamente una sumision plena y cabal del entendimiento y del corazon, y el desprecio de uno solo es á sus ojos una heregía. En efecto, la rebelion sobre un solo punto conduce á la rebelion sobre otros muchos, y si no se contuviese, seria destrozado el cristianismo; y la Iglesia, léjos de ser hermosa por su unidad, no seria mas que aquel reino dividido contra sí mismo, de que habla el Evangelio, y no formaria sino un conjunto monstruoso de partes extravagantes y disformes. Unidad en la fe, y unidad en su gobierno es pues el carácter de la Iglesia católica, y por lo tanto conceptúa como fuera del canino comun de la verdad y de la salvacion á todos los que estan separados de su comunión, y á todos los que no profesan su doctrina. Esta es la máxima general; pero al mismo tiempo hay otras máximas universalmente reconocidas; segun las cuales es preciso saber modificar el sentido y la extension de la precedente.

La primera es que hay errores inocentes an-

te la presencia de Dios, porque son enteramente involuntarios. Lo falso se presenta algunas veces disfrazado con colores tan seductores, y está separado de lo verdadero por grados tan imperceptibles, que suele ser difficilísimo distinguir lo uno de lo otro; y por otra parte la verdad consiste frecuentemente en puntos tan delicados y difíciles de conocer, que puede ocultarse á toda indagacion. Seria una opinion muy laxa y perniciosa excusar todos los errores; pero tambien seria un rigorismo absurdo condenarlos todos como criminales, pues los hay que algunas veces son consecuencia inevitable de la limitacion y flaqueza del entendimiento humano. ¿Qué magistrado se atreveria á encargarse de la administracion de justicia; qué médico querria dedicarse á curar las enfermedades de la especie humana; ni qué ministro de la religion tomaria á su cargo dirigir las conciencias si todos fuesen responsables en el tribunal de Dios de los errores involuntarios de su entendimiento? Muchas veces no bastan el estudio, la sagacidad ni la virtud para poner al hombre á cubierto de todo error: yo bien sé que para conocer la verdad aprovecha mas la rectitud del corazon que la sutileza del entendimiento, y que muchos errores proceden de las pasiones; ¿pe-

ro quién se atreveria á decir que ha habido mala fe en todas las disputas que se han suscitado aun entre los mas ilustres y santos personajes, empezando por San Gerónimo y San Agustin, y concluyendo por el padre Mabillon, y el célebre reformador de la Trapa? Sí, señores, hay errores que proceden mas bien de flaqueza de entendimiento que de malicia, los cuales, siempre que sean del todo involuntarios, no serán imputados al hombre por el Soberano juez que ve el fondo de los corazones.

La segunda máxima es que puede haber errores respecto á la religion, como los hay respecto á cualquiera otra cosa: quiero decir, que puede haberlos involuntarios y que no sean imputables. El cisma y la heregía son ciertamente condenables, y de hecho estan condenados por la Iglesia; pero no hay delito sin voluntad, y no somos culpables ante Dios, cuando el corazón es inocente. Sin embargo, no pudiendo nosotros juzgar sino por las apariencias, llamamos católicos á todos los que han nacido y viven en el gremio de la Iglesia católica, y acusamos de cisma y heregía á cuantos han nacido y viven fuera de su comunión exterior. Pero procuremos distinguir las cosas y verlas como realmente son.

Supongamos que un hombre que ha nacido y vive en el gremio de la Iglesia romana, inspira por medio de sus discursos ó escritos el desprecio á la autoridad eclesiástica, denigra á los pastores legítimos, y atiza la rebelion contra ellos: de este diremos sin titubear, que está domnado de un espíritu cismático, y que es culpable ante Dios; pero supongamos por el contrario, que los que componen una sociedad cristiana separada de la nuestra no estan adheridos á ella por eleccion, voluntariamente y con conocimiento de causa; entónces diremos que esta buena fe los salva ante Dios del crimen de cisma.

Figurémonos que otro exteriormente católico, no somete su entendimiento y su corazón á las decisiones de la Iglesia, sino que desecha algun punto de su doctrina: en esto solo se hace ya culpable de heregía ante aquel que *sondea las entrañas y los corazones*, segun la expresion de la Escritura (1), cuando al contrario, aun perteneciendo á una sociedad herética podrá no ser culpable de heregía aquel que, aunque profese el error, le profese tan solo por ignorancia invencible de la verdad. Por esto es

[1] Psalm. VII, 10.
TOM. III.

un principio muy conocido é incontestable, que la heregía consiste mucho ménos en el error, que en la contumacia en él despues del juicio de la Iglesia. Antiguamente sostuvo San Cipriano una opinion que fué condenada despues de su muerte: él pudo muy bien ser en esto inocente; pero despues de la decision de la Iglesia, los partidarios de aquella opinion fueron ya culpables y tratados justamente como hereges, lo cual hizo decir á un antiguo y célebre escritor de la Iglesia de las Galias, que los maestros eran absueltos, y condenados los discípulos (2): *absolvuntur magistri, condemnantur discipuli*. Por lo tanto un cristiano que no estuviese separado de la comunión ó de la fe de la Iglesia católica mas que por una ignorancia del todo involuntaria, no sería culpable por el solo hecho de su separacion ó de su error. Es preciso decirlo y proclamarlo abiertamente: el hombre no será responsable ante el tribunal de Dios, en cuanto á sus opiniones, mas que de su mala fe, y en cuanto á su conducta, mas que de las transgresiones voluntarias de sus deberes.

Y no penseis que la doctrina que acabo de exponer sobre el carácter del cisma y de la he-

[2] Vicent, *Lirin Commonitor*, cap. VI.

regía sea inyencion mia; no, señores: ademas de ser tan conforme á la sana razon, puedo apoyarla en las autoridades mas graves y aun mas decisivas. ¿Quién ha sido jamas mayor defensor de la unidad y azote mas terrible de la heregía que San Agustin? Pues bien, ved lo que dice en su carta XLIII dirigida á Glorio: „No „se debe considerar como hereges á los que „profesan errores perniciosos, con tal que no „los defiendan obstinadamente; y debe hacerse „en particular esta justicia á aquellos cuyos errores no son fruto de su presuncion ni de su „temeridad; y que no hallándose envueltos en „ellos sino por la desgracia que tuvieron sus padres de dejarse seducir, procuran buscar la „verdad, y estan siempre dispuestos á separarse de sus extravios luego que la descubran.”

Al principio del siglo V vivia en Marsella un sacerdote llamado Salviano, célebre por su saber y su elocuencia, del cual tenemos muchos escritos, y entre ellos uno dividido en ocho libros sobre la Providencia: en el quinto habla de la fe de los godos y de los vándalos, pueblos criados y educados en el arrianismo, que entónces era una heregía muy extendida; pero léjos de considerarlos á todos indistintamente como culpables del crimen de heregía, hace observar

que aquellos bárbaros no sabian mas de lo que habian aprendido de sus doctores, y que las tradiciones adoptadas entre estos eran para ellos toda la ley; y añade: „Son pues hereges, pero „sin saberlo: *haeretici ergo sunt, sed non scientes*: es cierto que la verdad solo se halla entre nosotros; pero ellos presumen poseerla: *veritas apud nos est. sed illi apud se esse presumunt*. Es cierto que se engañan, pero se engañan de buena fe: *errant ergo, sed bono animo errant*: y de qué modo serán castigados por este error en el dia del juicio? Nadie puede saberlo sino el Soberano Juez: *qualiter pro hoc ipso falsae opinionis errore in die judicii puniendi sint, nullus potest scire nisi Juxta* (1) ”

Pero oid aun otra observacion muy importante, y que se oñite frecuentemente. En todas las comuniones cristianas distintas de la católica produce su efecto el bautismo administrado á los niños segun el rito necesario, y estos, aunque bautizados fuera de la Iglesia, son sin embargo miembros de ella por el sacramento del bautismo, que es un bien propio de la misma; y si mueren ántes de la edad de la razon, van seguramente al reino de los cielos: es-

[1] Salviano, *De Guberna. Dei*, lib. V.

to no es una opinion, sino un artículo de la fe católica.

¿Pero qué deberemos pensar de estos niños en la edad ya de la razon? Os lo diré: si profesando entónces los puntos principales que su secta ha conservado y tiene de comun con nosotros, proceden de buena fe en todo lo demas, tampoco han dejado de pertenecer á la Iglesia. Consideradlos en efecto desde la edad, por ejemplo, de seis hasta doce años, y decidme: instruidos y dominados hasta entónces por sus padres, por sus maestros, por sus pastores, y por los ejemplos de cuanto los rodea, ¿pueden en este caso tener la menor idea de haber sido educados en una falsa religion, ni creerse engañados por las personas que mas los enseñan la naturaleza á amar y á respetar? ¿Quién será el temerario que sostenga que en una edad tan tierna profesan de mala fe los errores de sus padres? Dejemos este discernimiento al único que ve las conciencias, y hablemos ahora de los hombres de mas edad, y principalmente de las clases ménos ilustradas. Hasta dónde se extiende en estos el imperio de la educacion y de las primeras impresiones recibidas, digámoslo así, con la vida, y hasta qué punto pueden contribuir las causas particulares a aquella buena fe

que excusa ante Dios, no es dado al hombre el saberlo; y ved aquí por qué condenando las sectas en general, es preciso dejar á Dios el juicio de los particulares.

Uno de los mas hábiles controversistas que han combatido á los reformados, y que ha desplegado contra ellos una lógica mas exacta y luminosa, ha escrito un tratado sobre *la unidad de la Iglesia*, en el que dice las siguientes palabras: „Es cierto que, segun todos los teólogos „católicos, hay un gran número de miembros „vivos y verdaderos hijos de la Iglesia en las „comuniones separadas de ella, puesto que en „estas hay tantos niños que forman siempre una „parte considerable de ellas.” También dice en otro lugar: „De ningún modo se pretende que „todos los que estan fuera de la comunión exterior de la Iglesia romana queden excluidos „de la salvacion; al contrario, se cree que en „todas las comuniones hay miembros que le „pertenecen efectivamente, pues todos los niños „bautizados, que forman siempre una parte tan „considerable de toda sociedad, son hijos de la „verdadera Iglesia, porque ella es la que los ha „regenerado aunque por el ministerio de pastores hereges ó cismáticos. Todos aquellos que „no han participado con conocimiento y por su

„voluntad del cisma y de la heregía, hacen parte de la verdadera Iglesia.... La Iglesia romana no los excusa, sino en cuanto su buena „fe ó su ignorancia los excusa ante Dios; pero „sin atreverse á determinar hasta qué punto „puede esto extenderse; y como ni aun ellos „mismos pueden saberlo, en la práctica, no los „distingue de los culpables.”

En esta materia tampoco es, señores, una débil autoridad la de la Soborna, la cual en la *cen-sura del Emilio*, despues de haber hablado de los niños bautizados en las comuniones separadas de la Iglesia católica, y de aquellos hombres simples, cuyo número Dios solo conoce, y que por incapacidad estan imposibilitados de conocer la verdadera Iglesia, añade (1): „Ninguno „de estos niños y de estos simples participa de „la heregía ni del cisma, los excusa su ignorancia invencible del estado de cosas, y no se los „debe considerar como no pertenecientes á la „Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion.”

Si ahora quisiere alguno preguntarme si existen en las sociedades separadas de la verdadera Iglesia muchas personas adheridas á ellas de buena fe, responderé que este es un secreto co-

[1] Censura de la Proposicion XXXII.

nocido solo de Dios; que el corazon del hombre es profundo como los abismos; que las pasiones, el orgullo, el interes y los deleites son un manantial de errores, y que no debe confundirse aquella falsa confianza con que solemos engañarnos nosotros mismos, con la rectitud y sinceridad que justifica ante Dios. La ilusion no es la buena fe, sino que muy frecuentemente procede de una ignorancia de que el hombre no se reprende á sí mismo, pero que no por eso es ménos criminal. ¿Puede acaso el hombre darse á sí mismo testimonio de amar la verdad, de haber buscado todos los medios de conocerla, y de no haber puesto obstáculos voluntarios á la comunicacion de la luz? He aquí por decontado lo que importa saber. Así, pues, no se debe tener confianza en la suerte de los que estan en el error, ni tampoco dejar de trabajar con celo para atraerlos á la unidad. Léjos de nosotros semejante indiferencia que hace iguales la mentira y la verdad, y que concluye haciendo lo mismo con el vicio y la virtud.

En resúmen; fuera de la Iglesia no hay salvacion; esto es cierto; pero los niños bautizados, cualquiera que sea su comunión, pertenecen á la Iglesia, así como también los adultos que se engañan de buena fe. Y no siendo estos respon-

sables sino de su mala fe y de sus malas acciones, ¿dónde está en esto la injusticia, dónde la barbarie?

Pasemos á la tercera cuestion: ¿qué debemos pensar de la suerte de aquellos que mueren sin haber conocido la revelacion y que llamamos infieles?

No permita Dios, señores, que para hacer mas creible la doctrina cristiana tratemos de debilitarla: léjos de nosotros indignas consideraciones que jamas ha conocido la religion, la cual no sabe desnaturalizar los misterios para lisonjear la soberbia del entendimiento, ni suavizar su moral para agradar á las almas débiles y corrompidas. La Iglesia no es señora absoluta de la revelacion, sino tan solo su depositaria: si su disciplina varia, su doctrina es invariable, y le es imposible transigir con el error: su política es la verdad; y si la religion es siempre combatida, es porque nada es tan odioso á las pasiones como la verdad; pero como nada tampoco es tan fuerte como esta, de un modo ó de otro siempre la religion sabe triunfar de sus enemigos. Por esto importa mucho fijar bien su doctrina, distinguir con exactitud lo que enseña de lo que no enseña, y presentar sus máximas bajo de su verdadero punto de vista, sin

mezclar con ellas exageraciones repugnantes.

Primeramente debo hacerlos observar que segun nuestros libros santos, Dios pedirá mucho al que haya recibido mucho, y ménos al que haya recibido ménos: que el criado que conociendo la voluntad de su señor no la ejecuta, será castigado con dureza, pero no así los demas: que Dios, que es la equidad misma, no querrá recoger donde no haya sembrado; y que aquellos á quienes el cielo haya concedido con mas abundancia sus dones y sus luces, tendrán que dar una cuenta mas rigurosa y mas larga. Nosotros, señores, instruidos por el Evangelio y por la doctrina de la Iglesia, con una razon mas ejercitada y un entendimiento mas cultivado, tenemos acerca de nuestros deberes conocimientos mas exactos, que hacen mas criminales nuestras transgresiones, pues el grado de malicia debe en gran parte medirse por el de la inteligencia. Pero trasladémonos con el pensamiento entre aquellas hordas de salvajes que inspiran cierto sentimiento particular de interes y de compasion, entre esas turbas errantes por los bosques que parecen tener mas de brutos que de hombres, y estan abandonadas á una estúpida ignorancia por defecto de su mismo nacimiento y de su educacion: entre ellas ha-

llareis sin duda algunos rayos de aquella divina luz que ilumina á todas las almas; ¡pero cuan ofuscada! ¡Cuán confusas y vagas deberan ser en ellas las ideas sobre el bien y el mal! ¡Qué poco capaces deben ser de esas doctrinas espirituales que tanto distan de los objetos sensibles! ¡Qué imprevision la suya! ¡Qué insensibilidad! Cuando se descubrió el nuevo mundo, algunos de los primeros misioneros se quedaron tan asombrados de la estupidez de los indios, que los creyeron incapaces de comprender los primeros rudimentos de la religion, por consiguiente ¡cuántas cosas criminales en nosotros pueden no serlo en ellos! ¡Cuántas faltas graves en nosotros podrán no ser en ellos mas que faltas leves! Sobre muchos puntos en que no se dudaria si se tratase de un cristiano, ¿qué se necesita para colocar la falta de un salvaje en el número de las que la teología califica de mortales? Cuestion muchas veces muy embarazosa. Aun entre nosotros mismos, en aquello en que la transgresion material de la fe sea la misma, puede sin embargo ser muy diferente la culpabilidad: un ignorante, por ejemplo, puede ser mas excusable que un hombre instruido, y un simple fiel mas que el ministro del altar; por tanto es un rigorismo insensato querer apli-

car indistintamente á las acciones de los infieles las mismas reglas por las que juzgamos la moralidad de las nuestras.

Observad en segundo lugar, como una consecuencia de la anterior reflexion, que los que hayan estado privados de las luces del cristianismo, serán tratados en el juicio de Dios con mucha ménos severidad que los que le hayan conocido; y que si el Evangelio no les ha sido anunciado, no serán juzgados por el Evangelio. Todos teneis noticia del célebre Bourdaloue, que á un entendimiento muy fecundo y á una sencillez original, reunia una cosa aun mas preciosa en un ministro de la palabra santa: un conocimiento muy profundo de todas las partes de la religion. Ha habido hombres de ingenio mas sublime, de imaginacion mas brillante y de erudicion mas vasta; pero muy pocos escritores han hablado jamas sobre el dogma y sobre la moral con tanta exactitud, tanta precision y tanto acierto: nada ha concedido á la exageracion oratoria, y todo en él es sustancia y verdad. Oigamos pues lo que dice en uno de sus sermones *sobre el juicio final* [1]. „Es necesario, cristianos, y este pensamiento no

(1) Para el primer domingo de Adviento: primer punto

„es mio sino de san Gerónimo, es necesario penetrarnos de una verdad sobre la cual acaso „no hemos reflexionado nunca debidamente, y „es: que en el juicio de Dios habrá una diferencia infinita entre un pagano que no haya conocido la ley cristiana, y un cristiano que habiéndola conocido haya renunciado á ella anteriormente, y que Dios segun el orden mismo „de su justicia tratará al uno muy distintamente que al otro: bien sabeis que un pagano á „quien no haya sido anunciada la ley de Jesucristo, no será juzgado por ella; y que Dios, „aunque Señor absoluto, guardará con el la „equidad natural, y no le condenará por una ley „que no le haya hecho conocer: esto es lo que „san Pablo enseña por estas terminantes palabras: *quicumque sine lege peccaverunt, sine lege peribunt* [1].” Ya veis aquí á Bourdaloue, apoyándose en san Gerónimo y en san Pablo, advertirnos, que aquel á quien Dios no haya hecho llegar su Evangelio, no será juzgado por el Evangelio.

¿Por qué pues Juan Santiago y otros declamadores despues de él, quieren suponer que segun la doctrina cristiana habrá hombres conde-

(1) Roman. II. 12.

nados á las penas eternas precisamente por no haber conocido una ley que no les fué posible conocer? Esta es una suposicion quimérica. Por una parte nadie se salvará precisamente por haber nacido en Roma, ó porque conozca y profese la fe verdadera: el nacimiento puede ser una ventaja, pero no es un mérito; y si la fe es un don precioso, la fe sin obras es un don estéril. El Dios de verdad es tambien un Dios de santidad, y no exige ménos la observancia de su ley que la sumision á su palabra: por otra parte, ninguno será condenado en el tribunal de Dios precisamente por haber nacido en los bosques del nuevo mundo, ni precisamente por haber ignorado las virtudes cristianas: el nacimiento puede ser una desgracia, pero no es un crimen y la ignorancia del todo involuntaria de la revelacion no es una falta digna de castigo. Si el cielo hace brillar la luz á los ojos del infiel, este no podrá desecharla sin ser culpable; pero si no ha tenido ni ha podido tener medios para ilustrarse, su ignorancia es entónces invencible, y es excusable de no conocerla. La revelacion cristiana es una ley positiva, y es de la naturaleza de toda ley no ser obligatoria sino despues de publicada y conocida; por tanto si el infiel es condenado en el tribunal de Dios, no será sino

por haber violado lo que podia y debia conocer de la ley interior, que se manifiesta por la conciencia. Y si Dios no juzga al infiel por la ley cristiana, si no le castiga por no haber tenido fe sino tan solamente por faltas que ha podido evitar, y si por último mide la pena por el grado de conocimiento ó de malicia, ¿habrá en esto injusticia? Yo no colocaré á este infiel en el reino de la bienaventuranza celestial; pero si le daré en la vida futura aquel destino á que le hayan hecho acreedor sus acciones personales. Bien podriamos limitarnos á esto solo con un incrédulo, y realmente nada mas se necesita para hacer desaparecer toda dificultad; pero la teología cristiana nos suministra todavía nuevas luces. Por una parte nos dice que el hombre con solo las fuerzas de su naturaleza no puede merecer la fe; que aun la primera gracia es enteramente gratuita; y el que sostuviere que Dios la debe como recompensa de algun mérito anterior adquirido por sola la razon, caeria en el error de los pelagianos muchas veces condenado; pero al mismo tiempo decimos, que no hay un solo infiel que esté excluido del beneficio de la redencion ni de las gracias sobrenaturales, fruto del sacrificio ofrecido en la cruz por la salvacion del mundo, y que el infiel que fue-

se dócil á las primeras impresiones de gracia del todo gratuita, recibiría otras nuevas, y de luz en luz podrá llegar al conocimiento de la verdad: que Dios podría conducirle á ella, bien fuese por el camino ordinario de la predicacion, ó bien por una revelacion especial, como la que fué hecha á los profetas y á los apóstoles; ya por medio de impresiones interiores que conmoviesen su alma ántes de la muerte, ó ya finalmente por otros medios tomados de los tesoros infinitos de su poder y de su sabiduría. ¿Conocemos acaso nosotros todas las operaciones secretas de Dios sobre las almas, y todos los modos con que puede ilustrarlas? Me inclino á creer, que en el gran día de la manifestacion general veremos brillar sobre esto prodigios de misericordia que ahora se nos ocultan, y que arrebatarán la admiracion de los ángeles y de los hombres.

La doctrina que acabamos de exponer, era efectivamente la de Bossuet cuando decia [1]: „Privando á los infieles que jamas han oido hablar del Evangelio, de la gracia inmediatamente necesaria para creer, nada se opone á que

[1] *Justification des Réflexions sur le Nouveau Testament* § 17, *œuvres de Bossuet*, t. IV. pág. 256.

„se les conceda aquella que excitase en sus almas, mas disposiciones mas ligeras, de las que si usasen como deben, hallaria Dios en los tesoros de su ciencia y de su bondad medios capaces de conducirlos sucesivamente al conocimiento de la verdad.”

Esta misma doctrina se encuentra textualmente consignada en la *Censura del Emilio* (1), y en san Francisco de Sales. Este varon, cuya piedad era tan ilustrada como tierna y persuasiva, refiere y aprueba una respuesta dada á los Japoneses por san Francisco Javier, la cual está (2) fundada en las aclaraciones que acabamos de exponer. Tambien es esta la doctrina de santo Tomas, á quien por la penetracion y extension de su ingenio se coloca justamente entre los mayores doctores de la Iglesia. Muchas veces se ha citado aquel memorable dicho suyo, á saber, que Dios en su bondad enviaria un ángel al que auxiliado de su gracia le buscarse con toda la sencillez de su corazon, ántes que abandonarle en sus tinieblas (3); pero

[1] *Censura de las Propositiones XXXIII y XXXIV al fin.*

[2] *Traite de l'amour de Dieu*, lib. IV al fin del cap. V.

[3] Véase en Fenelon [*Lettres sur divers sujets de Métaphys. et de religion*, carta IV, núm. 4] este pasage de TOM. III.

aun aquí encontramos á Juan Santiago burlándose de este medio de salvacion: „¡hermosa invencion, dice, la del tal Angel! No contentos „con sujetarnos á sus máquinas, ponen á Dios „tambien en la necesidad de emplearlas.” Esto es, señores, una chocarrería, en la que hay tanta ignorancia como malicia. Los teólogos no dicen que en este caso estuviese Dios precisado á enviar un ángel, como si no tuviese otros medios en su poder: no, señores, esto seria una ridiculez; pero ¿qué ridiculez hay en decir que Dios es tan bueno para con los corazones rectos, que haria un milagro, y se serviria, si fuese preciso, del ministerio de un ángel, para no dejar perecer al que fiel á las inspiraciones de su gracia buscase la verdad con toda la sinceridad de su corazon? ¿No se sirvió de él con el centurion Cornelio á quien fué dicho (1): „Vuestras „oraciones y limosnas han llegado hasta Dios, „y se ha acordado de vos?” Léjos pues de degradar los teólogos á la Divinidad con este modo de pensar, dan en él una sublime idea de la grandeza de su misericordia.

sante Tomas y otros muchos que en ellas cita y explica.

(1) Act. Apost. X, 4.

Yo me alegraré, señores, de que hayais comprendido mi doctrina del modo que yo he intentado exponerla, sin lo cual se me podria acusar fácilmente por unos de rigorista, y de laxo por otros. Para presentar en compendio todo lo dicho, ved como es preciso entenderlo. Dios, como padre comun del género humano, es bueno para con todos, no obstante que se manifieste mejor para con algunos: esta desigualdad de dones y de favores existe en todas cosas, tanto en el orden natural y civil, como en el religioso; y así vemos la debilidad al lado de la fuerza, la indigencia al lado de la riqueza, la dicha al del infortunio, y el ingenio al de la incapacidad. Si un deista preguntase por qué no son iguales para todos las luces de la revelacion, tambien á él se le podria preguntar por qué sucede lo mismo con las luces de la razon y de la ley natural. Siendo nosotros los hijos privilegiados, nuestras quejas y nuestra murmuracion no hacen mas que manifestar nuestra ingratitud unida á la blasfemia. ¿Qué podríamos pensar de un hijo, que colmado de beneficios por su padre reconviniere á este por no tratar á sus hermanos con la misma liberalidad? ¿Qué de un sabio que reconviniere á Dios por haberle distinguido de los demas hombres por su entendi-

miento y talento? Dia vendrá en que Dios se justifique, y obligue á sus criaturas á tributar homenajes á su equidad, haciéndoles confesar que cada una de ellas ha sido tratada segun sus obras. Si entre tanto debe concederse alguna cosa á los deseos de una razon débil y curiosa, nosotros diremos: está probado que la mitad de la especie humana muere en la primera infancia ántes de la edad de la razon; por consiguiente todos los niños bautizados de todas las comuniones entran al morir en posesion de la bienaventuranza celestial: así nos lo enseña la fe, y en cuanto á los niños no bautizados, la misma fe nos permite pensar que se hallan en un estado en que la existencia es para ellos un bien que desean conservar.

En cuanto á los cristianos adultos de las otras comuniones distintas de la nuestra, decimos una de dos cosas: si se engañan de mala fe, serán castigados por ello: y en tal caso ¿puede haber cosa mas justa? Pero si se engañan de buena fe, entónces no se les imputarán sus errores. ¿Y no es esto bastante para salvar la justicia divina?

Decimos últimamente por lo respectivo á los infieles: si no han podido conocer el Evangelio, tampoco serán juzgados mas que por la ley de

la conciencia ni castigados mas que por las culpas que hubieren podido evitar: ¿y hay acaso en esto algo de repugnante? Pero si fieles á aquellas gracias que Dios concede á todos en su misericordia, practicasen con su auxilio todos sus deberes, Dios los conducirá sucesivamente al conocimiento de la verdad.

Creo, señores, que no esperaríais de mí que dispase ante vosotros todas las tinieblas misteriosas que ocultan las sendas de la providencia respectivas á la salvacion de los hombres: nuestros pensamientos son demasiado limitados para medir los de Dios; y querer verlo todo sin nubes, penetrarlo y comprenderlo seria querer tener en lugar de una razon humana débil y limitada, una razon infinita, una razon divina. Los juicios del Altísimo son abismos, segun dicen nuestros libros sagrados (1). Es concedido al hombre divisar en ellos algun vislumbre de claridad; pero no una luz que ilumine todas sus profundidades: y ¡qué! cuando las operaciones del Criador en la parte mas grosera de sus obras, en la naturaleza material, estan cubiertas con un velo de bronce, que todos los esfuerzos humanos no pueden levantar, ¿se querrá

[1] Salm. XXXV, 7.

que el mundo intelectual, que es la parte mas sublime de ellas, sea todo luz sin sombras ni obscuridades? ¿Es esto justo? En lugar de entregarnos á vanas investigaciones sobre el destino futuro de los pueblos no católicos, seria mucho mas juicioso que pensásemos en el nuestro. No tengamos la idea de sugetar los desig- nios del Altísimo a los cálculos de nuestra es- casa sabiduría. Os lo he dicho ya en otra oca- sion: la religion tiene su lado luminoso, que ha- ce racional nuestra fe; pero tiene tambien su lado oscuro, para que esta misma fe sea meri- toria; es en fin el sol oculto detras de una nube. Caminemos á la luz que el cielo nos concede, esperando que algun dia la hará brillar en toda su plenitud. ¿Tendrá derecho el que disfruta de la dulce claridad de la aurora, para blasfe- mar contra la Providencia porque aun no haya llegado el sol á todo el brillo de su Meridiano? Humillémonos como el pueblo de Israel á la falda del monte santo: adoremos con respeto al Dios que se oculta en la cima entre la in- mensidad de su Magestad, y temamos, si que- remos subir á él, que fulminando un rayo de su cólera castigue nuestra loca temeridad.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DEL TOMO TERCERO.

	Pág.
—❖—	
LA RELIGION CRISTIANA PROBADA POR LAS MARAVILLAS DE SU ESTABLECIMIENTO...	3
I. <i>Dios solo ha podido fundarla.....</i>	5
II. <i>Nada hay mas frívolo que las expli- caciones que los incrédulos quieren dar de su establecimiento.....</i>	18
CUESTIONMES SOBRE LOS MARTIRES.....	30
I. <i>¿Es cierto que las persecuciones sus- citadas á la Iglesia en los tres pri- meros siglos han sido tan multipli- cadas y crueles como lo suponen los cristianos?</i>	34
II. <i>¿Qué nos enseña la historia acer- ca del número de los mártires, de las causas y circunstancias de su muerte?</i>	47

que el mundo intelectual, que es la parte mas sublime de ellas, sea todo luz sin sombras ni obscuridades? ¿Es esto justo? En lugar de entregarnos á vanas investigaciones sobre el destino futuro de los pueblos no católicos, seria mucho mas juicioso que pensásemos en el nuestro. No tengamos la idea de sugetar los desig- nios del Altísimo a los cálculos de nuestra es- casa sabiduría. Os lo he dicho ya en otra oca- sion: la religion tiene su lado luminoso, que ha- ce racional nuestra fe; pero tiene tambien su lado oscuro, para que esta misma fe sea meri- toria; es en fin el sol oculto detras de una nube. Caminemos á la luz que el cielo nos concede, esperando que algun dia la hará brillar en toda su plenitud. ¿Tendrá derecho el que disfruta de la dulce claridad de la aurora, para blasfe- mar contra la Providencia porque aun no haya llegado el sol á todo el brillo de su Meridiano? Humillémonos como el pueblo de Israel á la falda del monte santo: adoremos con respeto al Dios que se oculta en la cima entre la in- mensidad de su Magestad, y temamos, si que- remos subir á él, que fulminando un rayo de su cólera castigue nuestra loca temeridad.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DEL TOMO TERCERO.

	Pág.
—❖—	
LA RELIGION CRISTIANA PROBADA POR LAS MARAVILLAS DE SU ESTABLECIMIENTO...	3
I. <i>Dios solo ha podido fundarla.....</i>	5
II. <i>Nada hay mas frívolo que las expli- caciones que los incrédulos quieren dar de su establecimiento.....</i>	18
CUESTIONMES SOBRE LOS MARTIRES.....	30
I. <i>¿Es cierto que las persecuciones sus- citadas á la Iglesia en los tres pri- meros siglos han sido tan multipli- cadas y crueles como lo suponen los cristianos?</i>	34
II. <i>¿Qué nos enseña la historia acer- ca del número de los mártires, de las causas y circunstancias de su muerte?</i>	47

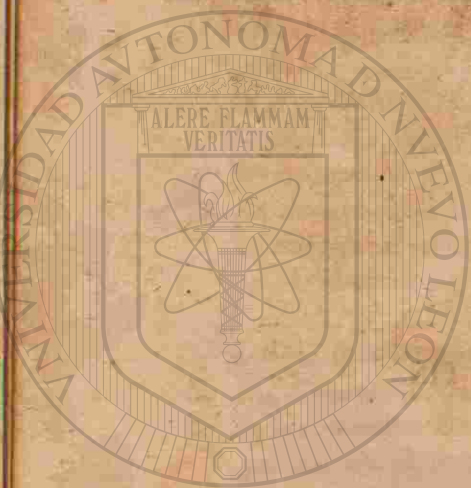
III. <i>¿Qué ventajas pueden sacar de la historia de los Mártires los apolo- gistas de la Religión cristiana!...</i>	57
JESUCRISTO CONSIDERADO COMO EL BIEN- HECHOR DEL GENERO HUMANO.....	67
I. <i>Jesucristo ha sido la verdad disipan- do los errores del mundo pagano..</i>	71
II. <i>Jesucristo ha sido la vida espar- ciendo en el mundo pagano un espí- ritu del todo nuevo que le ha rege- nerado.....</i>	83
EXCELENCIA DEL MISTERIO DE LA ENCAR- NACION.....	97
I. <i>Lo que en sí encierra de grande y be- llo este misterio.....</i>	101
II. <i>Cuan infundados son los argumentos de los incrédulos contra este miste- rio.....</i>	116
SOBRE LAS PROFECIAS.....	133
I. <i>¿Hay en los libros del antiguo Testa- mento predicciones que anuncian la venida del Mesías!.....</i>	136
II. <i>¿Se reúnen en Jesucristo los carac- teres designados de antemano á es- te incomparable personage!.....</i>	148
III. <i>¿Es cierto que las dificultades que se oponen á esto carecen de toda so-</i>	

<i>lidez.....</i>	172
LA RELIGION CONSIDERADA EN SUS MISTE- RIOS.....	204
I. <i>Conveniencia de los misterios en una religion divina.....</i>	206
II. <i>Utilidad de los misterios cristianos con relacion á la moral.....</i>	225
LA RELIGION CONSIDERADA EN SU MORAL..	241
<i>Respuesta á la acusacion que se hace á la religion de ser</i>	
1.º <i>Enemiga de la sociedad por el des- prendimiento que prescribe.....</i>	245
2.º <i>Abyecta por la humildad que pre- dica.....</i>	258
3.º <i>Impracticable por la severidad de los deberes que impone.....</i>	265
LA RELIGION CONSIDERADA EN SU CULTO..	276
<i>¿Qué se debe pensar del culto cristiano y de las diferentes partes de que se compone.</i>	
1.º <i>De sus templos.....</i>	279
2.º <i>De sus asambleas religiosas.....</i>	288
3.º <i>De sus ceremonias sagradas!.....</i>	295
LA RELIGION VINDICADA DE LA ACUSACION DE FANATISMO.....	308
I. <i>En las acciones y máximas de Jesu- cristo no se descubre la menor señal</i>	

- de fanatismo* 312
- II. *Tampoco hay razon para acusar de fanatismo la doctrina y la conducta de la Iglesia* 314
- ¿Qué se debe pensar en particular*
- 1.º *De la condenacion del sacerdote Virgilio* 316
- 2.º *De la de Galileo* 317
- 3.º *De la del Heresiarca Juan Hus*... 320
- 4.º *De la Inquisicion!* 321
- III. *De ningun modo debe atribuirse á la religion el odio y el furor que se descubren en los sucesos siguientes* 331
- 1.º *Las guerras de religion* 334
- 2.º *Las Cruzadas* 337
- 3.º *La mortandad de los Indios al tiempo del descubrimiento del nuevo mundo* 344
- 4.º *Los horrores del dia de san Bartolomé* 346
- 5.º *La revocacion del edicto de Nantes* 351
- MAXIMAS DE LA IGLESIA CATÓLICA SOBRE LA SALVACION DE LOS HOMBRES 365
- I. *¿Qué se debe pensar de la suerte de los niños que mueren sin bautismo?* 370
- II. *¿Qué de la suerte de los cristianos*

- que mueren fuera del gremio de la Iglesia católica?* 380
- III. *¿Qué de la de los infieles que mueren sin haber conocido la revelacion?* 390

FIN.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

